Lengua de Fuego



MÓNICA BENÍTEZ

LENGUA DE FUEGO

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2025 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Aviso legal

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida, distribuida, transmitida o almacenada en ningún formato ni por ningún medio, ya sea físico, digital, electrónico o mecánico, sin la autorización previa y expresa de la autora. Esto incluye, pero no se limita, a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabaciones o cualquier forma de reproducción.

Este material no puede ser utilizado, en su totalidad o en parte, con fines comerciales sin el consentimiento previo y por escrito de la autora. Asimismo, quedan prohibidas la traducción, adaptación, transformación o cualquier otra modificación de este material sin autorización expresa de la autora.

La distribución no autorizada de este material en plataformas digitales, redes sociales o cualquier otro medio en línea constituye una violación de los derechos de autor y será perseguida conforme a la ley.

Todos los personajes, situaciones y eventos descritos en este libro son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Para consultas sobre permisos o autorizaciones, por favor, comuníquese con mbenitezlibros@gmail.com

Registro: 2509113039290

Ilustración de portada: Ivanna Nashkolna
https://monicabenitez.es
Twitter: @monicabntz
Instagram: mbenitezlibros
https://www.facebook.com/monicabntz
Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

CAPÍTULO 1

—No.

El silencio que sigue a esa única palabra que acaba de pronunciar Abigail Stone es más devastador y efectivo que cualquier grito. Al otro lado de la línea de teléfono, uno de los ejecutivos de Fux Music parece haberse olvidado de respirar. Ella se mira las uñas con indiferencia mientras espera a que el hombre recupere el habla.

—Señora Stone, creo que no ha entendido bien los términos que le estamos ofreciendo a su…

—Los he entendido perfectamente —lo interrumpe con esa voz sedosa, pero afilada como la hoja de una navaja—. Y mi respuesta sigue siendo la misma. Mi cliente vale tres veces lo que me proponen y ambos lo sabemos.

Abigail gira su silla hacia el ventanal de su oficina de Manhattan y cruza las piernas, dejando a la vista la suela roja de sus zapatos de tacón. La vista de Central Park —que conoce de memoria— le parece más entretenida que la conversación con este hombre.

—Pero el mercado actual…

—El mercado actual es exactamente lo que nosotros digamos que es —lo corta de nuevo con su particular tono

congelado, cuyo aliento podría penetrar por el auricular y granizar el cable—. Si no saben valorar lo que les ofrezco, hay otras tres discográficas esperando. Que tenga un buen día.

Cuelga sin esperar a que responda. Es un movimiento muy arriesgado y Abigail lo sabe, pero ella no ha llegado donde está siendo precavida. La prueba está en la pared de su izquierda, donde decenas de fotografías la muestran junto a todas las estrellas que ha forjado en el panorama musical. Cantantes que ahora aparecen en las portadas de las revistas más importantes, voces que llenan estadios, carreras que ella ha construido desde cero. Cada una de esas fotografías, incluyendo un Grammy al artista revelación para Martin Reed durante tres años consecutivos, dos Discos de Platino para la cantante Isabella Cruz o el premio al Ejecutivo del año que ella aceptó con la misma frialdad que acepta todo lo demás, son un pequeño recordatorio de que Abigail Stone puede permitirse colgarle a quien le dé la gana.

Exactamente siete minutos después, su teléfono vuelve a sonar y su secretaria anuncia que se trata del mismo ejecutivo de Fux Music. Abigail curva ligeramente los labios antes de responder.

—Abigail Stone —contesta como si no supiera con quién habla.

—Señora Stone, hemos reconsiderado la oferta.

Por supuesto que lo han hecho. Siempre lo hacen. Veinte minutos después, Abigail termina la llamada habiendo acordado términos nuevos que superan la propuesta inicial. Se permite un momento de satisfacción recostándose en su silla y

después vuelve al trabajo, concentrada y calculadora, pero se ve interrumpida porque la puerta de su oficina se abre sin previo aviso. Solo hay una persona en el mundo que se atreve a entrar sin llamar, Liam Cottet, su socio y amigo, que aparece con una sonrisa y dos tazas de café.

—He oído que has terminado de castrar a ese pobre hombre de Fux Music —dice con una sonrisa divertida—. ¿Quién era? ¿Eric? ¿Oliver?

Abigail baja un poco la tapa de su portátil y levanta la mirada.

—No, creo que era James, aunque no estoy segura —responde Abigail con un destello de maldad en la mirada.

—Por Dios, pero sí es un niño. Se habrá cagado en los pantalones —dice Liam, empujando la puerta con el pie para cerrarla.

Abigail odia que haga eso porque no puede calcular la fuerza con la que cierra y el sonido le molesta. También le molesta que entre sin llamar, pero después de quince años viéndole la cara casi a diario, hay ciertas cosas que ella le permite.

Liam es alto, casi un metro noventa. Delgado y de pelo muy oscuro. Tiene los ojos claros y unas pestañas enormes que sumadas a su sonrisa casi perpetua y que no aparenta los cincuenta y dos años que tiene, lo convierten en un hombre muy atractivo, pero es un hombre fuera del alcance de cualquiera que lo mire, porque está enamorado de su mujer, Vanessa, y solo tiene ojos para ella.

—Entonces, ¿ha ido bien? —pregunta Liam, entregándole un café antes de sentarse.

—Digamos que los términos han sido negociados satisfactoriamente para nosotros —contesta Abigail como si fuera un robot.

La sonrisa de él se estira como un chicle mientras se acomoda, cruzando una pierna sobre otra, probablemente haciendo cálculos mentales de lo que van a ganar.

—¿Quieres algo? —pregunta Abigail, cortando su expresión satisfecha.

—Joder, Abby, en serio, tienes que practicar un poco tus habilidades sociales —se queja él, soplando su café con gesto delicado.

—Liam, tengo trabajo —dice ella, sin ganas de escuchar el discurso de siempre.

—Vale, necesito que hagas algo —añade él.

Abigail arquea una ceja.

—¿Necesitas? ¿Ahora soy tu secretaria? —espeta atravesándolo con su mirada fulminante.

Él levanta las manos en un claro gesto apaciguador. Sabe manejarla, al menos eso piensa, pero a veces se le olvida y ahora Abigail Stone lo mira con esos ojos de color gris verdoso que parecen estar a punto de desatar una tormenta.

—No, joder, no eres mi secretaria —responde Liam—. Deberías salir más, en serio. En fin, da igual. Te acuerdas de Jimmy Walt, ¿el que nos consiguió a los hermanos McKenzie en Nashville?

Abigail podría hacer ver que está pensando, pero no le hace falta porque tiene muy buena memoria, incluso cuando desearía no tenerla.

—¿El que siempre huele a bourbon? ¿Qué pasa con él? —pregunta ella.

—Me ha llamado esta mañana. Dice que hay una voz en un pueblo perdido de Tennessee que va a volarnos la cabeza, literalmente —Liam hace una mueca y abre mucho los ojos—. Sus palabras exactas fueron: es como si Aretha Franklin hubiera tenido una hija con un gitano andaluz.

Abigail arquea una de sus cejas perfectas y lo mira como si fuera imbécil.

—Jimmy Walt dice muchas cosas cuando está bebido. No sé por qué le haces caso.

—Porque no estaba bebido cuando me lo ha dicho, por eso se lo hago —contesta Liam—. De hecho, sonaba más sobrio que nunca. Dice que la chica canta los viernes por la noche en un bar de un sitio llamado…

Liam alza una mano y le pide que espere mientras saca su teléfono y consulta sus notas.

—Smithville.

—¿Smithville? ¿Qué es eso? —pregunta Abigail con desdén, aunque el nombre le suena mucho.

—Es una población con poco más de cinco mil habitantes. Según Jimmy, está en el culo del mundo, pero dice que el viaje vale la pena.

Abigail se recuesta en su silla, mirando fijamente a Liam con una mirada tan penetrante que hace que él sienta que le

está leyendo hasta el último de los pensamientos.

—Pues me parece perfecto, que tengas buen viaje.

—Ya, de eso quería hablarte. Yo no puedo ir. Mi madre cumple setenta años este fin de semana y si no aparezco, me desheredará. Sabes lo dramática que se pone, y Vanessa la adora, me pedirá el divorcio si le digo que no puedo ir.

—Eres millonario, lo superarás. Y Vanessa jamás te dejaría, te mira igual que tú a ella, dais asco —responde Abigail.

—Venga, no me jodas, Abby, hablo en serio —dice Liam—. Tienes que ir tú.

—¿Yo? Envía a Lee, o a Jennifer. ¿Para qué coño les pagamos?

—Lee está grabando en Londres y Jennifer está negociando el contrato de Isabella en Los Ángeles. Si salieras más de este despacho lo sabrías. Solo quedamos tú y yo —explica Liam.

—Mañana tengo tres reuniones programadas, una cena con otro ejecutivo de Fux el sábado y el domingo tengo que revisar varios contratos que…

—Todo eso lo puedes hacer desde cualquier sitio que tenga conexión a internet —la interrumpe Liam—, además, el fin de semana no deberías trabajar.

—Pero quieres que vaya a ese pueblo —lo acusa Abigail.

—Eso es diferente, si hay una posibilidad, por remota que sea, de que esa chica sea tan buena como Jimmy dice…

—Podrá esperar a que Lee o Jennifer estén libres, o tú, para que te deleites escuchándola la semana que viene. No voy a perder el fin de semana viajando a ese sitio recóndito para escuchar a otra cantante de bar con sueños de grandeza.

—Irás —Liam se levanta—, porque nosotros nunca dejamos escapar una oportunidad, siempre llegamos los primeros, por eso tenemos la reputación que tenemos.

Abigail aprieta la mandíbula.

—Y porque tú jamás harías que mi madre celebrase su cumpleaños sin mí.

—Eres un cabrón —espeta Abigail, poniendo las manos planas en la mesa como si se estuviera preparando para lanzarle algo.

La señora Cottet, con sus ochenta kilos de amor incondicional y su tendencia a hacer lasaña para todo el vecindario es lo más cercano a una figura materna que Abigail ha conocido, y eso que tiene a la suya. Su memoria prodigiosa la hace revivir un recuerdo sin permiso como si estuviera pasando ahora mismo, solo que entonces ella tenía diez años, no cuarenta y dos como ahora. Abigail sostenía un trofeo dorado porque acababa de ganar un concurso de debate en el colegio. Tenía las mejillas rojas de pura emoción y una sonrisa resplandeciente le iluminaba la cara mientras corría hacia su madre. Solo esperaba un abrazo o una simple felicitación, cualquier gesto que le demostrara que estaba orgullosa de ella, pero, en lugar de eso, se encontró con la mirada fría de Brigitte Stone, rígida como si fuera una figura de mármol.

—El éxito no se celebra, se acumula, Abigail —su voz fue como un trueno entonces y resuena con la misma claridad en su cabeza ahora—. Las emociones son para los débiles, y tú no eres débil.

—Abby —dice Liam—. ¿A dónde te has ido?

Ella parpadea, confundida durante un segundo, pero solo uno porque ella es una mujer de acero.

—Está bien —acepta—. Iré a tu maldito pueblo perdido a escuchar a la cantante del bar, pero lo hago por tu madre, no por ti.

—Por supuesto —sonríe Liam—. Te guardaremos un trozo de pastel.

—Que te jodan. Espero que al menos no me reviente los tímpanos.

—Confía en mí, Jimmy es un jodido borracho, pero tiene oído para estas cosas.

—Jimmy solo escucha el sonido del hielo en su vaso cuando se queda vacío —objeta Abigail.

—Sí, eso también. En cualquier caso, piensa en esto como una aventura…

—Liam —lo corta Abigail—. Ahora es un buen momento para que me recuerdes por qué somos amigos.

—Porque me quieres, y porque yo te quiero a ti a pesar de que noto el frío que desprendes desde este lado de la mesa.

Liam se levanta.

—Llámame cuando llegues, y por Dios, también cuándo la escuches, necesito saber si de verdad es tan buena.

Cinco minutos después de que salga Liam, Patricia, su secretaria, asoma la cabeza por la puerta que él ha dejado abierta. Otra cosa que le molesta a Abigail y que sin duda él ha hecho a propósito.

—Señora Stone, ¿necesita que haga alguna reserva? —pregunta la mujer.

—Sí, un vuelo a Nashville para mañana por la mañana, también un coche de alquiler, y encuentra el hotel más decente de un lugar llamado Smithville, Tennessee, suponiendo que tal lugar exista.

El comentario es puro sarcasmo. El pueblo existe, Abigail lo ha comprobado en cuanto Liam ha salido, por eso sabe que su opción más rápida para llegar es volar hasta Nashville y desde allí conducir hasta ese pueblo recóndito cuyo nombre le sigue sonando, aunque ya se entretendrá en otro momento en averiguar el motivo.

—Enseguida, señora —dice Patricia.

Cuando la mujer sale de su despacho, Abigail coge su teléfono para llamar a Liam.

—No puedes arrepentirte tan pronto —responde él desde su oficina.

—No me has dicho el nombre del bar —dice ella, con el bolígrafo entre los dedos y la mano sobre su agenda, esperando con impaciencia.

—Lo sé, tengo que hablar con Jimmy de nuevo. Te llamo cuando lo sepa.

—Sabes que me molesta trabajar con la información incompleta. ¿Y el nombre de la chica? ¿Tampoco lo sabes? No, claro que no —se responde a sí misma.

Liam deja escapar una risita culpable.

—Su nombre es lo menos importante ahora mismo, solo nos interesa su voz —dice Liam—. Así que mantén la mente abierta, por favor, ya sabes que los diamantes en bruto a veces están…

—Los diamantes en bruto están donde yo los busco —interrumpe Abigail de forma abrupta, pensando en conservatorios prestigiosos, concursos nacionales o clubes de Las Vegas y Nashville, no un bar en un pueblo escondido.

—Sí, ahí también —confirma Liam con tono divertido—. Te llamaré cuando tenga información. Vete a casa a descansar.

Liam cuelga. A Abigail tampoco le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Pasa las siguientes horas revisando contratos, respondiendo correos y programando llamadas para la semana siguiente. La oficina se queda vacía sin que ella se dé cuenta, como pasa casi todos los días. Es casi media noche cuando cierra su portátil y se pone de pie para recoger su bolso y la chaqueta de su traje.

—Buenas noches, señora Stone —dice el guardia de seguridad del edificio.

—Buenas noches, Robert.

Cuando atraviesa el portal, su chófer, una mujer afroamericana de cincuenta años con el pelo lleno de trenzas que jamás se queja de los horarios de Abigail, la espera junto al coche con la puerta trasera abierta.

—Gracias, Loretta —dice Abigail, deslizándose dentro como si flotara.

Loretta cierra de un portazo y Abigail suspira. La mujer es un poco bruta, habla mucho para su gusto y a veces lanza improperios por la ventana y toca el claxon como una histérica, pero jamás se ha sentido insegura con ella ni ha llegado tarde a ningún sitio, así que Abigail decidió no despedirla hace

tiempo, aunque a veces Loretta se ponga lazos de colores en el pelo o le hable de recetas que ella no piensa cocinar.

—¿Sabe que los búhos nunca duermen del todo? —dice Loretta, mirándola a través del retrovisor—. Al parecer, siempre tienen un ojo entreabierto, por si acaso. Mi abuela decía que algunas personas nacen así: con el alma en vela. Quizá sea usted una de esas —añade haciendo un gesto hacia el reloj del coche.

Abigail la mira un instante, pero después sigue mirando por la ventana sin decir nada, pensando en lo que ha dicho.

—¿A qué hora la recojo mañana? —sigue Loretta.

Nunca se ofende por los silencios de Abigail, está acostumbrada y, aunque ella también nota la frialdad que desprende, solo le parece una niña que necesita sol. Por eso le gusta trabajar para ella.

—A las cuatro de la madrugada, tienes que llevarme al aeropuerto.

—Por supuesto. ¿Cuándo vuelve? —pregunta Loretta.

—El domingo. Patricia te avisará con los detalles.

Abigail no aparta la mirada de la ventana. Ir en coche le gusta, probablemente sean los únicos minutos del día en los que consigue relajarse, el resto del tiempo siempre está tensa.

—¡Ay, Dios! Esta canción me encanta —grita Loretta, sobresaltando a Abigail—. ¿Le importa si subo el volumen?

—El volumen está bien así —responde Abigail con un tono helado que hace bajar la temperatura interior del coche.

—Cierto —corrobora Loretta, y empieza a tararear la canción para disgusto de Abigail.

El Mercedes se detiene frente a su edificio en el Upper East Side y Abigail sube a su apartamento sin saber que, a partir de mañana, su corazón empezará a latir de un modo diferente y ella no podrá hacer nada para controlarlo.

CAPÍTULO 2

Abigail entra en Smithville conduciendo su coche de alquiler después de haber pasado por carreteras rurales estrechas y serpenteantes que se extendían a través de campos de maíz y granjas que parecían sacadas de una postal, pero ella apenas ha prestado atención al paisaje, con las manos cerradas alrededor del volante como garrotes, el cuerpo rígido y la mirada fija al frente mientras pensaba que debería haber traído a Loretta con ella para conducir por ese sitio donde, por increíble que parezca, echa de menos el tráfico de Nueva York.

Smithville le parece una especie de museo rural mientras avanza por una de sus calles, una farmacia, una barbería y algunas tiendas pequeñas con aceras prácticamente vacías salvo por algunos transeúntes que observan su coche de soslayo, tratando de ver quién lo conduce. Abigail suspira, comprendiendo que, en un pueblo tan pequeño, todos se conocen y de inmediato detectan a los turistas, no como en su amada Nueva York, donde la gente no repara en los demás, centrada en la rutina estresante del día. Sigue la dirección que marca el GPS hasta que llega al hotel que Patricia ha reservado para ella, solo que no es un hotel, es un *bed & breakfast*

situado en una casa victoriana con un porche de madera blanca donde hay dos mecedoras.

La ira le trepa por el cuello y le tensa la mandíbula mientras busca su teléfono en el bolso para llamar a Patricia y preguntarle si se dio un golpe en la cabeza antes de hacer la reserva, pero entonces se detiene y respira. Patricia es eficiente, por eso es su asistente, y si ha reservado una habitación para ella ahí, es porque tiene todo lo que Abigail necesita y más valora: buena conexión a internet, habitación amplia con zona de trabajo —porque ella no desconecta nunca — limpieza, al menos un balcón para poder salir a tomar aire cuando habla por teléfono y una cama cómoda, entre otras cosas. Es posible que este lugar no reúna todas sus condiciones, pero sí la mayoría, y por eso Patricia lo ha elegido. Decide no hacer un drama, ni preguntas, solo pasará dos noches aquí, puede soportarlo.

Abigail saca su maleta del asiento trasero y sube las escaleras del porche para casi tropezarse con el dueño, que sale a su encuentro en cuanto cruza la puerta.

—La señora Stone, ¿verdad? —pregunta con una sonrisa amplia que hace que sus mofletes se vuelvan más redondos.

—Sí —responde con su habitual frialdad, empezando a ser consciente de lo cansada que está.

Desde que Loretta la ha dejado en el aeropuerto hasta que ha aterrizado en Nashville y ha llegado aquí, han pasado algo más de ocho horas, y todo por una cantante pueblerina que probablemente solo destaca porque su voz tiene un timbre poco común en la zona.

—Soy Harold, el dueño de esto. Bienvenida a Smithville.

—Gracias.

El hombre se mueve tras el mostrador de forma nerviosa y torpe mientras busca las llaves de la habitación de Abigail, que lo observa con impaciencia.

—Aquí están. Un segundo, que busco el mando del televisor —dice Harold.

—No es necesario —responde Abigail.

—Será un momento. ¿Qué la trae por el pueblo? —pregunta el hombre mientras abre un cajón.

Abigail le dedica una de sus miradas heladas y Harold parece detenerse por un momento, como si realmente lo hubiera congelado.

—Solo estoy de paso —responde Abigail con sequedad.

—Claro, por supuesto. Aquí tiene —Harold no pierde la sonrisa—. Si es tan amable de seguirme, la llevo a su habitación.

La habitación resulta ser una suite sorprendentemente grande. La decoración no es del estilo de Abigail, demasiado antigua, pero es acogedora y las vistas desde la pequeña terraza —Patricia no ha fallado— ofrecen una panorámica de las colinas en los alrededores que la deja sorprendida. Este pueblo es todo lo que Abigail considera alejado de la civilización, pero tiene algo que resulta embriagador.

—Que disfrute de la estancia —dice Harold antes de salir.

—Espere —le pide Abigail—. ¿Hay algún sitio cerca de aquí donde pueda ir a comer?

—Cerca, sí, por supuesto —sonríe complacido de poder ayudarla—. El restaurante de los Davey. Está en esta misma avenida y tienen el mejor pollo frito de la zona.

Pollo frito, hace tanto tiempo que no lo prueba que ni siquiera recuerda cómo sabe.

—Gracias, Harold.

Cuando al fin se queda sola, empieza su despliegue. Lo primero que hace es poner a cargar su teléfono, lo segundo, colocar su portátil sobre el escritorio y dejar su agenda al lado, también sus dos bolígrafos, su bloc de notas, sus gafas de leer… En cuestión de dos minutos, ha convertido la habitación en su zona de trabajo y Abigail ya puede respirar tranquila, entonces se sienta cerca del teléfono y llama a Patricia para que la ponga al día.

—Hay dos contratos que tiene que revisar, y otra marca de ropa quiere patrocinar a Martin, han enviado la propuesta hace un rato —va relatando Patricia.

—Pásamelo todo al correo, aquí tendré tiempo de mirarlo —concluye Abigail.

—Sí, señora.

Solo cuando cuelga y siente que está al día y lo tiene todo bajo control, deshace la maleta y se mete en la ducha para quitarse de encima la suciedad que siente después de cada viaje. Abigail sale del edificio una hora después, su melena castaña tan clara que parece rubia brilla a través de sus mechas casi blancas como si el sol solo le diera a ella. Ha elegido un traje sastre gris oscuro con una camisa blanca, pero no se ha puesto la chaqueta porque la temperatura en

Smithville a mediados de junio ronda los 28 grados y hay bastante humedad, así que lleva la camisa remangada y los botones desabrochados casi hasta el escote.

El Davey's resulta ser lo que esperaba, el típico restaurante familiar con manteles a cuadros, menús plastificados y ese inconfundible aroma a comida frita que lo impregna todo. Abigail ni siquiera recuerda cuánto tiempo hace que no come en un sitio como este, pero ahora mismo su estómago ruge con tanta furia que está dispuesta a pasar por alto sus exigencias.

—¿Qué tal? —pregunta un chico de unos treinta años acercándose a su mesa con una sonrisa.

Es atractivo, con el pelo oscuro y despeinado, ojos claros y la típica seguridad con la que probablemente consigue que todas las chicas le sonrían de inmediato. Abigail no. Ella solo lo mira mientras él deja un vaso de agua helada frente a ella después de pasar un trapo húmedo para limpiar la mesa.

—Soy Ethan, me ocuparé de su mesa —dice sonriendo.

Abigail mira a su alrededor. Calcula que hay unas quince mesas en el local, pero solo cinco están ocupadas debido a la hora que es, así que no cree que suponga mucho esfuerzo para el tal Ethan atenderla.

—Si me permite hacerle una recomendación, el pollo frito es nuestra especialidad, pero si prefiere algo más ligero, la ensalada de pollo a la parrilla es una excelente elección. Aquí tiene la carta. ¿Algo más además del agua?

—Una copa de vino blanco —responde Abigail, cogiendo el menú plastificado.

—Por supuesto. Vuelvo enseguida y le tomo nota.

Ethan se marcha y ella se queda mirando un momento la carta, pero no tiene ganas de pensar y sus ojos se desvían hacia la pared de su izquierda. Hay un montón de fotografías de un festival musical, el *Smithville Fiddler's Jamboree.* Ese sí que lo conoce Abigail y es el motivo por el que Smithville le sonaba tanto. Buscando información sobre el pueblo mientras esperaba en el aeropuerto, fue una de las primeras cosas que encontró, un festival anual que se celebra en la zona con una afluencia de entre veinte y cuarenta mil personas. Principalmente música folk, bluegrass y country, no es el estilo de cantantes con el que ella trata y por eso nunca ha estado ahí, pero la música es música y el estilo nunca importa, importa la calidad.

—Aquí tiene —dice Ethan apareciendo con su copa de vino —. ¿Sabe ya lo que va a tomar?

—La ensalada de pollo —responde Abigail, cogiendo su copa para darle un sorbo.

—Excelente elección —Ethan se retira de inmediato, consciente de que no tiene nada que hacer con la mujer elegante de la mesa junto a la columna.

La ensalada está mejor de lo que Abigail habría pensado, o eso, o tiene mucha hambre. Incluso el pollo le sabe a gloria. Come mientras va revisando correos en el teléfono, completamente concentrada. Ethan le trae una segunda copa de vino sin que ella levante la vista, solo le da las gracias con apenas un murmullo hasta que otra voz, esta vez femenina, la hace levantar la cabeza y su melena ondulada a la altura de

sus hombros, se arrastra sobre ellos haciendo que los ojos de la camarera se centren demasiado en su escote.

—¿Va a querer postre?

Esa ha sido la pregunta que ha llamado su atención.

La chica que hay junto a su mesa, con un polo con el nombre del restaurante bordado en el lado derecho del pecho —igual que el que lleva Ethan— deja a Abigail sin palabras. Eso no es algo que suceda nunca. Abigail es una mujer de pocas palabras, pero por elección, ella no habla porque no quiere, y ahora tiene la boca seca, se siente como si estuviera atragantada, algo que no le había pasado en… no le ha pasado antes, Abigail está segura. La chica tiene la piel de un tono oliváceo que parece irradiar calor hacia ella. Su pelo negro ondulado cae por detrás de sus hombros como una cascada indomable, alborotado y brillante mientras la mira con unos ojos almendrados de color marrón como el chocolate derretido.

Pero no es su belleza salvaje lo que ha desarmado a Abigail Stone, es su presencia poderosa, su forma de mantenerle la mirada sin pestañear, sin sentirse intimidada por ella como suelen hacer todos mientras una sonrisa juguetona asoma en medio de esos labios carnosos. La chica es pura sensualidad e irradia confianza en sí misma, sabe el efecto que causa y no tiene intención de disculparse por ello. Abigail tampoco.

—Depende —responde Abigail, girándose hacia ella con toda esa seguridad que a ella también le sobra—. ¿Qué me ofreces?

El tono le sale tan seductor como pretendía, y la sonrisa de la chica se amplía hacia un lado. Su mirada se desplaza por el

cuerpo de Abigail con un descaro que sorprende a la ejecutiva. Va de arriba abajo muy deprisa, deteniéndose un segundo en sus manos con una manicura perfecta, otro tiempo más prolongado en el escote, abultado —Abigail tiene un busto generoso— y después se detiene en sus ojos gris verdoso mientras algo destella en su mirada oscura.

—Bueno, puedo darle lo que quiera —responde con descaro—, pero si quiere empezar por el postre, le sugiero la tarta de arándanos.

El teléfono de Abigail suena en ese momento y ella desliza la mano por la mesa para cogerlo. Mira de reojo la pantalla solo un segundo antes de descolgar para ver que es Liam.

—Dime —responde fijando sus ojos fríos en la camarera, que le mantiene la mirada.

—Entiendo que ya has llegado —dice él con cierto tono de desaprobación.

—Sí. Estoy comiendo. Quizá no haya sido tan mala idea venir a este sitio —dice Abigail con sequedad, sin dejar de mirar a la chica.

La sonrisa de la camarera vuelve a curvarse un poco más, solo por un lado, sexy y provocadora, consciente de que es el objeto de la conversación de la mujer.

—¿A quién vas a follarte? —dispara Liam más fuerte de lo que debería, aunque a Abigail no parece molestarle.

—Dame un momento, Liam.

Abigail cubre el teléfono con la mano y levanta un poco más la mirada.

—Entonces, la tarta de arándanos —dice con esa voz que suena sedosa y afilada al mismo tiempo.

—Tarta… —asiente la chica y desaparece tras apuntar el pedido.

—Ya estoy contigo —dice Abigail al teléfono.

—¿De verdad has ligado ya? —insiste él.

—A lo mejor —Abigail la busca con la mirada tras la barra, pero no la ve por ningún sitio y se gira hacia la entrada.

—¿Quién es? —pregunta Liam, intrigado—. Bueno, tampoco importa, harás como siempre, follártela sin preguntarle ni siquiera el nombre.

Es cierto, Abigail lo hará. Los nombres no son importantes ni le interesan, tampoco las conversaciones. Ella solo busca el desahogo, el sexo es como una transacción más, solo que esta le produce orgasmos.

—En fin, no he podido hablar con Jimmy todavía, tiene el teléfono apagado —sigue Liam.

—No importa, no creo que toquen música en vivo en muchos bares por aquí. Harold seguro que sabe en cuál es —dice con una mueca.

—¿Harold? ¿Quién es Harold? —pregunta Liam.

—El dueño del sitio donde me alojo. Te llamo después —dice Abigail, colgando sin compasión cuando ve que la camarera se acerca con su tarta.

La chica la desliza frente a ella mientras la observa y a Abigail le llega una oleada de su perfume. Es suave y agradable, y le sorprende que no esté mezclado con el olor a fritanga.

—Espero que le guste —dice la camarera.

—Seguro que sí —responde Abigail, hundiendo la cuchara muy despacio sobre la tarta.

—¿Necesita algo más? —pregunta la camarera antes de marcharse.

Abigail puede sentir el calor del cuerpo de esa chica a su lado, un fogonazo irradiado hacia ella que le está calentando la piel hasta quemarla.

—Me alojo en esta misma calle —suelta Abigail, recostándose en la silla mientras la mira fijamente.

La chica le mantiene la mirada, seria durante un segundo, después vuelve a curvar un poco la comisura izquierda.

—La casa de Harold —dice y se acerca un poco.

—Sí, la casa de Harold —repite Abigail, notando que la boca se le seca de nuevo.

—¿Qué habitación?

Abigail juega con la cuchara antes de responder. La casa de Harold tiene solo cinco habitaciones y le parece extraño decir un número que tenga menos de tres cifras.

—Cinco.

—Cinco —repite la chica y se inclina sobre ella—. Mi turno acaba en media hora, quizá me pase, o quizá no.

Y se aleja. Abigail la observa, rabiosa y divertida al mismo tiempo. Con ella nadie juega, a ella nadie la deja con la incertidumbre. Y, sin embargo, no le importa, porque tiene tanta confianza en sí misma, que sabe que la chica irá a su habitación en algún momento de la tarde para hacer que este viaje merezca la pena.

CAPÍTULO 3

Taylor respira profundamente mientras mira la puerta de la habitación número cinco de la casa de Harold. Las manos le tiemblan un poco cuando se las pasa por su camiseta negra ajustada antes de pasarlas también por su melena ondulada. No está nerviosa por el sexo —nunca lo está por algo así— es por la mujer, hay algo en ella que la descoloca de una manera que no sabe cómo manejar. La frialdad en esos ojos de color gris verdoso, la forma en que la miró como si Taylor fuera algo que quería devorar y controlar al mismo tiempo, es algo con lo que no se ha encontrado antes, pero que tampoco va a detenerla. Aunque ha querido hacerse la interesante, ha sabido que iría a su habitación en cuanto la mujer le ha dicho dónde estaba alojada.

Sonríe para sí y llama a la puerta con dos golpes secos y seguros.

—Entra —dice la voz sedosa desde el interior, casi de inmediato.

Taylor abre la puerta y ve a la mujer junto a la ventana, de espaldas a ella mientras mira hacia las colinas que rodean esa parte del pueblo. Lleva el mismo pantalón que hace una hora

cuando estaba en el restaurante, pero la camisa es otra, esta no es blanca, es de color crema.

—Cierra la puerta —ordena Abigail sin girarse. Sabe que es ella sin necesidad de mirarla, la camarera irradia una energía huracanada que puede sentir a metros de distancia.

Su tono autoritario no admite discusión y Taylor obedece, cerrando también el pestillo, que resuena con un pequeño ruido que es como una confirmación de lo que va a pasar ahí dentro. Entonces Abigail se gira y Taylor siente que el aire se espesa entre ellas cuando esos ojos la recorren de arriba abajo con la misma intensidad que en el restaurante, solo que ahora hay un destello depredador en su mirada.

—Ven aquí —dice Abigail, seca y exigente.

Taylor camina hacia ella con esa confianza en sí misma que nunca la abandona cuando se trata de mujeres, pero hay algo en la presencia de esta que hace que su pulso se dispare más rápido de lo que debería. Se detiene a un metro de ella y tuerce esa sonrisa provocadora que siempre le funciona.

—¿Es una costumbre para ti visitar pueblos para follarte a sus camareras? —pregunta Taylor ampliando la sonrisa.

Abigail arquea una ceja, en un gesto que a Taylor le parece tan elegante como amenazador.

—¿Quién dice que voy a follarte? —pregunta Abigail.

La respuesta coge a Taylor por sorpresa. Está acostumbrada a que las mujeres —todas sin excepción— se derritan ante su presencia, pero esta permanece fría, calculadora, como si Taylor no fuera una mujer con la que

pasar un buen rato y fuera una inversión cuya viabilidad está evaluando.

—Porque de lo contrario, no me habrías dado tu número de habitación —responde Taylor, dando un par de pasos hacia ella con esa seguridad a la que Abigail tampoco está acostumbrada.

Ninguna mujer se muestra así de tranquila frente a ella, todas son sumisas, asustadizas incluso. La observa en silencio durante unos segundos que para Taylor son eternos, después se acerca a ella muy despacio, como si fuera una depredadora a punto de atacar.

—Tienes razón —admite Abigail, con ese tono que parece acariciar y cortar al mismo tiempo—, pero esto se hace como yo diga.

Taylor está a punto de responder que le da igual cómo se haga, pero la mujer está tan cerca que su mirada se ha quedado fija en esas pequeñas motas doradas que hay en el iris de sus ojos.

—Tienes unos ojos… —empieza Taylor, pero antes de que pueda terminar la frase, Abigail la coge por la nuca y la besa.

No es un beso suave, delicado o exploratorio, es pura posesión, es Abigail Stone en todo su esplendor. Sus labios son exigentes y, cuando Taylor intenta tomar parte del control, Abigail le muerde el labio inferior a modo de advertencia para dejarle claro quién manda. Taylor gime contra su boca, sorprendida por lo mucho que le excita esa dominación. Está acostumbrada a ser ella la que marca el ritmo en la cama, pero

hay algo en esta mujer que hace que no le importe rendirse a lo que le pida.

—Mmmm —murmura Taylor cuando Abigail se separa para coger aire—, menuda boca tienes.

La frase le sale sin más, forma parte de su personalidad decir lo que piensa mientras folla, pero ve como en la mirada de la mujer titubea algo parecido a la sorpresa, como si nunca hubiera estado con nadie que se atreviera a hablarle de ese modo en un momento íntimo.

—Quítate la ropa —ordena Abigail, dando un par de pasos hacia atrás para poder observarla.

Taylor ni se lo piensa, se quita la camiseta dejando a la vista su sujetador de encaje negro. Después se baja los pantalones de forma muy lenta, consciente de que la mujer la devora con la mirada.

—Todo —exige Abigail cuando Taylor se queda en ropa interior.

La camarera se desabrocha el sujetador y deja que caiga al suelo. Después se quita las bragas con la misma lentitud que el pantalón y se queda desnuda bajo la mirada implacable de Abigail, que sigue completamente vestida.

—Eres preciosa —reconoce Abigail en voz alta.

No acostumbra a hacer este tipo de comentarios, pero la chica se lo parece en todo su conjunto, y eso que tiene los pechos demasiado pequeños para su gusto, aun así, le da igual, la camarera es de una belleza tan salvaje que la tiene descolocada.

—Tú tienes demasiada ropa encima —responde Taylor acercándose a ella, dispuesta a desabrocharle los botones de la camisa.

Abigail la detiene con un solo movimiento.

—Te he dicho que se hace como yo diga —dice con esa frialdad que congelaría a cualquiera, pero que en Taylor produce el efecto contrario.

Está empapada y, si sigue a este ritmo, sus muslos pronto empezarán a gotear.

Abigail empuja a Taylor hacia la cama con suavidad hasta que esta nota el colchón detrás de las piernas y se sienta, mirando hacia arriba —con los ojos muy abiertos y el pulso acelerado— mientras Abigail se quita la camisa. Su cuerpo es lo que Taylor ya se ha imaginado mientras iba de camino a su habitación: delgado, pero con curvas en los sitios correctos, piel blanca salpicada por varias pecas que está deseando repasar con la lengua y unos pechos generosos que sobresalen por encima de su sujetador de encaje.

—Túmbate —ordena Abigail.

Taylor sonríe de forma descarada y obedece.

—Me gusta que me des órdenes —dice con voz ronca—. A ver qué más sabes hacer con esa boca.

Abigail se estaba quitando los pantalones cuando Taylor dice eso. Se queda quieta, mirándola con la mandíbula tensa, pero Taylor no percibe que sea enfado lo que le cruza la expresión, sino algo mucho más primitivo.

—No hables —dice Abigail, terminando de desnudarse.

—Me gusta hablar mientras follo —suelta Taylor sin cortarse, incorporándose hasta apoyarse sobre los codos—. Quiero decirte lo buena que estás, lo mucho que me pones…

—He dicho que no hables.

Abigail se sube en la cama y se coloca sobre Taylor, aplastándola contra el colchón. El contacto lanza una descarga por el cuerpo de la camarera que es inmediata y hace que arquee la espalda de forma involuntaria, buscando más presión.

—Joder, sí —gime Taylor—, eres tan sexy…

Un beso desesperado le sirve a Abigail para silenciarla, después baja los labios hacia su cuello y Taylor siente los dientes de la mujer presionando contra la piel de su garganta —demasiado sensible a esas alturas— y no puede evitar seguir hablando.

—Muerde —jadea—, me gusta que duela un poco.

Abigail se detiene y la mira fijamente.

—¿Siempre hablas tanto?

—Solo cuando estoy muy cachonda —responde con descaro—. ¿No te gusta escuchar lo mucho que me pones?

Por un único momento, Abigail parece desorientada. Definitivamente, nunca ha estado con una mujer tan descarada y directa como esta y Taylor puede ver cómo se le dilatan las pupilas mientras piensa.

—¿No vas a responder? —pregunta Taylor, notando como la mujer se tensa cuando le pasa las manos por la espalda desnuda.

En lugar de contestar, Abigail baja la cabeza y se mete el pezón izquierdo de la camarera en la boca. La sensación produce una descarga en Taylor que va directamente hasta su sexo, haciendo que lance un gemido y después suspire con fuerza.

—Hostia, sí —jadea—. Chupa, hazme lo que quieras.

A Abigail le cuesta comprender el motivo por el que ese vocabulario soez le resulta tan excitante, pero no se va a poner a analizarlo ahora. Cada vez que la chica abre la boca, ella se siente más hambrienta y exigente, y sus manos empiezan a recorrer el cuerpo de Taylor por todas partes, descontrolándose.

—Así, suéltate un poco —murmura Taylor.

—Para de hablar —exige Abigail contra su piel, pero no se detiene, ahora tiene el otro pezón en su boca, lamiéndolo con ansia mientras nota la presión de la pierna de la chica contra su sexo, desquiciándola.

—No puedo —responde Taylor, arañando la espalda de Abigail con suavidad—, me pones muchísimo.

Abigail levanta la mirada y la posa sobre sus ojos mientras desliza una mano entre sus piernas. Taylor cree que va a perder la cabeza cuando nota el roce de sus dedos.

—Estás empapada —dice Abigail frunciendo el ceño, como si solo la estuviera tocando para comprobar que Taylor no mentía.

—Te lo he dicho, nena, me pones mucho.

—No me llames así —dice Abigail, cortante.

—Pues dime tu nombre. Yo me llamo Taylor —dice ella, con los muslos temblando de excitación a pesar de que Abigail solo mantiene la mano entre sus piernas sin moverla.

—Mi nombre no es necesario para esto, y tampoco necesito saber el tuyo.

Taylor se muerde el labio, divertida por la expresión furibunda de la mujer.

—Como quieras, ¿puedes meterme los dedos? Me moriré si no me tocas.

Le resulta muy complicado comprender a esta chica, pero Abigail obedece porque ella siente la misma necesidad de tocarla que Taylor de que la toque, aunque lo hace de forma lenta, torturándola mientras estudia y memoriza cada reacción de la camarera.

—Joder, no pares —suplica Taylor retorciéndose.

Los dedos de Abigail se mueven dentro de ella con sabiduría, presionando y curvándose en los momentos exactos mientras entra y sale cada vez más rápido.

—No pares —sigue jadeando Taylor—, voy a correrme…

—Todavía no —dice Abigail, sacando los dedos de forma repentina.

Taylor suelta un gruñido desgarrado y levanta la cabeza.

—¿Qué coño haces? —pregunta mirando a Abigail con esos ojos grandes y marrones brillando de pura desesperación.

—Te he dicho que se hace como yo quiera —responde con su habitual tono helado.

Antes de que Taylor pueda protestar, Abigail se desplaza hacia abajo, dejando un rastro de saliva por el cuerpo de Taylor

que acompaña con pequeños mordiscos que la vuelven loca. Cuando llega a sus caderas, se detiene un instante y mira hacia arriba, provocadora.

—¿Quieres saber qué puedo hacer con la boca? —pregunta Abigail.

Taylor tiene que esforzarse mucho para no correrse cuando la escucha.

—Joder, sí —gime desesperada—. Tu lengua en mi coño tiene que ser como…

Su verborrea se detiene cuando Abigail hace exactamente lo que ella desea, lamerla de abajo hacia arriba primero, presionando con suavidad, pero abarcando toda su hendidura. Taylor suelta un gemido profundo y su cuerpo entero se estremece, y entonces Abigail busca su clítoris y lo presiona, después lo chupa y se desliza de nuevo para volver a lamerla entera. Taylor arquea la espalda de puro placer y casi se levanta del colchón.

—Hostia, sí —jadea sin parar—. Tienes una lengua jodidamente buena, no pares, por favor.

Abigail gruñe contra ella. Taylor no sabe si le está pidiendo que se calle o si simplemente ha sido algún gemido ahogado contra su sexo, pero la vibración del sonido ha hecho que ya esté muy cerca del orgasmo. Abigail parece notarlo de algún modo, se agarra con fuerza a sus caderas e intensifica el movimiento de su lengua, presionando con más fuerza contra su clítoris mientras las manos de Taylor se enredan en su pelo y la aprietan contra ella sin importarle que Abigail apenas pueda respirar.

—Voy a correrme —anuncia Taylor como si no fuera evidente con el temblor de su cuerpo—, eres tan sexy…

Taylor se corre contra su boca, derramándose sobre ella mientras grita tan fuerte que Abigail está segura de que la están escuchando en todo el edificio. Su cuerpo se ha tensado como un arco y ella se sacude con pequeños espasmos mientras las oleadas de placer la recorren y Abigail sigue ahí, pegada a su sexo, bebiendo de su orgasmo hasta que Taylor la aparta con suavidad cuando está tan sensible que ya no puede soportar que su boca siga pegada a ella.

—Joder —murmura Taylor, todavía jadeando, mientras tira de Abigail para mirarla a la cara.

Tiene los labios hinchados y brillantes, la barbilla empapada y las mejillas sonrojadas, pero lo que más llama la atención de Taylor, es la mirada depredadora de la mujer.

—Te toca —dice Taylor.

—No hace falta —responde Abigail haciendo alarde de su autocontrol, pero ella misma se da cuenta de que su voz ha sonado demasiado ronca y necesitada.

—Yo creo que sí —insiste Taylor, empujándola con suavidad hasta que Abigail queda tumbada bocarriba—. Yo también quiero probarte, quiero… joder, cariño —sisea Taylor, después de pasar los dedos por la abertura de Abigail, encontrándola completamente mojada.

Ella reprime un gemido, pero Taylor ve como su estómago se tensa.

—No me llames cariño —murmura Abigail.

Taylor arquea una ceja y sonríe antes de inclinarse sobre ella. Su densa melena cae sobre el pecho de Abigail haciéndole cosquillas, aunque ella no se ríe.

—Tengo que dirigirme a ti de alguna manera —le susurra Taylor al oído—. O me dices tu nombre, o te llamaré como me plazca.

Le da un suave mordisco en el cuello y Abigail atrapa su pelo para detenerla y apartarla, pero entonces Taylor lo intensifica hasta convertirlo en un chupetón, uno fuerte, de los que las dos saben que dejará una marca clara que durará días, pero los suaves murmullos de placer que Taylor hace mientras la chupa, paralizan a Abigail, que cierra los ojos y se muerde los labios con fuerza, notando como se humedece más de lo que está.

—Lo siento, eres una jodida tentación —dice Taylor, pasando un dedo sobre el chupetón.

—No vuelvas a hacerlo, ni vuelvas a amenazarme —dice Abigail, mirándola fijamente con esos ojos moteados que desorientan a Taylor un segundo, después simplemente le sonríe y se desplaza por su cuerpo.

Taylor besa y lame todo lo que encuentra en su recorrido, también muerde, ignorando las órdenes de Abigail, que acaba con otros dos chupetones antes de que la lengua furiosa y caliente de Taylor empiece a torturar sus pezones. Su espalda se arquea y suspira, retorciendo las sábanas entre las manos.

—Eso es, déjate llevar un poco —susurra Taylor.

Sus manos exploran el cuerpo de Abigail con detenimiento, trazando cada curva mientras chupa sus pezones, besa sus

costillas y lame su ombligo hasta llegar a su pubis.

—Estás mojadísima —insiste satisfecha cuando llega a su sexo.

—Cállate de una puta vez —exige Abigail, sintiendo que se correrá antes de hora si ella sigue hablando.

Taylor sonríe y decide no torturarla más. Su lengua va directamente al clítoris de Abigail y su reacción es inmediata. Abigail gime, es un sonido bajo y gutural que Taylor nunca se habría imaginado escuchar de una mujer tan controlada como esta. Se dedica a ella con adoración, presionando en cada punto donde nota que la mujer reacciona o donde su respiración se vuelve más pesada.

—¿Esto te gusta? —pregunta Taylor, metiéndole dos dedos muy despacio, asegurándose de que está bien.

Abigail no contesta, pero el suave gemido que escapa de su boca lo confirma, también el movimiento de su pelvis buscando la mano de Taylor.

—Vamos, no te contengas —susurra Taylor en un tono muy suave, casi suplicante—. Deja que te escuche, por favor —dice mientras sus dedos se mueven dentro de ella.

Los ojos de Abigail se abren, quiere decirle que se calle de nuevo, pero escucharla la pone muy cachonda, y el tono meloso que acaba de utilizar ha provocado una pulsión en su centro que la tiene al borde del orgasmo. Abigail suspira cuando el hormigueo empieza a expandirse por su vientre y sabe que el orgasmo es inminente. Agarra la cabeza de Taylor por detrás, retorciendo un mechón de su pelo mientras la

empuja hacia su sexo para correrse en su boca mientras la folla.

Su orgasmo es silencioso, pero devastador. El cuerpo de Abigail se tensa por completo y ahoga varios gemidos hasta que por fin se queda inmóvil, tratando de recuperar la respiración mientras Taylor se arrastra por su cuerpo hasta quedar a su lado.

—Ha estado bien —dice Taylor, dejando asomar su sonrisa torcida mientras observa a la mujer sin nombre.

Abigail la mira con expresión indescifrable. A Taylor le gustaría saber interpretarla, pero es imposible, la mujer es un completo misterio.

—Sí —concuerda Abigail sin alterar el tono—. No ha estado mal.

Se quedan en silencio mientras la respiración de Abigail se va acompasando. Sus brazos están juntos y Taylor nota el calor de esa piel blanca como el marfil y, por un momento, le entran ganas de acurrucarse junto a ella, pero la postura rígida de la mujer es una clara señal de que no debe hacerlo.

—Entonces —dice Taylor después de un par de minutos—, ¿qué es lo que te ha traído a Smithville?

La pregunta parece despejar la mente de Abigail de golpe, haciendo que se incorpore y salga de la cama para buscar su ropa.

—No estoy aquí para hacer amigas, eso seguro —responde sin mirarla.

Taylor también se incorpora, pero solo la observa, fascinada por la facilidad de la mujer para controlar las

emociones y marcar distancias.

—No he dicho que quiera ser tu amiga —responde Taylor con una sonrisa burlona—. Solo tengo curiosidad.

—Pues no la tengas —insiste Abigail, poniéndose las bragas para después sentarse en la silla frente al escritorio, sin nada más de ropa.

—De acuerdo —Taylor levanta las manos, pero se permite unos segundos para contemplarla.

Es evidente que la mujer espera a que se vista y se marche, pero no debe ser muy consciente del efecto demoledor que provoca verla así, sentada en esa silla con una pierna cruzada sobre la otra y el brazo recostado en el respaldo, vestida solo con las bragas, marcada por la boca de Taylor en el cuello y en el pecho, con el pelo alborotado y los labios todavía hinchados tras los besos.

—Alguien debería retratarte, ¿sabes? —dice Taylor saliendo de la cama.

Empieza a buscar su ropa mientras Abigail la observa, ignorando el comentario. Taylor se viste despacio, pero no parece hacerlo para provocarla, está absorta, como si su mente estuviera en otra parte en ese instante.

—¿Qué hora es? —pregunta de repente.

Abigail mira su reloj de pulsera, la única joya que suele utilizar.

—Las siete y cuarto —responde.

—Mmmm —dice dando un par de saltitos para terminar de subirse el pantalón.

Se lo abrocha, se pone la camiseta y se calza las zapatillas antes de acercarse a Abigail.

—Me lo he pasado muy bien, pero me tengo que ir —dice divertida.

Abigail pone los ojos en blanco, técnicamente, la ha echado ella, pero tampoco discutirá por eso. Necesita que se marche para darse una ducha, arreglarse y preguntarle a Harold por un maldito bar donde toquen música en vivo esta noche.

—En fin —dice Taylor, atusándose esa melena desordenada con los dedos—, si quieres repetir antes de marcharte, ya sabes dónde puedes encontrarme.

Abre la puerta y le dedica una última mirada a Abigail. Ella no responde, ahora no tiene tiempo para pensar en más sexo. Está agotada por el viaje y por el encuentro inesperado con la camarera —Taylor, se recuerda— aunque hubiera preferido no saber su nombre. Y todavía tiene que soportar varias horas hasta la noche y sentarse en un bar de mala muerte donde probablemente no sabrán hacer ninguno de los combinados que le gusta. Todo eso mientras escucha a la cantante de pueblo y decide si es tan buena como dice el borracho de Jimmy.

CAPÍTULO 4

Taylor empuja la puerta mosquitera de su casa con el hombro, tratando de mantener el equilibrio mientras se quita las zapatillas en el porche. Desde la casa de Harold hasta la suya apenas hay siete minutos caminando y, durante todo el trayecto, no ha dejado de pensar en todo lo que ha pasado en la habitación número cinco.

—¿Tiffany? —pregunta en cuanto entra.

—En mi habitación —responde su hermana mayor.

Tiffany tiene seis años más que ella y se mudó con Taylor hace dos meses, cuando al fin se decidió a pedirle el divorcio a Jason, un abogado estirado con el que se casó cuando Tiffany empezó a trabajar en el bufete de los Mason al licenciarse. Ahora está con ella mientras todo se estabiliza un poco en su vida. A Taylor tampoco le molesta que esté en su casa, se pasa casi todo el día en el bufete y, cuando llega, se encierra en su habitación para seguir trabajando, pero hace la cena y se encarga de la colada.

Taylor sube los escalones hacia el piso superior de dos en dos, directa hacia la habitación de su hermana porque necesita hablarle de la mujer misteriosa y la follada exquisita que acaba

de pegarle, pero se detiene en la puerta justo a tiempo, cuando recuerda que su boca todavía huele a sexo.

—Mierda —dice y corre hacia el baño.

Taylor se lava la cara y las manos sin dejar de sonreír y se mira en el espejo. Está roja y los ojos le brillan de pura satisfacción.

—¿De dónde vienes? —pregunta Tiffany cuando Taylor entra en la habitación.

Está sentada en la cama, con las piernas estiradas y el portátil sobre ellas.

—De la casa de Harold —responde Taylor, apoyando el hombro contra el marco de la puerta.

Su hermana levanta la vista de la pantalla y aparta el ordenador a un lado. Taylor levanta una ceja.

—Joder, ¿en serio? —Tiffany mira la hora y la sonrisa de su hermana pequeña se amplía—. ¿Quién ha sido esta vez?

—Una mujer —Taylor encoge los hombros.

Tiffany pone los ojos en blanco, su hermana pequeña no estaría con un hombre, aunque todas las mujeres del mundo se extinguieran.

—Vale —sonríe Taylor—, lo que digo es que no sé quién es. No sé su nombre. La conocí en el restaurante, vino a comer y bueno…

—A ver si lo entiendo. ¿Fue a comer al restaurante y te fuiste con ella a casa de Harold sin siquiera saber su nombre? —pregunta Tiffany, atónita.

—Eso mismo.

—Madre mía —su hermana suelta una pequeña carcajada —. Joder, deberías tener un poco de cuidado, cualquier día te encerrarás en una habitación con una asesina en serie.

—Esta mujer podría serlo —murmura Taylor, tumbándose al lado de su hermana—. Es fría, distante, controlada. Joder, Tiff, nunca he conocido a nadie así, te lo juro, pero me ponía tanto.

Tiffany no para de reírse.

—¿Te ponía que fuera fría? Eres muy rara, hermanita.

Taylor se encoge de hombros, quizá lo sea.

—¿Vas a volver a verla? —pregunta su hermana.

—Ni idea, ni siquiera sé cuándo se marcha.

—¿Pero te gustaría? —insiste Tiffany.

—Joder, sí. No sabes lo que es capaz de hacer con la lengua —suelta como si nada.

—¡Taylor! —Tiffany la empuja en medio de otra carcajada —. No necesito ese tipo de detalles.

—Lo siento, tienes razón.

Taylor se incorpora y se sienta, apoyando los pies en el suelo.

—Oye —dice Tiffany sentándose a su lado—, ya sabes que a mí me parece bien esto que haces de acostarte con quien te apetece. Me preocupa un poco que la mayoría sean mujeres que están de paso —comenta con ternura acariciándole la espalda—, pero entiendo que para ti es más fácil no tener que dar explicaciones al día siguiente y esas cosas, aun así…

—Aun así, ¿qué? —pregunta Taylor.

—No sé, ¿no echas de menos estar con alguien más en serio?

—¿Lo dices por lo que pasó con June? Eso fue hace años, Tiff, lo tengo superado —dice Taylor.

—Por eso mismo, quizá es el momento de que sientes un poco la cabeza, antes de que tropieces con una psicópata que te apuñale en la casa de Harold.

La mente de Taylor se transporta de nuevo a esa habitación y siente un pinchazo entre las piernas. Recuerda a la mujer sentada en la silla, en bragas, mirándola con esos ojos gris verdoso que no parpadeaban, erguida como una diosa, expectante, tensa, a la espera de que se marchara.

—Me gusta estar así —Taylor tuerce una sonrisa—. Si hubiera estado con alguien, no habría podido acostarme con esta mujer, y joder, Tiffany…

—Vale, sí, ya sé que hace cosas guays con la boca —Tiffany levanta las manos y el móvil de Taylor comienza a sonar.

—Es Ethan —dice mostrándole la pantalla a su hermana—. ¿Qué pasa? —contesta al descolgar.

—¿Dónde coño estás? —pregunta su hermano, irritado.

Taylor frunce el ceño y coge el brazo de su hermana para mirar la hora.

—En casa, ¿por qué?

—Habíamos quedado antes, ¿recuerdas? Todo el equipo de sonido está desmontado —dice su hermano.

Ella abre los ojos como platos.

—Mierda. Lo siento, se me olvidó, me ducho y estoy allí en media hora —asegura Taylor.

—Está bien —acepta él con un bufido.

—No sé por qué se estresa tanto —dice Taylor cuando cuelga, dejando el móvil a un lado de la cama.

—Ya lo conoces, le gusta tenerlo todo controlado —responde Tiffany.

—Ya, pero es pronto. Hay tiempo de sobra para montar el equipo.

Tiffany se encoge de hombros.

—Ve a ducharte, anda, apestas a sexo —la empuja Tiffany con una risita.

Taylor se dirige hacia la puerta, pero se detiene antes de salir.

—¿Vas a venir?

—No lo creo. Esta noche estoy cansada. La semana que viene, quizá. No te importa, ¿no? —pregunta Tiffany.

—No, claro que no. Solo son unas canciones, y estás harta de escucharlas. Aunque he compuesto una nueva —anuncia Taylor con expresión misteriosa.

—¿En serio? ¿La cantarás esta noche? —pregunta Tiffany.

—No, todavía no está lista —sonríe su hermana pequeña—. Voy a la ducha.

Treinta minutos después, Taylor está en el Rusty's, el bar donde ella y su hermano Ethan tocan los viernes por la noche desde hace tres años. Ethan es el mediano de los tres, tan solo dos años mayor que Taylor. La corta diferencia de edad entre ambos y su afición por la música es la que ha hecho que estén tan unidos. Él toca la guitarra eléctrica desde los doce años. Aprendió en su habitación y después practicaba en el garaje de su casa mientras Taylor canturreaba a su alrededor durante

toda la tarde. Así pasaron los años, y lo que era la afición de dos críos, se convirtió en algo más serio cuando Ethan se dio cuenta de que la voz de su hermana erizaba la piel de todos los que la escuchaban mientras él se retorcía tocando la guitarra. Taylor aprendió a tocar la guitarra acústica y Sam, el hijo del dueño del bar, toca la batería con ellos todos los viernes, suficiente para que las canciones que Taylor compone tengan una melodía que las acompañe. Aunque Ethan es muy consciente de que a su hermana no le haría falta el sonido de ningún instrumento para captar la atención de los presentes, su voz y su presencia en el escenario son más que suficientes.

—Bueno, creo que ya está todo listo —dice Ethan, pasando un brazo por encima de los hombros de su hermana con una sonrisa amplia—. ¿Nos tomamos algo mientras esperamos a que nos toque actuar?

Ella sonríe y le da un empujón suave.

—Eres un gruñón. ¿Sabes?

Él también se ríe.

—Sí, lo siento. Me he estresado cuando he llegado y he visto que hasta los focos estaban desmontados. Por cierto —dice cuando se sientan en un par de taburetes—. ¿Qué tal con la rubia del restaurante? A mí me ha ignorado como si fuera una piedra incómoda en la suela de sus zapatos de mil pavos.

—¿Has intentado ligártela? —pregunta Taylor, aunque conoce la respuesta.

Ethan y ella también comparten la afición de seducir a mujeres atractivas. Él se encoge de hombros con una sonrisa.

—No era su tipo, supongo.

—Gracias a Dios —responde ella con su sonrisa torcida—, y no es rubia, su pelo es castaño muy claro. Si no eres capaz de darte cuenta de esas cosas, tendrás problemas para ligar con mujeres como ella.

Él pone los ojos en blanco y ambos brindan con su jarra de cerveza cuando se la sirven.

CAPÍTULO 5

Cuando ya siente que está lista, Abigail se mira en el espejo de la habitación una última vez. Se ha puesto un vestido de corte sencillo, pero elegante, que se ciñe a su figura sin resultar demasiado llamativo, al menos eso espera. Lo que sí que es llamativo es el chupetón de su cuello. La marca destaca con una claridad brutal sobre su piel blanca, como si hubiera un trozo de fresa sobre un montón de nata. Abigail ha intentado disimularlo con maquillaje, pero su piel es tan pálida que lo único que hacía era empeorarlo, así que la marca estará ahí, visible en su cuello y parte de su escote, al menos la tercera la cubre el vestido.

Se pasa los dedos sobre el chupetón del cuello sin pensarlo, sintiendo una mezcla de excitación e irritación al recordarlo. Le molesta que esa camarera haya sido tan osada como para atreverse a marcarla así, como si fuera parte de su territorio, y le molesta más excitarse cada vez que piensa en ello. Es una sensación perturbadora que no encaja con su habitual autocontrol.

Comprueba la hora en su reloj de pulsera y sale de la habitación, decidida a averiguar de una vez por todas si Jimmy Walt tiene razón o si ha malgastado el fin de semana viniendo

a este pueblo recóndito por una cantante mediocre. Baja las escaleras con su elegancia habitual, como si todo el espacio le perteneciera sin ser consciente de ello, encontrándose a Harold en la recepción, cuyos ojos casi saltan de sus cuencas cuando la ve.

—Señora Stone —la saluda expandiendo una enorme sonrisa—. ¿Va a salir?

—Eso me temo —responde ella con aspereza—. Quizá pueda ayudarme. Busco un bar donde tocan música en vivo esta noche.

—Ah, el Rusty's —dice de inmediato.

—¿Está muy lejos? —pregunta Abigail.

—En absoluto, puede ir dando un paseo si lo desea. Está a un par de calles de aquí, bajando por la avenida principal. No tiene pérdida, es el único en esa calle que tiene un cartel con luces de neón.

—¿Sabe a qué hora comienzan? —indaga Abigail.

—¿A cantar? Sobre las nueve o nueve y media, debe estar a punto —explica Harold.

—Perfecto. Gracias.

—A usted.

Abigail sale del edificio y camina por las calles de Smithville en silencio. La temperatura ha bajado un poco, pero sigue siendo agradable y la brisa nocturna arrastra un aroma a hierba recién cortada que hacía mucho tiempo que no percibía. Lo observa todo con curiosidad, las casas con porches de madera blanca, los jardines bien cuidados y las luces encendidas a través de las ventanas. Todo transmite una

tranquilidad que a ella le resulta muy lejana. Se pregunta qué puede hacer alguien con verdadero talento en un lugar como este, donde las ambiciones parecen limitarse a mantener el césped cortado y conocer a todos los vecinos.

La idea de que pueda existir un diamante en bruto en este entorno tan apacible le parece cada vez más improbable. En su opinión, los grandes talentos surgen de la necesidad, del hambre de algo más. ¿Qué hambre puede sentir alguien que ha crecido en esta burbuja de tranquilidad? Pero aquí está ella, haciendo caso al borracho de Jimmy, al menos, la tarde que ha pasado con la camarera ha hecho que, sin duda, el viaje merezca la pena, independientemente de lo que encuentre dentro del Rusty's.

El cartel es como Harold lo ha descrito, el único con luces de neón en toda la calle. Cuando Abigail empuja la puerta y entra, el ambiente le resulta cálido y ruidoso. El local es más grande de lo que parecía desde fuera, hay al menos veinte mesas ocupándolo todo y una barra larga en la pared izquierda. Al fondo, hay un pequeño escenario elevado donde todo parece estar listo para la actuación.

Abigail se dirige hacia la barra y elige un taburete vacío situado al final, cerca de la puerta, que ofrece una vista clara del escenario, pero que la mantiene en la sombra, justo donde quiere. El camarero, un hombre de mediana edad con una barba gris muy tupida, se acerca a ella en cuanto la ve sentarse.

—¿Qué le pongo?

—Whisky con hielo, por favor —pide sin molestarse en preguntar por alguno de sus combinados.

Mientras espera a que le sirvan la bebida, recorre todo el espacio estudiando el ambiente. La clientela es variada, desde parejas jóvenes hasta grupos de amigos de mediana edad donde todo el mundo parece conocerse. Es precisamente el tipo de bares que ella evita, aunque debe reconocer que hay algo agradable en el ambiente.

—Aquí tiene —dice el camarero.

Los ojos de Abigail se clavan en el vaso, el vidrio está desgastado, blanquecino, y por un momento se plantea pedirle que se lo cambie, pero decide no ponerse exquisita, solo necesita que la actuación empiece, le basta con escuchar una canción o dos para saber si la chica tiene potencial o no. Con suerte, solo se tomará ese vaso. Da un sorbo y se sorprende por la calidad del líquido, y casi gime de placer cuando se desliza por su garganta, provocándole esa ligera quemazón que solo se permite disfrutar cuando ella y Liam celebran algo en su despacho.

Ve movimiento en el escenario y Abigail alza la mirada. Un chico de pelo oscuro está ajustando las cuerdas de una guitarra eléctrica. Le resulta familiar, pero le cuesta ubicarlo en ese momento y tampoco puede hacer memoria porque su atención se desvía cuando una figura femenina cruza por delante del escenario con una guitarra acústica en la mano. A ella sí que la reconoce de inmediato. Taylor, la camarera que la ha marcado como si fuera ganado.

Abigail siente una punzada de deseo atravesando su vientre y la mente le da vueltas mientras se pregunta si Taylor está saliendo con alguien del grupo, si el chico de la guitarra eléctrica es su novio o algo parecido. El solo hecho de haberlo pensado le resulta molesto y Abigail resopla antes de llevarse el vaso a los labios. Se fija de nuevo en Taylor.

La chica lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta negra que se pega a su cuerpo, haciendo que ella recuerde perfectamente lo que hay debajo. El pelo ondulado le cae sobre los hombros y Taylor se mueve con la misma confianza con la que lo hacía en el restaurante y también en su habitación. Entonces pasa algo que a Abigail le cuesta unos segundos procesar. Taylor sube al escenario y se pone detrás del micrófono. No está allí como espectadora, ni es ayudante de nadie de ese grupo. Taylor es la cantante por la que ella ha venido hasta aquí.

Su cuerpo se pone rígido y todos sus sentidos se agudizan de repente. Abigail nunca se ha follado a nadie a quien haya tenido que evaluar después y la situación la descoloca durante unos segundos, hasta que recuerda que ella es Abigail Stone y nada le afecta.

El chico de la guitarra eléctrica —al que ahora reconoce de inmediato como el otro camarero que la ha atendido en el restaurante— se acerca al micrófono.

—Buenas noches, Rusty's —dice con una sonrisa amplia que arranca algunos silbidos entre los presentes—. Soy Ethan, y esta es mi hermanita Taylor, aunque la mayoría ya lo sabéis

—más silbidos, Taylor sonríe y algo se aprieta en la entrepierna de Abigail—. Vamos a empezar con algo que todos conocéis.

Los primeros acordes de la guitarra eléctrica llenan el ambiente, seguidos por el sonido más suave de la guitarra acústica de Taylor. Cuando empiezan a cantar juntos, Abigail se frustra. La voz de Ethan no está mal, pero cubre la de Taylor y le molesta. Puede escuchar destellos de algo en la voz de su hermana, notas que se elevan por encima de la melodía con una calidad diferente, pero no puede evaluarla como debe con esa interferencia molesta y constante.

Su nuca se eriza cuando Taylor canta un verso en solitario. Su voz emerge limpia y clara por primera vez y hay algo en su timbre que hace que Abigail se incline hacia delante de forma involuntaria, aunque el momento se acaba cuando Ethan vuelve a unirse a ella en el estribillo. La canción termina con aplausos y Abigail espera con impaciencia mientras Ethan ajusta algo en su guitarra, pero entonces Taylor se mueve con naturalidad por el escenario, como si le perteneciera, caminando bajo las luces mientras sonríe hacia la gente que es evidente que conoce.

—Esta la compuse el mes pasado —dice con esa sonrisa torcida que provoca incendios. Taylor coge el micrófono principal y su hermano se queda detrás—. Se llama Wildfire.

Los primeros acordes que salen de su guitarra acústica son simples, casi íntimos, pero hay algo en la forma en que los toca que de inmediato capta la atención de Abigail. Entonces Taylor abre la boca y canta, y el mundo de Abigail se detiene.

La voz que emerge de esa garganta no le parece humana, es pura emoción cristalizada en sonido. Cada nota está cargada de algo salvaje y ancestral, un quejido que parece venir de lo más profundo de la tierra. Es áspera en los graves y quebrada en los medios, pero cuando se eleva hacia los agudos, se vuelve limpia sin perder esa textura que la hace única.

Abigail siente escalofríos recorriéndole la espalda, los brazos y, finalmente, todo el cuerpo. El vaso de whisky le tiembla entre los dedos mientras Taylor canta sobre fuego y pérdida, sobre cómo el dolor se transforma en fuerza. No entiende todas las palabras —a veces Taylor casi susurra y la acústica no es muy buena— pero no las necesita. La emoción pura se transmite directamente a través de esa voz desgarrada que abraza cada nota como si fuera la última que va a cantar.

Para Abigail es imposible que una voz así exista en un bar de pueblo, servida como entretenimiento casual un viernes por la noche para una multitud que bebe cerveza y charla entre canciones. Es como encontrar una catedral gótica en medio de un campo de maíz, simplemente le cuesta comprenderlo.

El corazón de la ejecutiva late tan deprisa que está segura de que el camarero puede escucharlo por encima de la música. Su respiración se ha vuelto irregular y tiene que esforzarse para no levantarse y acercarse al escenario. Observa a Taylor cantar, la forma en que su cuerpo entero acompaña sus palabras, cómo cierra los ojos en los momentos más intensos o cómo se mueven sus manos de forma expresiva incluso cuando toca la guitarra. Es pura pasión sin filtros, talento en bruto que no ha sido moldeado ni domesticado.

Su mirada se desvía hacia Ethan, que acompaña la canción con su guitarra eléctrica. Está bien, sabe lo que hace, pero la diferencia entre él y su hermana es abismal. Y, sin embargo, Abigail nota algo en su postura, en la forma en que se posiciona ligeramente adelantado, que le hace pensar que está acostumbrado a compartir el protagonismo de manera equitativa cuando es evidente que todo el talento lo tiene la hermana. Ethan es un problema. Abigail lo entiende de inmediato, pero se preocupará por eso en otro momento.

La canción llega a su punto más alto y la voz de Taylor se eleva en un grito desgarrado que parece contener toda la rabia y la belleza del mundo, después, simplemente se desvanece en un susurro que deja al público completamente en silencio durante varios segundos antes de que explote en aplausos.

Abigail permanece inmóvil, casi jadeando, con el vaso de whisky en la mano mientras procesa lo que acaba de presenciar. Ha escuchado a cientos de cantantes a lo largo de su trayectoria, probablemente miles. Ha descubierto estrellas, ha moldeado carreras y ha visto talento en bruto transformarse en imperios comerciales, pero nunca, ni una sola vez, ha sentido algo visceral ante una voz.

Taylor le sonríe al público, con la respiración entrecortada por el esfuerzo y la frente brillando de sudor. Pasea la mirada entre las caras y de repente se detiene cuando se encuentra con los ojos de Abigail. La reconoce de inmediato y Taylor parpadea sorprendida. Su sonrisa cambia, se tuerce hacia un lado y su mirada se entorna. Abigail mantiene su expresión

impasible, pero siente como si Taylor la estuviera atravesando con esos ojos grandes y marrones.

Ethan se acerca al micrófono para anunciar la siguiente canción, pero Abigail ya no está escuchando. Su mente trabaja a toda velocidad, está calculando posibilidades, viendo todo lo que puede construir alrededor de esa voz extraordinaria, un mundo nuevo para Taylor, uno donde su voz pueda brillar y todos puedan escucharla.

Jimmy Walt tenía razón. Menudo borracho hijo de puta.

Y Abigail ha encontrado lo que no sabía que estaba buscando.

CAPÍTULO 6

Abigail permanece inmóvil en su taburete al final de la barra mientras observa cómo Taylor y su hermano recogen los instrumentos después de la actuación.

Su mente es un hervidero mientras piensa cuál será su siguiente movimiento. Puede acercarse ahora, pero piensa que sería demasiado obvia, ansiosa, incluso. Lo mejor es esperar, evaluar la situación y encontrar el momento oportuno para dar el siguiente paso. Piensa en llamar a Liam y contarle lo que acaba de descubrir, pero está tan alterada que no sabría cómo explicarse. Además, no puede apartar la mirada de Taylor, que se mueve por el bar con el mismo magnetismo con el que se movía por el escenario.

Es carismática de una forma que Abigail sabe que no se aprende, se nace con ella. La gente simplemente gravita a su alrededor buscando su atención y a ella le basta con dedicarles una sonrisa o un par de palabras para complacerlos. A Abigail le parece un desperdicio, y la pone de mal humor verla por aquí sabiendo que invierte su tiempo sirviendo mesas en el Davey’s cuando debería estar encerrada en estudios de grabación o subida a escenarios frente a millares de personas que puedan hacer algo más que aplaudir y beber cerveza.

Taylor se detiene junto a una mesa donde parece conocer a algunas personas, sonriendo y dando las gracias mientras su mirada se desvía constantemente hacia Abigail. Cuando parece que al fin va a deshacerse de ellos, Ethan aparece por detrás para decir algo y Taylor asiente, pero lo hace de forma distraída, centrada en la mujer de la barra.

Abigail observa ese momento entre los hermanos y concluye lo mismo que ya ha visto antes en el escenario. Hay algo en Ethan que no le gusta, orbita alrededor de su hermana como si intentara controlarla cuando es evidente que la atención de ella está en otra parte. Cuando Taylor al fin se libera, camina hacia Abigail con su sonrisa torcida y esa sensualidad natural que la envuelve como un aura de fuego atrapando varias miradas.

—No esperaba verte aquí —dice Taylor, apoyándose contra la barra con tanta seguridad que, por un momento, Abigail piensa que va a saltarle encima—. ¿Te ha gustado la actuación? —pregunta mirándola con sus enormes ojos marrones.

Abigail la observa y deja que el silencio se extienda lo suficiente como para que ella espere una respuesta elaborada. Aunque Taylor no parece intimidada, simplemente está ahí con esa sonrisa juguetona bailando en sus labios.

—Podrías haberlo hecho mejor —responde Abigail con su particular tono áspero.

La sonrisa de Taylor vacila durante un momento y la sorpresa le cruza la cara sin que pueda disimularlo. Es evidente que está acostumbrada a que la elogien, a que las

felicitaciones fáciles le lleguen de forma automática después de cada actuación. La crítica tan directa por parte de la mujer la ha dejado descolocada, y también intrigada.

—¿En serio? —Taylor se endereza—. Y según tu experto criterio, ¿qué debería haber hecho diferente?

Abigail no suele sonreír, pero el tono sarcástico de su voz casi está a punto de provocarle un ataque de risa; aun así, simplemente permite que sus labios se curven ligeramente. Su experto criterio… Abigail podría explicarle que probablemente no conocerá jamás a nadie con más criterio que ella, pero se muerde la lengua, ya tendrá tiempo de decirle quién es.

—Eso… —dice Abigail, cogiendo su vaso de whisky para dar un sorbo—, da para una conversación muy larga.

Taylor frunce el ceño, estudiándola con sus ojos almendrados sin entender si la mujer le toma el pelo.

—Tengo tiempo —responde Taylor, encogiendo los hombros mientras observa su vestido.

Su mirada se detiene en el escote de Abigail un segundo más de la cuenta, también en sus piernas desnudas por debajo de la rodilla, después sube a su cuello y se deleita con los chupetones, convertidos en dos manchas oscuras bajo la poca iluminación del bar.

—¿Has terminado de mirar? —pregunta Abigail, sintiendo que la piel le arde por cada zona en la que Taylor posa sus ojos.

—Tal vez —dice, sonriendo divertida—. Entonces, ¿me lo vas a contar?

—Invítame a una copa y hablamos —dice Abigail.

—¿Solo quieres que te invite a una copa o quieres que haga algo más? —pregunta sin cortarse.

Abigail empuja el vaso vacío por la barra.

—Ya veremos.

Taylor se ríe, una risa espontánea, un sonido bajo y ronco que hace que algo en el abdomen de Abigail se contraiga.

—Sígueme —dice Taylor, apartándose de la barra.

La lleva a través del bar, pasando entre las mesas hasta una puerta cerca del escenario que da a un patio trasero. Es un espacio pequeño que a Abigail le parece muy íntimo, apenas iluminado por algunas luces que cuelgan de los árboles, con cuatro barriles de madera dispersos que hacen de mesas y varios taburetes, la mayoría vacíos a esta hora. Taylor elige la mesa del rincón más apartado, donde la luz apenas llega y la privacidad es máxima. Arrastra un taburete para Abigail y ella se inclina hacia delante como si estuviera a punto de besarla.

—¿Qué bebes? —pregunta sin que Abigail se aparte ni un centímetro.

—Whisky.

—Por supuesto que sí —murmura Taylor con una sonrisa socarrona—. Vuelvo en un momento.

Desaparece hacia el interior del bar, dejando a Abigail sola en el patio. El aire sigue siendo una brisa suave y le llega el aroma de alguna planta que resulta agradable, pero que ella no identifica. Taylor vuelve muy rápido, dejando un vaso de whisky frente a Abigail antes de sentarse sosteniendo una jarra de cerveza para ella.

—Entonces —dice alzando la jarra para brindar—, ¿vas a decirme tu nombre? —pregunta como si se hubiera olvidado de la conversación que tienen pendiente.

—No —la voz de Abigail es como un trueno en medio de ese patio vacío, pero Taylor parece divertida.

—Pues de alguna manera tendré que dirigirme a ti —dice antes de dar un sorbo de cerveza—. Déjame que piense…

—No pienses tanto —la corta Abigail—. No necesitas dirigirte a mí de ninguna manera. No necesitas mi nombre, ni yo el tuyo.

—Pero tú, el mío ya lo sabes —rebate Taylor.

—Ese es tu problema.

Abigail quiere detener su lengua envenenada, ni siquiera sabe por qué se está negando. En cuanto hablen de lo que tienen que hablar, tiene que decirle quién es. Es absurdo no decir su nombre, pero le gusta el destello de diversión que aparece en la mirada de Taylor cuando se lo niega.

—De acuerdo —dice Taylor, encogiéndose de hombros—. ¿Cuándo te vas?

—¿Qué?

—Del pueblo, ¿cuándo te marchas? —insiste Taylor.

—El domingo —responde Abigail.

—Una visita corta entonces. En fin, cuéntame qué es lo que, según tú, puedo hacer mejor.

Abigail resopla como si la lista fuera demasiado larga, le sale tan espontáneo que a Taylor le entra la risa y ella se queda mirando. Aunque la camarera es un diamante en bruto, Abigail podría mencionarle muchas cosas que puede mejorar

todavía, puede y debe, pero se fija bien en ella y decide no hacerlo, no esta noche. Taylor está demasiado eufórica, demasiado cargada de adrenalina después de la actuación como para tener una conversación seria. Los ojos le brillan como si se estuviera conteniendo, un volcán a punto de desbordarse. No deja de mover las manos cuando habla y salta de un tema a otro sin centrarse en nada en concreto.

No es el momento adecuado para contarle quién es o por qué está aquí. Esa conversación requiere que Taylor esté centrada y receptiva, que sea capaz de procesar una información que podría cambiarle la vida. Ahora mismo está en modo celebración, desatada porque su rollo de esta tarde está con ella también esta noche, y Abigail es lo suficientemente inteligente como para saber cuándo esperar para hacer un movimiento importante.

En lugar de responder, Abigail simplemente la mira, todavía procesando lo que ha presenciado en ese escenario. Esa voz extraordinaria, esa presencia natural, como si hubiera nacido para estar ahí arriba, su magnetismo. Taylor tiene ese tipo de talento que Abigail sabe que solo aparece una vez en cada generación.

Taylor se toma su silencio como algo completamente diferente a lo que es. Sus ojos se oscurecen mientras mira a la mujer y, de repente, se baja de su taburete y se acerca a ella.

—Joder —murmura, quitándole el vaso de whisky de la mano y dejándolo en la mesa.

Abigail no tiene tiempo de reaccionar. Taylor se coloca entre sus piernas y se aprieta contra ella, agarrándose con las

manos a la base del taburete mientras la besa con una intensidad que deja a Abigail sin aliento. El beso es diferente a cualquiera de los que se han dado esta tarde en la habitación de la casa de Harold, este es puro fuego y necesidad. Taylor sabe a cerveza y algo dulce y, cuando su lengua roza la de Abigail, esta siente una corriente que le atraviesa toda la columna.

—No puedo pensar en nada que no sea subirte ese vestido y follarte sobre una mesa —susurra Taylor contra su boca, con la voz ronca y la mirada clavada en sus labios.

Ese lenguaje soez y descarado hace que Abigail se humedezca de inmediato. Sabe que no debería volver a acostarse con ella, que la situación entre ambas ha cambiado, pero todavía no han hablado y se dice que, si han follado una vez, no pasa nada si follan otra más. Su teoría es una mierda y Abigail lo sabe, pero la lengua de Taylor vuelve a estar dentro de su boca y Abigail necesita que la ponga en otro sitio.

—Volvamos a mi habitación —dice, apartándola un poco—, pero mañana quiero hablar contigo.

Su tono helado vuelve y Taylor la observa mientras se baja del taburete.

—¿Hablar de qué? —pregunta mientras la ejecutiva se alisa el vestido.

—Mañana —repite Abigail, acostumbrada a no dar explicaciones.

Taylor le dedica una sonrisa torcida y se encoge de hombros.

—Como quieras.

El camino hacia la casa de Harold es una tortura exquisita para ambas. Taylor camina tan cerca de ella que Abigail puede sentir el calor que irradia su cuerpo y oler ese perfume mezclado con el sudor de después de su actuación.

—Entra tú primero —dice Abigail cuando llegan a la puerta del edificio.

—¿Por qué? —pregunta Taylor.

Abigail hace un gesto de obviedad.

—No sé, ¿quieres que te vean entrar conmigo? Será bastante evidente a lo que vienes.

—Te recuerdo que ya he venido antes —dice Taylor con una risita—. Además, Harold no irá contando el chisme por ahí, es un putero al que le conviene mantener la boca cerrada.

Abigail no sabe qué decir ante eso, así que empuja la puerta y deja pasar a Taylor, entrando tras ella.

—Hola, Taylor —saluda Harold—. Ah, señora Stone, ya está de vuelta.

Taylor hace un giro de ciento ochenta grados y clava su mirada oscura sobre Abigail.

—Así que, señora Stone, es sexy…

—Cállate. Buenas noches, Harold —responde, avanzando hacia el pasillo.

En el ascensor —por llamar de algún modo a ese aparato pequeño y estrecho que Abigail calificaría como montacargas— Taylor no puede mantener las manos quietas. Sus dedos van rozando el brazo de Abigail y jugando con el dobladillo de su vestido mientras suspira contra su hombro.

—¿Te puedes estar quieta? —dice Abigail, tensa como un junco.

—La verdad es que no. No veo el momento de quitarte el vestido —confiesa ella.

Abigail gime.

Salen al pasillo y llegan a la puerta de la habitación, pero antes de que Abigail pueda abrirla, Taylor la empuja contra la pared, besándola de nuevo con esa desesperación que ya mostraba en el patio del bar.

—La habitación —consigue decir Abigail con voz autoritaria.

Taylor sonríe y se aparta, dejando que por fin abra la puerta. El interior está en penumbra, solo iluminado por la luz que entra por la ventana. Taylor pone la mano en el interruptor, pero en lugar de encender la luz principal, enciende la lámpara de la mesita para crear un ambiente más cálido.

—Mucho mejor —dice satisfecha, acercándose a Abigail como si fuera una gata salvaje.

Esta vez es Abigail quién la besa, tirando de ella hacia su cuerpo con posesión después de que sus manos se enreden en su melena ondulada. Taylor suspira contra su boca y Abigail le da un pequeño tirón de pelo, apartándola de sus labios un segundo para mirarla a los ojos, dejando claro que siempre manda ella.

—Este vestido —susurra Taylor cuando Abigail la suelta, subiéndoselo hasta la cintura mientras reparte besos por su cuello—, es una jodida tortura. Has estado ahí sentada con él, perfecta e inalcanzable —sigue murmurando.

Sus dientes se clavan en el cuello de Abigail, justo debajo de la oreja, mordiéndola con suavidad. Abigail gime sin querer, el sonido se le escapa antes de que pueda detenerlo.

—Te gusta cuando te muerdo —dice Taylor, y no está preguntando.

—Cállate —vuelve a exigir Abigail.

Taylor sonríe contra su piel, haciendo que se erice.

—Oblígame tú —dice desafiándola.

Los ojos gris verdoso de Abigail se entornan y Taylor vuelve a ver esas motas doradas diminutas que hay en ellos y que le parecen fascinantes. La ejecutiva la empuja hacia atrás hasta que Taylor se encuentra con el escritorio y, sin previo aviso, Abigail le sube la camiseta, encontrándose con otro sujetador de encaje mientras ella sostiene la camiseta contra el cuello de Taylor con completa dominación.

—Eres tan bonita —murmura Abigail, mirándola de arriba abajo.

De nuevo se sorprende de sí misma al decirlo en voz alta, pero es un hecho, Taylor es preciosa.

—Tú también —responde Taylor, mirándola fijamente—. Déjame quitarte el jodido vestido, por favor.

Abigail la suelta y da un paso atrás. De inmediato, las manos de Taylor están sobre la cremallera del vestido, abriéndola con una lentitud que la está poniendo enferma. El vestido por fin cae al suelo y Taylor da un par de pasos hacia atrás para mirarla con ese descaro del que no se esconde. Abigail lleva otro conjunto nuevo, por supuesto.

—Joder —susurra Taylor—, eres perfecta.

Se acerca de nuevo y desliza las manos por los costados de Abigail hasta que las lleva a sus pechos y los acaricia por encima del sujetador. Abigail arquea la espalda, buscando contacto, o quizá su boca, ni siquiera lo sabe. Taylor se da cuenta y sonríe, sujetándola por la cintura mientras la mira fijamente.

—¿Recuerdas lo que te dije en el patio? —pregunta Taylor.

Si Taylor tiene seguridad en sí misma, a Abigail se le desborda por los lados, y también tiene mucha memoria.

—Algo sobre follarme encima de una mesa —responde sin alterarse, aunque sus bragas están empapadas.

La mirada de Taylor se desvía hacia el escritorio. Abigail aparta su portátil de un empujón y, antes de darse cuenta, Taylor la ha levantado y está sentada sobre la mesa mientras la camarera se coloca entre sus piernas, haciéndose sitio para que las abra mientras acaricia la parte interna de sus muslos.

—Estás temblando —dice Taylor contra su boca.

—No estoy temblando —miente Abigail, que siente que ha perdido el control de la parte inferior de su cuerpo.

Taylor suspira y se inclina, besando su clavícula antes de descender hacia sus pechos.

—Me encantan tus tetas, cariño —murmura desabrochando el sujetador.

Abigail resopla, pero está tan cachonda que no está segura de que la voz le salga si le pide que se calle y se guarde esos apelativos para el resto de sus amantes. En su lugar, echa la cabeza hacia atrás y suelta un suspiro placentero y ronco mientras Taylor sigue bajando, ahora besando su estómago y

mordisqueando la piel de sus caderas hasta que encuentra sus bragas.

—¿Puedo? —pregunta tirando de ellas.

—¿Ahora pides permiso? —responde Abigail, sorprendida.

Ella encoge los hombros y le dedica una sonrisa que calienta todo el cuerpo de Abigail.

—Puedes.

Las bragas desaparecen, sus piernas se abren más y la lengua de Taylor se desliza por su abertura. Abigail se agarra al borde del escritorio y aprieta con fuerza, cruzando las piernas sobre la espalda de Taylor.

—Sabes muy bien —murmura Taylor—, podría comerte el coño durante horas.

Abigail presiona su cabeza contra su sexo para silenciarla, pero casi se ha corrido con semejante grosería. Se mueve contra su boca y los suspiros salen de la suya uno tras otro, se siente poseída, exigiendo que esa lengua que antes cantaba haciendo que le volara la cabeza, ahora la lama hasta que se corra.

—Así —murmura Taylor—, suéltate. Me encanta que te muevas. ¿Te vas a correr?

Taylor la mira desde abajo. Abigail solo puede ver sus ojos almendrados mientras su boca está pegada a ella, consumiéndola, absorbiendo algo de ella que no sabe si podrá recuperar alguna vez. El orgasmo la golpea de repente, como una ola que no ves venir y te tumba, haciendo que tu cuerpo se sacuda. Abigail se arquea y aprieta la cabeza de Taylor contra ella una vez más, pensando que los espasmos van a

partirla en dos, hasta que se queda quieta de repente, suspirando con fuerza mientras afloja el agarre de su pelo.

—Eres tan sexy cuando te corres —murmura Taylor, besando su torso cuando se incorpora.

Abigail se queda inmóvil, preguntándose si es cierto o si solo es una frase más que forma parte del repertorio que Taylor utiliza con todas sus amantes.

—Ven —dice tratando de besarla, pero Taylor la detiene.

—No he terminado contigo.

La ceja de Abigail se arquea, pero antes de que pueda decir nada, Taylor le da la vuelta, presionando la espalda de la ejecutiva contra su pecho. Sus manos empiezan a acariciar el cuerpo de Abigail desde atrás, con una mano hacia su pecho derecho mientras la otra se desliza entre sus piernas.

—¿Puedes con otro? —pregunta, y su aliento caliente se desliza por el cuello de Abigail, erizando cada poro a su paso.

Su mente se detiene un instante, todavía no se puede creer que estén aquí otra vez. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que han follado esta tarde? ¿Cuatro horas? ¿Cinco? Abigail ni siquiera lo ha procesado, tampoco se ha encontrado en una situación así antes, donde haya follado dos veces el mismo día con la misma mujer, y menos sin haber planificado ninguna de ellas.

—Claro —responde entre molesta por la pregunta y excitada por la situación.

Taylor sonríe contra su cuello y, acto seguido, hunde los dientes en su espalda, justo entre los omóplatos. Abigail da un respingo y se tensa, pero Taylor no afloja el agarre y la chupa

con fuerza mientras sus dedos acarician el clítoris hinchado de Abigail. Sabe que le está haciendo otro chupetón, otra marca, señalándola como si fuera suya, pero Abigail no es capaz de protestar porque está descubriendo que sí, le gusta que Taylor la muerda, y le gusta mucho más si la folla al mismo tiempo.

—No pares —jadea sacudiendo sus caderas contra la mano de Taylor.

Ella termina de succionar su piel, le da un beso en el hombro y sigue masturbándola.

—Muy bien, nena —susurra Taylor—, me encanta que me digas lo que quieres.

—Te he dicho que no me llames así.

—Dime tu nombre —Taylor acelera el ritmo.

—No —Abigail tiembla y apenas puede controlar los suspiros que escapan de su boca.

—Entonces te seguiré llamando como quiera, y no será señora Stone, no mientras te follo.

Algo estalla dentro de Abigail, corriéndose tan fuerte que se tambalea hacia un lado y Taylor tiene que sostenerla con su otra mano mientras le susurra todo tipo de obscenidades al oído, hasta que su cuerpo se destensa y Abigail consigue recuperar el aliento.

Cuando al fin se separan, Abigail se gira para mirar a Taylor. Tiene el pelo alborotado, los labios hinchados y una sonrisa satisfecha.

—Quítate el pantalón —pide Abigail.

—No —dice Taylor, dando un paso atrás mientras sonríe.

Abigail la mira, desconcertada.

—Quizá en otra ocasión, esta era para ti —asegura Taylor.

—¿Qué? —pregunta Abigail, casi catatónica.

Algo cambia en la mirada de Taylor, se vuelve más limpia, menos salvaje.

—Para que no me olvides cuando te vayas de aquí —dice y se encoge de hombros—. Quiero que me recuerdes.

Abigail no entiende nada. Tampoco sabe qué decir ni cómo debe actuar. No está acostumbrada a esto, nunca le ha pasado. En todos los ámbitos de su vida, todos quieren algo de ella. Pero sí sabe una cosa, es imposible que se olvide de ella, aunque no piensa decírselo.

—No es necesario que tú no…

—Por favor —dice Taylor.

—Como quieras —dice haciendo lo único que sabe, ser una dama de hielo—. ¿Quieres que te lleve a tu casa?

Taylor suelta una risita. Tenía claro que la mujer iba a pedirle que se marchara, lo que no sabía era cómo ni cuándo.

—No te preocupes, vivo cerca —responde Taylor, sin rastro de ofensa en su tono.

—Sobre la conversación —dice Abigail cuando Taylor se acerca a la puerta—. Va en serio, quiero hablar contigo mañana.

—Vale —dice Taylor—. ¿Te parece bien si almorzamos?

—Sí, pero no en el Davey’s —responde Abigail.

Taylor entorna la mirada. Abigail sigue desnuda, pero es evidente que no está incómoda. Ella tampoco, podría mirarla durante horas.

—¿Tienes algo en contra del restaurante de mis padres? —pregunta divertida.

—¿Es de tus padres? —responde Abigail arqueando una ceja, aunque ahora entiende por qué los dos hermanos trabajan allí.

—Sí, pero sé de otro sitio que está bien. ¿Te paso a buscar a las doce? —propone Taylor.

—De acuerdo.

—Bien, buenas noches —dice Taylor, saliendo de la habitación.

Abigail se queda quieta unos segundos, mirando la puerta mientras se lleva la mano a la espalda intentando alcanzar la zona media, justo donde Taylor le ha mordido. Le escuece y, de algún modo, eso hace que se sienta más viva que nunca.

CAPÍTULO 7

Taylor llega a casa de Harold dos minutos antes de las doce al volante de una camioneta azul con la pintura un poco desgastada. Lleva unas gafas de sol enormes y la melena recogida en una coleta alta que deja su cuello libre. Abigail sale del edificio justo cuando ella está aparcando y la camarera casi se queda bizca cuando sus ojos se desvían hacia ella. Abigail lleva otro de sus trajes como cuando la conoció en el restaurante, con un pantalón blanco y la camisa morada a juego con el chupetón de su cuello.

—Buenos días —saluda Abigail con una frialdad que podría congelar el aire acondicionado del coche.

Se sienta en el asiento del copiloto, deja el bolso sobre sus piernas y se abrocha el cinturón mirando al frente como si ayer no se hubieran pasado la mitad del día gimiendo.

—Hola —responde Taylor, despreocupada—. ¿Has dormido bien? —pregunta mientras arranca.

—Perfectamente —responde Abigail sin mirarla.

Taylor sonríe. Su actitud no le molesta, le parece divertida. Esa frialdad de la mujer que haría huir a cualquier otra, a Taylor le provoca mucha intriga. Jamás ha conocido a nadie como ella, capaz de mantener una actitud así de distante

después de lo que hicieron. Se siente fascinada por ella, aunque debe reconocer que le parece un completo misterio.

—Tú recuerdas que ayer follamos, ¿verdad? —pregunta con la naturalidad de quien habla del tiempo.

Abigail se pone más rígida de lo que está. Ahora la situación ha cambiado. Está ahí para hablar de negocios, y para ella los negocios son algo serio, no se mezclan con nada ni se toman a la ligera.

—Ayer follamos, sí. Supéralo.

Las cejas de Taylor se disparan hacia arriba mientras la mira de refilón.

—Supéralo —repite y suelta una risita—. Joder, eres increíble, en serio.

Abigail no detecta rastro de sarcasmo en su voz; al contrario, parece que hay cierta admiración y eso la desconcierta. Está acostumbrada a que su frialdad genere resentimiento, protestas e incluso discusiones absurdas que ella tiene que cortar antes de que empiecen, pero Taylor parece que encuentra estimulante todo lo que hace.

—¿A dónde vamos? —pregunta para cambiar de tema.

—A un sitio que te gustará —responde Taylor—. Está en las afueras, pero la comida es buena y es tranquilo.

—¿Y cómo sabes que me gustará? —pregunta Abigail.

—Porque casi siempre está vacío y tengo la sensación de que eres un poco solitaria.

La respuesta deja a Abigail clavada en el asiento. No dice nada, saca su teléfono y abre el correo para revisar la bandeja de entrada.

—¿Qué haces? ¿Hablas con tu marido? —pregunta Taylor al cabo de un minuto, incómoda con el silencio.

La mirada fulminante de Abigail hace que devuelva la vista a la carretera.

—Entiendo, no es asunto mío.

Abigail quiere romper cosas. No le gusta dar explicaciones sobre su vida privada, ni sobre cualquier otra cosa, pero le molesta que haya insinuado que hay un hombre en su vida. ¿Acaso parece una mujer que necesita semejante estorbo a su lado?

—Estoy trabajando —responde tensa, mientras sigue revisando los correos.

Los labios de Taylor se curvan y tamborilea los dedos sobre el volante.

—¿Por qué trabajas ahora? Deberías relajarte.

—Joder —masculla Abigail levantando la vista—. Trabajo porque me gusta, porque es lo que sé hacer y lo que se me da bien. Ahora cállate y conduce.

—Hay otras cosas que se te dan bien, ¿sabes?

La tensión en sus hombros es tan fuerte que Abigail tiene que cerrar los ojos. A veces le pasa, cuando no puede controlar una situación o se pone muy nerviosa, se pone tan rígida que sus músculos se engarrotan y el dolor es casi insoportable, aunque ella jamás se queja.

Ignora la segunda intención en las palabras de Taylor y deja el teléfono sobre su pierna para masajearse el cuello con los dedos. Taylor la mira de soslayo, pensando en cuánto le

gustaría que fueran sus dedos los que se hundieran en esa piel blanca, pero aparta el pensamiento.

—Es aquí —dice mientras aparca.

El restaurante es un *diner* clásico con cabinas rojas y enormes ventanales que dan al campo. Hay solo tres mesas ocupadas cuando entran y el ambiente es tan tranquilo como Taylor ha mencionado. Eligen una mesa en el fondo, la más apartada de los demás comensales, y se sientan una frente a la otra.

—¿Mejor? —pregunta Taylor.

—¿Qué?

—El cuello —Taylor la señala.

—Sí.

Abigail se desabrocha los botones de los puños y se remanga la camisa, sintiendo que el aire acondicionado está demasiado alto. Taylor sigue el movimiento de sus dedos mientras lo hace, hasta que la camarera se acerca para tomarles nota y ella pide una hamburguesa y Abigail una ensalada.

—Bueno, ¿de qué quieres hablar? ¿Es ahora cuando vas a decirme todo lo que hago mal cuando canto? —pregunta Taylor.

Abigail suspira y apoya los brazos sobre la mesa, mirándola fijamente.

—Me llamo Abigail Stone —dice muy seria.

Taylor parpadea, sorprendida.

—Aaah, vaya, por fin. Pues, hola, Abigail —saluda sonriendo.

Abigail suspira y pone los ojos en blanco.

—No te lo digo para hacerte feliz —aclara Abigail—. Te lo cuento porque tengo una empresa. Soy cazatalentos musical. Mi agencia representa a algunos de los artistas más importantes del país. Martin Reed, Isabella Cruz, los hermanos McKenzie…

Taylor se queda inmóvil, mirándola fijamente con sus grandes ojos oscuros.

—Estás de coña —dice Taylor.

—Yo nunca bromeo cuando hablo de trabajo.

Una risa floja atraviesa la expresión de Taylor, dejándola inmóvil otra vez mientras sigue mirando a Abigail.

—No, sí, estás de coña —insiste aturdida, aunque hay cierta duda en su voz—. Martin Reed, ¿el mismo que ganó tres Grammy seguidos?

—El mismo —responde Abigail.

Taylor se frota las sienes, de repente tiene calor y después un poco de frío.

—Isabella Cruz llenó el Madison Square Garden el año pasado —afirma Taylor.

—Sí —contesta Abigail, deslizando una tarjeta que ha sacado de su bolso por encima de la mesa, la que la identifica como quien dice que es.

—Joder, joder, joder —susurra Taylor mientras la tarjeta le tiembla entre los dedos.

La camarera trae sus bebidas y ella coge su Coca-Cola con las dos manos, como si necesitara agarrarse a algo. Abigail la mira en silencio, esperando a que procese la información.

—¿Y por qué me dices todo esto? —pregunta Taylor cada vez más nerviosa.

—Vine a Smithville porque uno de nuestros contactos le habló a mi socio de una voz que merecía la pena escuchar —explica Abigail—. Sinceramente, yo pensé que sería una pérdida de tiempo.

—¿Y lo fue? —pregunta Taylor, intrigada, sin entender que habla de ella porque está demasiado saturada.

Abigail intenta respirar despacio, recordando que debe tener paciencia. La mayoría de las personas con las que habla la primera vez, reaccionan exactamente igual que Taylor. Les cuesta procesar lo que les dice, entender que la mujer que tienen delante tiene el poder de cambiarles la vida.

—No —su respuesta es como otro mazazo, uno que hace parpadear a Taylor.

—Espera, ¿la voz era la mía? —pregunta, y Abigail le quita el vaso de entre las manos, temiendo que lo vuelque.

—Sí.

Taylor suelta una risita de incredulidad.

—Venga ya, quiero decir, sé que no canto mal y todo eso, pero tampoco es para tanto. Mi hermano dice que mi estilo es demasiado español, demasiado raro para el mercado americano. Que ese quejido que hago no le gusta a nadie por aquí.

Los ojos de Abigail se oscurecen como si fueran a desatar una tormenta. Su hermano, por supuesto.

—Tu hermano está equivocado —dice con frialdad—, y te está limitando.

—¿Qué? No, Ethan me ha apoyado desde el principio, él fue el que me animó a subir al escenario por primera vez —explica Taylor.

—Y el que se asegura de que nunca subas sola, ¿verdad? —dispara Abigail—. Siempre está ahí, compartiendo el protagonismo, apagando tu voz con la suya.

Taylor abre la boca para protestar, pero Abigail alza una mano para cortarla, demostrando quién manda.

—No estoy aquí para hablar de tu hermano. Estoy aquí para hablar de ti. Tienes una voz única —explica Abigail—. Una capacidad para transmitir dolor y pasión en cada nota que es abrumadora, por no hablar de ese tono desgarrado y el quejido que tanto te asusta. Esa voz es un portento, y la estás desperdiciando en un bar de pueblo.

Los ojos de Taylor están fijos, no puede parpadear, ni creerse que esas palabras estén saliendo de la boca de la mujer más fría que conoce.

—¿Y qué es lo que me estás sugiriendo exactamente? —pregunta, intentando centrarse.

—Quiero representarte —Abigail es directa como un disparo —. Quiero llevarte conmigo a Nueva York, conseguirte las mejores sesiones de entrenamiento vocal, conectarte con productores de primer nivel y conseguirte audiciones con las discográficas más importantes del país.

Taylor se queda en silencio varios segundos, se siente mareada y se está poniendo pálida.

—Bebe —ordena Abigail, ofreciéndole su Coca-Cola.

Ella acepta el vaso y sorbe con fuerza de la pajita. El líquido le refresca la garganta y parece devolverle la vida.

—¿Me estás hablando en serio? Quiero decir, ¿no es ninguna broma?

La mirada fulminante de Abigail se posa sobre ella, pero su teléfono comienza a sonar y la desvía hacia la pantalla. Taylor no puede ver el nombre que aparece en ella, pero a Abigail no parece gustarle, porque silencia la llamada y pone el aparato bocabajo en la mesa.

—Mírame bien, Taylor —exige Abigail ignorando la llamada, pronunciando su nombre por primera vez.

Taylor nota que se le retuerce algo bajo el estómago cuando la escucha decirlo, y la sensación le resulta demasiado embriagadora como para ponerse a analizar lo que le pasa, así que solo obedece y la observa.

—¿Te parezco una persona a la que le gusta hacer bromas? —pregunta Abigail.

—No —responde Taylor.

—Bien, porque no las hago, y menos cuando se trata de talento, y el tuyo es innegable.

—Joder, pero yo soy una simple camarera, no sé nada de industria musical ni tengo dinero para ir a Nueva York y…

—¿Tú has escuchado algo de lo que te he dicho? —la interrumpe Abigail—. Todo eso que dices es irrelevante. Yo tengo los contactos. Yo tengo la experiencia. Yo abro las puertas y tú entras, es así de sencillo.

Taylor se muerde los labios y respira con fuerza por la nariz, las aletas se le dilatan, está tan abrumada que no sabe si

quiere gritar, llorar o follarse a Abigail otra vez.

—Necesito pensar, quiero decir, tengo que hablar con mi familia y…

—Tienes hasta mañana al mediodía, llegada esa hora, me iré, con o sin contrato —responde Abigail.

—¿Mañana? Eso es muy poco tiempo —dice aturdida.

—El talento como el tuyo tiene fecha de caducidad. Cada día que pasas cantando en ese bar, es tiempo perdido. La industria musical no espera, es despiadada con el tiempo.

—¿Y si no soy tan buena como piensas? —duda Taylor—. ¿Y si voy contigo y descubres que no tengo nada de especial?

—Si tuviera la menor duda, no estaría sentada contigo ahora —responde Abigail—. Llevo quince años dedicándome a esto, reconozco el talento en cuanto lo veo, y tú… —Abigail hace una pausa—. Tú tienes más talento en la punta de la lengua que la mayoría de los artistas en toda su carrera.

Taylor sonríe.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta Abigail.

—Veintisiete —responde Taylor sin entender muy bien por qué quiere saberlo.

—Veintisiete —repite Abigail—. Pues piensa bien qué quieres hacer durante los próximos treinta, o cuarenta, ¿servir mesas en el restaurante de tus padres mientras cantas para treinta personas los viernes por la noche, o reventar los escenarios frente a estadios llenos todos los meses?

—Dicho así parece simple —dice Taylor, cogiendo la tarjeta que Abigail le ha dado para hacerla bailar entre sus dedos.

—En realidad, sí que es simple. Tu sitio no está aquí y lo sabes. Tu voz merece ser escuchada por el mundo, no por un puñado de borrachos en un bar.

—No hace falta que seas cruel —dice Taylor, levantando una ceja.

—No soy cruel, solo hago mi trabajo. Identifico el talento y lo llevo donde tiene que estar. Entiendo que necesitas hablar con tu familia, pero recuerda que, al final, la decisión debe ser solo tuya. Ahora, termínate la hamburguesa.

—No puedo —se ríe Taylor de repente—. ¿Me sueltas todo eso y esperas que pueda comer?

Abigail clava su tenedor en la ensalada y sus labios se curvan ligeramente en una sonrisa antes de que abra la boca. No lo espera, por supuesto que no, y le preocuparía mucho que Taylor no estuviera afectada después de la bomba que acaba de soltarle.

CAPÍTULO 8

Taylor llega al restaurante de sus padres dos horas más tarde. Después de dejar a Abigail en la casa de Harold, se ha ido a dar una vuelta con la camioneta porque necesitaba despejarse un poco, que le diera el aire mientras asimilaba todo lo que esa mujer, que ayer gemía contra su boca, le ha soltado sin contemplaciones, como si Taylor no hubiera soñado una y mil veces con subirse a un escenario enorme donde el público rugiera mientras ella se desgarraba la garganta cantando. Aunque lo que en realidad ha hecho, ha sido detenerse en un mirador y buscarla en internet. Ha buscado el nombre de la compañía, información sobre lo que ella y un tal Liam Cottet han logrado, pero, sobre todo, la ha buscado a ella. Una carrera consolidada que acumula un éxito tras otro, nacida en Nueva York, soltera, cuarenta y dos años. Ya está, sin parejas conocidas, solo cientos de fotos al lado de montones de artistas.

Hoy tiene el día libre —un fin de semana ella y otro Ethan — aun así, se ha puesto su polo y viene dispuesta a trabajar. Tiene que hacer algo que le permita tener las manos ocupadas antes de poder sentarse con sus padres esta noche y contarles lo que le pasa. Ethan la ve y sonríe, tampoco le extraña que su

hermana eche una mano, a veces lo hace, un par de horas y se marcha, así que no le da importancia y deja que se quede con cinco de las mesas.

Taylor coge su bloc de notas y se acerca a la primera, pero solo puede ver los labios del hombre moverse, incapaz de retener nada.

—Señorita, ¿me está escuchando? —pregunta el hombre frunciendo el ceño al ver que ella no se inmuta.

—Sí, lo siento —ella parpadea, intentando enfocarlo—. ¿Puede repetir lo que quiere?

El hombre suspira y recita su pedido de nuevo. Taylor apunta y se marcha, pero cuando llega a la cocina ni siquiera ella misma entiende su propia letra.

—Joder —se queja, arrancando la hoja.

—¿Qué pasa, hija? —pregunta su madre desde la plancha, donde prepara varias hamburguesas.

—Nada, me he equivocado al apuntar —dice resoplando.

Carmen Davey la observa con esos ojos oscuros que Taylor ha heredado de ella, igual que su melena y su piel olivácea.

—¿Estás bien? ¿Qué haces aquí? —insiste su madre.

—Sí, estoy bien. Acabo de almorzar con una amiga. Solo me paso para echar una mano, me iré en un rato.

Taylor sale de la cocina antes de que su madre, que percibe sus mentiras como si fuera un detector andante, haga más preguntas. Durante la siguiente hora, derrama una bebida, se olvida de anotar dos pedidos y entrega la comida equivocada a tres mesas diferentes. Es un desastre y lo sabe,

así que se rinde y deja su bloc de notas detrás de la barra, donde su padre sirve una cerveza.

—¿Te vas? —pregunta él.

—Sí, pero seguramente iré esta noche a cenar, díselo a mamá.

Le da un beso y sale de detrás de la barra dispuesta a marcharse para ir a casa a hablar con su hermana, pero la voz de Ethan la hace detenerse.

—Taylor.

Su hermano está de pie junto a una mesa y se acerca despacio.

—¿Qué te pasa hoy? Estás rarísima —pregunta con una sonrisa divertida.

—Nada, solo estoy cansada —responde ella.

—Mentira —Ethan suelta una pequeña risotada—. ¿Qué pasa?

Ella mira a su alrededor, asegurándose de que no hay mucha gente esperando. Iba a hablar con Ethan esta noche, al mismo tiempo que con sus padres, pero decide hacerlo ahora.

—Vale, ¿podemos hablar un momento?

Su hermano frunce el ceño, pero asiente.

—Ve a la trastienda, le digo a papá que me cubra un rato —dice Ethan.

Taylor se dirige hacia la pequeña oficina que hay detrás de la cocina, un espacio diminuto y estrecho con una mesa, un par de estanterías y un montón de cajas llenas de papeles. Ethan entra al cabo de un minuto y cierra la puerta tras él.

—Vale, suelta —dice, cruzándose de brazos.

Ella suspira, sin saber muy bien cómo comenzar.

—¿Te acuerdas de la mujer de ayer? La que según tú era rubia…

Él se echa a reír.

—Joder, no me digas que te has enamorado y por eso estás así —dice con tono burlón.

Taylor frunce el ceño, sintiendo ganas de darle un bofetón.

—No estoy enamorada de ella.

—Vale, entonces, ¿qué pasa con esa mujer? —pregunta Ethan.

—No está en el pueblo por casualidad. Se llama Abigail Stone, de Stone & Cottet Managers.

—¿Y eso me tiene que sonar?

—Supongo que no, pero son cazatalentos musicales, ella lo es, ha catapultado a gente como Martin Reed —explica Taylor, notando como su corazón late muy deprisa.

—¿Me tomas el pelo? —pregunta Ethan, soltando una sonora carcajada como si se burlara de ella.

—No —dice Taylor, tan seria que la risa de él se corta de golpe.

—Vale, está bien. ¿Y qué hace aquí entonces?

Su hermana se pasa una mano por el pelo, alisando su coleta.

—Dice que ha venido por mí.

La expresión de Ethan cambia de repente, de incredulidad a algo que Taylor no sabe cómo definir.

—¿Qué quieres decir con que ha venido por ti?

—Dice que alguien le habló de mi voz, por eso estaba anoche en el Rusty's —Taylor habla muy rápido, como si necesitara soltarlo todo cuanto antes—. Y hoy hemos quedado para almorzar, quiere representarme.

Ethan la mira fijamente.

—Espera, espera. ¿Estás diciendo que una cazatalentos de alto nivel ha venido aquí expresamente para representarte a ti? —pregunta con incredulidad.

—Eso mismo.

—Taylor… —Ethan se aprieta el puente de la nariz—. Esas cosas no pasan, no en la vida real.

—Pues parece que sí pasan, te aseguro que ha sido todo muy real.

—¿Y qué quiere exactamente? Dime.

—Llevarme a Nueva York. Conseguirme entrenamiento vocal, sesiones de estudio, audiciones, ese tipo de cosas —responde ella.

Él esboza una sonrisa incrédula y después se queda en silencio, caminando en círculos por el pequeño despacho.

—No sé, no lo veo, es una desconocida…

—No es una desconocida, puedes buscarla en Google —responde Taylor, empezando a ponerse nerviosa de un modo diferente.

—¿Y qué pasa con nosotros? Siempre hemos sido los dos, siempre hemos dicho que triunfaríamos juntos —espeta Ethan.

Taylor se queda quieta, sintiéndose culpable tal y como pretende su hermano.

—Ethan…

—Lo digo en serio —la corta él, con esa expresión dolida que siempre le funciona—. Estamos en esto desde que éramos dos críos, y ahora, ¿qué? ¿Vas a largarte y dejarme aquí?

—Tampoco he dicho eso.

—¿No? —Ethan se cruza de brazos—. Porque es lo que parece. Esa mujer aparece de la nada, te echa un par de polvos primero para asegurarse de tenerte contenta y después te promete cuatro mierdas y tú ya estás dispuesta a dejar todo lo que hemos construido juntos.

Taylor nota un zumbido atravesando su cabeza de lado a lado. Ethan jamás ha sido tan cruel ni mezquino como acaba de serlo ahora. Ni siquiera entiende por qué ha hecho ese comentario y se siente frustrada porque no la apoye.

—¿Qué hemos construido? Dime. ¿Cantar en el Rusty's los viernes por la noche? ¿Ese es nuestro logro? —pregunta ella, molesta.

—Es nuestro comienzo —replica él—. Todas las bandas empiezan por abajo. Estas cosas llevan su tiempo.

—Llevamos tres años haciendo lo mismo —dice Taylor, sintiéndose cada vez más nerviosa—. Tres años y seguimos exactamente en el mismo sitio.

—Porque no hemos tenido las oportunidades adecuadas —Ethan se acerca a ella y suaviza el tono—, pero mira, si esta mujer es quien dice ser, pídele que me incluya en el trato. Somos un equipo, Taylor.

Taylor ve la desesperación en su mirada y algo se le quiebra por dentro.

—No sé si funciona así, Ethan.

—¿Por qué no? Si realmente cree en tu talento, debería creer en ambos como dúo. Es lo que somos —insiste.

—Ethan…

—Escucha. Sé cómo es esta gente, Taylor. Prometen mucho, pero después te exprimen hasta que no queda nada de ti. Te utilizan hasta que no les sirves y luego te descartan. ¿Crees que le importas como persona? Para ella solo eres una inversión que tiene que rentabilizar. Alguien tiene que protegerte de los tiburones como ella —dice su hermano.

—No la conoces, Ethan, no creo que…

—¿Y tú sí? —la corta de nuevo.

Taylor abre la boca para responder, pero se detiene. En realidad, en eso, Ethan tiene razón, conoce a Abigail desde hace prácticamente veinticuatro horas, pero por algún motivo que no sabe explicar, se fía de ella.

—Abigail cree en mi talento, Ethan.

—Yo también —asegura su hermano—. Siempre lo he hecho, pero también creo en nosotros, en todo lo que hemos hecho juntos.

Taylor se siente como si algo tirara de ella en dos direcciones completamente opuestas. Por un lado, la lealtad y el cariño hacia su hermano. Por otro, la oportunidad que Abigail le ofrece, la posibilidad de cumplir su sueño.

—¿No te alegras por mí? —pregunta de repente.

La pregunta coge a su hermano desprevenido.

—¿Qué?

—Ella piensa que tengo talento para llegar muy lejos. ¿No te alegras? —pregunta Taylor.

Su hermano vacila un solo momento, pero Taylor lo percibe.

—Claro que sí —dice, pero la respuesta llega demasiado tarde—. Solo me preocupo por ti. Por nosotros.

—A lo mejor lo que te preocupa es que me vaya sin ti —suelta Taylor.

—Eso no es justo.

El silencio cae sobre ellos y Taylor siente el peso de la culpa.

—Quizá podría hablar con ella para que te incluya.

—¿Lo harías? —el alivio en la voz de Ethan es tan evidente que su hermana siente un poco de vergüenza.

—Puedo intentarlo.

—Gracias —dice Ethan abrazándola, aunque a ella le hubiera gustado que ese abrazo se lo hubiera dado antes, cuando le ha contado la noticia de la propuesta que le han hecho.

Taylor le devuelve el abrazo. Quiere mucho a su hermano, pero ahora mismo se siente vacía y dolida y no puede dejar de recordar las palabras de Abigail.

"Tu hermano está equivocado, y te está limitando"

—Bueno, me voy a casa. Te veo esta noche para cenar —dice Taylor, despidiéndose de su hermano.

—Claro. Haré barbacoa en el patio y asaré salchichas de las que te gustan —responde Ethan.

—Sí, vale —dice Taylor.

CAPÍTULO 9

Taylor vocifera el nombre de su hermana por toda la casa, pero no es hasta que pasa cerca del patio trasero cuando la escucha responder. La encuentra sentada en una silla de mimbre, con su inseparable portátil sobre el regazo. Tiffany está descalza, con las piernas cruzadas debajo del portátil y el pelo recogido en un moño descuidado.

—¿Interrumpo algo? —pregunta Taylor levantando una ceja, quieta junto a la puerta.

Tiffany ladea la cabeza y le sonríe, bajando la tapa del portátil.

—Para nada. Solo estoy repasando algunas cosas para el lunes que debería haber terminado ayer, pero ven, prefiero hablar contigo, y tú pareces necesitarlo.

Taylor se acerca y se deja caer en la hierba junto a la silla de su hermana, estirando las piernas mientras apoya las manos un poco por detrás. Durante un momento, se queda mirando al cielo mientras Tiffany enreda los dedos en su coleta.

—¿Tan obvia soy? —pregunta Taylor.

—Siempre lo has sido —responde Tiffany, dejando caer su coleta salvaje contra su espalda—. ¿Ha pasado algo que deba preocuparme?

—No, solo ha sido un día un poco jodido —responde Taylor.

—Pues cuéntamelo para que no lo sea tanto. ¿Cómo ha ido el almuerzo con la mujer del restaurante?

—Mmmm —Taylor arranca un poco de hierba y la destroza con los dedos mientras piensa.

—Venga, ¿qué? ¿Qué pasa, Taylor? —se impacienta su hermana—. ¿Ha pasado algo con ella o es otra cosa?

—Es una mezcla de todo, pero no es malo, o quizá sí… Resulta que es cazatalentos musical…

—¿Qué es qué?

Taylor le hace un breve resumen sobre quién es exactamente Abigail y todo lo que es capaz de hacer.

—Está aquí por mí, me escuchó cantar anoche y quiere representarme.

El silencio que se instala entre ellas es muy diferente al que ha habido antes con su hermano. Tiffany no se ríe, ni muestra incredulidad alguna, simplemente la observa con atención, esperando a que le siga contando.

—Bueno, ¿y qué? —pregunta Tiffany cuando su hermana se queda callada.

—¿Y qué?

—Sí, Taylor. ¿Qué vas a hacer? ¿Le vas a decir que sí?

La pregunta es tan simple que Taylor se queda descolocada. Ella esperaba sorpresa, incluso preocupación o escepticismo como el de su hermano, pero Tiffany está muy tranquila.

—No es tan sencillo —responde Taylor.

—¿Por qué no?

—Quiere una respuesta mañana antes de marcharse —dice Taylor.

—Vale —su hermana mayor asiente—. ¿Y qué más?

Taylor la mira, cada vez más desconcertada.

—¿No crees que es muy precipitado todo? —duda la cantante.

—¿Te parece precipitado a ti?

—No sé, Tiff, me estás poniendo nerviosa con tanta pregunta. Ethan piensa que es mala idea.

Algo cambia en la expresión de su hermana.

—No me digas. ¿Qué dice Ethan exactamente? —pregunta la mayor de los hermanos con el ceño fruncido.

—Que la gente como Abigail promete mucho hasta que saca todo lo que quiere de ti. Que no debería decidir tan rápido. Le preocupa saber qué pasará con nosotros si acepto…

Tiffany suelta un resoplido tan largo que Taylor deja de hablar, desconcertada, mirando a su hermana con los ojos muy abiertos.

—A lo mejor lo que le pasa a Ethan es que no quiere que brilles sin él —dice Tiffany de repente.

Taylor se incorpora con brusquedad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Justo lo que he dicho, Taylor —su hermana se aprieta el puente de la nariz, sintiéndose culpable por estar en medio, y también por no haber intervenido antes—. ¿Nunca has pensado que quizá nuestro hermano no quiere que sigas tu propio camino sin él?

—¿Por qué iba a hacerlo? Él me ha apoyado desde el principio —rebate Taylor a la defensiva.

—¿Te ha apoyado o se ha asegurado de estar siempre presente cuando tú destacas?

Taylor abre la boca para protestar, pero algo en la mirada severa de su hermana la detiene.

—¿De qué hablas, Tiffany?

Tiffany suspira y apoya los codos en las rodillas para estar más cerca de su hermana pequeña.

—Te quiero muchísimo, Taylor, y a Ethan también, pero no estoy ciega. Llevo mucho tiempo viendo cómo funciona vuestra dinámica.

—¿Qué dinámica?

—Cada vez que alguien te elogia por tu voz o tu talento, Ethan se las apaña para recordarles que él también toca contigo, insinuando que lo necesitas. Cada vez que escribes una canción nueva, le busca un defecto, aunque no lo tenga, solo para obligarte a hacer un cambio que después pueda señalar como su aportación —Taylor empieza a tener ansiedad —. Cada vez que surge la oportunidad de que tú cantes sola, él encuentra la manera de incluirse.

Taylor siente que acaban de darle un puñetazo en el centro del estómago.

—Eso no es verdad…

—¿No? —Tiffany le sonríe con amargura—. ¿Qué pasó cuando aquel tipo del periódico local quiso hacer un artículo sobre ti hace unos meses?

Taylor frunce el ceño al recordarlo.

—Ethan dijo que sería mucho mejor si íbamos los dos.

—¿Y la vez que Catherine te preguntó si querías cantar en su boda? —sigue Tiffany.

Taylor mira hacia el suelo fijamente antes de responder, asegurándose de que no se está abriendo bajo ella.

—Ethan pensó que sonaríamos mejor como dúo y al final Catherine no nos contrató.

—¿Y cuándo el locutor de la radio te invitó para hacer una entrevista?

Taylor se queda en silencio, de repente, son muchos recuerdos como esos los que empiezan a llegarle.

—Es un patrón que se ha repetido siempre, Taylor, y siento no haber hecho nada antes, pero ahora no me puedo quedar callada, no cuando te juegas tanto.

Taylor se levanta con brusquedad, caminando por el patio mientras sacude las manos.

—No puedes estar insinuando que mi hermano me sabotea a propósito. Eso es, joder, Tiff, eso es una putada.

—No digo que lo haga a propósito, al menos, conscientemente —Tiffany se levanta también, acercándose a ella—. Pero de manera inconsciente… Ethan es un músico competente, pero como él hay un montón, Taylor, tú eres extraordinaria. Él lo sabe, yo lo sé, todos lo sabemos y Abigail solo ha necesitado escucharte una vez para saberlo. Creo que la única que no lo sabe eres tú, porque Ethan se ha encargado de hacerte creer que eres mediocre todo el tiempo.

—Para —Taylor se gira hacia ella—. Para ya.

—¿Te molesta porque es mentira o porque sabes que es verdad?

Taylor se queda inmóvil, sintiendo como si Tiffany hubiera puesto el dedo en una herida que ella ni siquiera sabía que tenía y que ahora no para de sangrar.

—Él me animó a empezar a cantar, Tiff —dice a punto de llorar.

Tiffany le coge ambas manos.

—Sí, cuando erais adolescentes y era divertido. Pero ahora que podría convertirse en algo real, en algo que te lleve lejos de él, ¿sigue siendo tan entusiasta?

La verdad en las palabras de su hermana está resultando demoledora para Taylor. Piensa en la conversación de esta tarde, cuando su hermano no fue capaz de alegrarse por ella y solo se centró en cómo le afectaría a él que ella aceptara la propuesta de Abigail. La cabeza le da vueltas, se siente ligeramente mareada, y también rabiosa.

—Me dijo que le pidiera a Abigail que lo incluyera en el trato.

—Por supuesto que lo hizo —Tiffany suspira—. Taylor, mírame.

Taylor levanta la mirada. Ella y Tiffany no se parecen en nada. Su hermana mayor es la única de los tres que tiene el pelo rubio de su padre y sus ojos azules. Ethan es una mezcla de ambos, pelo oscuro, ojos claros, y ella es una fotocopia de su madre.

—Te quiero. Y quiero que seas feliz. Pero más que eso, quiero que tengas la oportunidad de descubrir hasta dónde

puedes llegar. Y pienso que nunca lo sabrás si sigues esperando a que Ethan esté listo para dejarte ir.

—¿Y si estás equivocada? ¿Y si realmente me está protegiendo? —pregunta Taylor.

—Eres lista, sabes que tengo razón. Ahora quiero que te olvides de él por un momento y pienses solo en ti. ¿Qué quieres tú, Taylor? Independientemente de lo que Ethan quiera, de lo que nuestros padres puedan opinar de todo esto o de lo que yo pueda decir. ¿Tú qué quieres? —insiste Tiffany.

Taylor vuelve a pensar en Abigail, en ese momento al final de la conversación, cuando le ha recordado que la decisión tenía que tomarla ella.

—Pues yo…

—Vamos, dilo —la anima su hermana con una sonrisa.

—Quiero hacerlo —susurra y sonríe, sintiéndose culpable solo por el hecho de pensarlo y decirlo en voz alta, pero no puede dejar de sonreír al admitirlo—. Quiero que Abigail me represente, saber hasta dónde puedo llegar y tener la oportunidad de que mi voz sea escuchada en un escenario más grande que el del Rusty's.

—¿Y? —sigue Tiffany.

—Y estoy a punto de cagarme en los pantalones —admite con una risita.

Su hermana suelta una pequeña carcajada.

—Tengo miedo de fracasar, de que Abigail se esté equivocando conmigo, de decepcionarla a ella, y a ti, y a todos, de no ser suficiente —sigue Taylor.

—Todos esos miedos son normales —dice su hermana con suavidad—. ¿Sabes lo que me da miedo a mí?

—¿Qué?

—Que te quedes aquí por culpa de ese miedo y te pases el resto de tu vida preguntándote qué habría pasado si te hubieras atrevido.

Taylor suspira con fuerza.

—¿Y si Ethan tiene razón? ¿Y si Abigail solo quiere utilizarme?

Tiffany se muerde la lengua, comprendiendo hasta qué punto su hermano ha socavado la seguridad de Taylor en todo lo que tiene que ver con su talento.

—¿Qué opinas tú de ella? Y haz el favor de no pensar con la vagina —le pide Tiffany.

La risa de Taylor es espontánea y ligera, y le provoca cierto alivio. Piensa en Abigail y en toda esa frialdad que la envuelve y que a ella le fascina, pero sobre todo en la convicción con la que hablaba de su talento. O Abigail realmente cree en ella, o es la mejor mentirosa que ha conocido en su vida.

—Creo que es legal, que va en serio —dice Taylor, mordiéndose los labios.

—Pues habla con ella, Taylor. Es normal que tengas muchas dudas al principio y no creo que seas la primera —opina Tiffany —. Esa mujer se habrá encontrado de todo. Si realmente quiere que trabajes con ella, no creo que tenga problema en aclarar todas tus dudas. Queda con ella y pregunta todo lo que se te ocurra. Y si después no estás convencida, entonces di

que no, pero si es que sí… —la sonrisa de Tiffany se amplía y se encoge de hombros.

Taylor se abraza a ella y deja que su hermana la apriete con toda la fuerza que es capaz de ejercer en ese momento.

—Oye, en cuanto a ella y tú… —dice Tiffany, apartándose de Taylor para mirarla.

Su hermana pequeña parece leerle el pensamiento.

—¿Te refieres al hecho de que se acostara conmigo? No creo que supiera que era yo, al menos la primera vez —Taylor se ríe.

—¿Primera vez? ¿Cuántas veces te la has tirado? —pregunta Tiffany sin contener la risa.

—Eso da igual, la cuestión es que no creo que lo supiera al principio.

—No sería muy profesional por su parte si fuera así —concluye Tiffany.

A Taylor le da igual si es profesional o no, acostarse con Abigail es una de las mejores experiencias que ha tenido últimamente, por no decir la mejor que recuerda, pero se lo preguntará de todos modos.

—¿Qué harías tú si fueras yo? —pregunta Taylor, solo por curiosidad—. Me refiero a si te hicieran una oferta así.

Para Taylor, su hermana siempre ha sido un misterio, abierta para algunas cosas, completamente hermética para otras.

—Yo no tengo tu talento, ni tu pasión, ni ese fuego que tienes en la lengua, pero si lo tuviera, creo que ya le habría dicho que sí —responde Tiffany.

—¿Así, tan rápido? ¿Dejarías a tu familia sin pensarlo? —titubea Taylor.

Tiffany gime. Se queda en silencio unos segundos mirando a Taylor y llega a la conclusión de que su hermano es una garrapata emocional que ha estado succionando la sangre de su hermana durante demasiado tiempo, y ella debería haberlo detenido antes. Comprende que Taylor ahora pregunta lo que ella teme, lo que sabe que dirá su hermano si ella se marcha.

—Si te vas, no nos estarás dejando atrás, Taylor, estarás creciendo y nosotros te seguiremos queriendo. ¿Entiendes eso? —pregunta Tiffany, cogiéndola por los hombros.

Taylor la mira fijamente unos segundos antes de asentir.

—La voy a llamar —decide Taylor, sacando su teléfono.

—Sí, venga —Tiffany le hace un gesto para que se aparte y su hermana pequeña se aleja por el jardín arrastrando los pies mientras marca el número que hay en la tarjeta que Abigail le ha dado.

—Diga —responde Abigail con su particular tono cortante, y Taylor no puede evitar imaginársela junto a la ventana de la habitación, igual que la encontró cuando entró ayer para…

—Soy Taylor.

Abigail está sentada frente al portátil, trabajando, por supuesto, y deja de mirar la pantalla para recostarse en la silla.

—Dime.

—¿Podemos hablar mañana? Puedo pasar a recogerte para desayunar —propone Taylor.

—De acuerdo, a las nueve —responde Abigail como si zanjara un negocio.

—Bien, a las nueve.

Taylor cuelga y mira el teléfono como si Abigail fuera a salir de la pantalla.

—¿Ya está? —pregunta Tiffany desde la silla.

—Sí. Mañana desayunaré con ella.

—Genial —dice su hermana.

—Sí, ahora mueve el culo. Le he dicho a papá que iría a cenar y tú vendrás conmigo.

—¿Por qué se supone que tengo que ir? —pregunta Tiffany, pero se levanta de la silla.

—Porque eres mi hermana y no me quieres dejar sola cuando se lo cuente y empiecen a hacerme preguntas absurdas como si vendré a dormir a casa por las noches.

Tiffany suelta una carcajada y entra con Taylor para ir a vestirse. La acompañará, pero no para protegerla de las preguntas tontas de sus padres que probablemente no comprenderán la magnitud de la propuesta que Abigail Stone le ha hecho a su hija pequeña, lo hará para protegerla de Ethan como debería haber empezado a hacer hace mucho tiempo.

CAPÍTULO 10

Taylor conduce su camioneta mientras tararea una canción de la radio para calmar sus nervios. A las ocho en punto, Abigail le ha enviado un mensaje para decirle que se veían directamente en el mismo *diner* donde almorzaron ayer.

Cuando entra, la encuentra sentada en una mesa junto a la ventana, con el portátil abierto delante y el teléfono pegado a la oreja, gesticulando con la mano libre mientras habla en voz baja. Lleva otro de esos trajes que parecen diseñados solo para ella, esta vez de color gris perla, y el pelo recogido en un moño bajo que deja libre su cuello. Taylor se fija en las marcas visibles en su garganta y en su escote —ahora de un tono más violáceo que ayer— y no puede reprimir la sonrisa de satisfacción que le cruza la cara, ni el latigazo entre las piernas mientras piensa en morderla de nuevo.

Se queda de pie observándola. Abigail está completamente concentrada, ni siquiera la ha visto. Ahora ha cogido un bolígrafo y anota algo en una agenda mientras escucha con la mirada fija en su propia mano, ajena a todo lo que la rodea. Taylor se pregunta si alguna vez es capaz de desconectar, es evidente que está trabajando, y hoy es domingo.

—Me da igual, Liam, diles que eso no es negociable —la escucha decir cuando se acerca, con ese tono cortante que a Taylor le encanta—. Dales hasta mañana para decidir, si no aceptan, buscamos a otro, no es el fin del mundo.

Taylor retira la silla y se sienta frente a ella, la mirada de Abigail se levanta y la observa. Taylor siente que su cuerpo se calienta y le sonríe a modo de saludo, pero ella permanece imperturbable, centrada en lo que escucha, pero sin dejar de mirar a Taylor fijamente con esa expresión tan tensa que es difícil saber lo que piensa.

—Pues haber venido tú aquí —suelta Abigail al teléfono—. Tengo que colgar.

Y Abigail cuelga sin más.

—Llegas puntual —comenta sin dejar de mirar a Taylor, cerrando el portátil.

—No sé si quiero saber cuál es tu reacción cuando alguien te hace esperar —dice Taylor mientras la camarera le sirve café —. Buenos días, por cierto.

La mirada de Abigail es tan intensa que Taylor siente que podría clavarla en la silla.

—¿Ya has tomado una decisión? —pregunta la ejecutiva sin preámbulos.

Taylor hubiera preferido comenzar la conversación de forma más casual. Está nerviosa, y tiene tantas preguntas que ni siquiera sabe cuál hacer primero o si debería establecer un orden, pero Abigail es implacable y no parece que esté dispuesta a darle un respiro.

—Sí —responde Taylor—, pero tengo algunas preguntas, quiero decir…

—¿Qué preguntas? —la corta Abigail—. Empieza.

Taylor gime. Se ha pasado toda la noche pensando en esta conversación, pero la frialdad de Abigail en este momento no la está ayudando.

—Bueno, es que yo solo he cantado en bares pequeños…

—Eso no es una pregunta —dice Abigail.

—Joder, déjame hablar —se exaspera Taylor.

La mandíbula de Abigail se tensa, sus hombros también, pero asiente, aunque no se disculpa por su impaciencia ni por interrumpirla constantemente.

—Dices que soy muy buena, que tengo talento, pero ¿y si me subo a un escenario más grande y me quedo bloqueada? Yo no he salido del pueblo, bueno, sí que he salido, claro, pero nunca he cantado delante de más de cincuenta personas… —Taylor comienza a divagar, a gesticular mucho, a respirar rápido.

De repente se le olvidan las preguntas y empieza a mezclarlo todo.

—Ethan dice que es mejor que estemos los dos, yo sé que no, pero no sé, él dice que yo sola por ahí, tal vez quieres aprovecharte. Yo nunca he estado en Nueva York, a lo mejor me subo a un escenario y me congelo…

—Taylor —dice Abigail.

—Mi hermana Tiffany me apoya, dice que debo hacerlo, que me olvide de Ethan. Es buen guitarrista, soy cantante gracias a él, pero yo quiero ir contigo…

—Taylor —vuelve a decir Abigail.

—¿Qué?

—Bebe agua.

—Sí, tengo sed —responde Taylor, sin saber en qué momento se le ha secado tanto la garganta.

Abigail la observa mientras coge el vaso. Le cuesta mucho comprender que sea una chica con tanta confianza para seducir a una mujer, tan segura en la cama, probablemente también en su día a día, una fiera encima de un escenario, y que ese imbécil de su hermano haya conseguido que piense que, sin él, su talento no vale nada.

Llega a la conclusión de que debe cambiar de estrategia, si quiere convertir a Taylor en la estrella que sabe que es, no se la puede llevar ahora, no con esa inseguridad que tiene. Tiene que demostrarle lo que vale, pero tiene que hacerlo donde ella se sienta segura, cerca de los suyos, y eso incluye ese pueblo y a su hermano.

—Lo siento —dice Taylor, secándose los labios con el puño.

Le brillan y están muy rojos, Abigail siente una ligera vibración en el vientre que la hace erguirse en la silla, pero desvía la mirada y se fija en el tipo barrigón que hay en la barra para que la sensación desaparezca.

—Vamos a ver —dice Abigail, centrándose en lo que debe —. Parece que todas tus dudas tienen más que ver con la seguridad en ti misma que con lo que yo puedo ofrecerte.

—No es eso, es que yo…

—Sí que es eso —asegura Abigail como si fuera una sentencia.

Taylor suspira, sabiendo que tiene razón. Abigail ya le dijo todo lo que podía hacer por ella, hasta dónde podía llevarla, y confía en Abigail, así que eso no le genera ninguna duda.

—Voy a hacer algo que no he hecho nunca, y no lo voy a hacer por ti —aclara con frialdad—, lo voy a hacer porque si te dejo escapar, otro como yo acabará encontrándote y no puedo permitirlo.

—Joder, eres un encanto —dice Taylor con sarcasmo.

—Soy buena en lo que hago, mucho, en realidad —matiza Abigail, mientras busca algo en su teléfono—, por eso la gente me debe favores. ¿Sabes qué es?

Abigail le muestra la pantalla de su teléfono, donde aparece la información del festival de música *Smithville Fiddler's Jamboree.* Taylor se acerca para leer por encima y asiente con una sonrisa.

—Sí, claro. Voy todos los años con mis hermanos. Es en tres semanas —responde Taylor.

—¿Qué te parece si este año vas a cantar en lugar de asistir como público? —pregunta Abigail.

La mandíbula de Taylor se descuelga y se le escapa una risita en forma de suspiro.

—¿A cantar? Venga ya, eso es imposible. Las actuaciones están cerradas desde hace meses. Además, nadie me conoce, ¿cómo voy a…?

—Deja de ofenderme —la corta Abigail—. Te estoy dando la oportunidad de demostrarte a ti misma que sí que puedes cantar en un escenario grande. Es más, puedes hacerlo con tu hermano, dejaré que suba y tenga su momento de gloria

frente a treinta mil personas, pero eso sí, él solo toca la guitarra, la única voz que quiero escuchar ahí arriba es la tuya.

—No hablas en serio —dice Taylor, atónita.

Abigail la atraviesa con su mirada intensa.

—Hostia, sí que hablas en serio. ¿De verdad puedes hacer eso? —Taylor casi salta de la silla.

—Puedo hacer muchas cosas, pero tengo condiciones —responde Abigail, implacable.

—¿Cuáles? —pregunta Taylor a punto de escupir el corazón por la boca.

—Te concedo estas tres semanas para prepararte. Traeré más músicos para completar la banda y ayudaros con el sonido, pero después de esto, cuando compruebes que sí que puedes hacerlo, firmarás conmigo y te vendrás a Nueva York.

—¿Y mi hermano?

—Tu hermano se queda —otra sentencia, y Taylor sabe por su tono helado que no es negociable—. Aprovecha este tiempo para despedirte, para entender que no lo necesitas, que él solo es un obstáculo en tu carrera. Si no puedes hacer eso, la reunión acaba aquí, puedes seguir cantando en ese bar los viernes por la noche el resto de tu vida —dice Abigail.

Taylor se echa hacia atrás y clava sus ojos oscuros en la mesa. Ha soñado tantas veces con cantar en ese festival que ni siquiera puede recordarlas, y no se imagina nada mejor que tener a los suyos cerca la primera vez que suba a un escenario grande. Y Ethan… Abigail está siendo generosa, Taylor lo sabe.

—Vale —dice de repente—. Si realmente puedes conseguir eso, acepto.

La mandíbula de Abigail se tensa por completo cuando coge su teléfono y marca un número, mirando a Taylor fijamente mientras espera a que respondan.

—James, necesito un favor —dice Abigail cuando alguien contesta al otro lado. Es muy concisa con lo que quiere, sin explayarse, porque, al parecer, no le hace falta—. Sí, ya sé que todo está cerrado y queda poco tiempo, por eso te estoy llamando a ti.

Se hace una pausa, Abigail espera mirándose las uñas con tranquilidad, porque sabe cuál va a ser la respuesta.

—Bien. Gracias, ahora estamos en paz.

Abigail cuelga y anota algo en su agenda.

—Ya está, cantarás el sábado. Tenemos espacio para tres canciones.

Taylor la mira, boquiabierta.

—Joder, ¿en serio?

—Te dije que yo abro puertas y tú entras. Así funciona mi mundo. Tengo contactos, hago favores y me los cobro cuando es necesario.

Taylor está pasmada. Ahora mismo, Abigail le parece una fuerza de la naturaleza capaz de mover montañas.

—Bueno —dice Abigail, como si lo que acaba de conseguir fuera algo tan simple como reservar un vuelo—. Tienes tres semanas para preparar tres canciones. Las que tú quieras siempre que sean propias, pero tratarás directamente conmigo, me las enseñarás, me las cantarás, y haremos los ajustes que hagan falta con la música. ¿Tenéis algún sitio para ensayar?

—No, bueno, mi hermano y yo ensayamos en el garaje de nuestros padres, pero supongo que eso no te sirve.

—No, no me sirve —responde Abigail, que no deja de garabatear en la agenda desde que ha colgado la llamada—. Le diré a Patricia que se ocupe de encontrar algo rápido, y que me busque un *Airbnb*, no puedo quedarme en esa habitación tres semanas —murmura para ella—. Ah, y otra cosa.

—¿Qué?

—Tu tiempo a partir de ahora, es mío —dice, y algo vibra de nuevo en el estómago de Taylor sin que se explique el motivo—. Nada de trabajar en el bar. Una cosa es que consiga que cantes en el festival y otra que permita que la actuación sea un desastre. Aquí mi reputación también está en juego. Tu hermano, lo mismo, si quiere tocar, tiene que ensayar y adaptarse al resto de la banda. Os doy un par de días para que arregléis lo que tengáis que arreglar en el bar. Contratar gente para ayudar a vuestros padres o lo que sea que quieras hacer, me da igual, pero eres mía a partir de ahora.

—Tuya —repite Taylor con una sonrisa juguetona.

—¿Hay algo que no hayas entendido? —Abigail se pone rígida.

Taylor va a ser un problema para ella, lo tiene clarísimo, uno muy serio que hace que los muslos le tiemblen y sus bragas se mojen con demasiada frecuencia, sobre todo cuando le dedica esas sonrisas torcidas, pero esto es trabajo, tiene que mantenerla a raya.

—Creo que no —responde Taylor.

—Bien, pues entonces podemos dar por concluida esta reunión.

—¿Reunión? Pensaba que era un desayuno, algo informal. ¿Es que nunca dejas de trabajar? ¿Ni siquiera un domingo? —pregunta la cantante.

Abigail parpadea, como si no entendiera lo que le está diciendo. ¿Qué es eso de dejar de trabajar?

—Trabajar me mantiene concentrada —Abigail cierra su agenda y la guarda en el bolso junto al bolígrafo.

—Sí que tengo otra duda —dice Taylor.

Su futura representante suspira.

—Dime.

—El viernes, cuando viniste al bar a comer, ¿sabías que era yo? —pregunta Taylor.

—¿Qué?

—Reformulo la pregunta —su seguridad es apabullante cuando no se habla de su talento—. Cuando fui a tu habitación y follamos, ¿sabías que yo era la voz de la que te habían hablado?

La rigidez vuelve al cuerpo de Abigail y los músculos de su cuello se engarrotan.

—No, no lo sabía —responde con la voz afilada como la hoja de un cuchillo.

—Pero la segunda vez sí y, aun así, te acostaste conmigo —afirma Taylor.

—Sí —responde Abigail—. Un error, por supuesto. Algo que no se repetirá.

Las cejas de Taylor se levantan y algo dentro de ella se retuerce otra vez. No puede identificar lo que es, ni siquiera sabe cómo se siente exactamente ante su frialdad ahora mismo, pero la sensación escuece, eso sí lo sabe.

—Un error —repite mirándola—. No lo parecía mientras te corrías.

—Escúchame bien, Taylor, porque no voy a repetírtelo —dice Abigail, con los ojos inyectados en sangre—. No tengo por costumbre acostarme con nadie que tenga que ver con mi negocio, y menos con una cantante a la que pretendo fichar. Esa noche me dejé llevar, ya habíamos follado antes, el mal ya estaba hecho y tú parecías bastante dispuesta —Abigail arquea una ceja. Taylor tensa el estómago, quiere decirle que es una zorra, pero Abigail no miente, ella se moría de ganas de follársela—. Pero ahora ya sabes quién soy y yo sé quién eres tú, y eso se acabó.

—¿Por qué tiene que acabarse? —pregunta Taylor.

—¿Qué?

Abigail no estaba preparada para esa pregunta. Taylor se encoge de hombros con ese gesto despreocupado que tiene para todo, desconcertándola más todavía.

—¿Por qué no podemos seguir follando? Sin compromiso. Joder, a mí me encanta follar contigo y creo que a ti…

—Para —la corta Abigail con voz atronadora, llevándose una mano a la nuca para masajearse—. Te he dicho que no. A partir de ahora nuestra relación será estrictamente profesional, si no puedes entenderlo, tenemos un problema.

—Sí que puedo —contesta—. Y lo entiendo, pero tenía que intentarlo —añade con una de sus sonrisas torcidas.

Abigail siente otra sacudida entre los muslos y se arrepiente de no haber elegido un pantalón más oscuro.

—Bien —dice, guardando también su portátil.

—Oye —dice Taylor.

Abigail resopla.

—¿Qué?

—Gracias. Por lo del festival y eso… —dice y se encoge de hombros.

—No me las des. Es la única concesión que te haré. Después de eso, tu vida cambiará por completo y estarás sola, salvo que alguien de tu familia se mude contigo a Nueva York. Tienes tres semanas para asimilarlo. Te llamaré mañana.

Abigail deja un billete sobre la mesa y se marcha, dejando a Taylor con un nido de avispas en la cabeza y las ganas de gritarle acumuladas en su garganta. Está segura de que hay muchas agentes como Abigail en el mundo de la música, y a ella le ha tocado la única que parece tener una piedra donde debería latirle el corazón.

CAPÍTULO 11

Abigail llega a la cafetería donde ha citado a Taylor diez minutos antes de la hora acordada. Ha elegido ese sitio porque está cerca de la casa de Harold y podía ir caminando, aunque Patricia ya le ha conseguido un *Airbnb* en las afueras al que se mudará mañana. Se sienta en la mesa del fondo, saca su agenda y el teléfono y revisa todos los puntos que tiene anotados para esta reunión.

Patricia necesita información específica para preparar el contrato preliminar de Taylor para cuando llegue el momento. Datos básicos, pero también otros detalles de su vida que podrían complicar negociaciones futuras, y Abigail nunca deja nada al azar, y menos cuando se trata de un talento como el de Taylor. Si es tan buena en su trabajo, es porque siempre va un paso por delante ante cualquier imprevisto.

Taylor entra cinco minutos después, vestida con unos vaqueros oscuros y una blusa blanca en la que sus pechos pequeños apenas destacan, pero que hacen que Abigail sienta unas ganas repentinas de abrirla de un tirón. Su melena oscura cae suelta sobre sus hombros, moviéndose con cada paso mientras Taylor avanza hacia ella con esa sonrisa socarrona

que hace que Abigail sienta cierto hormigueo en algunas zonas donde no debería sentirlo.

—Puntual otra vez —comenta Abigail cuando Taylor se sienta frente a ella—. Estoy impresionada.

—¿Dudas de mi compromiso? —pregunta Taylor, dejando las llaves de su camioneta sobre la mesa.

Una camarera se acerca y Taylor pide un café con leche, Abigail uno solo. Cuando se quedan solas, Abigail no pierde el tiempo, abre su agenda y coge un bolígrafo negro.

—Necesito algunos datos para que mi asistente pueda empezar a preparar la documentación —explica sin mirar a Taylor.

Taylor sí que la mira a ella. Abigail hoy lleva el pelo suelto ligeramente ondulado que resbala por encima de su camisa, cuyo color castaño tan claro hace resaltar el tono verdoso de sus ojos.

—Estás guapa —dice Taylor sin pensar.

—¿Perdón?

La cantante se encoge de hombros.

—Eso, que estás guapa. Siempre lo estás, pero hoy…

—¿Puedes centrarte? —la corta Abigail.

—Sí… —responde Taylor con tono aburrido—. ¿Qué datos quieres?

—Información básica que hará falta cuando llegue el momento de formalizar el contrato.

—Vale, pregunta lo que quieras.

—Bien. Empecemos por lo principal —dice Abigail, apretando la parte superior de su bolígrafo—. Nombre

completo, fecha de nacimiento y número de la seguridad social.

—Taylor Elena Davey, 15 de marzo de 1998 —responde de forma automática, después le da el número y Abigail lo anota.

—¿Hay algún nombre artístico que quieras utilizar? —pregunta Abigail.

Taylor se toca la melena.

—Pues no sé, nunca me lo he planteado. Supongo que Taylor Davey está bien. ¿Tú qué opinas? —duda la cantante, mirando a Abigail fijamente.

—Por mí, no hay problema. Tiene gancho, será fácil venderlo, pero si quieres otro, no tardes en decidirte.

—No, me gusta mi nombre —asegura Taylor.

—Vale —apunta Abigail—. ¿Estudios completados?

—¿Eso es relevante? —pregunta Taylor.

Abigail levanta la vista de su agenda.

—Todo lo es. Te voy a sacar de un pueblo, y hay periodistas normales y periodistas gilipollas. Hay que estar preparadas para cualquier pregunta.

Taylor suelta una risita.

—Bachillerato. Empecé la universidad, empresariales, pero lo dejé al segundo año.

Esto sorprende a Abigail, si ella tuviera tiempo, seguiría estudiando, era una empollona empedernida.

—¿Por qué?

—Porque me aburría muchísimo —responde Taylor sin inmutarse—, y porque necesitaba trabajar.

Abigail asiente.

—¿Alguna formación musical?

—Nada. Todo lo que sé, lo aprendí sola o con mi hermano.

—¿Alguna experiencia profesional en la música? ¿Grabaciones? ¿Algún contrato previo? —sigue preguntando Abigail.

Normalmente, esta es la parte que más le aburre de su trabajo, de hecho, no suele ocuparse, esto es cosa de sus asistentes, pero la situación particular de Taylor la tiene sentada ahí, haciendo esas preguntas que pensó que le resultarían un trabajo aburrido, una pérdida de un tiempo que para ella vale mucho dinero. Sin embargo, se acaba de dar cuenta de que no está aburrida en absoluto, siente curiosidad por cada respuesta de la cantante de pueblo, y eso no hace más que confirmarle que Taylor es un problema para ella.

—Ya sabes que no —dice Taylor.

—Yo no sé nada, por eso pregunto y tú respondes.

Taylor gimotea. Tanta pregunta la agobia, y Abigail está demasiado guapa esta tarde como para que ella pueda centrarse en preguntas aburridas.

—Ahora cosas más personales —dice Abigail como si hablara del tiempo, tomando un sorbo de su café—. ¿Sales con alguien en este momento?

La sonrisa de Taylor se curva.

—Vaya, por fin llegamos a las preguntas interesantes.

—No es interesante —bufa Abigail—. Es necesaria, tus relaciones pueden afectar a tu disponibilidad para todo, pueden generar problemas de celos y también dañar tu imagen dependiendo de con quién sea la relación.

—Joder, qué negocio más oscuro.

Abigail resopla.

—No estoy saliendo con nadie. ¿Y tú? —dice Taylor.

La pregunta coge a Abigail desprevenida.

—Yo no soy la que va a firmar el contrato.

—Pero puedes contestarme —sonríe Taylor, observando su mandíbula tensa.

—¿Has tenido relaciones con algún personaje público o alguna persona conflictiva que pueda causar problemas cuando tu imagen sea pública? —pregunta Abigail, ignorándola.

—No, al menos, que yo sepa. Mi relación más larga duró tres años o así, después de eso, no he tenido nada serio con nadie.

—¿Qué significa nada serio? —pregunta Abigail.

Los ojos almendrados de Taylor se entornan y ella se inclina un poco hacia delante.

—Significa que me gusta conocer gente, pero no comprometerme —explica Taylor sin un ápice de vergüenza—. ¿Es eso un problema para tu agencia?

Abigail quiere masajearse el cuello, pero no se mueve.

—No, no lo es. Solo necesito saber qué esperar.

—¿Y qué esperas, Abigail?

Abigail se siente como si Taylor acabara de pasarle un cartucho de dinamita encendido. Si se equivoca de respuesta, ella estará lista para saltarle al cuello, así que simplemente la evita.

—¿Consumes drogas o alcohol de manera habitual?

—Bebo a veces. Nada de drogas —dice Taylor.

—¿Antecedentes penales?

—¿En serio? —Taylor se ríe—. ¿Tú has visto este pueblo? Lo más emocionante que pasa por aquí es cuando el sheriff persigue a alguien por exceso de velocidad.

Abigail no puede evitar sonreír mientras anota en su agenda.

—¿Algún problema de salud significativo? ¿Alergias? ¿Medicación regular?

—Joder, Abby, qué aburrimiento —se queja Taylor.

—No me llames Abby, y haz el favor de contestar.

Taylor vuelve a reírse. Sabía que Abigail se quejaría y la miraría con esa expresión enfurecida que tanto le gusta si acortaba su nombre.

—Nada, estoy sana como un roble.

—¿Familia? ¿Alguien que pueda suponer un problema para ti además de tu hermano?

—No. Mis padres son geniales —dice Taylor sonrojada—. No se enteran mucho de cómo va esto, piensan que me vas a llevar por ahí a cantar en cuatro sitios y volveré en unas semanas. Ellos son felices con el bar. Después tengo a mi abuela materna, pero vive en España y solo hablo con ella por videollamada.

—¿España? —pregunta Abigail alzando la vista.

—Sí, de Sevilla. Mi madre nació allí. Emigró cuando era joven, conoció a mi padre y se quedó aquí.

—Vaya, eso explica muchas cosas —dice Abigail, sorprendentemente complacida.

—¿Cómo qué? —pregunta Taylor, muerta de curiosidad.

—Como ese color oliváceo de tu piel, tus ojos oscuros, esa melena… —Abigail se detiene cuando la mirada de Taylor se oscurece—. Y ese tono en tu voz. Ese quejido, el desgarro, es muy habitual en la comunidad gitana andaluza. ¿Hablas español?

—Bueno, lo entiendo mejor de lo que lo hablo y me defiendo bastante bien cuando hablo con mi abuela, aunque nunca he estado en España.

—¿No? —Abigail se sorprende y lo anota por alguna razón que no entiende.

—Tú, ¿sí?

—Alguna vez. Conozco Madrid, Barcelona, la costa de Granada y la isla de Menorca.

—Guau —dice Taylor.

Abigail la mira, por un momento, está a punto de decirle que podría llevarla, pero descarta el pensamiento igual de rápido que le llega.

—Quizá tu música te lleve allí algún día. El mercado hispano puede ser una opción muy interesante. Tal vez incluir alguna versión en español de algún tema, ya veremos —Abigail anota.

—Joder, eres una máquina de buscar oportunidades —dice Taylor.

—Es mi trabajo —responde Abigail—. ¿Alguna deuda significativa?

—No, la casa donde vivo es de alquiler. ¿Qué importancia tiene eso?

—Deja de cuestionarlo todo, me haces perder tiempo —se exaspera Abigail, pero Taylor se cruza de brazos, negándose a seguir—. Vale —dice Abigail, resignada—. Cuando firmes, tu situación económica cambiará notablemente y necesito asegurarme de que no serás una de esas artistas que lo perderán todo tan rápido como lo ganan porque están endeudados hasta las cejas y después cogen tal trauma al ver que ya no tienen dinero, que se enganchan a las drogas y se cargan su carrera antes de que comience.

—Umm, vale —dice Taylor pensativa—, pues eso, no tengo deudas.

—¿Tus padres?

—Nada que me vaya a arruinar a mí.

—Bien, pues creo que con esto tengo suficiente. Patricia preparará el borrador, te lo pasaré cuando lo tenga para que le vayas echando un vistazo y me comentes cualquier duda que tengas, aunque mi consejo es que lo consultes con un abogado por tu cuenta para que estés completamente segura de que se está velando por tus intereses en todo momento.

Taylor se inclina hacia delante otra vez. Abigail se echa hacia atrás.

—Me fío de ti, no sé por qué, pero lo hago. Aun así, te agradezco el consejo, mi hermana es abogada y lo revisará —murmura Taylor, mirándole los labios.

Abigail se aclara la garganta.

—Estupendo, una hermana sensata en la familia —dice cerrando la agenda.

—¿Ya está? —pregunta Taylor.

—Creo recordar que estabas muy aburrida con mis preguntas. Te libero —dice Abigail, abriendo su bolso para dejar un billete sobre la mesa.

—Bueno, pero ahora que hemos acabado, podemos hacer algo más divertido.

A Abigail se le escurre el bolso de las manos, pero antes de recogerlo, se levanta y se acerca a Taylor, apoyando una mano sobre la mesa y la otra en el respaldo de su silla.

—¿Qué parte de la conversación que tuvimos el domingo es la que tú no entiendes? —le susurra como si fuera una serpiente venenosa a punto de inyectarle su veneno.

Taylor contiene la respiración. El perfume de Abigail es suave y las pequeñas oleadas que le llegan le recuerdan momentos muy concretos de sus labios pegados a su cuello.

—El domingo hablamos de muchas cosas —responde Taylor.

Los dedos de Abigail se tensan sobre el respaldo de la silla.

—Pues espero que las recuerdes todas, porque no me gusta repetirme.

Taylor sonríe. Piensa en levantar la cabeza, tirarle del pelo con fuerza y atraerla hasta su boca. No le costaría hacerlo y Abigail no tendría margen de maniobra, pero no quiere enfadarla, al menos, no tan pronto.

—Solo iba a proponerte que cenaras conmigo, eres muy mal pensada —dice Taylor.

El aire de la risa de Abigail le mueve el pelo y le acaricia la oreja. Taylor se estremece y el vientre le vibra.

—Seguro que sí —dice Abigail—, pero me gusta cenar sola. Nos vemos mañana a las diez.

Abigail se incorpora, recoge su bolso y su agenda y se marcha.

CAPÍTULO 12

Abigail sale del *Airbnb* que Patricia ha conseguido para ella en tiempo récord —un apartamento moderno en una zona residencial del pueblo con bastante espacio para que pueda trabajar cómoda— conduciendo su coche de alquiler hacia el lugar donde harán los ensayos. Son las ocho y media de la mañana de ese miércoles, el primer día de trabajo real, y Abigail ya ha hecho cuatro llamadas de trabajo antes de salir.

El espacio que Patricia ha alquilado para los ensayos es un almacén reformado en las afueras del pueblo, lo suficientemente grande para acomodar a la banda completa y el equipo de sonido que Abigail ha mandado traer desde Nashville.

Cuando llega, un camión ya está descargando amplificadores y micrófonos bajo la supervisión de uno de sus técnicos de sonido habituales, Johan, un hombre afroamericano de cincuenta años que ha trabajado con ella en una docena de proyectos.

—La veo bien, señora Stone —dice Johan mientras comprueba la lista que tiene en la mano—. Todo ha llegado a tiempo, como siempre —añade él, adivinando la primera pregunta de ella.

Abigail esboza una pequeña sonrisa.

—Buenos días, Johan. Perfecto —responde, mirando su reloj de pulsera—. Los músicos llegarán en media hora, Taylor y su hermano a las diez. ¿Crees que te da tiempo para tenerlo todo listo?

—Sin problema —responde Johan.

Abigail entra en el local y lo observa todo. Las paredes están insonorizadas y hay un par de ventanas que dejan entrar la luz natural, además de suficiente espacio para que todos se muevan sin estorbarse. No es el estudio de grabación de Manhattan al que está acostumbrada, pero servirá para lo que necesita hacer con Taylor.

El teléfono le suena y ella contesta mientras observa cómo Johan empieza a configurar todo el equipamiento.

—Dime, Liam —responde recostándose contra una pared.

—¿Interrumpo? —pregunta él.

—No, todavía no hemos comenzado. ¿Qué necesitas?

—Pues me estaba preguntando si has perdido completamente la cabeza o solo es algo temporal —dice su socio—. Patricia acaba de detallarme todo lo que has pedido. ¿Sabes cuánto estás invirtiendo en una chica que ni siquiera ha firmado con nosotros?

Abigail aprieta la mandíbula. Por supuesto que lo sabe, ella nunca hace nada sin calcular antes, y sabe que será una inversión a fondo perdido si al final Taylor decide no firmar, pero también sabe lo que escuchó en aquel bar.

—Sé lo que hago —responde con frialdad.

—No lo dudo, siempre me he fiado de tu criterio, pero entenderás que esté un poco nervioso. Precisamente tú, eres la primera de nosotros que no cede ni un centímetro ante nadie, zanjas los contratos ladrando, intimidando con esos ojos tuyos de…

—¿Has acabado? —lo interrumpe Abigail.

—Vale, no voy a juzgar la jugada, pero ¿era necesario contratar músicos profesionales de los que utilizamos en las giras para esto? Joder, Abby, cuestan un dineral.

—Para que Taylor entienda su potencial real, tiene que escucharse a sí misma con músicos de su nivel. Si quiero a alguien mediocre, ya tengo a su hermano.

—Por Dios, pobre chico —murmura Liam.

—No pensarías lo mismo si entendieras que todo esto es por su culpa, él es el que se ha encargado de que Taylor piense que es una cantante del montón. Ahora tengo que colgar.

Y Abigail cuelga.

A las nueve en punto, una furgoneta se detiene frente al edificio y de ella salen tres hombres cargados con instrumentos. El primero se llama David, el guitarrista principal con el que ha trabajado Martin Reed en los dos últimos álbumes. El segundo es James, un bajista que suele acompañar a Isabella Cruz en sus giras, y el último es Lucas, un batería al que ficharon hace poco y cuya versatilidad lo ha convertido en uno de los más solicitados por todos los cantantes.

—Abigail Stone… —dice David abriendo sus enormes brazos.

Abigail se pone rígida y mantiene los brazos pegados al cuerpo, pero deja que David la abrace y la levante del suelo como suele hacer siempre. Es algo parecido a un oso amoroso al que su frialdad no le asusta y con el que ella no sabe lidiar.

—Vale, puedes soltarme ya —dice Abigail en un murmullo.

David suelta una risotada profunda y la deja en el suelo. Abigail saluda con un apretón de manos a James y a Lucas.

—Bueno, aquí estamos —dice David, mirando el local con las cejas levantadas.

—Gracias por venir —dice Abigail—, sé que no es el tipo de sitio al que estáis acostumbrados, pero es lo mejor que he podido conseguir con el poco tiempo que tenemos.

—Tranquila, estaremos bien —responde David—. ¿Hay café?

Abigail levanta una ceja.

—Vale, no hay café.

Mientras ellos saludan a Johan y comienzan a instalarse y afinar sus instrumentos, ella busca un sitio donde colocarse sin estorbar. Elige una pared en el fondo donde arrastra un taburete y se sienta, apoyando un pie en el suelo con el móvil en una mano y la agenda en la otra. Desde ahí puede ver a los músicos, comprobar la acústica y, cuando llegue Taylor, tener la perspectiva que le permita evaluar su presencia en el escenario.

A las diez menos cinco, Taylor entra y el pulso de Abigail se acelera sin que pueda justificar el motivo, lo cual le molesta y

decide atribuir a la importancia del momento. Taylor lleva su guitarra acústica en las manos y viste unos vaqueros oscuros y una camiseta gris. La melena suelta le ondea por detrás de los hombros cuando camina y transmite una energía nerviosa que a Abigail le recuerda a un cable de alta tensión que acaba de soltarse. Ethan va detrás de ella, con su guitarra eléctrica y un amplificador pequeño. Su expresión se vuelve rígida por completo en cuanto ve a los tres músicos.

—Hola —saluda Taylor, mirando primero a Abigail con una sonrisa nerviosa.

—Buenos días —responde ella con una mezcla de frialdad y elegancia que le seca la garganta a Taylor.

Abigail hace las presentaciones y no pierde detalle de la mirada que Ethan les dedica a los músicos, realmente incómodo con su presencia, sobre todo cuando David comenta que ha escuchado las grabaciones de algunas canciones de Taylor.

—¿Grabaciones? —pregunta Ethan, mirando a su hermana.

—Le mandé a Abigail algunas demos que tengo en el teléfono —explica Taylor, y Abigail nota cómo, en cierto modo, busca la aprobación de su hermano cuando lo dice.

De las tres canciones que Abigail le dijo que eligiera, Taylor le ha pasado dos, diciendo que le gustaría componer una tercera para cantarla por primera vez en el festival.

—Bueno —dice Abigail antes de que Ethan abra la boca—, empezamos con Wildfire. La canción que cantaste en el bar.

Taylor asiente y se acerca al micrófono del centro. Todos los músicos se colocan en su sitio y su hermano conecta su

guitarra eléctrica al amplificador que Johan ha preparado para él. Abigail se retira a su rincón y observa la dinámica desde ahí. Taylor le parece demasiado pequeña detrás del micrófono, como si no estuviera segura de merecerse tanto equipamiento profesional solo para ella.

—Cuando estés lista —dice Abigail.

Taylor mira a su hermano, esperando que él marque el tiempo como hacen siempre, pero David se adelanta haciéndole un gesto para indicarle que se adaptará a su ritmo y ella asiente. La diferencia es inmediata. En lugar de sentirse atada al ritmo que siempre marca Ethan, Taylor puede sentir la música y dejar que fluya. Comienza con los primeros acordes de su guitarra acústica, pero cuando abre la boca para cantar, Abigail nota que algo no está bien. Su voz, aunque técnicamente es correcta, suena contenida, como si estuviera domesticada. Es bonita, destaca por encima de muchas, pero no es lo que ella escuchó en el Rusty's aquella noche.

—Para —ordena la voz atronadora de Abigail después del primer verso, cortando el aire como si fuera un cuchillo.

Todos se detienen y Taylor se gira hacia ella, mirándola con sus ojos almendrados muy abiertos, nerviosa, mientras David, acostumbrado a trabajar con Abigail, aprovecha para estirarse como un gato.

—Esto es solo una sombra de lo que escuché el otro día —dice Abigail, apartándose de la pared para caminar hacia ellos.

Taylor parpadea, confundida. Ethan, sin embargo, parece encantado con la escena, pensando que quizá su hermana se dará cuenta de que se ha equivocado y le dirá que se marchan.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Taylor.

—Estás cantando como si no quisieras molestar a nadie —explica Abigail con esa frialdad que ahora mismo resulta devastadora para Taylor—. Estás siendo educada, y tu voz no es educada, tu voz es fuego. ¿Dónde se supone que está?

David carraspea y Abigail lo silencia antes de que hable con una sola mirada. Taylor se gira hacia él, después mira a los demás y, por último a su hermano, aturdida.

—No sé, no estoy acostumbrada a tanta gente… —dice al fin.

—Da lo mismo un músico que cuatro —responde Abigail, acercándose un poco más—. O cantas como sé que puedes cantar, o estamos perdiendo el tiempo.

Ethan se pone más recto y Abigail lo mira de reojo. Quiere quitarle la guitarra de las manos y rompérsela en la cabeza. Se supone que un hermano debería defender a su hermana de un ataque como el que ella está lanzando de forma exagerada contra Taylor solo para ver su reacción, pero ahí está él, quieto, dejando que ella se hunda porque es justo lo que él quiere.

—Ven aquí —dice Abigail, haciéndole un gesto a Taylor para que la siga.

Taylor deja su guitarra y camina detrás de ella hasta que están lo suficientemente lejos como para que los demás no puedan escucharlas. Abigail se planta frente a ella, cortando su línea de visión.

—¿Qué te pasa? —pregunta en voz baja.

Taylor se pasa la mano por el pelo. Ahora mismo no entiende nada, se siente desorientada con este contraste entre

la mujer que hace un momento parecía odiarla y que ahora solo tiene ojos para ella.

—Nada, no sé…

—Nada, no. ¿Qué pasa? —insiste Abigail, manteniendo el mismo tono bajo—. Esa no es tu voz, y tú lo sabes.

—Son muy buenos… —a Taylor se le escapa una risa nerviosa señalando hacia los músicos.

—Lo son, ¿y qué?

—Que yo soy una camarera de pueblo…

—¿Qué te dije yo sobre tu talento? —la corta Abigail.

Los ojos oscuros de Taylor se posan sobre ella. Abigail contiene la respiración.

—Que tengo mucho en la punta de la lengua —dice, torciendo su sonrisa socarrona.

—Exacto. Lo tienes, por eso me he tenido que gastar un dineral contratándolos, para que estén a tu altura, así que ahora tú tienes que estar a la de ellos.

Taylor la mira fijamente. Están muy cerca y Abigail puede oler ese perfume suave que siempre lleva, mientras que Taylor puede ver las motas doradas en los ojos de su futura representante.

—Quiero que te olvides de ellos y cantes como si estuviéramos tú y yo solas —dice Abigail.

—Tú y yo solas —repite Taylor con voz ronca, con los ojos fijos en sus labios.

Abigail se da cuenta de lo que acaba de decir, pero ya no puede rectificarlo.

—Sí, tú y yo solas. ¿Puedes hacer eso?

—Sí, sí que puedo —responde Taylor asintiendo.

Abigail da un paso atrás y aspira con pesadez, haciéndole un gesto con la cabeza para que se mueva. Taylor la observa durante un segundo más antes de dar el primer paso, con esa sonrisa torcida que hace que algo revolotee por el estómago de Abigail.

Cuando Taylor coge el micrófono de nuevo, algo ha cambiado en su interior. Cierra los ojos y, cuando abre la boca, lo que sale de ella es completamente diferente. Su voz se vuelve áspera y desgarrada, cargada de toda esa pasión que Abigail vio la primera noche. El quejido andaluz aparece, natural y devastador, convirtiendo la canción en algo primitivo que hace que David deje de tocar la guitarra de repente.

—Perdón —dice cuando todos se detienen.

Abigail sonríe, ese es el efecto que la voz de Taylor provoca.

—No pasa nada, empecemos otra vez —dice, volviendo a su sitio.

La canción empieza de nuevo y Abigail siente escalofríos en la espalda igual que aquella noche en el bar, pero multiplicados por diez. Con el equipamiento profesional, cada matiz de la voz de Taylor se amplifica y cada nota quebrada se convierte en algo que ella siente que atraviesa el aire.

Cuando Taylor termina, el silencio es absoluto y los músicos se miran entre ellos, asombrados.

—Joder, chica —dice James—, te van a adorar.

Taylor enrojece y busca la mirada de su hermano, pero Ethan está mirando al suelo.

—Ya lo creo —añade Lucas.

—Ven aquí, que te doy un achuchón —dice David de repente, cogiendo a Taylor desprevenida para levantarla por los aires.

Ella da un grito por la impresión y estalla en una carcajada mientras Abigail la observa y se contagia de su risa.

—Bien —dice Abigail tras unos segundos, aunque todavía tiene algo que le vibra por dentro—. Ahora la segunda canción para ver cómo suena.

El resto del ensayo sigue un patrón parecido. Una vez que Taylor ha dejado de sentirse cohibida, la intensidad con la que canta los va dejando a todos boquiabiertos. La banda se adapta a su estilo, lo mejora sin ahogarlo y hacen arreglos que realzan su voz en lugar de competir con ella como hace su hermano.

Ethan participa, pero Abigail ve cómo intenta que el foco vaya hacia él de forma constante, sugiriendo cambios que hacen que su guitarra tenga más protagonismo o armonías que diluyan el impacto de la voz de su hermana. En cada una de esas veces, ella se muestra implacable, negando cada una de sus peticiones para mantener el foco donde tiene que estar.

—Bueno, mañana aquí a las diez otra vez —dice Abigail cuando terminan cuatro horas después—. Trabajaremos en los arreglos y los puliremos.

Los tres músicos se marchan y Abigail se queda con los dos hermanos. Ethan no tarda en recoger su guitarra y dirigirse hacia la puerta.

—¿Te vienes? —le pregunta a Taylor, pero antes de que ella pueda decir nada, él añade una frase cargada de veneno—. Sonaba mejor cuando éramos solo nosotros dos. Más auténtico, ¿sabes? Todo esto es demasiado exagerado.

Abigail siente que le trepa la ira por el cuello, pero se mantiene inmóvil y callada, mirando a Taylor de reojo para ver cómo reacciona. Taylor mira a su hermano fijamente y después mira a Abigail, como si estuviera eligiendo.

—Ve tú —responde Taylor—. Quiero hablar de la tercera canción con Abigail.

Ethan aprieta la mandíbula y sale cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Se le pasará —dice Taylor, mirando hacia el vacío que ha dejado.

—Seguro que sí —murmura Abigail, intentando no sonar sarcástica.

De repente, Taylor se gira hacia ella con una sonrisa enorme y los ojos brillantes.

—Ha sido una pasada —dice, todavía con la voz ronca por el esfuerzo de cantar—. Ni siquiera sé cómo explicar lo que he sentido cantando con ellos…

—Pues espera a estar haciendo lo mismo delante de treinta mil personas —responde Abigail como si nada.

La sonrisa de Taylor se ensancha y se quedan mirándose. Demasiado cerca otra vez. Taylor tiene los labios entreabiertos y húmedos, los ojos le brillan con esa intensidad eufórica de después de una actuación y el corazón le late muy deprisa.

—Oye… —susurra Taylor, dando un paso más hacia Abigail.

Abigail está inmóvil, sintiendo que tiene hormigón en las piernas mientras observa como las pupilas de Taylor se dilatan. Su cuerpo responde haciendo que su boca también se abra ligeramente y su respiración se entrecorte, y entonces su teléfono suena y Abigail se sobresalta. Gira la pantalla y frunce el ceño al ver el nombre que aparece en ella, e igual que el otro día en el diner, Abigail silencia la llamada, solo que, en esta ocasión, Taylor puede leer el nombre antes de que lo haga: Erin.

—¿Qué querías comentarme sobre la tercera canción? —pregunta Abigail dando un paso atrás, cruzándose de brazos mientras la observa.

Taylor comprende de inmediato que el momento se ha roto y su frialdad ha vuelto.

—Nada, es solo que ya tengo algunos versos, pero no termino de ver cómo unirlos. No importa, mejor te los enseño cuando lo tenga más estructurado.

—Como quieras. ¿Necesitas algo más?

Taylor niega con la cabeza.

—Bien, pues entonces, nos vemos mañana —dice Abigail, esquivándola para dirigirse hacia la puerta.

CAPÍTULO 13

—Has llegado pronto —comenta Abigail, cerrando la puerta tras ella.

Es un martes de la segunda semana de ensayos y, cuando la ejecutiva llega al local a las ocho y media de la mañana, se encuentra a Taylor acomodada en el suelo con su guitarra acústica sobre el regazo, practicando acordes con los ojos cerrados y una concentración que sorprende a Abigail.

Taylor abre los ojos y le sonríe con esa expresión entre traviesa y burlona que siempre consigue acelerar el pulso de Abigail.

—No podía dormir más —responde sin dejar de mover sus dedos sobre las cuerdas—. No puedo dejar de pensar en las grabaciones que hicimos ayer.

Abigail asiente, dejando su bolso sobre una pequeña mesa que hay cerca de la entrada mientras la observa mover los dedos sobre la guitarra. En una semana, Taylor ha mejorado en todos los sentidos. Su técnica sigue siendo más intuitiva que académica, pero ha ganado mucha seguridad y en cada nuevo ensayo su voz parece más potente que en el anterior, haciendo que Abigail se pregunte en qué momento dejará de erizarle la piel.

—David dice que tienes muy buen oído —comenta Abigail, apoyándose contra la pared del fondo.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunta Taylor sin perder su sonrisa.

—Bueno, por supuesto.

Los músicos llegan puntuales a las nueve, después de que —a petición de Taylor para aprovechar más el poco tiempo que tienen— adelantaran una hora el inicio de los ensayos. David entra cargado con dos bandejas de café para todos y le entrega el suyo a Abigail mientras Lucas y James preparan los instrumentos.

Taylor está encantada con ellos, apenas hace unos días que los conoce y ya bromean y se ríen como si llevaran meses trabajando juntos.

A las nueve y cuarto, no hay ni rastro de Ethan.

—¿Quieres que comencemos sin él? —pregunta David, tomándose su café junto a Abigail.

Ella mira su reloj e inhala mucho aire. Para Abigail la puntualidad es sagrada y el retraso constante de Ethan desde la semana pasada no deja de irritarla, pero más que el hecho de la impuntualidad, lo que le molesta es la falta de respeto que muestra hacia su hermana. Taylor es el único motivo por el que Abigail no le ha dicho ya lo que piensa de él y le ha cerrado la puerta en la cara.

—Vamos a darle otros cinco minutos —contesta con un tono tan gélido, que David está seguro de que su café se ha quedado frío.

Ethan aparece a las nueve y veintitrés, entrando con una sonrisa amplia, como si no pasara nada.

—Lo siento —dice mientras saca su guitarra de la funda—. Se me ha estropeado la camioneta por el camino y no he podido llegar antes.

Abigail ni siquiera lo mira, a la que mira es a Taylor, que observa a su hermano con una expresión extraña. No parece enfadada, pero es evidente que no le cree, y Abigail se da cuenta de que la dinámica entre los hermanos está comenzando a cambiar.

—Lo siento —vuelve a decir Ethan, esta vez directamente a Taylor—, de verdad que no quería llegar tarde.

—Da igual —responde ella—, vamos a comenzar.

—Bien —dice Abigail consultando su agenda—. Vamos a dedicarnos a River's Edge, la canción que compusisteis juntos el año pasado.

No es que Abigail sea adivina, es un comentario que Ethan no se ha cansado de repetir desde que convenció a Taylor para que cambiara el segundo tema que había elegido por este, algo que irritó bastante a Abigail, pero decidió no meterse.

La canción empieza con Ethan marcando la melodía principal con su guitarra eléctrica. Taylor le sigue con la acústica y canta con esa voz desgarrada que ahora ya domina por completo. El resto de los músicos se adaptan sin problemas, pero Abigail nota de inmediato que algo les incomoda, aunque jamás lo dirán si ella no se lo pide. Cuando terminan el primer verso, Abigail se aparta de la pared y su voz helada se eleva por encima de la de Taylor.

—Para —dice con tono autoritario—. Hay un problema con la progresión del puente.

Taylor la mira, expectante, y su hermano tuerce el gesto.

—La melodía principal compite con tu voz en lugar de apoyarla —explica Abigail acercándose, sin disimular su irritación—. Taylor, cuando llegas al estribillo, tu voz tiene que subir, pero la guitarra de Ethan la está empujando hacia abajo.

Ethan aprieta la mandíbula.

—Siempre la hemos tocado así y no ha habido ningún problema —intenta rebajar la tensión Taylor, pero solo lo empeora.

—Porque nunca has tenido músicos contigo que puedan seguir tu voz hasta donde tú necesites que vaya —dice Abigail sin cortarse—. David, ¿puedes intentar dejar ese espacio libre? A lo mejor, una progresión más simple en los acordes.

—Sin problema, tú déjame a mí —responde David.

—Bien, probemos otra vez —ordena Abigail.

David asiente y prueba con una versión simplificada. La diferencia es notable, la voz de Taylor tiene espacio para respirar y puede elevarse hasta donde quiere.

—Ahora sí —dice Abigail cuando terminan la prueba—. ¿Has notado la diferencia? —pregunta mirando a Taylor.

Ella está perpleja y sonríe de oreja a oreja, con las mejillas rojas por el esfuerzo y la cara brillante de sudor. Abigail traga saliva, notando que algo se le tensa en el estómago mientras la observa.

—Sí, ha sido increíble. ¿Qué te ha parecido, Ethan? —pregunta intentando incluir a su hermano, pero Ethan está

rígido y solo se encoge de hombros.

—Empecemos otra vez —ordena Abigail—. Con el cambio.

Taylor suspira mientras alterna la mirada entre Abigail y su hermano. Abigail se da cuenta del conflicto interno que supone para ella todo esto, pero es necesario, o aprende a volar sin él, o simplemente no volará.

—Vale —dice Taylor.

En esta ocasión, cuando canta la canción con la nueva estructura, Taylor siente como si se hubiera quitado un peso de encima. Su voz se eleva, se quiebra y se recupera de una manera que hace que Abigail deje de respirar durante unos segundos.

—Impresionante —murmura James cuando terminan.

El resto de los músicos también la elogian, pero Taylor solo tiene ojos para Abigail, que la mira con tanta intensidad que Taylor siente que puede ver a través de ella.

Continúan trabajando durante toda la mañana. Taylor cada vez se siente más cómoda, responde a cada sugerencia y se adapta a cada cambio, consciente siempre de que nada de lo que Abigail le pide, implica que modifique su tono o que lo esconda. Cuando terminan son las dos de la tarde y se siente agotada, también eufórica, ansiosa de seguir y al mismo tiempo de tirarse al suelo y descansar.

—Mañana trabajaremos en la puesta en escena —decide Abigail, anotando algo en su inseparable agenda mientras los demás recogen sus instrumentos—. Quiero ver cómo se mueve Taylor en un escenario más grande.

Los músicos se marchan los primeros como siempre, ansiosos por llegar al restaurante, llenar sus barrigas y beber cerveza. Taylor está guardando su guitarra cuando Ethan se acerca a ella.

—¿Podemos hablar un momento? —le pregunta a su hermana.

—Sí, claro.

Ethan mira hacia Abigail como si esperase que les dijera que se marcha para dejarlos a solas, pero Abigail no se mueve ni tiene intención de hacerlo, y a Ethan tampoco parece importarle mucho.

—¿Qué pasa? —pregunta Taylor.

—¿Desde cuándo sabe ella más que nosotros sobre nuestra música? —pregunta Ethan irritado.

Taylor se pone roja de la vergüenza, mirando a Abigail de reojo.

—No es que sepa más, Ethan —responde ella, incómoda—. Es que tiene más experiencia.

—Taylor, esa canción la escribimos los dos juntos. Y ahora viene ella y decide que está mal. ¿Cuántas veces la hemos cantado antes?

Abigail se masajea el cuello y exhala con brusquedad, intentando que la tensión que acumula escape por algún sitio.

—No ha dicho que estuviera mal —dice Taylor, bajando la voz todo lo que puede, aunque Abigail la escucha igualmente —, ha dicho que podía estar mejor, y tenía razón.

Ethan esboza una risita cargada de sarcasmo.

—¿En serio? Después de todo el tiempo que llevamos tocando juntos, ¿me vas a decir que una desconocida entiende mejor tu voz que tu propio hermano?

La mandíbula de Abigail se tensa, pero se esfuerza por mantener la boca cerrada.

—Ethan, en estos días estoy aprendiendo más sobre mi propia voz que en todos los años que llevamos tocando juntos —dispara Taylor, descolocada cuando comprende que lo que más le molesta de esta conversación, no es que su hermano esté en contra de cualquier cosa que le permita a ella mejorar, sino que el foco de su ira sea Abigail—. Y no quiero hablar más de esto.

—Está bien, supongo que lo tienes todo muy claro y mi opinión no importa.

Ethan se da la vuelta, recoge su guitarra y se marcha.

—Mierda —murmura Taylor, pasándose la mano por su espesa melena oscura.

Abigail cierra su agenda, la deja sobre el taburete y se acerca a ella.

—¿Estás bien?

—Sí, supongo que sí. Voy a quedarme un rato más. Quiero seguir practicando esta versión hasta que la tenga interiorizada —dice Taylor.

—Vale. ¿Necesitas que me quede? —pregunta Abigail.

Los ojos de Taylor comienzan a brillar y su sonrisa se ladea.

—Estaría bien, sí, solo por si tienes que corregirme.

Abigail arquea una ceja.

—Claro… —dice, y vuelve hacia su taburete mientras Taylor saca la guitarra y toca la versión modificada.

Sin el resto de la banda acompañándola, suena tan íntima que Abigail es incapaz de cerrar la boca mientras la mira. La toca tres veces hasta que se detiene y se gira hacia Abigail.

—Hay una cosa que no te he contado sobre esta canción —dice Taylor, dejando la guitarra apoyada contra un altavoz.

—¿El qué?

Taylor coge otro taburete, lo arrastra hacia donde está Abigail y se sienta frente a ella, dejando ambas manos entre sus rodillas. Abigail está nerviosa, no puede evitarlo. Siente que la tiene demasiado cerca, que debería pedirle que se aleje porque no es necesario que haya solo un par de palmos entre sus rodillas para que le hable, pero no lo hace.

—Ethan no la compuso conmigo. Es solo mía, la escribí hace unos dos años. Él la escuchó cuando estaba practicando en casa y sugirió algunos cambios como suele hacer siempre. Y después, de alguna manera, empezó a llamarla nuestra canción —dice encogiéndose de hombros.

Abigail asiente, sintiendo una punzada de rabia atravesarla por completo.

—¿Qué tipo de cambios sugirió? —pregunta, aunque intuye la respuesta.

Taylor baja la mirada hacia sus manos y esboza una sonrisa triste.

—La progresión de la guitarra principal que has cambiado hoy. Esa era su contribución. Lo que tú has hecho ha sido básicamente devolverla a su estado original.

—Entiendo.

—Debes pensar que soy idiota —dice Taylor.

—Yo no pienso nada —responde Abigail.

Taylor levanta la mirada y abre la boca. Su expresión es incrédula y un poco burlona, y Abigail no puede evitar sonreír.

—En cualquier caso, lo único que te tiene que importar de todo lo que yo piense, es que creo en tu voz, en ti y en tu talento. Cantas como si la música te corriera por las venas, y eso no te lo puede quitar nadie, ni siquiera tu hermano. ¿Te queda claro?

Taylor la mira fijamente. Le resulta impactante que ese tipo de palabras salgan de una mujer tan controlada y contenida como ella.

—Sí, me queda claro. A veces pienso que ves en mí algo que ni yo misma sabía que existía.

Abigail no sabe qué decir ante eso, tampoco sabe qué hacer cuando Taylor se baja del taburete y se coloca entre sus piernas, ni cuando le pasa una mano por el cuello, la sujeta con firmeza y la besa. El beso va cargado con toda la tensión que ambas han estado acumulando durante estas dos semanas. Taylor desliza la mano hacia atrás, colocándola en su nuca mientras enreda los dedos en su pelo, y Abigail descubre que no puede ni quiere detenerla.

Su cuerpo responde y sus labios se abren mientras sus manos buscan la cintura de Taylor, atrayéndola hacia ella como si le perteneciera y alguien se la hubiera arrebatado.

—Me encanta tu boca —murmura Taylor contra sus labios —, y la echaba de menos —confiesa antes de deslizar su

lengua contra la de Abigail, que siente cómo la corriente le recorre todo el cuerpo.

Las manos nerviosas de Taylor de repente están por todas partes. Abigail las siente en su cuello, pasan por sus costados después de apretar sus pechos y se deslizan por su espalda, arrancándole un suspiro.

—¿Estás mojada? —pregunta Taylor apretándose contra ella—. Me muero de ganas de follar contigo.

—¿No te vas a callar nunca? —murmura Abigail, bajando del taburete.

Taylor sonríe contra su boca y aparta el taburete para pegar el cuerpo de Abigail a la pared.

—No puedo, eres tan sexy…

Abigail sabe que debería detener esto, que debería recordarse todas las razones por las que esto es una mala idea, pero la boca de Taylor ahora está en su cuello, mordiéndola, y su mente se queda completamente en blanco. Sabe que la va a marcar, que le hará otro de esos jodidos chupetones que resaltan en su piel como una luz estroboscópica, pero ya se ocupará de ese problema en otro momento.

Y entonces escuchan el ruido de la puerta.

Taylor sale disparada hacia atrás y Abigail se gira hacia un lado, apoyando las manos sobre el taburete sin saber qué hacer con ellas.

—Perdón, me he dejado el móvil aquí —dice David apareciendo en el local.

Abigail coge su agenda y la abre haciendo ver que busca algo. Taylor simplemente se queda frente a ella, como si

esperara alguna instrucción.

—Ya está, nos vemos —dice David, marchándose de nuevo.

—Joder —dice Taylor, llevándose una mano al pecho—, casi me da un infarto.

Abigail no dice nada, pero no hace falta porque su cara lo dice todo. Cierra la agenda y se dirige hacia la entrada para coger su bolso y marcharse, pero Taylor la detiene justo antes de que salga.

—Espera un momento.

—¿Qué? —la voz de Abigail suena como un trueno.

—Joder —espeta Taylor—, podríamos hablar de esto, ¿no?

—¿Hablar de qué, Taylor? Te puedo hacer una lista enorme de razones por las que esto no debe repetirse —dice señalando hacia su taburete—, pero estoy segura de que tú ya las sabes, así que no me hagas perder el tiempo.

Taylor la mira, frustrada, sin saber cuál es la manera correcta de comunicarse con Abigail Stone.

—Vale… —Taylor suspira, coge su guitarra y sale del local al mismo tiempo que Abigail, solo que cada una se marcha en una dirección diferente.

CAPÍTULO 14

—No me sale, Tiff —resopla Taylor—, a lo mejor debería elegir otra canción y dejar de perder el tiempo con esta —dice dejando caer la libreta sobre la mesa de la cocina.

Tiffany, que está lavando los platos de la cena, se seca las manos y se acerca a ella.

—Lo que tienes que hacer es salir a dar una vuelta y despejarte. Te pasas el día en los ensayos por la mañana y la tarde aquí encerrada componiendo la canción; si no desconectas, te explotará la cabeza —opina su hermana.

Taylor suspira. Tiffany tiene razón, apenas ha respirado desde que empezaron. Ni siquiera se ha pasado por el bar de sus padres estos días, pero no quiere defraudar a Abigail, le dijo que compondría una canción nueva y quiere hacerlo, quiere hacerlo para ella.

—Vale, me voy a dar una vuelta —dice levantándose.

—Bueno, pero tampoco vuelvas muy tarde —murmura Tiffany—, que mañana tienes ensayo.

Taylor se ríe, le da un achuchón y sale por la puerta después de coger las llaves de su camioneta.

Conduce sin rumbo con las ventanillas bajadas, intentando que el aire la libere de la frustración que lleva días

acumulando, pero enseguida se da cuenta de que lo que necesita no es el aire, es algún consejo, y Abigail siempre tiene muchos. Cada uno de los que le ha dado hasta ahora ha funcionado para ella, así que pone el intermitente sin que le importe la hora y cambia de dirección.

Sabe dónde está su *Airbnb*, ha estado dos veces allí con David para discutir algunos temas sobre el festival, aunque ella más bien hace siempre de espectadora porque no tiene ni idea de lo que hablan, y no le queda más remedio que confiar en lo que ellos deciden, aunque agradece mucho que Abigail siempre la incluya en todas las reuniones.

Se detiene frente al edificio y se queda inmóvil un momento. Ahora sí que mira la hora, son casi las diez de la noche, pero decide subir las escaleras igualmente y llamar con dos golpes secos. La puerta no se abre y Taylor pega la oreja a la madera intentando escuchar ruido en el interior, y entonces se sobresalta cuando Abigail la desbloquea de golpe y aparece al otro lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con el ceño fruncido—. ¿Ha pasado algo?

—Sí, no… Joder, no lo sé —Taylor se pasa una mano por la melena ondulada y despeinada por el aire.

Abigail arquea una ceja.

—¿Puedo entrar? Necesito que me ayudes con una cosa.

Abigail se aparta para dejarla pasar, cerrando la puerta tras ella. Es entonces cuando Taylor se fija bien en ella. Abigail todavía lleva el mismo traje que esta mañana durante los ensayos, solo que está descalza. Lleva la camisa aguamarina

por fuera con más botones de los habituales desabrochados, y el pelo recogido en un moño bajo que ya ha perdido su eficacia y está casi suelto.

Taylor no puede pensar, jamás la ha visto así, en lo que supone que es la versión cómoda de Abigail, desarreglada, pero más sexy y atractiva si se puede, y la garganta se le seca.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta Abigail, ajena al tormento interior de Taylor.

La cantante desvía la mirada de la mujer frente a ella para intentar centrarse, entonces ve la mesa central frente al sofá, donde Abigail tiene el portátil abierto, la agenda a un lado y el teléfono al otro junto a una copa de vino medio vacía. Trabajando, por supuesto.

Taylor suspira y va directamente hacia el sofá sin esperar a que la invite, sentándose a un lado sin invadir el sitio donde Abigail estaba sentada.

—La tercera canción —explica Taylor—. No consigo terminarla. No puedo unir los fragmentos y las melodías no encajan. Es como si de repente no supiera componer.

Abigail la mira un momento, después se acerca hasta la mesa, coge su copa de vino, bebe un sorbo y se sienta donde estaba. Al inclinarse para dejar la copa, su camisa se abre por un lado y muestra una visión clara de su pecho de la que ella ni siquiera es consciente. Taylor sí, y su boca se vuelve tan pastosa que coge lo que queda de la copa de Abigail y se lo termina mientras la ejecutiva la observa con una ceja levantada.

—Lo siento, tenía sed.

—Ya veo. ¿Te traigo una? —pregunta Abigail.

—No, ya está.

—Deberías olvidarte de la tercera canción durante unas horas —dice Abigail.

—¿Qué? ¿Cómo me voy a olvidar? Apenas queda una semana para el festival. Si no la termino ya, no vamos a tener tiempo para ensayarla —dice Taylor, frustrada.

—No puedes estar forzando la creatividad a todas horas, si no desconectas, seguirás bloqueada. Date un respiro —insiste Abigail.

—Dice la mujer que trabaja todo el día —contesta Taylor, mirando su portátil con esa sonrisa torcida que siempre pone nerviosa a Abigail.

—Mi trabajo no requiere inspiración, solo disciplina —responde con un tono que suena tan suave como cruel.

—¿En serio? —Taylor pone los ojos en blanco—. ¿Y no te cansas nunca?

Abigail la mira como si no la entendiera.

—Mi madre siempre dice que el descanso es sinónimo de mediocridad —responde Abigail—, que cada momento que no se dedica a mejorar, es un momento desperdiciado.

Taylor la mira boquiabierta, sintiendo que algo se aprieta dentro de ella cuando la escucha. Abigail está completamente rígida y ni siquiera parece ser consciente de lo que ha dicho.

—¿Y tú qué piensas sobre eso? —pregunta Taylor.

—¿Qué?

—¿Tú piensas lo mismo que tu madre? ¿Crees que si descansas un poco eres mediocre?

Abigail se encoge de hombros.

—Lo que yo piense no importa. No sé hacerlo de otra manera. Cuando intento relajarme, me pongo nerviosa, no sé qué hacer si no tengo una lista de tareas pendientes. Ahora vamos a centrarnos en lo tuyo —ordena, zanjando el tema.

Taylor está atónita y la mira fijamente mientras reprime las ganas de acercarse y abrazarla. No sabe lo que acaba de pasar. Por un instante le ha parecido que era un momento de vulnerabilidad por parte de Abigail, pero la ejecutiva permanece fría como siempre, como si lo que acaba de decirle solo fuera un comentario casual, algo que no es importante y no le afecta, algo de lo que no se debe seguir hablando.

—Túmbate —dice Abigail de repente.

—¿Qué?

—En el sofá —Abigail señala hacia el espacio detrás de ella —. Túmbate y cierra los ojos un rato. Desconecta, deja de pensar en la canción y piensa en cosas que te distraigan, o mira vídeos de TikTok o lo que sea que hace la gente de tu edad. La inspiración llegará cuando no la busques.

—¿La gente de mi edad? —pregunta Taylor sonriendo.

Hasta ese momento, ella ni siquiera había pensado en eso, en la diferencia entre Abigail y ella porque simplemente no le importa, pero es posible que a Abigail sí.

—Hacéis esas cosas, ¿no? —pregunta Abigail, sin apartar la mirada de su portátil.

—También hago otras —responde Taylor—, igual que tú.

—Seguro que sí. Túmbate —insiste.

—¿Ese es tu gran consejo?

Abigail se gira para mirarla fijamente.

—Es el único que tengo, si no te interesa, puedes marcharte y dejarme trabajar —responde con una calma que hiela la sangre.

Taylor levanta las manos y menea la cabeza mientras sonríe, hará cualquier cosa con tal de pasar más tiempo con ella.

—Vale, me tumbo —acepta, dejándose caer por detrás de Abigail.

La cantante cierra los ojos e intenta despejarse, pero le resulta imposible estando tan cerca de Abigail, sintiendo que su cintura está rozando la espalda baja de ella. Abre los ojos y la ve ahí, clavada frente al portátil, con los codos apoyados en las rodillas mientras comprueba algo en su móvil.

—Es increíble que me digas que desconecte cuando tú ni siquiera lo intentas —dice Taylor en un arrebato.

—¿Qué? —pregunta Abigail sin levantar la vista de la pantalla.

Taylor no contesta y se mueve sin pensarlo, bajando la pantalla del portátil de Abigail antes de quitarle el teléfono de la mano.

—¿Qué coño haces? —pregunta Abigail con los ojos muy abiertos.

—Ayudarte —dice Taylor con una sonrisa traviesa.

Abigail queda desorientada durante un momento, como si no supiera qué hacer sin sus herramientas de trabajo, hasta que la furia la invade.

—Dame el teléfono, Taylor —exige con la voz tan baja que cualquiera detectaría el peligro en su tono, pero a Taylor no le da miedo.

—No.

—Dame el puto teléfono —insiste Abigail.

—Ven a quitármelo —la provoca Taylor con su sonrisa torcida.

Los ojos gris verdoso de Abigail se entornan y se inclina sobre ella, intentando quitarle el teléfono. Taylor se echa hacia atrás todo lo que puede, riéndose mientras mantiene el aparato detrás de su cuerpo. Abigail se acerca más, recostada prácticamente sobre ella en medio de un forcejeo que le parece absurdo. Taylor no para de reírse, una risa potente y visceral que Abigail no le había escuchado todavía y la hace perder fuerza, y entonces Taylor mueve la cabeza y besa la oreja de Abigail, que se queda completamente inmóvil.

El roce de los labios carnosos de Taylor es una descarga que atraviesa toda su columna y le paraliza los pulmones un instante, pero entonces reacciona y sigue intentando quitarle el teléfono, porque necesita recuperar el control para no ponerse más nerviosa.

—Taylor, en serio, dame el jodido teléfono —exige alterada, aunque la voz le sale ronca.

Taylor puede ver el desconcierto en su mirada fría, el nerviosismo que le está provocando un acto tan absurdo, y justo cuando decide devolvérselo, el teléfono empieza a sonar y puede ver el nombre en la pantalla: Erin. Otra vez la misma mujer. Las dos se quedan quietas observando el aparato entre

ellas. Taylor conteniendo las ganas de preguntarle quién es, si es una jodida amante, si es su mujer, si es una novia. El pensamiento la aturde porque está celosa de un nombre y, cuando mira a Abigail, ve que su expresión se ha transformado. Donde antes había desconcierto, ahora hay ira, o quizá rabia o frustración, Taylor no lo tiene claro.

Abigail le arranca el teléfono de la mano, se sienta frente al portátil y en medio de esa tormenta interior que se ha desatado y no puede detener, contesta sin pensar.

—Mierda, Erin, ¿qué quieres? —responde de forma abrupta, sin darse cuenta de que, con los nervios, también ha activado el altavoz.

—Vaya, qué cariñosa —la voz de la mujer está cargada de sarcasmo—. Solo intento hablar con mi hermana, tampoco es pedir mucho.

—Hermanastra —corrige Abigail, quitando el altavoz de inmediato mientras Taylor parpadea sorprendida.

Abigail se levanta y camina hasta la ventana. Taylor no puede saber de qué va la conversación porque solo escucha las respuestas de Abigail, pero deduce que su relación no es muy buena, o al menos, es tensa, como parece serlo todo en la vida de Abigail Stone.

—¿Vernos?

Abigail lo pregunta como si estuviera espantada, o como si fuera un hecho penado por la ley que ella quedara con su hermanastra. Se queda en silencio unos segundos escuchando lo que sea que Erin dice, mirándose los pies descalzos mientras se masajea el cuello con la mano libre.

—Ahora no estoy en Nueva York. Te llamo cuando vuelva —responde Abigail, y cuelga sin más.

Se queda de pie frente a la ventana, con los hombros tan tensos que parece que acaba de recibir un golpe. Taylor la mira desde el sofá, sintiendo que algo se ha roto en el ambiente, y puede que también dentro de Abigail. Se levanta despacio y se acerca, colocándose detrás de ella hasta que pega sus pechos en la espalda de la ejecutiva. Quiere preguntarle por su hermanastra, pero decide no hacerlo porque Abigail no se mueve, ni siquiera cuando Taylor le pone las manos en los brazos.

—Lo siento —susurra Taylor contra la nuca de Abigail—. No he debido quitarte el teléfono, perdona.

Abigail sigue sin moverse, notando como el aliento cálido de Taylor le resbala por el cuello y sus dedos le erizan la piel de los brazos conforme se deslizan sobre ellos.

—Lo siento —vuelve a murmurar Taylor, intentando calmar la tormenta interior de Abigail.

La ejecutiva se gira de repente y, con un movimiento rápido, la coge del pelo y tira de su cabeza hacia atrás mientras la observa con sus ojos gris verdoso completamente oscurecidos. Tiene algo salvaje en la mirada que hace que Taylor se humedezca de inmediato.

—No vuelvas a hablar —ordena Abigail.

Y sin decir nada más, estrella sus labios contra los de Taylor mientras la va empujando con su cuerpo hacia el sofá.

—Joder, sí —murmura Taylor contra su boca—, no sabes las ganas que tengo.

—Te he dicho que no hables —insiste Abigail con una especie de gruñido, mientras sus dedos se pelean con el botón de la camisa de Taylor—. Quítatela —ordena dando un paso atrás.

Taylor obedece y le sonríe. Las manos le tiemblan cuando desabrocha los botones. Sentir la mirada penetrante de Abigail sobre ella hace que su cuerpo se incendie y su sexo palpite con una necesidad que la está asfixiando. Cuando se quita la camisa, Abigail hace lo mismo con la suya y empuja a Taylor contra el sofá, tumbándose sobre ella con una dominación que hace que Taylor gima cuando todavía no la ha tocado.

—Estoy empapada —susurra Taylor cuando Abigail está besándole el cuello.

La ejecutiva la silencia con un beso furioso mientras una de sus manos se desliza hacia su espalda y le desabrocha el sujetador. Se lo arranca de un tirón y se queda mirando sus pechos pequeños un instante antes de meterse uno en la boca y succionar el pezón con fuerza. Taylor gime y se arquea contra ella, y la mano de Abigail se desliza por su vientre hasta que encuentra el cierre de su pantalón y lo desabrocha.

—Sí, eso —jadea Taylor sacudiéndose contra ella, desesperada—. Tócame, joder.

Abigail no lo entiende. Antes de conocer a Taylor, cualquier mujer que le hablase de ese modo le parecería grosera. Ahora se incendia cuando la escucha, aunque no pueda evitar pedirle que se calle, es en lo único que piensa cuando se masturba últimamente, en todo lo que Taylor le susurra.

Taylor se baja el pantalón y las bragas cuando Abigail se lo desabrocha, dejándolo en sus tobillos para poder abrir bien las piernas y que ella tenga acceso. Abigail la toca, desliza su mano sobre ella y cubre su sexo por completo haciendo que arda y se moje más de lo que está. Después la acaricia entre los pliegues mientras la observa fijamente, estudiando cada reacción de Taylor. Abigail traza círculos en su clítoris y Taylor abre la boca como si se le estuviera escapando el aire. Le mete dos dedos y la cantante gime y cierra los ojos, después los abre y le sonríe. Abigail se mueve dentro de ella y Taylor se arquea mientras su mirada se entorna y su labio inferior tiembla ligeramente, entonces presiona con el pulgar sobre su clítoris y Taylor exhala un gemido ronco que marea a Abigail.

—Joder, sí —murmura Taylor—, me pones tanto.

—Cállate —exige Abigail.

Abigail acelera el ritmo, convirtiéndolo en algo implacable como todo lo que hace. Taylor piensa que se volverá loca de placer, se sacude contra su mano, gimiendo y gritando como si la estuvieran matando, mientras Abigail reparte besos húmedos por sus pechos, su cuello y su boca.

—Voy a correrme, Abby… —dice de repente.

Abigail se tensa al escucharla. Quiere decirle que no la llame así, pero se da cuenta de que sí que quiere, de que le gusta cómo suena su nombre en la boca de Taylor cuando está a punto de correrse, casi susurrado.

—Hazlo —ordena Abigail contra su oreja—. Córrete para mí.

La frase es como una sentencia. Algo estalla dentro de Taylor y se corre con tanta intensidad que sus dientes se clavan en el hombro de la ejecutiva. Abigail aprieta la mandíbula y cierra los ojos con fuerza, pero no la aparta ni protesta, quiere sentir su orgasmo de todas las maneras posibles, con espasmos contra sus dedos, con las descargas de dolor contra su hombro, con el sonido de sus gemidos ahogados atravesando sus tímpanos, y si tiene que hacerle sangre, que se la haga.

El cuerpo de Taylor se destensa y se suelta de ella cayendo sobre el sofá como si se hubiera precipitado desde un séptimo piso. Tiembla de arriba abajo y sus manos están cerradas con fuerza sobre los brazos de Abigail.

—Perdona —jadea temblorosa—, por el mordisco.

Abigail no dice nada. Le escuece y le duele como si le hubiera arrancado un trozo de carne, pero le da igual, vuelve a sentirse viva, y también aturdida cuando toma consciencia de lo que han hecho. Pone una mano en el centro del pecho de Taylor durante un segundo y después simplemente se gira y se sienta frente a su portátil, como al principio.

—¿Ya está? —pregunta Taylor, comprendiendo que el momento ha terminado.

—Sí —responde Abigail con sequedad.

Taylor quiere preguntarle qué pasa con ella, si no la necesita, pero la mente de Abigail ya está en otra parte y su frialdad inquebrantable está presente, levantando un muro entre ellas.

—Vale —murmura Taylor cabeceando.

Le resulta imposible enfadarse con ella, aunque no la entienda.

Se incorpora y se viste con calma mientras Abigail se pone su camisa sin molestarse en abrocharla.

—Bueno —sonríe Taylor cuando ya está lista—. Nos vemos mañana entonces.

Abigail levanta la mirada solo un momento para observar sus ojos almendrados y grandes.

—Sí, a las nueve.

—Descansa, Abigail.

Taylor se marcha y Abigail rellena la copa de vino, enciende la pantalla y sigue trabajando.

CAPÍTULO 15

—¿Por qué? —Liam está en Nueva York, pero puede sentir la frialdad en las palabras de Abigail incluso a esa distancia.

—Joder, Abby, porque no. ¿En serio quieres que envíe a Loretta solo porque te relaja que ella conduzca? ¿Qué va a hacer el resto del día? Aquello no es Manhattan, no tienes reuniones ni visitas al estudio, ni a esas tiendas donde compras tus trajes o esos zapatos tan caros. Solo vas del apartamento al local de ensayo. ¿Quieres pagarle por no hacer nada? Bastante nos está costando todo lo que tienes montado ahí.

—También le pagamos ahora —dice Abigail.

—Ahora me hace de chófer a mí.

Abigail se detiene en seco antes de empujar la puerta del local, enfurecida.

—¿Me has robado a mi chófer? —pregunta con voz baja, pero tan firme como el acero.

—Dios me libre de semejante atrevimiento —dice Liam—. Solo la he tomado prestada, está aburrida.

—Ya, tú siempre tan generoso, te dejo —Abigail cuelga y alza la mano para masajearse el cuello, pero descarta la idea cuando el escozor del mordisco de Taylor le lanza una descarga que le recuerda lo que hizo.

La ejecutiva apenas ha dormido. Está acostumbrada a manejar cualquier inconveniente y resolverlo antes de que se convierta en un problema, pero con Taylor está fallando, con ella titubea y eso le molesta profundamente, y hoy está muy irritada. Empuja la puerta y ella es lo primero que ve. Taylor está ahí, practicando unos acordes con su guitarra que Abigail no ha escuchado antes.

Taylor levanta la mirada cuando escucha la puerta y algo se le encoge en el estómago cuando ve entrar a Abigail. Le sonríe, pero Abigail simplemente pasa por delante sin apenas mirarla.

—Buenos días —dice Abigail.

—Hola —responde Taylor sin dejar de sonreírle, pero nada perturba la expresión tensa de Abigail, que se va hacia su rincón, saca su agenda y empieza a repasar notas como si Taylor no estuviera.

Los músicos van llegando uno tras otro. Ethan, como siempre, llega cinco minutos tarde, pero Abigail ni siquiera se inmuta, parece una estatua de mármol que está ahí para que todos la contemplen.

—Empezamos con Wildfire —anuncia con voz cortante—. Desde el principio, asegurémonos de que todo está perfecto.

Todos asienten y Taylor se coloca detrás del micrófono. Los acordes suenan y ella comienza a cantar, pero apenas van por la mitad cuando la voz de Abigail la detiene como si fuera un latigazo.

—La postura, Taylor. Estás encorvada.

Taylor se endereza después de mirarla de soslayo, sorprendida por el tono, pero no deja que le afecte y empiezan de nuevo. Minutos después, cuando no han terminado el tercer intento, la vuelve a interrumpir.

—Para. No estás centrando la respiración; si no lo haces, no podrás sostener las notas altas.

Taylor mira a David y este se encoge de hombros. Abigail ahora mira su teléfono y teclea, como si no pasara nada y fuera completamente normal que interrumpiera los ensayos constantemente. Taylor sabe que su postura está bien, igual que su respiración, que lo que no está bien es la propia Abigail, que probablemente la está castigando por lo que pasó anoche, aunque Taylor no entienda el motivo.

—¿Podemos seguir? —pregunta Taylor, manteniendo la calma.

—Cuando quieras —responde Abigail.

Ni siquiera pasan veinte segundos cuando la detiene de nuevo.

—Para. La entrada del segundo verso está desafinada —dice Abigail.

Ethan estira los labios, divertido, pero Taylor está harta y se quita la guitarra.

—Ahora vengo —les dice a los demás, acercándose a Abigail con pasos decididos.

—¿Quieres algo? —pregunta Abigail sin inmutarse.

Taylor mira hacia atrás, sabe que todos están pendientes de ellas, que están notando la tensión, y si Abigail no lo corta, lo ha de cortar ella.

—Quiero que dejes de comportarte como una zorra —susurra, mirándola fijamente con sus enormes ojos oscuros.

Abigail alza la vista y se humedece los labios muy despacio. Sabe lo que diría en cualquier otro caso, a cualquier otra persona, pero se contiene con Taylor y las aletas de su nariz se expanden mientras intenta calmarse.

—Ve a ensayar —ordena sin apartar la mirada de ella.

Taylor nota una descarga atravesarla desde la cabeza hasta los pies, y no lo comprende. Debería estar enfadada con esa mujer, y ahora solo siente ganas de abrazarla.

—¿Vas a seguir interrumpiendo? —pregunta Taylor, de nuevo en voz muy baja.

—No —la respuesta de Abigail es tan seca como rotunda, y Taylor se da la vuelta.

La cantante se vuelve a colocar tras el micrófono y cuando canta, todos notan algo diferente. La presión de Abigail, lejos de intimidarla, acaba de sacar su lado más salvaje, la parte más intensa que esconde dentro de ella. Su voz se vuelve más desgarrada y poderosa, como si estuviera canalizando toda la tensión del momento a través de ella.

Abigail está clavada en su taburete, con la espalda pegada a la pared y la respiración entrecortada, preguntándose si debería comportarse como una tirana con ella más a menudo.

Cuando la canción termina, David se acerca y la achucha igual que el primer día mientras todos se ríen, todos menos Ethan, que está en su rincón sintiéndose cada vez más pequeño.

—¿Podemos tomarnos un descanso, Abigail? —pregunta David—. Necesito café.

Abigail mira su reloj y asiente.

—Quince minutos.

Todos los hombres se marchan y justo entonces entra Tiffany, vestida con un traje y el maletín en la mano. Taylor casi tropieza con los cables cuando la ve, dejando su guitarra por el camino para correr a abrazar a su hermana.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Taylor con las mejillas rojas.

—He salido pronto del bufete y he aprovechado para pasarme, quería ver esto. A lo mejor podemos comer juntas cuando acabes.

—Sí, joder —dice Taylor—. Ven.

Taylor coge a su hermana del brazo y la arrastra hacia donde está Abigail, que sigue mirando algo en su teléfono como si no hubiera visto llegar a la visita, aunque Abigail sí la ha visto porque ella está pendiente de todo.

—Abigail —dice Taylor, sin rastro de rencor en su tono—. Te presento a mi hermana Tiffany.

Abigail deja el teléfono, se baja del taburete y se acerca a Tiffany con esa elegancia natural con la que parece haber nacido.

—Es un placer —dice con una sonrisa suave, extendiendo la mano hacia ella.

Tiffany se la estrecha con firmeza y le devuelve la sonrisa.

—Lo mismo digo, mi hermana no deja de hablar de ti.

—Ya —la mirada de Abigail se desvía un momento hacia Taylor, que tuerce una sonrisa—, a Taylor le encanta hablar.

Algo palpita entre las piernas de Taylor de repente y su boca se seca.

—Sí —confirma Tiffany—, nació parloteando. ¿Te importa si me quedo el resto del ensayo?

—Para nada —responde Abigail, volviendo a su sitio mientras Taylor arrastra a su hermana hacia la zona de ensayo para explicarle varias cosas.

—¿Dónde está Ethan? —pregunta Tiffany.

—Ha salido a tomar un café con el resto de la banda.

—Entonces, ¿se lleva bien con ellos? —se sorprende su hermana.

—No mucho, pero aprovecha cualquier excusa para salir de aquí.

Justo en ese momento vuelven todos los hombres. Tiffany saluda a su hermano y Taylor le presenta a los demás integrantes.

—Estamos listos —anuncia David.

—Vamos con el segundo tema —dice Abigail desde el fondo.

Tiffany se sienta en una silla y se queda pasmada cuando su hermana empieza a cantar. Ella la ha visto mil veces en el Rusty’s, la ha escuchado a cappella y gritando bajo la ducha, pero esto es completamente diferente. Su voz suena profesional, pulida, pero sin perder esa esencia salvaje que Taylor siempre ha tenido.

—Joder —murmura impresionada, pero lo que más le llama la atención es que Taylor busca la mirada de Abigail de forma constante, como si cantara para ella, y probablemente no es consciente de ello.

Abigail da algunas indicaciones. Ahora ya no hay rastro de crítica ni suenan como ataques directos hacia Taylor, son acotaciones constructivas como las que hace siempre, todo enfocado a ayudarla a mejorar. Taylor responde a cada una de ellas con una sonrisa, ansiosa por aprender, convertida en una esponja que absorberá todo cuanto le sea posible para dar lo mejor de sí misma en el concierto.

Cuando termina la última actuación, Taylor se quita la guitarra y se limpia el sudor de la frente con la mano. Tiene un calor insoportable, las mejillas le arden y tiene los ojos brillantes de emoción como si acabara de bajarse de una montaña rusa.

—Bueno, suficiente por hoy —anuncia Abigail—. Mañana simularemos que es un concierto real.

—¿Tendré público? —bromea Taylor.

—Como no venga tu hermana, me temo que todo lo que tendrás va a ser a mí.

Taylor está a punto de decirle que es más que suficiente, pero se muerde la lengua y se gira hacia su hermana, que se ha acercado a Ethan.

—¿Te vienes a comer con nosotras?

Él ni siquiera se lo piensa.

—No. Voy a pasarme por el bar, comeré con nuestros padres.

Ethan se marcha al mismo tiempo que los músicos y Taylor se gira hacia su hermana.

—¿Me esperas fuera? Tengo que comentarle una cosa a Abigail, ahora mismo voy —le pide a su hermana.

—Claro.

Tiffany se despide de Abigail con un gesto de la mano y abandona el local. Taylor se acerca a ella mientras busca algo en el bolsillo trasero de su pantalón. Abigail sigue sobre el taburete, con un pie apoyado en el suelo y el otro en la barra de abajo, mientras anota algo en esa agenda que Taylor está segura de que pronto estará llena.

—He terminado la tercera canción —dice Taylor de repente.

Abigail levanta la mirada de su agenda y la enfoca con el ceño fruncido.

—¿Cuándo?

—Anoche —Taylor sonríe, sonrojada—. Al parecer, follar me despeja —dice y se encoge de hombros.

Abigail se pone rígida y nota la presión en el cuello.

—Tranquila, no voy a saltarte encima —dice Taylor, sacando una hoja doblada de su bolsillo trasero—. Toma, léela a ver qué te parece. Si te gusta, también tengo la melodía, la podríamos empezar a ensayar mañana.

—¿Te gusta a ti? —pregunta Abigail, cogiendo el papel.

Taylor se tambalea, está tan acostumbrada a que su hermano no tenga en cuenta lo que piensa, que le cuesta asimilar que para Abigail siempre sea importante.

—Sí, creo que es la mejor canción que he escrito hasta el momento.

—Bien —responde Abigail—, la leeré después con más detenimiento. Ahora tengo que hacer algunas llamadas.

—Vale —sonríe Taylor—. Yo creo que te gustará —añade con un brillo en la mirada que Abigail no sabe atribuir a nada en concreto.

—Sí, seguro. Ve a comer.

—Adiós.

Taylor se marcha y Abigail guarda el papel doblado dentro de su agenda.

—¿Lista? —pregunta Tiffany cuando Taylor sale del local.

—Sí.

—Debo reconocer que esa mujer está haciendo un trabajo impresionante contigo —dice Tiffany en el coche—. Nunca pensé que tu voz pudiera ser mejor de lo que ya era, pero joder, Taylor —añade sonriendo—, casi me vuela la cabeza cuando te he escuchado.

—¿En serio? —Taylor se infla como un pavo real.

—Ya lo creo, hasta suenas como una persona diferente, más madura, no sé cómo explicarlo.

—Me siento diferente —admite Taylor—. Como si por fin estuviera siendo quien realmente soy cuando canto.

Tiffany suspira, consciente de lo profunda que ha sido la herida que Ethan ha causado durante todo este tiempo.

—¿Y qué piensas de Abigail? —pregunta Taylor.

Su hermana la mira de reojo.

—Tenía mis dudas, pero me ha caído bien, resulta muy intimidante —Tiffany sonríe—, pero también puedo entender por qué te gusta.

Taylor casi se atraganta.

—Yo no he dicho que me gusta.

—Pero te gusta —dice Tiffany.

—Bueno, puede que un poco —admite Taylor con una risita divertida y ese tono despreocupado que hace que todo parezca fácil.

—Has de tener cuidado, Taylor —le advierte Tiffany.

—¿Por qué? No estoy enamorada ni nada de eso. Me atrae físicamente, ya está —responde demasiado rápido.

—Eso no importa. Se va a convertir en tu agente, es la mujer que te va a cambiar la vida, que está convirtiendo tus sueños en realidad, y es muy fácil confundir admiración con amor, incluso gratitud con atracción. Y ella podría aprovecharse de eso.

Taylor casi frena en seco, pero se contiene a tiempo para no provocar un accidente.

—Para empezar, me sentí atraída por ella sin conocerla, sin saber quién era. Y ya te he dicho que no estoy enamorada, es solo… solo me gusta, ya está, eso no es malo. Y ella no se aprovecha de nada. Joder, ojalá lo hiciera, ojalá me follara todos los días, no sabes lo jodidamente buena que es en la cama.

—¡Taylor! —exclama Tiffany con los ojos muy abiertos.

Taylor suelta una carcajada.

—Perdón, pero es que, joder, tú no sabes lo que es estar con ella —dice estremecida al recordarlo.

—No, desde luego que no —se ríe también Tiffany—. Yo solo digo que te asegures de que esa atracción no vaya a más,

porque lo pasarás mal si ella no te da lo que tú quieres.

—Tengo claro que Abigail no me dará nada más de lo que ya me ha dado, no te preocupes —asegura Taylor, apretando el volante con demasiada fuerza.

CAPÍTULO 16

Cuando Abigail termina de recoger la cocina tras una comida ligera que ni siquiera se ha terminado, se va directamente hacia el sofá y se sienta frente a la mesa de centro, donde tiene el portátil y la agenda. Ha sentido la tentación de leer la canción de Taylor desde que ha cruzado la puerta de su apartamento de alquiler, pero se ha resistido porque quería hacerlo tranquila, dedicándole el tiempo necesario sin otras distracciones.

Abre la agenda y coge el papel doblado, recostándose hacia atrás para leerlo mientras intenta que su cuerpo descanse un poco contra los cojines después de estar toda la mañana con la espalda apoyada en la pared. Sostiene la hoja frente a ella enfocando la letra redondeada y pulcra de Taylor y lee el título: Lengua de fuego.

Sus cejas se disparan hacia arriba y su pulso se acelera. Le gusta, le parece poderoso y encaja perfectamente con el carácter de Taylor, así que sigue leyendo.

Tengo fuego en las venas y sal en la piel
Sangre gitana que no sabe obedecer

Los primeros versos le arrancan una sonrisa involuntaria. Eso es Taylor en opinión de Abigail, pura y sin filtros,

presumiendo de esa herencia andaluza que hace que su voz sea única, pero conforme sigue leyendo, algo cambia en su expresión.

Soy la tormenta que no pudiste domesticar
La salvaje que aprendió a no suplicar

Abigail deja de respirar durante un segundo y se inclina hacia delante, incapaz de mantener una posición relajada. Sus ojos se mueven más deprisa por las líneas, buscando, con el miedo de encontrarse algo que ya sospecha.

Con mi lengua de fuego te voy a quemar
Hasta que entiendas lo que es amar sin controlar

La boca se le seca y se pasa la mano por el cuello. Es imposible, Taylor no puede haber escrito sobre ella…

Tienes hielo en los ojos, pero sed en la boca
Reina de cristal que nunca se toca

Abigail siente que se ahoga, la descripción es demasiado específica, sabe que es ella, que las palabras de la tercera canción de Taylor son solo para ella.

Pero yo sé cómo hacer que te quiebres despacio
Hasta que admitas que necesitas mi abrazo

Un sonido extraño escapa de la garganta de Abigail, algo entre un gemido y un suspiro.

Me miras como quien mira el sol de frente
Sabiendo que te ciega, pero arde caliente

Abigail cierra los ojos con fuerza. Sabe muy bien a qué se refiere Taylor, porque puede recordar perfectamente cada momento en que la ha mirado así, con esa mezcla de fascinación y terror que siente cuando está cerca de ella.

Mi lengua de fuego derrite tus muros
Aunque finjas que tus límites son duros

Las manos comienzan a temblarle y eso sí que la asusta, porque Abigail no tiembla, ella nunca pierde el control ante nada ni nadie, pero esta maldita canción…

En la oscuridad susurras mi nombre
Como quien reza, pero no quiere que la nombren
Sabes que soy tuya, aunque no lo digas
Sabes que te quemo, aunque me lo prohíbas

—Joder —susurra Abigail.

Soy fuego, soy viento, soy todo lo que amas
La que rompe el silencio cuando te desarmas
Soy la llama que arde en tus manos heladas
La que te enseña a vivir, no solo a trabajar

Abigail deja la hoja sobre la mesa y la observa como si quemara. Jodida Taylor. Debería llamarla y decirle que la canción no sirve, que elija una de las que ya tiene y no vuelva a atreverse a hacer nada parecido, pero la canción es buena, refleja todo ese fuego que Taylor lleva dentro y, aunque Abigail sepa que habla de ella, nadie más tiene por qué saberlo, y no piensa hacer que Taylor guarde en un cajón la que probablemente sea la canción que impulse su carrera.

Se levanta del sofá con brusquedad y se acerca a la ventana. Deja que su mirada se pierda en las colinas del fondo. Se está acostumbrando a la calma de ese pueblo y empieza a gustarle de algún modo que no se explica. Se queda unos minutos ahí hasta que logra controlar su mente de nuevo, entonces coge la hoja y vuelve a leer la canción, esta vez más

despacio, deteniéndose en el último verso que ni siquiera ha procesado antes.

Mi lengua de fuego es tu salvación
Aunque te asuste esa revolución

A Abigail le aterroriza la facilidad con la que Taylor ha sabido leerla. Es como si se hubiera colado dentro de ella y pudiera escuchar la mayoría de sus pensamientos, pero lo que más miedo le da es la parte de la canción que habla de la propia Taylor, ¿de verdad piensa que ella es todo lo que Abigail necesita o solo es una de sus formas de provocarla?

—Maldita niñata —resopla Abigail, que jamás se ha sentido tan confundida, pero que tiene claro que no piensa entrar en su juego.

Deja caer el papel y coge el teléfono, enviando un mensaje grupal a todos los miembros de la banda.

"Ensayo esta tarde a las 17 h"

No se molesta en decir nada más, no hace falta dar ninguna explicación. Si ella dice que hay ensayo, aunque no esté programado, lo habrá. Deja el teléfono sobre la mesa y se va al cuarto de baño para darse una ducha y cambiarse de ropa.

Taylor llega al local de ensayo quince minutos antes de las cinco. No lo hace para complacer a Abigail, lo hace porque sabe que ella ya está allí y quiere verla antes de que lleguen los demás, porque sabe que ya ha leído su canción y ahora tiene una bola de nervios en el estómago.

Cuando empuja la puerta del local, Abigail está de pie junto a los amplificadores, vestida con un traje negro que la hace

parecer más imponente que nunca. La está mirando fijamente, como si supiera que Taylor llegaría antes y estuviera esperándola.

—Hola —saluda Taylor acercándose a ella.

—Hola —responde Abigail con una calma que da miedo.

Taylor se detiene a un par de pasos de la ejecutiva, intentando adivinar lo que piensa la mujer que tiene delante, pero Abigail ahora mismo es como una fortaleza impenetrable, ni siquiera pestañea, simplemente la mira fijamente mientras mantiene los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿La has leído? —pregunta Taylor con el pulso acelerado.

—Sí.

La respuesta es seca y cortante, muy típica de Abigail, pero Taylor nota la rigidez de su cuerpo y toda esa contención que hará que algún día se desborde.

—¿Te ha gustado? —insiste Taylor, dando un paso más hacia ella.

Abigail la sigue mirando, tiene la mandíbula apretada y hay algo salvaje en sus ojos que los ha vuelto completamente grises, pero se mantiene quieta, como si no pasara nada y la letra de la canción no fuera con ella.

—Sí —responde con la misma sequedad de antes.

Taylor resopla, sin dejarse intimidar por su tono.

—¿Cuánto? ¿Cuánto te ha gustado? —insiste Taylor.

La tensión entre ellas empieza a crecer con tanta fuerza, que Taylor tiene la sensación de que algo crepita en el aire mientras Abigail la fulmina con la mirada.

—Mucho —responde Abigail tras una pausa.

Taylor tuerce esa sonrisa socarrona que hace que Abigail experimente cierto latigazo donde no debe, pero sigue sin alterarse.

—Con eso me vale —dice Taylor, satisfecha, consciente de que eso es todo lo que conseguirá de ella.

—¿Por qué no me la has enseñado esta mañana? —pregunta Abigail, notando que sus músculos se relajan un poco —. Hemos perdido un tiempo que no tenemos.

—Porque no estabas especialmente receptiva, y no quería que la descartaras solo porque… —Taylor no sigue la frase y simplemente empieza a sonreír, divertida.

Abigail quiere cogerla de la camiseta y sacudirla, también quiere arrancársela y ponerla de cara a la pared mientras la folla, al igual que también quiere preguntarle qué coño intenta decirle con esa canción, pero no hace nada de lo que piensa porque el negocio es lo primero.

—¿Crees que voy a descartar algo que es bueno solo porque tú no sepas mantener esa lengua de fuego dentro de tu boca? —escupe Abigail con un tono contenido que la hace parecer una serpiente a punto de dar un mordisco venenoso.

—Podría mantenerla contenida dentro de tu boca —suelta Taylor—. Ahí es donde quiero que arda.

Abigail se siente mareada por un segundo, como si la corriente la hubiera atravesado y su cerebro se hubiera quedado paralizado, pero no le dura mucho y sus palabras afiladas vuelven a cortar el aire.

—Es un buen verso, apúntalo para la siguiente canción, seguro que te queda muy bien —responde justo cuando la

puerta se abre.

Taylor se queda quieta, mirándola boquiabierta mientras Abigail camina hacia la mesa de la entrada para coger su agenda.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta David encabezando al grupo de músicos.

Ethan entra justo detrás, sorprendiendo a Taylor.

—Taylor ha escrito la tercera canción —explica Abigail, que esta vez no se va hacia su rincón, sino que apoya el culo en la mesa y se queda ahí—, ahora la tocará para mostrar la melodía y partimos de ahí.

—De acuerdo —dice David—. ¿No hay que hacer ningún arreglo en la letra antes?

—No —responde Abigail como un martillazo—. Cuando quieras —le dice a Taylor.

Taylor coge su guitarra, se coloca detrás del micrófono y comienza los primeros acordes antes de abrir la boca para cantar. Su voz va cargada con toda la pasión y el fuego que tiene la letra y Abigail nota como si un viento helado le estuviera soplando por la espalda, erizando cada poro a su paso.

Tengo fuego en las venas y sal en la piel
Sangre gitana que no sabe obedecer

Los ojos de Taylor se clavan en los suyos y hasta Ethan puede notar la tensión que invade el local cuando Abigail contiene la respiración.

La voz de Taylor se vuelve más desgarrada y salvaje, canalizando toda esa herencia andaluza que lleva en la sangre,

pero hay algo más en la canción, algo personal y primitivo que hace que cada nota se clave directamente en el alma de quien la escucha.

Con mi lengua de fuego te voy a quemar
Hasta que entiendas lo que es amar sin controlar

Taylor canta sin apartar los ojos de Abigail y, aunque la ejecutiva mantiene su expresión impasible, por dentro se siente como si fuera un relámpago a punto de impactar contra un árbol y convertirlo en llamas.

Cuando la canción termina, el silencio es absoluto mientras los músicos se miran entre ellos y después a Abigail, como si esperasen que ella les confirmara que lo que acaba de pasar ha sido real.

—Joder —dice David finalmente—. Qué coño, se van a volver locos —añade con una carcajada eufórica que comparte con los demás.

Taylor los observa, roja y sin aliento, mientras Abigail permanece en su sitio asimilando que no se ha vuelto loca y era la única que estaba viendo todo el potencial de la canción.

—Esa canción es pura dinamita, chica —sigue David—, aunque necesitamos trabajar en los arreglos —dice mirando a Abigail—. Los acordes que estás tocando son bonitos, pero con el tema que tienes, podríamos hacer algo mucho más poderoso.

Abigail se acerca desde la mesa, con la agenda abierta y el bolígrafo en la mano.

—David tiene razón —dice tomando algunas notas mientras habla—. También hay que ajustar los tiempos de entrada. La

intensidad debe crecer gradualmente hasta el clímax del puente.

—¿Y qué opinas del final? ¿Podemos dejarlo así? —pregunta Taylor, mirándola directamente.

—Demasiado abrupto en mi opinión —responde Abigail sin pestañear—. Necesita una salida más lenta, algo que deje al público con ganas de más.

—Estoy de acuerdo —comenta David.

—Vale —asiente Taylor, consciente de que todo lo que Abigail y David proponen, solo mejorará su canción.

Durante las siguientes tres horas, trabajan solo en "Lengua de Fuego". David sugiere progresiones de acordes que hacen que la canción suene más cruda y potente. James añade líneas de bajo que complementan el ritmo andaluz sin ahogarlo, algo que fascina a Taylor, mientras que Lucas experimenta con patrones que realzan cada cambio de intensidad, pero es Abigail quien dirige todo el proceso, ella es la que propone las modificaciones que permiten que Taylor no se ahogue cuando canta y que al mismo tiempo elevan su voz hasta que provoca escalofríos.

—Otra vez —ordena Abigail.

Taylor repite el mismo verso sin descanso hasta que al fin encuentra el tono exacto que Abigail quiere escuchar, haciendo que se ajuste a los momentos donde su voz debe quebrarse, perfeccionando cada respiración.

—¿Cómo lo ves? —pregunta Taylor en una pausa.

Abigail tiene la agenda entre las manos y Taylor se coloca a su lado, apoyándose en la mesa. Se fija en la parte de arriba

de la primera hoja donde pone "Lengua de fuego" y debajo está lleno de anotaciones, cosas que Abigail ha ido apuntando y tachando conforme se han corregido. Taylor decide que también le gusta su letra, aunque le cuesta entender la mayoría de las frases. También le gustan sus manos, delicadas y elegantes que se mueven cuando Abigail señala un texto con su bolígrafo mientras aspira ese aroma que desprende Taylor, ese perfume suave que siempre utiliza, mezclado con el sudor del escenario, que da como resultado un elixir al que Abigail se está volviendo adicta.

—El verso "Sabes que soy tuya" debería sonar más íntimo —dice mirando a Taylor de reojo.

—¿Más bajo? —pregunta Taylor para hacerse una idea de lo que quiere.

—No. El tono está bien, pero deberías cantarlo como si estuvieras contando un secreto, como algo que no debe ser confesado.

Taylor la mira, y ahí, sin música y sin nada, muy cerca del oído de Abigail, lo canta.

—¿Así? —pregunta, mirando a Abigail fijamente.

—Mejor —asiente Abigail, sintiendo que Taylor no deja de provocarla—, pero ahora el contraste con el estribillo final tiene que ser más brutal. Como si pasaras de susurrar a rugir.

Taylor sonríe y vuelve al escenario. Y así continúan el resto del ensayo, puliendo cada detalle que Abigail menciona hasta que la canción se convierte en algo que va mucho más allá de lo que Taylor se había imaginado cuando la escribió en su habitación. Se convierte en una declaración de guerra, en una

confesión, en una seducción y en una amenaza, en todo al mismo tiempo. Y Taylor está pletórica, mirando de reojo a su hermano en busca de una señal de aprobación, pero Ethan en este ensayo no ha abierto la boca, ni para bien ni para mal, como si fuera un mueble, creando una sombra en la alegría de su hermana.

Abigail lo ha estado observando durante toda la tarde, valorando si echarlo del local de una vez por todas, pero ella, aunque no dé saltos de alegría porque antes se arranca un ojo, sí que se alegra por Taylor y esa maldita canción que acabará con su cordura, y no piensa darle protagonismo a Ethan en un día que es solo para su hermana.

—Esta canción va a arrasar en el festival —dice David mientras guarda su guitarra al terminar el ensayo—. El público va a volverse loco, niña, en serio —añade chocando su enorme palma con la de Taylor.

—Gracias —dice ella, y Abigail se da cuenta de que está empequeñecida de repente, como si el hecho de que su hermano la ignore le estuviera afectando más de lo que debería.

—Lo hará —interviene Abigail, acercándose al grupo, hablando con tanta seguridad que es imposible no creerle. Taylor se gira hacia ella—. Rugirás en el escenario y todo el público te adorará.

Taylor siente que el corazón se le sale por la boca. Quiere abrazar a Abigail, pero sabe que no puede hacerlo, aun así, le agradece mucho este momento, las palabras que acaba de

dedicarle, aunque Abigail apenas la haya mirado un par de segundos antes de devolver la atención a todo el grupo.

—Mañana dedicaremos el ensayo completo a esta canción, hay que terminar de pulirla —decide Abigail—. Y tú, Taylor, cántala en la ducha, cántala mientras comes, mientras paseas y mientras hagas todo lo que sea que hagas cuando no estás aquí. Necesito que te la aprendas en tiempo récord, que seas capaz de entrar en medio de la canción sin equivocarte o de seguirla si algo te interrumpe, pero hazlo para ti, mentalmente, hemos de cuidar esa voz y no podemos forzarla más de la cuenta.

—Vale, no hay problema —dice Taylor.

—Bien, pues todo el mundo a descansar. Hemos terminado por hoy —dice Abigail, dándose la vuelta para coger sus cosas y marcharse.

CAPÍTULO 17

Abigail siente que tiene la visión borrosa mientras sigue repasando los detalles para el festival. Es la quinta vez que lo hace. Está en el apartamento, son las nueve de la noche y viste un pantalón de dormir con una camiseta ancha cuyo cuello es tan amplio que deja al descubierto uno de sus hombros.

Está sentada donde siempre, ocupando el centro del sofá con el portátil delante, solo que, en esta ocasión, en lugar de una copa de vino, tiene un vaso de whisky. De nuevo repasa los horarios del festival, cada nombre de las personas con las que debe tratar y cada posible inconveniente que puede surgir. Lo tiene todo atado, sabe que es imposible que nada se le escape y que lo único que queda por esperar es que Taylor esté a la altura, aunque Abigail tiene muy claro que lo estará. Lo supo desde la primera noche que la vio en el Rusty's, cuando escuchó su voz y los pelos se le pusieron de punta.

Tres semanas. Apenas faltan dos días para la actuación y ya está lista para presentar a Taylor ante miles de personas. Cualquier otro artista habría necesitado meses de preparación, pero Taylor es diferente, tiene un talento que resulta tan natural como respirar.

Dos golpes secos en la puerta la sobresaltan y Abigail clava su mirada penetrante en la madera, ni siquiera se pregunta quién es, no le hace falta porque sabe que es ella. Solo Taylor llama así, solo Taylor se atreve a ir a esas horas y solo Taylor se atreve a presentarse en su apartamento sin avisar. Abigail suspira con fuerza mientras se levanta. Le sorprende que haya tardado tanto en venir. Desde que le entregó la canción hace dos días, ella la ha estado evitando, consciente de que esa jodida letra ha plantado una semilla entre ellas, el inicio de una conversación que no han tenido y que Abigail no quiere tener.

Cuando abre la puerta, Taylor está ahí, con su melena oscura alborotada cayendo sobre sus hombros y esa sonrisa torcida que hace que los pulmones de Abigail trabajen con más esfuerzo.

—Hola —dice Taylor, y entra sin esperar a que Abigail se lo permita.

—Supongo que tienes una buena razón para estar aquí —dice ella, con esa aspereza que utiliza para todo.

Taylor se encoge de hombros mientras mira de reojo la mesa de centro y después a Abigail.

—Pensaba que dormías con pijama de seda —dice divertida, con los ojos clavados en su hombro desnudo.

Abigail carraspea.

—Patricia no incluyó mis pijamas cuando me envió más ropa, así que he tenido que improvisar —responde Abigail.

—Ya, Patricia, supongo que esa mujer debe tener una paciencia enorme para ser tu asistente —murmura Taylor.

—La tiene en proporción a su sueldo. ¿Qué quieres, Taylor?

—Estaba pensando en la actuación del sábado —dice, sentándose en el sofá.

Abigail sabe que miente, es algo que a Taylor se le da bastante mal, pero la deja seguir.

—¿Qué pasa con la actuación? —pregunta la ejecutiva.

—No sé, a lo mejor podríamos empezar con Lengua de fuego en lugar de con Wildfire.

Abigail arquea una ceja y se cruza de brazos.

—Espero que no me lo estés proponiendo en serio.

Taylor se encoge de hombros, pero se le escapa una risita y Abigail resopla.

—Tampoco estaría tan mal hacerlo así.

—Sería un puto desastre hacer eso y tú lo sabes. Me ofende que lo insinúes. Si empiezas con esa canción, cualquier cosa que cantes después les sabrá a poco, ¿por qué no dices de una vez lo que quieres decir, Taylor? —ataca Abigail.

Taylor se levanta, camina hacia ella y se queda justo delante.

—De acuerdo. Me evitas —dice Taylor sin preámbulos.

—¿Y qué? —Abigail tampoco se molesta en esconderse, y eso deja a la cantante desorientada por un momento.

—¿Por qué lo haces?

—Porque mi trabajo es representarte y llevarte a lo más alto, no follar contigo —ruge Abigail.

Taylor se tambalea y aprieta la mandíbula, empieza a estar furiosa. Ya conoce su frialdad y está acostumbrada, pero que sea tan tajante con un tema que ni siquiera han hablado, le molesta.

—No es solo follar y lo sabes —dice Taylor.

—Para mí sí que lo es —espeta Abigail, fría como un témpano de hielo.

Los pulmones de Taylor se cierran y ella aprieta los puños, pero se niega a dejar que le afecte.

—No has dicho nada de la canción, de la letra —murmura Taylor en voz baja, sin apartar su mirada oscura de ella.

—Te dije que me gustaba, no sé qué más quieres.

—Quiero más y a estas alturas lo sabes de sobra —se altera Taylor, empezando a desesperarse.

—Pues no tengo más que…

—¿Por qué coño eres así? —brama la cantante.

—Cuidado con el tono, Taylor —le advierte Abigail, sintiendo los músculos del cuello como si fueran rocas sobre sus hombros.

—Déjate de tonos, el tuyo es peor, solo que no levantas la voz —dice Taylor, acercándose más hasta que pone las manos sobre el pecho de Abigail.

Ella no se mueve, es como una estatua de mármol imperturbable, aunque siente que le está abrasando la piel lentamente.

—Tú me gustas y yo te gusto, ¿por qué no lo admites? —susurra Taylor.

—¿Cuándo he dicho yo que me gustas? Hemos follado y está bien, pero ya está, Taylor, no te confundas.

—Estás mintiendo, y no estoy confundida —Taylor se pega a ella y la empuja con su cuerpo, haciendo que Abigail retroceda hasta que su espalda encuentra la pared.

Abigail no deja de mirarla. Taylor no la asusta, lo que la asusta es el algodón con el que de repente siente que le han llenado la cabeza, la asusta el aleteo que hay en su pecho y que ella jamás ha sentido y la asusta el cosquilleo bajo su vientre, esa pulsión que tira de ella hacia Taylor como si fuera un maldito imán sobre el que no tiene ningún tipo de control. Eso es lo que de verdad le da miedo, aunque no piensa admitirlo.

—Apártate —ruge de nuevo.

—No, no pienso hacerlo —dice Taylor, mientras mete una mano por debajo del elástico de Abigail.

La ejecutiva no la detiene y los dedos de Taylor rápidamente resbalan por toda esa humedad que solo tiene para ella. Abigail jadea sin poder evitarlo y Taylor la penetra de repente, haciendo que dé un respingo y ahogue un gruñido mientras la mira.

—¿Por qué no podemos tener esto? —pregunta Taylor, quedándose quieta mientras Abigail contiene la respiración.

No piensa suplicarle que se mueva, no piensa pedirle que la folle hasta que le falte el aliento, porque ella no suplica, aunque la humedad le esté resbalando por las piernas.

—¿Qué es lo que quieres tener exactamente, Taylor? —pregunta, tan rígida que tiene miedo de partirse por la mitad.

—A ti, quiero follar contigo, reírme contigo, poder mirarte mientras canto y que no me evites. Quiero saber que puedo llevarte hacia un rincón oscuro y darte un beso sin que te enfades, que puedo pasar por tu lado y rozarte una mano sin que me dediques una de tus miradas fulminantes. No te pido

una relación, solo que nos dejes tener esto sin que estés tensa a todas horas, sin que sientas la necesidad de estar buscando razones para apartarme —explica la cantante.

—Las razones existen, Taylor, y lo sabes —dice Abigail, apretando la mandíbula—. Mezclar lo personal con lo profesional no funciona y no sería diferente porque seamos tú y yo. Todo lo que puedo ser para ti es tu representante. Si quieres llegar a lo más alto, eso es lo que te puedo ofrecer.

Taylor mueve los dedos y Abigail jadea.

—Pero ahora no lo eres —dice Taylor, desesperada.

—¿Qué?

—No eres mi representante todavía, aquí, en este pueblo, solo somos dos mujeres que han hecho un trato de palabra.

Abigail abre la boca, pero Taylor mueve los dedos de nuevo y ella siente tal descarga que las rodillas casi se le doblan.

—Joder —murmura agarrándose a sus hombros.

Cierra los ojos con fuerza y, cuando los abre, parece que tiene el control absoluto de todo su cuerpo.

—Se acaba cuando lleguemos a Nueva York —dice Abigail.

Taylor parpadea.

—¿Qué?

—¿Quieres que no te evite? ¿Quieres llevarme a rincones oscuros para besarme y todas esas cosas que has dicho? De acuerdo —dice con voz atronadora—, pero se acaba en cuanto firmes el contrato, y no es negociable. Cuando vayamos a Nueva York, todo será completamente diferente a lo que estás viviendo aquí. El ritmo será otro, habrá mil cosas que hacer y las dos necesitamos estar completamente centradas en tu

carrera. Puedes aceptarlo o sacarme los dedos del coño ahora mismo —dice con esa frialdad que no deja de sorprender a la cantante.

Taylor suspira. El trato que le ofrece Abigail es una basura, apenas tres o cuatro días de su tiempo. El concierto es el sábado; después de eso, ¿cuánto tardará la ejecutiva en marcharse? ¿Un par de días? ¿Tres? Pero Taylor decide que es mejor esto que nada, así que acepta.

—Vale.

—Mírame —exige Abigail, poniéndole una mano detrás de la cabeza, sosteniéndola con firmeza.

Taylor lo hace, la mira fijamente con sus ojos almendrados y brillantes de puro deseo.

—Se acaba cuando firmes. Dilo —exige Abigail.

—Se acaba cuando firme —susurra Taylor, sabiendo que para Abigail su palabra es tan importante como la puntualidad.

—Bien —responde la ejecutiva, estrellando su boca contra la de Taylor, mordiendo su labio con menos fuerza de la que le gustaría porque no quiere dañar esa boca antes del concierto.

Taylor la penetra con toda la rabia que siente. También la muerde, aunque esta vez no lo hace con la misma ferocidad de la última vez, porque Abigail todavía tiene una marca terrible en la espalda y Taylor se siente culpable.

—Nunca me cansaré de ti, joder —jadea Taylor mientras sus dedos entran y salen de ella.

Abigail siente una bola de calor formarse por detrás de su vientre y jadea contra su hombro, tensándose mientras intenta alargar la llegada del orgasmo.

—Espera —dice Taylor, sacándole los dedos—. Córrete en mi boca.

La espalda de Abigail se pega a la pared y sube una pierna por encima del hombro de Taylor cuando ella se pone de rodillas. El primer roce de su lengua casi la vuelve loca, el segundo la hace tensar todo el cuerpo y cuando sorbe su clítoris con fuerza y empieza a lamerlo, Abigail estalla y se arquea contra ella.

—Te necesito dentro de mí —susurra Taylor contra su oreja cuando se incorpora.

Abigail la empuja hacia el sofá y no solo le da lo que Taylor le ha pedido, también mete la lengua entre sus piernas, bebiendo de ella como si la cantante fuera agua en medio del desierto y Abigail nunca estuviera satisfecha.

—Joder, me encanta tu puta boca —jadea Taylor tras el último orgasmo.

Abigail sonríe contra su muslo, se limpia la boca con la mano y se desliza hacia el suelo, sentándose frente al portátil con la intención de sentir las baldosas frías bajo el cuerpo.

—No puedes trabajar ahora —se queja Taylor, incorporándose de golpe.

—No estoy trabajando —responde Abigail, que ha cerrado los ojos un momento porque siente que no tiene fuerza en ninguna parte del cuerpo.

Está exhausta de repente, como si hubiera corrido una carrera y al llegar a la meta le hubieran dado una paliza. Se toca el cuello y aprieta y, por poco se rompe la rodilla contra la

mesa de centro cuando bota del susto al sentir las manos de Taylor en sus hombros.

—Déjame a mí —susurra la cantante.

—¿Dejar qué? —pregunta ella, rígida como un poste eléctrico.

Los dedos de Taylor aprietan con suavidad sus hombros y Abigail abre mucho los ojos, sin saber qué hacer con el resto de su cuerpo.

—Tú solo cierra los ojos —murmura Taylor.

A Abigail le entran ganas de reírse; en cambio, se le escapa una especie de jadeo extraño. Ella no sabe relajarse, no lo ha conseguido nunca y desde luego no puede cerrar los ojos mientras unas manos que no son las suyas la masajean.

—No hace falta que hagas esto, Taylor —dice con su habitual tono cortante.

Taylor no se ofende, y tampoco se detiene.

—Tampoco hace falta que cierres los ojos, pero al menos no hagas fuerza, es como intentar masajear una piedra.

El pecho de Abigail se infla de forma exagerada tras un suspiro profundo. Permite que Taylor la masajee durante un minuto, pero después se levanta porque no poder relajarse como haría cualquier otra persona la hace sentir incómoda.

—Es tarde, Taylor, deberías descansar.

Taylor se lleva las manos a las sienes y se hace un suave masaje mientras sonríe. No espera pasar la noche con Abigail, sabe que es una línea que la ejecutiva no traspasará con ella, pero su comportamiento tras el sexo empieza a descolocarla.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dice Taylor mientras se sube los pantalones.

—Me la vas a hacer, aunque diga que no. Así que dispara.

La risa espontánea y traviesa de Taylor hace que el estómago de Abigail se contraiga.

—¿Con cuántas mujeres has salido? —pregunta Taylor.

Abigail frunce el ceño.

—No te entiendo.

Las cejas de Taylor se levantan.

—Es una pregunta sencilla, Abby. ¿Con cuántas mujeres has mantenido una relación larga?

Es una pregunta sencilla para cualquier persona probablemente, pero no para Abigail.

—Ninguna.

—¿Perdón? —dice Taylor, abriendo mucho los ojos.

—Esas cosas no se me dan bien, creo que es evidente —aclara Abigail con el tono de quien acaba de terminar un libro aburridísimo—. ¿Algo más?

Taylor se ha quedado tan descolocada que no sabe qué decir.

—No, solo eso —dice acercándose a ella—. ¿Nos vemos mañana? —susurra arrastrando un mechón de pelo hacia la oreja de Abigail.

Ella asiente. Y Taylor le da un beso lento y húmedo de despedida al que Abigail no está acostumbrada.

CAPÍTULO 18

—Cuarenta minutos —dice Abigail soltando un bufido tras volver a mirar su reloj de pulsera.

—Lo siento —dice Taylor, apoyada a su lado en la mesa que hay frente al escenario donde ensayan.

David, James y Lucas no les prestan atención, están sentados en unas sillas, charlando mientras esperan a Ethan, que como siempre llega tarde.

—¿Por qué? Tú no eres responsable de él —responde Abigail, girándose hacia ella.

Taylor se encoge de hombros, visiblemente incómoda. Es el último día de ensayo y Abigail —aunque se siente retorcida— está segura de que Ethan lo está haciendo a propósito. Su última jugada para socavar la seguridad de su hermana, ponerla nerviosa el día antes del concierto.

—Vamos a comenzar sin él —dice Abigail en voz alta.

Los músicos se levantan y ella se dirige solo a Taylor.

—No te agobies. No lo necesitas, si aparece, perfecto; si no lo hace, David puede cubrir su ausencia sin problema, ¿de acuerdo?

Taylor asiente. Sabe perfectamente que Abigail nunca ha necesitado la presencia de Ethan en el escenario y que, si le

permite todo lo que le permite, es por ella. Una actuación a lo grande, su momento de gloria, y su hermano lo está desperdiciando.

Se coloca frente al micrófono y se centra en los ojos gris verdoso que la observan. Taylor se olvida de todo lo demás y de repente se siente extrañamente tranquila a pesar de que solo faltan veinticuatro horas para estar delante de miles de personas. Es la presencia de Abigail, lo ha sabido desde el primer día, su seguridad y la confianza que tiene en ella le dan la calma que necesita para que los nervios no la devoren, al menos, no todavía.

—Hacemos las tres canciones completas en el mismo orden del concierto —dice Abigail—. Sin interrupciones, como si fuera el festival. Quiero comprobar las transiciones y asegurarme de que el tiempo se ajusta al que tenemos asignado.

—Vale —responde Taylor.

David asiente y enseguida comienza con los primeros acordes de Wildfire. Taylor cierra los ojos un segundo, respira profundamente y, cuando abre la boca, su voz sale con la fuerza y el control de los últimos días. La primera nota es perfecta, limpia y potente, y Abigail nota como el típico escalofrío al que no logra acostumbrarse le recorre la columna. Tiene el bolígrafo en una mano y la agenda abierta en la otra, dispuesta a tomar notas si es necesario, aunque a estas alturas ya no tienen mucho margen para hacer cambios, y entonces la puerta se abre de golpe cuando están en mitad de la segunda canción.

Ethan entra sin ningún tipo de cuidado, sabiendo que está interrumpiendo. La furia atraviesa el cuerpo de Abigail cuando su hermana se detiene, asustada por el golpe de la puerta cuando él cierra con la misma poca delicadeza con la que ha entrado.

—Sigue —le dice Abigail a Taylor con una especie de rugido.

La cantante asiente y retoma la canción en el punto donde se había quedado —al menos no se ha perdido del todo— pero su concentración no es la misma. Canta de forma mecánica, mirando constantemente hacia su hermano, que camina hacia el escenario con parsimonia, conecta su guitarra eléctrica en el amplificador y empieza a tocar con un tono más elevado del que le corresponde. David frunce el ceño y mira a Abigail, pero ella le hace un gesto para que continúe hasta terminar.

—¿Hay algún motivo para que llegues tarde e interrumpas así el ensayo? —pregunta Abigail cuando acaba la canción, con un tono tan helado que podría congelar un lago entero.

—Tenía que arreglar unos asuntos —responde Ethan sin apenas mirarla.

Taylor baja la mirada, incómoda, y Abigail se arma de una paciencia que no tiene y decide no entrar en la batalla que es evidente que Ethan espera.

—Sigamos —dice pasando de él—. Pasemos a Lengua de fuego.

Taylor siente un escalofrío cuando la escucha decir el título de su canción, porque ella la considera así, una canción solo de ellas, aunque nadie más lo sepa. Vuelve a posar la mirada en

ella, buscando la calma que necesita y comienza a cantar. Todo es perfecto, su voz se eleva y se quiebra cuando debe, el quejido andaluz aparece y Abigail se estremece, pero entonces Ethan se equivoca, primero una vez, el tono es demasiado bajo. Abigail no le da importancia, cualquiera puede equivocarse, hasta que se equivoca una segunda, y una tercera, añadiendo tonos altos que opacan la voz de su hermana.

Él hace un gesto con los hombros como pidiendo una disculpa cuando Abigail lo mira, pero ella sabe que lo hace a propósito, que solo pretende desestabilizarla. David trata de cubrir sus meteduras de pata ajustando su propio volumen para compensar los errores, pero Taylor empieza a ponerse cada vez más nerviosa, mirando a su hermano de forma constante, intentando comprender lo que sucede.

—Ethan —dice Abigail cuando acaba la canción—, si estás desconcentrado por algún motivo, no pasa nada, descansa un rato y entra después.

Su suavidad es impostada y todos lo saben, pero Abigail solo tiene intención de ser amable una sola vez.

—¿Me estás diciendo que no ensaye?

—En realidad te estoy diciendo que desestabilizas a la banda si decides cambiar el tono cuando se te antoja —espeta Abigail.

Ethan clava la mirada en su hermana un solo segundo, después vuelve a mirar a Abigail.

—Suena mejor así, es como Taylor y yo solíamos tocar.

Abigail levanta una ceja, incrédula, mientras se pregunta si Ethan ha bebido antes de venir al ensayo o realmente es así de gilipollas.

—Llevamos tres semanas ensayando bajo ciertas directrices, y según tú, ¿ahora las tenemos que cambiar porque a ti te suenan mejor o es lo que hacíais antes?

Taylor se quita la guitarra y la deja a un lado, tan incómoda que no sabe si quedarse o marcharse.

—Yo conozco la voz de mi hermana, sé cómo…

—Si conocieras la voz de tu hermana, te adaptarías a ella, no tratarías de esconderla —brama Abigail—, pero independientemente de eso, aquí la única que decide los tonos, las entradas y cualquier cosa que tenga que ver con los ensayos, soy yo. Puedes aceptarlo y seguir ensayando o salir por la puerta.

—Ethan, solo tienes que seguir cómo estábamos, no hay que cambiar nada —dice Taylor, nerviosa, cuando ve que su hermano se quita la guitarra.

—Estás dejando que esta mujer te convierta en algo comercial y artificial —escupe él con rabia—, en algo que no eres. Tu voz siempre ha sido perfecta, Taylor, no necesitas que venga ella a decirte cómo tienes que cantar.

—¿Ahora dices que mi voz es perfecta cuando siempre decías que mi estilo era demasiado étnico y que nunca iba a funcionar en el mercado americano? —estalla Taylor—. Ella no está cambiando mi estilo, no me hace bajar los tonos para que suene tu guitarra…

Ethan se queda quieto, sus mejillas se ponen rojas y las aletas de la nariz se le expanden mientras observa a su hermana. Taylor parece que está a punto de desmayarse, pero le mantiene la mirada.

—No te reconozco, Taylor —dice Ethan, más calmado—. Antes valorabas mi opinión, ahora te has convertido en su marioneta.

Abigail se cruza de brazos y trata de respirar despacio para detener todas las palabras que se le acumulan en la boca, porque como las escupa y le diga a Ethan todo lo que piensa, probablemente su hermana acabará llorando.

—No soy la marioneta de nadie, precisamente ahora es cuando me siento completamente libre en el escenario —sigue defendiéndose Taylor, sin necesitar a nadie.

—Pues me alegro, parece que ya lo tienes todo claro —dice Ethan.

Desconecta su guitarra con un tirón brusco, la mete en su funda sin ningún tipo de cuidado y se dirige hacia la puerta.

—Mierda… —susurra Taylor, pasándose una mano por su melena alborotada.

A Abigail le encantaría perder de vista a Ethan de una vez por todas, pero necesita a Taylor entera, y tras esta discusión con su hermano no lo está. Este no es el final que necesita con él, necesita volar libre, pero en paz.

—Ve con él —dice Abigail, colocándose delante de Taylor.

Ella levanta la mirada, entre sorprendida y desorientada.

—¿Y el ensayo?

—Ahora no estás centrada. Te esperamos aquí. Ve con él y habla lo que tengas que hablar, sin prisa. Si quiere volver, no hay problema; si no quiere, tampoco. Sabes que no nos hace falta.

Taylor asiente, quiere abrazarse a ella y estrujarla con todas sus fuerzas, pero se da la vuelta y sale corriendo tras su hermano, al que alcanza justo cuando está subiendo a su camioneta.

—Espera, Ethan —dice ella, subiendo por el otro lado.

—¿Qué quieres?

—Que subas al escenario conmigo mañana —dice Taylor.

—¿Para qué? ¿Para que después te largues con ella y me dejes tirado? —responde como un niño caprichoso.

—Venga, Ethan, sabes que eso no es justo. No puedo dejar escapar esta oportunidad, y quiero que me apoyes.

Él se queda mirando fijamente a través del cristal. Piensa en el festival al que ha ido tantas veces con sus hermanas y sus amigos, piensa en lo que sentirá al estar ahí arriba frente a tantas personas. No piensa en su hermana, tampoco en apoyarla porque no se siente listo para hacerlo, no cuando a ella le brindan la oportunidad de tener todo lo que él ha soñado y él se queda atrás, solo mirando. Pero tampoco es tonto, y si tiene la oportunidad de tocar delante de treinta mil personas una vez, no va a desperdiciarla.

—Vale, iré, pero hoy no ensayo más.

—No pasa nada. Se lo diré a Abigail —asiente Taylor sonriendo, aunque él no la mira—. Nos vemos mañana, o esta noche, a lo mejor voy a casa de papá y mamá.

—Sí, vale —dice Ethan, encogiéndose de hombros.

Taylor se baja de la camioneta y se dirige hacia el local de nuevo. No se siente ligera del todo, sabe que hay algo roto entre Ethan y ella, pero tampoco se siente culpable.

—Vendrá mañana —le dice Taylor a Abigail cuando entra.

—¿Y puedo confiar en que no saboteará el concierto como ha intentado hacer con el ensayo? —pregunta la ejecutiva, con esa mirada fría posada en Taylor, aunque la cantante percibe cierta calidez en ella.

—No lo hará, es su momento de gloria. Nuestra familia y toda la gente a la que conocemos estará allí, no es estúpido —asegura la cantante.

Abigail tiene dudas con respecto a la estupidez de Ethan, pero se guarda su opinión para ella.

—Y tú, ¿estás bien? —pregunta bajando la voz un par de tonos, hasta que la convierte en un susurro.

A Taylor se le forma una de sus sonrisas torcidas sin pretenderlo. Le sale automática, y da un paso hacia ella hasta que sus hombros se tocan y ella puede rozarle los dedos de forma disimulada al pasar por su lado.

—Deseando besarte —susurra Taylor antes de subir al pequeño escenario.

CAPÍTULO 19

—A ver, siéntate y cuéntame qué te pasa —dice Carmen, la madre de Taylor, agarrándola de un brazo cuando su hija pasa por su lado.

Están las tres en la cocina de la casa familiar, Carmen, Taylor y Tiffany. Se supone que ambas hijas iban a ayudar a su madre a preparar la cena, pero Taylor está tan nerviosa por el festival de mañana que lo único que hace es caminar de un lado a otro, estresando a su madre.

—Nada, mamá, solo estoy un poco nerviosa —dice Taylor.

Tiffany suelta un resoplido burlón y se ríe mientras niega con la cabeza.

—No te rías de tu hermana —la reprende su madre, y entonces entra Patrick Davey, su padre, a por una cerveza.

—No deberías estarlo, solo es un concierto como los que haces en el Rusty's —dice Patrick mientras abre la nevera.

Tiffany mira a su padre y después a Taylor, que se ha quedado quieta junto a su madre.

—Bueno, es un poco diferente, papá —explica Tiffany—. Mañana habrá miles de personas.

—¿Miles? —Carmen frunce el ceño—. Bueno, pero seguro que lo harás bien igualmente.

Taylor sonríe, agradecida por el apoyo, pero frustrada por la incapacidad de sus padres para comprender que la actuación de mañana no es solo una anécdota más que ellos podrán contar a los clientes del restaurante, es algo que podría cambiarle la vida para siempre.

—Entonces, ¿por qué dices que no te quedas a cenar? —su madre cambia de tema por completo y Taylor nota el cuerpo de su hermana abrazándola por detrás.

—Tranquila —le susurra al oído—, lo entenderán cuando te escuchen cantando por la radio.

Las dos se echan a reír y su madre se gira hacia ellas, esperando la respuesta a su pregunta.

—Ya te lo he dicho antes, mamá, he quedado para cenar con Abigail.

—La mujer que te lleva al concierto —murmura su padre, apoyado contra el mármol mientras bebe cerveza.

—Sí, algo así —responde Taylor con los ojos en blanco.

—Vete —le dice Tiffany—, yo intentaré explicárselo por enésima vez.

—Gracias.

Taylor entra en el *diner* donde ha quedado con Abigail esa noche dos minutos antes de las ocho y, obviamente, la ejecutiva ya la espera sentada en una de las mesas cuyos sillones altos solo permiten ver parte de su pelo castaño tan claro que, con el efecto de las luces y las mechas más claras, parece rubio desde la entrada.

—Llegas tarde —dice Abigail.

—Mentira —responde Taylor, dejándose caer en el asiento frente a ella—. Todavía faltan dos minutos.

—Llegar cinco minutos antes es llegar tarde —murmura Abigail.

Taylor frunce el ceño mientras analiza lo que ha dicho, sin entenderla del todo.

—¿Eso también lo dice tu madre? —pregunta con esa seguridad que tiene para todo menos cuando se trata de su voz, algo que su hermano se ha encargado de mermar.

Abigail se yergue como si le hubieran dado con una tabla en la espalda y sus ojos, ahora más grises que verdes, se convierten en una masa de hormigón líquido.

—Quizá sea en lo único que tiene razón.

—Vale… —Taylor levanta una mano para rendirse y después coge la carta y empieza a leer el menú, aunque sus ojos van de una línea a otra sin centrarse en nada en concreto.

—¿Estás nerviosa? —pregunta Abigail, observando el ligero temblor de sus dedos.

—Un poco. Bueno, a lo mejor mucho —confiesa Taylor sonriendo.

—Si quieres un consejo —dice Abigail—, pide algo ligero para cenar, no una de esas hamburguesas enormes que te sueles comer. No te sentarán bien.

Taylor sonríe. Ella quiere cualquier consejo que provenga de esta mujer, aunque sea sobre comida.

—¿Proteges tu inversión? —pregunta Taylor.

Abigail la fulmina con la mirada, pero después hace alarde de su frialdad y asiente. Taylor resopla, al fin y al cabo, la ha

provocado ella.

—¿Me puedo sentar a tu lado? —pregunta de repente—. Solo hasta que nos traigan la cena.

—¿Para qué? —pregunta Abigail, mirándola fijamente.

—Me apetece —responde Taylor, sin más.

Eso descoloca a la ejecutiva, que no sabe qué responder, aunque tampoco hace nada cuando Taylor se levanta y se sienta junto a ella en el sillón acolchado. Su calor la abrasa de repente, apenas es el roce de su brazo desnudo sobre la tela de su camisa, pero Abigail siente que la piel le arde, sobre todo cuando Taylor busca su mano por debajo de la mesa y entrelaza sus dedos con ella. Su cuerpo se tensa de repente y contiene la respiración.

—¿Qué haces? —pregunta espantada, pero no suelta la mano de Taylor.

La cantante sonríe y se pega más a ella, respirando su perfume y suspirando con brusquedad antes de contestar.

—¿Nadie te ha dado la mano nunca? —pregunta Taylor, cada vez más sorprendida con las reacciones de esta mujer.

—No me parece algo necesario para tener sexo —responde Abigail.

—Pero ahora no tenemos solo sexo —murmura Taylor, divertida con la evidente incomodidad de Abigail.

—Tampoco tenemos mucho más, espero que lo tengas claro.

—Esto es una cita, Abigail. Estamos cenando juntas, así que es algo más que sexo —insiste Taylor, dándole un suave empujón con el hombro.

—La gente cena junta a menudo —aclara Abigail—, y no pasa nada.

—Pero no se cogen de la mano por debajo de la mesa —Taylor se lo está pasando bomba ante la turbación de la ejecutiva, que parece completamente fuera de su elemento, sin saber cómo comportarse ante un hecho tan simple.

—Pero, pero, pero… —se burla Abigail, hastiada—. Pues suéltame.

—No quiero. Me gusta tocarte —canturrea Taylor junto a su oído.

Abigail se recuesta en el asiento y frunce el ceño mientras mira las manos de ambas descansando sobre su pierna. La sensación le gusta, incluso el contraste entre sus pieles, la suya completamente pálida, la de Taylor olivácea.

—¿Quieres algo más? —pregunta, arqueando una ceja para dejar claro que su tono es puro sarcasmo.

—Quiero muchas cosas —responde Taylor—, pero ahora me conformo con que me ayudes a decidir lo que me pongo mañana.

El camarero viene a tomar nota del pedido y Abigail trata de soltarse del agarre de Taylor, aunque ella no se lo permite y la sujeta con más fuerza.

—¿Qué problema tienes con la ropa? —pregunta Abigail cuando se quedan solas de nuevo.

—No sé —la pierna de Taylor comienza a moverse y juguetea con los cubiertos con su mano libre—. ¿Crees que debería ponerme algo llamativo? ¿Algo más discreto? ¿Maquillarme mucho? ¿Poco? No sé si usar tacones o ir con

zapatillas. Pantalones o vestido, una camiseta ancha o una más estrecha. Joder, estoy muy agobiada… —dice, mientras Abigail la observa en silencio—. ¿Y el color? ¿Quizá algo claro para que me vean?

Taylor comienza a divagar y Abigail se lo permite. Deja que exprese todas sus dudas hasta quedarse sin aliento mientras ella va tomando sorbos de su copa de vino con parsimonia, mirándola de soslayo. Le gusta ese lado nervioso e inseguro de Taylor, contrasta mucho con esa seguridad arrolladora que muestra en otros aspectos de su vida, sobre todo en cuanto a ellas se refiere, tanto si se trata de simplemente reclamar su atención, como de reclamar su cuerpo y sus atenciones cuando están en la cama. Abigail suspira con brusquedad, sintiendo una pulsión entre las piernas al pensar en ello.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Taylor, dando un apretón a su mano.

—Sí —responde con su habitual sequedad.

—¿Y vas a ayudarme o te vas a quedar callada todo el tiempo?

—¿Has terminado de quejarte? —pregunta Abigail.

La cantante se queda quieta, mirándola con sus enormes ojos almendrados muy abiertos.

—No me estoy quejando, solo expongo mis dudas.

—Bien —dice Abigail, con una tranquilidad que a veces hace titubear a Taylor—. ¿A ti qué te apetece ponerte?

Taylor parpadea, descolocada.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Cómo te sentirás más cómoda para cantar mañana? —pregunta la ejecutiva—. ¿Con un vestido o con los típicos pantalones y las camisetas que sueles utilizar en los ensayos?

La sonrisa de Taylor empieza a ensancharse lentamente y Abigail solo puede pensar en atrapar esos labios carnosos y meterle la lengua en la boca. Por un momento, siente el impulso de lanzarse, olvidarse de que están en un restaurante lleno de gente y tomar lo que quiere, pero se contiene, solo que, al parecer, algo en su expresión la delata.

—Quieres besarme —asegura Taylor, con tanta convicción que Abigail no se molesta en negarlo.

—Sí, quiero hacerlo —confiesa, mirándole los labios como si hubiera algo adictivo en ellos.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque hay cosas que están bien y cosas que están mal.

—¿Y besarme está mal? —se ofende Taylor.

—Aquí sí, así que deja de mirarme como si quisieras arrancarme las bragas con los dientes y céntrate en mañana.

—Joder… —Taylor suelta una risita—, en serio, no sé cómo puedes hacerlo.

—Hacer, ¿qué?

—Mantener ese control todo el tiempo, yo ahora mismo solo puedo pensar en eso, en tus bragas y mis dientes sobre ellas.

Abigail siente que la atraviesa un rayo solo de pensarlo, pero nada en su expresión lo evidencia.

—Cuestión de práctica y determinación, supongo —contesta sin inmutarse, como si hablara de una tarea más en su lista de trabajo.

Taylor suspira y trata de olvidarse del ardor que siente entre las piernas.

—Entonces, ¿lo que dices es que mañana puedo vestirme como quiera? —trata de enfocarse la cantante.

—Sí.

—¿No vas a imponerme ningún estilo? ¿Algo que, según tú, venderá más o ese tipo de cosas que hacéis los agentes?

—¿Por qué iba a hacerlo? —rebate Abigail—. Tú tienes tu propio estilo, y yo no puedo subirte a un escenario y pretender que lo des todo si no te sientes cómoda contigo misma. Mientras no subas llena de lentejuelas, por mí está bien.

Taylor se reiría del comentario en cualquier otro momento, pero ahora solo puede mirarla. Sigue fascinándole la sencillez que Abigail muestra para cosas como esta y adora que no pretenda cambiar nada de ella.

—Deja de mirarme —exige Abigail—, y vuelve a tu sitio —ordena cuando les sirven los platos.

La cantante suelta su mano y se sienta frente a ella.

—Joder, necesito distraerme. Háblame de tu hermana —pide Taylor.

—No —ruge Abigail.

—¿Por qué no? Quiero saber cosas de ti.

Abigail deja de cortar su filete.

—Saber cosas de mi hermana no es saber cosas de mí.

—Claro que sí. Tu hermana es parte de tu vida. Venga, Abby —dice casi suplicando.

Abigail se muerde la lengua y aprieta hasta que se hace daño. No quiere hablar de su hermana, ni de su vida, pero tampoco quiere que Taylor esté nerviosa. Eso no es bueno para el negocio, necesita que se desconecte, aunque sea un rato.

—Tres preguntas, así que piénsatelas muy bien —concede Abigail.

—¿Tres? Eso no es nada —protesta Taylor con las cejas levantadas.

—Pues es lo que hay, puedes hacerlas o dejar que me coma el filete tranquila.

Taylor tuerce su sonrisa, por supuesto que piensa hacerlas, pero debe elegirlas con cuidado para conseguir el máximo de información posible.

—Vale, a ver. Dijiste que era tu hermanastra, así que tus padres están divorciados. ¿Cuántos años tenías cuando se separaron? —pregunta la cantante.

—Siete.

Ese dato sorprende mucho a Taylor, dejándola descolocada, sin entender por qué le ha afectado tanto esa respuesta.

—Vaya, eras muy pequeña —murmura Taylor.

—Sobreviví. Siguiente pregunta —la corta Abigail.

Taylor se da cuenta entonces de que el tema le resulta incómodo, pero ahora está más intrigada que antes.

—¿Por qué evitas a Erin?

La mirada de Abigail se oscurece. El filete se le está enfriando y eso la pone de mal humor.

—No la evito.

—Sí que lo haces. Lo vi, vi cómo silenciabas su llamada y escuché cómo le hablabas. La evitas, Abigail. ¿Por qué? —insiste Taylor.

Abigail puede estar teniendo ciertas concesiones con Taylor, es consciente de ello, de que está haciendo cosas que nunca ha hecho movida por unos impulsos para los que todavía no tiene explicación lógica, pero una cosa es que ceda en ciertos aspectos y otra que esté dispuesta a contarle cosas de las que nunca habla, y Abigail solo cuenta lo que a ella le apetece.

—Porque es una pesada, igual que tú. Siguiente pregunta.

—Eso no es una respuesta —se queja Taylor.

—Es mi respuesta —la voz de Abigail suena implacable y Taylor gimotea, asumiendo que le queda una pregunta.

—¿La ves a menudo?

—Más de lo que me gustaría.

—Joder, Abigail —Taylor casi bota del asiento, desesperada, y Abigail no puede contener la pequeña sonrisa que se forma en sus labios.

—Viene a verme dos o tres veces al año a Nueva York —responde Abigail en un ataque de bondad—, y para mi desgracia, se queda en mi apartamento, como si no hubiera hoteles.

Taylor la mira con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde vive ella?

—Esas son cuatro preguntas. Lo siento —zanja Abigail, haciendo sonreír a Taylor.

La cantante levanta las manos y no protesta; ha sacado mucha más información de la que hubiera imaginado, así que no la presiona más y, durante el resto de la cena, se limita a hacer preguntas sobre el concierto del día siguiente, haciendo que Abigail aclare cada duda que se le ocurre.

—Voy un momento al baño —dice Taylor cuando terminan de cenar.

Entra en el servicio para lavarse las manos y refrescarse un poco. Estar con Abigail le calma un tipo de nerviosismo, pero le provoca otro, y entonces la puerta se abre y, cuando levanta la mirada, la ve a través del espejo, pegándose a su espalda.

—Sigo teniendo ganas de besarte —susurra Abigail, cogiéndola por la cintura—, pero antes quiero usar mi boca en otra parte para que después me limpies con la tuya —añade, apartándole el pelo del cuello.

El corazón de Taylor se acelera tanto que siente que el pecho va a estallarle.

—¿Aquí? —pregunta Taylor.

—Sí, aquí —murmura Abigail, señalando los baños.

Taylor ni siquiera tiene que pensarlo, le coge la mano, la arrastra hasta un cubículo vacío y cierra la puerta, pegando la espalda a la pared mientras Abigail la observa fijamente. Es un espacio pequeño, apenas hay sitio para moverse lo justo, pero está limpio, y a Abigail le basta con eso.

—Bájate los pantalones —ordena sin moverse.

—Joder, Abby —gimotea Taylor, tropezando con sus propias manos mientras mueve los dedos sobre el cierre.

En un momento, tiene los pantalones y las bragas en los tobillos, la cabeza y los hombros pegados a la pared y el resto del cuerpo inclinado hacia delante en lo que para ella es uno de los momentos más eróticos que ha vivido. Abigail se arrodilla sin dejar de mirarla a los ojos mientras lo hace, pero una vez está en el suelo, se agarra a sus muslos y su saliva se mezcla con toda la humedad que Taylor tiene preparada para ella.

—Tu puta boca… —murmura Taylor, apretándola contra ella mientras Abigail le clava las uñas en las nalgas y la enloquece con su lengua.

CAPÍTULO 20

—Joder —susurra Taylor, paralizada junto a la ventana de la caravana que le han asignado como camerino, situada detrás del escenario principal.

Ethan está con ella, sentado en una silla mientras afina su guitarra con parsimonia, como si el rugido de la gente que hay fuera no le afectase.

—¿Nerviosa? —pregunta sin mirar a su hermana.

Taylor se gira hacia él. Ethan ha estado demasiado callado durante todo el día, con una expresión hermética que la tiene desconcertada.

—Un poco —admite ella, secándose el sudor de las manos en los pantalones.

Se siente cómoda con la ropa. Se ha decidido por unos vaqueros negros ajustados, una camiseta gris sin mangas que resalta su piel morena y unas botas de cuero. Se ha dejado la melena suelta y se ha maquillado lo justo para resaltar sus facciones.

Ethan deja la guitarra a un lado y se acerca a ella, pero hay algo en su forma de moverse —demasiado despacio— que alerta a Taylor.

—¿Estás segura de que estás lista para esto? —pregunta en tono suave y cariñoso, de hermano mayor preocupado, mientras observa a Taylor y le pone una mano en el hombro.

Ella frunce el ceño, sin saber exactamente lo que siente, si rabia hacia él o solo dolor.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Taylor.

—Nada. Solo que seas consciente de lo que hay ahí fuera. Esto no es el Rusty's, Taylor, esto va en serio. Aquí no solo hay público, habrá ejecutivos de discográficas y periodistas musicales, ya sabes, gente que puede destrozar una carrera antes de que comience si algo sale mal.

Taylor lo mira fijamente, intentando convencerse de que es preocupación lo que hay tras la mirada de su hermano y no algo retorcido.

—¿Me estás diciendo que piensas que no puedo hacerlo? ¿Es eso? —la voz le sale más baja de lo que pretendía, pero con una furia que hace que su hermano retroceda un paso.

Taylor siente frío cuando se da cuenta de que este es otro intento más de Ethan por socavar su seguridad, un último ataque rastrero justo antes del concierto, cuando apenas faltan unos minutos para que le toque subir al escenario.

—No es eso —dice él, haciendo alarde de su don para manipular—, solo digo que todo ha ido muy deprisa. Quizá deberíamos haber esperado un poco más, prepararnos mejor…

—Yo estoy preparada —lo corta Taylor, sintiendo que los nervios le recorren los brazos y le hormiguean en las manos—, si tú no estás listo, quédate aquí, pero yo subiré al escenario y

haré lo mismo que he estado haciendo durante las tres últimas semanas.

—¿Y si algo sale mal? ¿Y si te quedas en blanco? ¿Has ensayado eso también? —insiste Ethan.

Taylor no tiene tiempo de responder, porque en ese momento la puerta del camerino se abre y Abigail entra. Su aparición resulta imponente, enfundada en un traje gris oscuro que parece diseñado solo para intimidar a cualquiera que se interponga en su camino. Lleva la agenda cerrada en una mano y el móvil en la otra, y los mira con esa expresión pétrea que hace imposible adivinar lo que piensa.

—Hola —saluda echando un vistazo rápido a la pantalla de su móvil—. Eres la siguiente, en cuanto hagan el cambio de equipamiento, tendremos cuatro minutos para revisar que todo esté bien. Después, será el momento.

Abigail levanta la mirada. Su presencia ha cambiado por completo la energía del camerino. Taylor siente que el aire se ha vuelto más denso entre ellas, mientras que Ethan, que hace un momento estaba envalentonado tratando de intimidar a su hermana, parece haberse encogido como si fuera un animal que ha reconocido por instinto al depredador más fuerte.

La ejecutiva nota el ambiente enrarecido de inmediato. Clava la mirada en Ethan y después en Taylor, que parece aturdida.

—Estás perfecta —dice de repente, mirándola de arriba abajo.

Taylor nota que se le calienta la sangre como si la hubieran prendido con un mechero y su sonrisa se ensancha, aunque la

sombra de las palabras de su hermano sigue revoloteando sobre ella.

—Los monitores están calibrados según tus preferencias —sigue Abigail, ignorando por completo a Ethan—. David se asegurará de que tengas contacto visual con él en todo momento para las transiciones.

—Vale —responde Taylor.

—Las luces comenzarán tenues durante los primeros acordes de Wildfire y alcanzarán la intensidad completa cuando entres en el primer estribillo. Taylor, ¿me estás escuchando?

Taylor parpadea.

—Sí, perdón.

—¿Tienes alguna pregunta antes de salir? —dice Abigail.

Taylor niega con la cabeza, pero entonces mira un momento a su hermano y asiente.

—¿Qué hago si me quedo en blanco?

A Abigail se le tensan los músculos del cuello hasta que sus hombros se ponen rígidos. Mira de reojo a Ethan y aprieta la mandíbula antes de mirar de nuevo a Taylor.

—¿Ha pasado algo aquí que yo deba saber? —pregunta casi siseando como una serpiente.

—No —responde Taylor—, pero yo…

Abigail deja la agenda y el teléfono sobre una mesa, se sitúa frente a Taylor y la coge por los hombros.

—Mírame. No vas a quedarte en blanco.

—Eso no lo sabes —rebate Taylor.

—Sí que lo sé —la seguridad en la voz de Abigail es casi insultante—. Lo sé porque tú no cantas con la cabeza.

Taylor abre mucho sus ojos oscuros.

—Tú cantas con las entrañas —Abigail le toca el vientre, un toque suave, pero Taylor siente que vibra toda entera—. Cantas con el fuego que te hierve en la sangre, y todo eso no se olvida, no se bloquea y no se apaga. Es imposible. ¿Ha quedado claro?

Los ojos de Taylor comienzan a brillar mientras asiente. Su sonrisa se curva y se muerde los labios. Se siente como si Abigail acabara de encender algo dentro de ella, una llama que ha estado creciendo durante tres semanas y que ahora amenaza con consumirla entera.

—Cinco minutos —anuncia una voz por el intercomunicador que Abigail lleva en el oído.

—Ethan —dice con voz atronadora—, déjame un momento a solas con tu hermana, por favor.

En realidad, no es una petición, es una orden. Lo sabe Ethan y lo sabe Taylor. Él parece dudar un momento, pero al final coge su guitarra y sale de la caravana.

—No sé qué te ha dicho, pero no dejes que te afecte —dice Abigail, colocando las manos a ambos lados del cuello de Taylor.

—No me afecta, pero eso sí me da miedo —Taylor sonríe señalando hacia fuera, hacia el rugido de los miles de personas que gritan esperando la siguiente actuación—. No me conocen, y si subo ahí y…

—Taylor —Abigail suena firme, pero cercana de algún modo, y Taylor casi se derrite.

—¿Qué?

—No importa que no te conozcan cuando subas al escenario, importa que te recuerden cuando bajes.

Taylor la besa en medio de un arrebato, pero Abigail se separa con rapidez, espantada, mientras le pasa los dedos por los labios para asegurarse de que el pintalabios no se le ha corrido.

—Es de los caros —asegura Taylor, divertida, intentando morder un dedo de Abigail.

—Ya veo —murmura ella, devolviéndole una pequeña sonrisa.

De nuevo la voz en el intercomunicador y los ojos gris verdoso de Abigail se oscurecen.

—Es la hora.

Taylor exhala.

—Vale.

Abigail la guía por el túnel que lleva al escenario. Está lleno de cables y técnicos que corren de un lado a otro, pero Taylor apenas es consciente de nada mientras camina. David, James y Lucas ya están donde les corresponde y su hermano acaba de unirse a ellos sin mirarlos.

—¿Lista? —pregunta Abigail, deteniéndose al borde del escenario.

Taylor asiente, le roza la mano y avanza junto al resto de la banda. La boca se le seca mientras se pasa la guitarra por el hombro y ajusta la correa. Tiene una bola de nervios en el estómago, pero son de los buenos y no tiene miedo. Además, desde donde está, puede ver a Abigail perfectamente situada a su derecha, y eso le da el valor necesario para que no le fallen

las rodillas ante la visión de la marea humana que tiene frente a ella y que la verá cuando enciendan las luces. Sabe que todos sus amigos están ahí, sus padres y su hermana también, en una zona VIP en la que Abigail les ha conseguido acceso.

Según le ha dicho la ejecutiva, la organización calcula que hay unas veinticinco mil personas. Taylor siente vértigo solo de pensarlo, pero ahora ya está ahí. Lleva tres semanas preparándose para este momento y no piensa decepcionar a nadie, pero, sobre todo, es ella misma la que necesita demostrarse que merece estar ahí arriba, donde Abigail la ha puesto.

Las luces se atenúan y la multitud se va callando. David comienza a contar con movimientos de cabeza como han ensayado. La angustia amenaza con paralizarle los pulmones, pero entonces dedica una fracción de segundo para mirar hacia la zona en la que se encuentra Abigail. Ahora no puede verla, todo está apagado, pero Taylor sabe que está ahí y es suficiente.

Los primeros acordes de Wildfire empiezan a sonar en su guitarra y, al momento, el primer verso sale de su garganta cargado con toda esa pasión que lleva en la sangre, pero amplificado por el sistema de sonido brutal del escenario. Ese quejido que Ethan tanto le ha hecho temer aparece y la reacción del público es inmediata. La ovación se extiende como una ola de delante hacia atrás y Taylor siente cómo la energía cambia y ella se vuelve todavía más poderosa. Se alimenta de todas esas caras que no puede ver, pero que sabe que están

ahí, mirándola, atentas a cada uno de sus movimientos y, en lugar de dejar que la intimiden, las utiliza como gasolina.

Abigail lo observa todo desde un lado, con los brazos cruzados y una sonrisa satisfecha que nadie puede ver. Está pasando lo que ella sabía que pasaría, que Taylor volaría. Está hecha para estar en un escenario, y solo necesitaba subirla en uno así de grande para demostrárselo.

La canción termina con Taylor sosteniendo una nota que parece durar una eternidad cuando su voz se quiebra al final. Se hace un silencio que dura apenas un segundo, y entonces el rugido explota. Miles de personas aplaudiendo y gritando, creando un sonido que lanza escalofríos por cada terminación nerviosa del cuerpo de Taylor. Ella sonríe, sin tiempo de asimilarlo cuando ya está sonando la segunda canción y ella se deja llevar. Ya no siente nervios, solo fluye a través de la música y la multitud la sigue sin dudarlo, pero es cuando llega Lengua de fuego cuando Taylor explota del todo.

La canción comienza con ella sola, con su voz y su guitarra. Canta las primeras líneas casi susurrando, y entonces la banda se une y el sonido parece apocalíptico. Taylor deja que todo el fuego del que habla la canción la consuma por completo, se vuelve salvaje, primitiva, cargada con la mezcla de dolor y pasión que ha ido acumulando durante años viviendo en un pueblo que era demasiado pequeño para ella. Cuando llega al estribillo, su mirada se clava en Abigail. Puede ver su silueta entre las sombras y nota la corriente entre ellas. Es imposible que nadie más entienda el subtexto de esas palabras “Con mi lengua de fuego te voy a quemar” pero para ellas dos es como

si Taylor estuviera cantando desnuda en ese momento, con el alma al descubierto.

Cuando la canción termina y el rugido ensordecedor estalla de nuevo, Taylor se queda de pie en el centro del escenario, jadeando, empapada en sudor, con los ojos brillantes y la sonrisa más amplia que ha mostrado en su vida. No puede escuchar nada por encima del ruido de la multitud, pero puede sentir la vibración de los aplausos a través del suelo del escenario, atravesándole el cuerpo.

Busca la mirada de Abigail en el lateral, ahora hay luz en esa zona y encuentra a la ejecutiva observándola con una sonrisa. Taylor siente que todo lo demás desaparece durante una fracción de segundo, que no hay nadie más en el mundo salvo ellas, pero entonces el resto de la banda se acerca para saludar al público y Taylor vuelve a sonreír hacia ellos.

A Abigail le encantaría quedarse a recibirla cuando baje del escenario, pero su teléfono está sonando desde que Taylor ha comenzado la segunda canción y tiene que empezar a devolver algunas llamadas, así que se permite observarla unos segundos más y después se da la vuelta y se dirige hacia el camerino que ella tiene asignado como zona de trabajo.

Taylor se inclina para saludar y la ovación se intensifica hasta volverse casi insoportable. Los músicos se inclinan con ella, incluso su hermano, que está impresionado con lo que acaba de pasar. Se despiden y se alejan hacia el fondo, pero Taylor todavía se queda allí, en las sombras, empapándose de cada segundo mientras toma conciencia de que este es el momento en el que su vida acaba de cambiar para siempre.

CAPÍTULO 21

Cuando Taylor baja del escenario, tiene las piernas temblando y le zumban los oídos como si tuviera un nido de avispas alojado en la cabeza. Los brazos de David la rodean y la levantan del suelo. Él le dice algo entre risas, pero ella ni siquiera lo entiende, solo sonríe y le da un beso en la mejilla antes de que la suelte.

—Lo has hecho bien, hermana —dice Ethan, pasando por su lado con el gesto sombrío.

Ese comentario sí que le despeja un poco la mente, no porque la felicite, sino por el tono forzado con el que lo hace. Taylor lo observa caminar hasta que ve que se está acercando a sus padres y a su hermana, que están en el lugar que antes ocupaba Abigail, a la que no ve por ningún sitio. Corre hacia ellos y casi tira a Tiffany al suelo cuando salta sobre ella. Ella sí que la felicita como debe, estrujándola con fuerza mientras murmura un montón de cosas tan deprisa, que Taylor apenas las procesa.

—Cuántos gritos, hija —dice su madre, asombrada.

Su padre todavía está perplejo por lo que acaban de vivir hace unos minutos. A ambos les ha costado asumir que todas esas ovaciones que casi los dejan sordos eran por su hija,

pero, cuando lo han hecho, casi se desmayan de la emoción, aunque lo expresen a su modo. Taylor se deja abrazar por ellos, pero sus ojos solo buscan a una persona.

—La he visto salir por el túnel, iba con el teléfono pegado a la oreja —le susurra Tiffany.

Taylor le sonríe a su hermana agradeciendo su comprensión. Necesita ver a Abigail, necesita que esos ojos de un color que le recuerda a una montaña en pleno invierno, le confirmen que todo lo que acaba de pasar ha sido real antes de que le dé un ataque.

—Ahora vuelvo —dice, y empieza a correr por el túnel, esquivando a todas las personas que encuentra por el camino.

Taylor sabe dónde está la caravana de Abigail, y supone que no puede estar en otra parte si quiere intimidad para hablar por teléfono, así que se dirige hacia allí y abre la puerta directamente en cuanto llega, como si fuera un vendaval.

Abigail está de espaldas a la puerta, hablando por teléfono cuando nota la presencia tras ella. Sonríe porque sabe que es Taylor, la única persona tan descarada como para atreverse a invadir su espacio de ese modo. Se gira despacio y su cuerpo se incendia. Taylor todavía jadea, la piel le brilla por el sudor y la observa con su mirada oscura y los labios entreabiertos.

—No puedo programar reuniones ahora mismo —responde Abigail, sin apartar su mirada de ella—. Primero tengo que evaluar todas las opciones antes de comprometer a mi cliente.

La sonrisa de Taylor se tuerce. Su cliente. Ni siquiera han firmado y Abigail ya está peleando por ella.

—No —dice rotunda, y Taylor tiene la sensación de que el suelo de la caravana ha temblado bajo su tono atronador—. Mi asistente se pondrá en contacto en cuanto sea posible, gracias.

Abigail cuelga y lanza su teléfono sobre la mesa sin preocuparse cuando ejerce demasiada fuerza y este se desplaza sobre la madera y cae al suelo.

—Es la cuarta llamada que respondo, vas a tener que compensarme —brama Abigail con exigencia.

Taylor se queda callada. Su pecho sube y baja con una velocidad que asusta, hasta que de repente suelta un grito eufórico y salta sobre Abigail, rodeándole la cintura con las piernas. Abigail tiene que dar un paso atrás para poder mantener el equilibrio, pero no tiene problema en sostenerla, juntando las manos por detrás de la espalda baja de Taylor mientras le sonríe. Su mirada también brilla.

—¿Qué tal? —pregunta Abigail, arqueando una ceja.

Su pulso se desboca cuando siente el calor de Taylor y la presión que ejerce sobre su cintura con las piernas. En ese momento, quiere decirle tantas cosas que, incluso ella misma se siente abrumada, pero las contiene porque sabe que solo empeorarán lo que vendrá después.

—Creo que me va a dar un ataque al corazón.

Taylor se pone una mano en el pecho, segura de que va a explotarle.

—Espero que no —dice Abigail sin soltarla, ahogándose en sus propias emociones.

—Me tiembla todo el cuerpo, Abby —susurra, acercándose a su boca.

Lo noto, cariño.

Eso es lo que Abigail desea responder mientras le sonríe y sigue observando esa mirada marrón que brilla como el chocolate derretido goteando de una fuente, pero también se traga ese pensamiento. No solo porque puede aumentar la llama de lo que sospecha que Taylor empieza a sentir por ella, sino por el pánico que le provoca el simple hecho de tener la necesidad de dirigirse a ella de ese modo afectivo.

—Lo noto —murmura en su lugar, sintiendo que el aire se vuelve denso a su alrededor.

Intenta dar algunos pasos con Taylor hacia la puerta. Su intención es echar el pestillo, pero no le da tiempo porque Taylor estrella sus labios contra su boca, busca su lengua y se enreda con ella mientras se suelta y pone los pies en el suelo. Las tornas cambian, Abigail siente el impacto de la puerta contra su espalda, violento, una sacudida que casi la deja sin aliento, pero que la excita de un modo desconocido.

—Lo siento —jadea Taylor, apartándose de Abigail para observarla.

Parece una loba hambrienta a punto de devorar a su presa, solo que Abigail no tiene miedo, está ansiosa porque lo haga. Es la mano de Taylor la que se acerca al pestillo y lo gira con la misma facilidad con la que desabrocha el pantalón de Abigail.

—No te muevas —dice Taylor.

A Abigail no le gusta que le digan lo que tiene que hacer, pero la mente se le nubla cuando Taylor se quita la camiseta y el pantalón —algo que le cuesta porque está muy sudada— después desabrocha la camisa de Abigail, libera sus pechos

generosos, traza una línea sobre algunas de las pecas de su pecho con la lengua y se mete uno de sus pezones en la boca, chupándolo con fuerza.

—¿Te he dicho ya cuánto me gustan tus tetas? —dice, apretándolas con ambas manos.

—Con todo lo que hablas, sería raro que no lo hubieras hecho —responde Abigail, con la sensación de que le cuesta pensar con claridad.

Taylor sonríe y, con un movimiento brusco, la pone de cara a la puerta.

—Quiero correrme contra tu culo —le susurra al oído cuando se pega a su espalda.

Abigail nota sus pequeños pechos rozar sus omoplatos, la presión de su barbilla sobre su hombro cuando Taylor le besa el cuello y el escozor del mordisco que le da en la parte trasera del hombro mezclándose con la explosión de placer que los dedos de la cantante le provocan cuando se deslizan por su sexo empapado. Todo eso al mismo tiempo que Taylor se restriega contra su nalga, jadeando con esfuerzo mientras Abigail se empuja contra ella y se embriaga con los sonidos que escapan de su boca.

—Podría correrme solo pensando en ti —confiesa Taylor mientras sigue frotándose contra ella.

La coge por el pelo y da un fuerte tirón hacia atrás. Abigail gruñe, pero le gusta.

—Estoy a punto, Abby —jadea Taylor—, necesito tu mano.

Abigail se gira, la empuja sobre la mesa, se inclina sobre ella y la penetra mientras se mete su pezón en la boca. Taylor

grita tan fuerte que Abigail está segura de que la han escuchado desde el escenario, y la folla con esa precisión que tiene para todo, sintiendo que enloquece cuando la cantante palpita alrededor de sus dedos.

—Eres tan bonita —murmura ella, besando la parte inferior del oído de Taylor.

Taylor abre la boca para decir algo, pero Abigail se la tapa con la mano libre, la mira fijamente dejando claro quién manda y presiona su pulgar sobre el clítoris de la cantante a la vez que curva los dedos dentro de ella, algo que Taylor no es capaz de soportar. Su espalda se arquea en un espasmo repentino, su abdomen se tensa y todos sus gemidos se ahogan contra la mano de Abigail mientras ella la sigue mirando, preguntándose si alguna vez vivirá algo tan erótico como esto de nuevo.

—¿Mejor? —pregunta Abigail minutos después, cuando Taylor se ha corrido por segunda vez y parece relajada.

Están sentadas en el suelo, junto a la puerta, en ropa interior mientras se beben una cerveza.

—Todavía me tiembla un poco todo —admite Taylor con una risita, extendiendo las manos frente a ella—. Supongo que es normal.

—Algunos artistas lloran durante horas después de la primera actuación, sobre todo cuando tiene un nivel como el de esta. Otros incluso se desmayan, pero lo normal es eso —explica Abigail, señalando sus manos—, así que tranquila.

—Y ahora, ¿qué, Abigail? —pregunta Taylor, ladeando la cabeza hacia ella.

Abigail da un sorbo largo a su cerveza y se toma su tiempo para responder.

—Ya lo sabes. Ahora tienes que decidir, puedes firmar el contrato y venirte conmigo a Nueva York o quedarte aquí —dice y se encoge de hombros.

La palabra Nueva York cae sobre Taylor como si le hubieran dado un martillazo en la cabeza. Para ella tiene muchos significados, todos buenos, salvo uno, y ese es el que más inquietud le provoca. Taylor sabe perfectamente lo que significa para ellas, en cuanto se suba al avión, lo que tiene con Abigail se acaba. Ella fue muy clara con eso.

—Sabes que firmaré —dice Taylor en voz baja, esperando alguna reacción por parte de Abigail.

Pero esa reacción no llega, Abigail es fría como un bloque de hielo seco.

—Bien, mañana nos reuniremos y aclaramos todos los detalles. Hoy vete a casa y celebra esto con tu familia.

No es la respuesta que Taylor esperaba, y su estómago se hunde como si se hubiera tragado una roca, pero tampoco la coge por sorpresa.

—¿Tú qué vas a hacer?

Abigail la mira de reojo y alza una ceja.

—Trabajar, claro —susurra Taylor, aunque no hay diversión en su tono.

El móvil de Abigail empieza a sonar. Es la tercera vez que lo hace desde que las dos están ahí, solo que, las veces anteriores, Abigail lo ha ignorado, pero ahora se levanta y lo recoge del suelo. Mira la pantalla y, al ver que es Liam, lo

silencia y lo deja sobre la mesa para después sentarse en una silla. A él se puede permitir llamarlo dentro de un rato, además, le gusta torturarlo. Está segura de que todas las personas que no han podido hablar con ella, lo están llamando a él, y su socio estará desesperado por tener detalles del evento.

—Bueno, supongo que debería irme ya —dice Taylor, empezando a vestirse.

—Por ahí fuera habrá periodistas musicales —dice Abigail, mientras comprueba las llamadas, cubierta de nuevo por esa frialdad que la caracteriza—, si alguno intenta hablar contigo, diles que vengan a hablar conmigo, es mejor que las entrevistas las controlemos nosotros.

Taylor asiente, entre emocionada por esa posibilidad y sorprendida por la sensación de pérdida que está experimentando con Abigail.

—Supongo que nuestro trato sigue en pie hasta que volemos a Nueva York, ¿no? —pregunta inclinándose sobre Abigail, deslizando una mano desde su mejilla hasta su nuca.

Abigail se queda desorientada por un momento, ni siquiera la ha visto venir, pero percibe su calor y los labios le cosquillean cuando la nota tan cerca.

—Sí, sigue en pie —responde, acercándose a su boca.

Taylor usa la lengua para abrirse paso entre sus labios, le roza los dientes y la estrella contra la lengua de Abigail. La ejecutiva, a pesar de que también ha bebido lo mismo, nota el sabor a cerveza en la boca de Taylor y siente ganas de beber de ella hasta dejarla seca.

—¿Me llamas mañana? —pregunta Taylor al separarse.

Abigail asiente y vuelve a clavar la mirada sobre la pantalla del teléfono, imperturbable.

CAPÍTULO 22

Cuando Taylor abre los ojos a la mañana siguiente, está desorientada. Se queda mirando al techo durante unos segundos, con la mente completamente en blanco mientras se pregunta por qué está tan cansada. Se siente como si un tren de mercancías le hubiera pasado por encima, y entonces los recuerdos la golpean como una ola: ella en el escenario, el rugido de la gente, las luces, su voz resonando en todas partes y después, Abigail contra la pared de la caravana, sus manos, su boca…

Taylor se incorpora. Tiene la garganta seca, el pulso acelerado y mucho calor. Extiende el brazo para coger su teléfono. Anoche, antes de acostarse, tuvo que silenciarlo porque no paraba de sonar con mensajes y llamadas de gente que la felicitaba. Cuando mira la pantalla, se sorprende al ver que tiene treinta y siete llamadas perdidas y sesenta y dos mensajes sin leer, además de cientos de notificaciones en las redes sociales. Echa un vistazo por encima y arquea una ceja al comprobar que muchos de ellos son de gente que no conoce y otros de gente a la que sí, pero con la que no tiene trato desde hace años.

—Qué fuerte —murmura pasándose una mano por el pelo alborotado mientras busca entre los mensajes el único nombre que le interesa, el de Abigail Stone.

Para su sorpresa, le ha escrito a primera hora, aunque ella es muy escueta, por supuesto. Solo la saluda y le dice que se pase por su apartamento en cuanto se haya tomado un café. Taylor sonríe y va directamente a la ducha. Cuando termina, se viste con ropa cómoda, se toma una taza de café y sale de su casa sin hacer ruido porque Tiffany todavía está durmiendo.

—Hola —dice cuando Abigail le abre la puerta de su apartamento.

—Buenos días —saluda Abigail, haciéndose a un lado para dejarla pasar.

Esta vez no tiene su ordenador en la mesa de centro, Abigail está trabajando en la mesa grande, donde además del portátil, su inseparable agenda y el teléfono, también tiene algunos documentos esparcidos sobre la madera.

—Esto es raro —dice Taylor, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

Abigail la mira. Taylor le parece pequeña en comparación a ese lobo feroz que vio ayer en el escenario. Está de acuerdo con ella. Sí que es raro, algo va a cambiar entre ellas a partir de mañana y la expresión corporal de Abigail ya lo proyecta.

—Siéntate —ordena señalando la silla que hay al lado de la suya.

Taylor camina arrastrando los pies y ambas se sientan, mirándose un momento antes de que Abigail coja el contrato y lo deje frente a Taylor.

—Entiendo que, si no me has comentado nada, es porque todas las cláusulas te parecen bien —dice la ejecutiva, dejando también un bolígrafo sobre los papeles.

—Tiffany no cree que quieras estafarme —responde Taylor, cogiendo el bolígrafo mientras le da vueltas entre los dedos.

—¿Pero? —pregunta Abigail al verla indecisa.

—No hay peros, solo pienso en Ethan.

Abigail se aprieta el puente de la nariz y suspira con fuerza.

—Y supongo que vas a compartir tus inquietudes conmigo —el tono sarcástico de Abigail molesta a Taylor, pero lo ignora.

—No soy tonta, sé lo que ha hecho Ethan, me ha quedado muy claro. Pero estoy pensando que quizá llevarlo como guitarrista no sería tan…

—No —la respuesta de Abigail es tan rotunda que Taylor deja el bolígrafo para mirarla, molesta.

—No me has dejado terminar —dice irritada.

—Porque sé lo que vas a decir, que es buen músico, que puede acompañarte, que si hablas con él se comportará. ¿Me equivoco?

El silencio de Taylor confirma la teoría de Abigail.

—Te lo dije al principio, Taylor, la oferta es solo para ti. Tu hermano se queda —dice Abigail, con ese tono helado que refresca la estancia.

—Ya lo sé, pero…

—Pero nada. Sé lo que te pasa. Es tu hermano y, aunque haya hecho todo lo que ha hecho, te duele decirle claramente que sigues adelante sin él, que en tu carrera no hay espacio para su guitarra y que no me has convencido para incluirlo en

el contrato —enumera Abigail, que parece estar dentro de su cabeza en ese momento—. Has de entender una cosa, Taylor, mi trabajo no es complacerte, mi trabajo es conseguirte un buen contrato con cualquiera de las discográficas que ya han hecho ofertas y disparar tu carrera.

—¿Han hecho ofertas? ¿Tan rápido? —murmura Taylor, impresionada.

—Sí —responde Abigail con sequedad—, pero no hace falta hablar de eso si no eres capaz de tomar decisiones básicas. ¿Quieres que sea sincera?

Abigail apoya los brazos en la mesa y se inclina un poco hacia delante, decidida a ser todo lo cruel que sea necesario con Taylor.

—Sí —responde la cantante.

—Llevarme a tu hermano contigo no sería ningún problema. No es un mal músico, con más práctica, podría acompañarte en las giras, pero no pienso hacerlo. No voy a dejar que una persona que no hace más que intentar intimidarte y hacerte creer que no estás a la altura, pase contigo ni un solo minuto más, no si quieres que yo sea tu agente —Abigail coge el contrato y lo retira de las manos de Taylor—. No tienes que firmar conmigo. Ahora mismo, cualquiera querrá ser tu agente. Puedes elegir, poner la condición de que tu hermano va contigo y el problema moral se acaba para ti.

—Yo no quiero a otro jodido agente —resopla Taylor.

Puede que Abigail se arrepienta de decir lo que se le está pasando por la cabeza, pero necesita soltarlo.

—¿No quieres a otro agente porque piensas que puedo conseguirte todo lo que te he prometido o porque te gusta follar conmigo y crees que si firmas con mi agencia seguiremos haciéndolo? Porque te aseguro que lo segundo no va a pasar.

Taylor nota cómo toda esa furia que le corre por las venas le explota en la lengua.

—Eres una zorra. Fría, cruel y sin sentimientos. No quiero nada de ti que no sea el puto contrato —escupe Taylor, tan dolida que la voz le sale ronca.

—Bien —responde Abigail sin inmutarse—, entonces vete a tu casa o a cualquier sitio donde puedas pensar con claridad y toma una decisión de una puta vez. Tienes hasta esta noche para darme una respuesta. Mañana me voy a Nueva York, con tu firma o sin ella.

—Perfecto —Taylor se levanta con tanta fiereza que la silla sale disparada hacia atrás.

Abigail no la mira mientras atraviesa el salón, pero aprieta la mandíbula cuando la cantante da un portazo al salir.

Cuando Taylor entra de nuevo en su casa, no sabe si está nerviosa, enfadada o a punto de tener un ataque de histeria. Debería ser uno de los días más felices de su vida, pero a ella le duele el pecho, un dolor que no es físico y que siente que le comprime los pulmones. Y no le duele por tener que irse sin su hermano, le duele por ella, le duele porque Abigail le habla y la mira como si entre ellas no hubiera pasado nada, como si no hubiera susurrado su nombre mientras se corría, como si no la hubiera sostenido en brazos y le hubiera sonreído cuando ella le saltó encima llena de euforia o como si no notara esa

corriente que podría iluminar ciudades enteras cuando ellas están juntas.

—¿Qué haces ahí parada? —pregunta Tiffany saliendo de la cocina, vestida con el pijama y una taza de café en la mano.

Taylor se gira hacia ella, ha escuchado su voz, pero no sabe qué le ha dicho.

—¿Estás bien? ¿De dónde vienes? —pregunta, dejando la taza en la mesa para acercarse a su hermana.

—De ver a Abigail.

Tiffany la coge de la mano y la guía hasta el sofá.

—¿Y qué ha pasado? —pregunta su hermana mayor.

Taylor se muerde la cara interna de la mejilla. Le gustaría decirle que tenía razón, que Abigail le gusta, quizá algo más que eso, y que ahora tiene ganas de llorar, pero lo último que necesita es que Tiffany le diga que ya se lo advirtió.

—Tengo que hablar con Ethan, decirle que me voy sin él, y no sé cómo hacerlo —miente, aunque no del todo.

—Creo que Ethan ya sabe que te vas, Taylor —dice Tiffany —. Serías muy estúpida si no lo hicieras —sonríe—, no tienes que decirle nada si eso te hace sentir incómoda, aunque sea mi hermano y lo quiera igual que a ti, no se ha portado bien. Ni se ha ganado ningún derecho a que le des explicaciones. No tienes por qué justificarte, ¿de acuerdo? No le debes nada.

—Él piensa que sí —sonríe Taylor con tristeza.

—Pero tú y yo sabemos que no es así. Todo lo que Abigail te ofrece te lo has ganado tú sola, él no tiene nada que ver.

Taylor asiente y se tumba en el sofá, poniendo la cabeza sobre las piernas de su hermana.

—¿Has firmado ya el contrato?

—No, Abigail me ha dado hasta esta noche para hacerlo —responde Taylor.

—¿Hasta esta noche? —pregunta Tiffany sin entender nada —. ¿Por qué? ¿Para qué necesitas tanto tiempo? ¿Por lo de Ethan?

Taylor encoge los hombros. No sabe qué decir, ni siquiera sabe si ha sacado ese tema con Abigail porque de verdad se sentía mal por su hermano o porque esperaba que Abigail decidiera quedarse unos días más para convencerla y así ganar tiempo con ella. Ahora se siente estúpida e infantil. ¿Un arrebato de niñata enamorada? No, ella no está enamorada de Abigail, no puede estarlo, no en tres semanas, y ya no lo estará porque Abigail es una zorra despiadada, se recuerda como un mantra.

—¿Qué pasa, Taylor? —susurra su hermana, haciendo que la cantante abra los ojos e intente sonreír, pero su sonrisa no llega a ninguna parte. Parece más una mueca de terror.

—Nada, es que he discutido un poco con Abigail —confiesa finalmente—, por lo de Ethan, he intentado que lo contrate como músico —miente otra vez.

—¿Estás loca?

Taylor se sorprende de la reacción de su hermana, y se sorprende mucho más cuando su hermana argumenta los mismos motivos que Abigail para que su hermano no esté cerca de ella.

—Te hundiría, Taylor. Es triste decirlo, pero Ethan no está preparado para verte triunfar, por eso él debe quedarse aquí y

tú tienes que marcharte con Abigail.

Ahora sí que se le encharcan los ojos y Taylor llora por todo. Llora por la emoción de lo que le espera cuando viaje a Nueva York. Llora porque tiene un hermano celoso que, en lugar de apoyarla, la sabotea, y llora porque ha perdido a Abigail, y eso último le duele como si le estuvieran arrancando el corazón del pecho sin anestesia.

CAPÍTULO 23

Taylor pasa el resto de la mañana en su casa con Tiffany. Han seguido en el sofá hablando de varias cosas, entre ellas la búsqueda de casa de Tiffany que, según Taylor, ya no es necesaria porque, si ella se marcha, se puede quedar ahí.

—Este alquiler es barato, podrías seguir pagándola tú. Si te gusta, claro. Además, necesitaré un sitio en el que quedarme cuando venga de visita.

—Ummm —dice Tiffany, mirando al techo mientras estira las piernas y sube los pies a la mesa de centro.

—Sí, podría quedarme aquí, odio las mudanzas. ¿Tú dónde vivirás? —pregunta mirando a Taylor.

—No lo sé, supongo que alquilaré algo allí. Tendré que preguntarle a Abigail por las zonas más seguras, o algo cercano a su oficina. Joder, realmente no sé nada.

—Bueno, no te preocupes por eso, imagino que cuidar de ti forma parte de su trabajo, ella se encargará —dice Tiffany.

Cuidar de ti… Taylor quiere reírse de esa frase. Duda mucho que Abigail haya cuidado de nadie en toda su vida. No porque sea mala persona, simplemente porque no está en su naturaleza, no está programada para eso. Ella solo lo está para trabajar y tomar decisiones, ni siquiera está segura de que

alguna vez salga a divertirse, si es que tiene algún tipo de afición, cosa que Taylor comienza a dudar.

Al mediodía, ninguna tiene ganas de cocinar, así que deciden ir a comer al restaurante de sus padres. A Taylor no le apetece mucho salir, se siente baja de energía, es como si tuviera resaca emocional por lo de ayer, pero también quiere aprovechar para pasar tiempo con sus padres porque sabe que, en cuanto se marche, los verá muy poco.

—¿Vienes a que la plebe te sirva? —pregunta Ethan antes incluso de que Taylor tome asiento.

El tono es brusco, despectivo y cortante. Taylor se queda quieta, tan descolocada que no sabe qué decir.

—¿De qué vas, Ethan? —pregunta Tiffany, fulminando a su hermano con la mirada.

—De diva como ella, seguro que no —dice dejando los menús sobre la mesa.

Tiffany deja su bolso en la silla, dispuesta a coger a su hermano por el brazo, arrastrarlo hacia un rincón apartado y ponerlo en su sitio, pero Taylor se adelanta.

—¿Qué problema tienes, Ethan? —pregunta, permaneciendo de pie frente a él.

En el restaurante hay varios clientes repartidos por las mesas y su padre los está observando desde la barra, así que Ethan le hace un gesto a Taylor con la cabeza para que lo siga fuera del local.

—Te vas a ir, ¿verdad? —pregunta él en cuanto están en la calle.

—Claro que me voy a ir, Ethan. ¿Te quedarías tú si te ofrecieran algo así? —responde Taylor, intentando sonar calmada.

—No me iría sin ti. Yo no te dejaría atrás. Me dejas sin nada —ruge furioso, con los ojos inyectados en sangre—. Ni siquiera tendré las noches en el Rusty's. ¿Quién coño quiere escuchar a un guitarrista sin cantante?

—Puedes buscar a otra vocalista, o ir a Nashville, allí…

—Yo no quiero ir a Nashville, quiero ir contigo —explota, golpeando el cristal de la entrada con la mano abierta.

Taylor da un paso atrás, asustada.

—Eres una jodida egoísta —sisea tan bajo que a Taylor le da más miedo que si estuviera gritándole—. Solo piensas en ti, te da igual que yo siempre haya estado contigo y…

La puerta se abre y salen Tiffany y su padre.

—¿Qué está pasando? —pregunta Patrick Davey, mirando directamente a su hijo mientras coloca su cuerpo delante de Taylor.

—Nada —responde Ethan—, solo le estoy dando la enhorabuena a mi hermana por lo bien que canta y la suerte que tiene.

—Sí, canta muy bien —dice su padre—, pero no tiene suerte, tiene talento. Ahora entra, y no se te ocurra volver a mostrarte agresivo delante de ninguna mujer de esta familia o ninguna otra, porque te juro que te arranco la mano.

Taylor está tan atónita que ni siquiera nota las manos de Tiffany en sus hombros. Jamás ha visto a su padre hablar de

ese modo, ni lo ha escuchado defender su talento ante su hermano.

—¿Estás bien? —pregunta Patrick, girándose hacia ella.

—Sí —responde Taylor asintiendo, aunque por dentro está deshecha de nervios y consumida por algo que la hace sentir mucha tristeza.

—No sé qué te ha dicho, hija, pero quiero que lo ignores y hagas tu vida. ¿Entendido? —pregunta su padre.

—Vale, papá.

—Bien. Entrad, yo me ocupo de vuestra mesa.

—No —dice Taylor—. Yo prefiero irme, tengo que firmar el contrato todavía.

—Pero tendrás que comer, Taylor —insiste su padre.

—Déjala, papá —la apoya Tiffany, como siempre.

Taylor se pregunta por qué Ethan no puede parecerse un poco a ella.

—No creo que Taylor tenga mucha hambre ahora. Me llevaré comida para que se la coma en casa cuando vuelva —decide Tiffany.

—Está bien —accede Patrick.

Taylor se despide de ambos y se va caminando hasta su casa para coger la camioneta y conducir hasta el apartamento de Abigail. Quiere firmar, y ahora mismo, no tiene ningún tipo de remordimiento por su hermano. Lo que tiene es hambre, un hambre brutal de comerse el mundo entero y demostrarles a todos que merece todo lo que Abigail le ofrece.

Abigail está a punto de probar la comida italiana que ha pedido cuando escucha los dos golpes secos contra la puerta.

Se queda inmóvil un momento, mirando sus pechos con el ceño fruncido por si puede ver a través de la tela de su camisa blanca el impacto de sus latidos haciendo vibrar la tela. No debería afectarle así la presencia de Taylor ni todo lo que tiene que ver con ella, pero lo hace, y Abigail está deseando llegar a Nueva York con la esperanza de que, una vez que recupere su ritmo de vida normal, todo lo demás desaparezca.

—Hola —dice la cantante, pasando por su lado cuando Abigail se aparta.

Taylor siente que el aire se le atasca en la garganta cuando ve las dos maletas al lado del sofá. Abigail ya está lista para marcharse mañana, y ella comienza a sentir vértigo porque es un hecho que ella también se irá.

—Estabas comiendo, siento interrumpir —dice Taylor, respirando profundamente hasta que sus pulmones se quedan vacíos.

—No pasa nada. ¿Ya te has decidido? —Abigail es directa, como siempre.

—Sí, quiero firmar.

—Bien.

Abigail se gira hacia el mueble del salón, donde ha dejado el contrato, y lo coge para entregárselo a Taylor junto a la copia que se quedará ella.

—¿Me das un bolígrafo? —Taylor arquea una ceja y le sonríe. No quiere esa tensión entre ellas y no sabe cómo cortarla.

—Sí —Abigail lo busca por encima de la mesa donde tiene la comida y se lo entrega.

Ambas se sientan en el sofá, una al lado de la otra, y Abigail va estampando su firma elegante al lado de la de Taylor cada vez que esta le pasa una hoja. Le parece un suplicio tenerla al lado, con esa abundante melena salvaje y ondulada derramada sobre su brazo mientras firma cada hoja, enviando oleadas de su champú hacia Abigail cada vez que se mueve.

—Ya está —dice Taylor, entregándole la última hoja con la mano temblando de emoción.

Ya lo ha hecho, técnicamente, ya forma parte de la industria musical, y su carrera comenzará de la mano de Abigail Stone.

—Espera —dice Abigail, estampando su firma en la hoja para después levantarse a por un sobre.

Coge el contrato de Taylor y lo introduce dentro. Después lo extiende hacia ella desde el otro lado de la mesa. Taylor se levanta y lo acepta con una sonrisa.

—Enhorabuena —dice Abigail extendiendo la mano hacia ella—, te prometo que te llevaré a lo más alto.

Taylor mira la mano de Abigail mientras se pellizca el labio inferior con los dedos y niega con la cabeza. La mujer que tiene delante se acaba de convertir en su agente, es lógico que se estrechen la mano para sellar su acuerdo, pero Taylor de repente se siente eufórica, y todavía no están en Nueva York, así que aparta la mano de Abigail y la abraza.

—Por favor, devuélvemelo —susurra contra su oreja ante una Abigail que se ha quedado petrificada.

Abigail duda, tiene los músculos del cuello engarrotados y le cuesta respirar sin que el aliento le salga entrecortado, pero

se obliga a moverse y cierra los brazos por detrás de Taylor.

—No quiero estar enfadada contigo —murmura Taylor mientras se aparta, liberándola por fin de ese momento de tensión.

La ejecutiva la mira sin decir nada. Abigail no está enfadada, ella hace su trabajo y si Taylor se enfada, puede vivir con ello.

—Lo que he dicho antes —dice Taylor mientras los ojos gris verdoso de Abigail siguen sobre ella, imperturbables—, no lo sentía, no creo que seas una zorra, ni que seas fría…

—Lo soy, Taylor —la corta Abigail con la voz tan firme como el acero—, puedes pensarlo o no, pero soy fría, cruel y no tengo espacio para sentimientos, lo que me convierte en una zorra.

Taylor se queda tan impactada que no sabe cómo responder ante eso.

—Entiendo —dice finalmente, con un deje de sonrisa porque, en realidad, no entiende nada, pero decide que lo analizará en otro momento.

—Eso espero.

—¿Puedes recordarme las razones por las que esto no puede continuar en Nueva York? Me refiero al sexo, claro, no te pediría nada más —dice levantando las cejas.

Abigail frunce el ceño. Ella nunca le ha dado ninguna razón clara por la que no deban seguir acostándose, solo le ha dicho que las hay, pero Taylor no parece dispuesta a insistirle o suplicar por algo que ella no quiere darle, simplemente quiere escucharlo, y eso sí que puede concedérselo.

—Te hablaré de la más sencilla: el conflicto de intereses. Cualquier relación íntima entre nosotras que salga a la luz, permitiría que cualquiera se cuestionara cómo has llegado tú a dónde estás. Se hablaría de favoritismo por mi parte, poniendo en entredicho mi profesionalidad y cuestionando tu verdadero talento. No voy a darle a nadie esa ventaja.

—Vaya —dice Taylor, impresionada. No comparte la opinión de Abigail, si fuera por ella, seguirían como están, pero entiende sus razones—. ¿Algo más?

Abigail suspira.

—Los vínculos personales generan distracciones, celos y expectativas —recita como si fuera un robot—. Yo necesito que estés enfocada en cantar, no en analizar mis silencios.

Eso sí que deja a Taylor pasmada.

—¿Crees que si tuviéramos un rollo yo me pasaría el día pensando que porque estás callada significa que a lo mejor estás enfadada conmigo?

Abigail arquea una ceja y Taylor frunce el ceño, pero después suelta una risita.

—Hay mil cosas, Taylor, y sé que lo sabes. Tú estás empezando tu carrera mientras que yo estoy completamente asentada en la mía, no hay un punto intermedio entre nosotras. Eso por no hablar de la diferencia de edad, tú estás en una etapa que no tiene nada que ver con la mía, tenemos ritmos y prioridades distintos, eso en el caso de que estuviera dispuesta a seguir con esto.

—Que no es así —completa Taylor.

—Exacto, y esta es la última vez que vamos a hablar de esto. A partir de ahora, nos vamos a centrar en tu carrera, eso es lo que me trajo aquí, y lo que te llevará a ti a Nueva York.

—Está bien. Lo entiendo. No hablamos más de ello.

Taylor habla en serio. Lo entiende, aunque no lo comparte, pero está dispuesta a seguir adelante y centrarse en su carrera. Quiere ser cantante, quiere darlo todo, y quiere hacerlo junto a Abigail, empaparse de todo lo que ella pueda enseñarle, seguir sus consejos, hacer que se sienta orgullosa de ella y demostrarle cada día que no se equivocó cuando decidió cogerla de la mano y ayudarla a volar.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Cuándo tengo que irme? —pregunta Taylor.

—Supongo que necesitas unos días para arreglar tus cosas aquí, pero procura que no sean muchos —dice Abigail.

—¿Una semana te parece bien? Puedo intentar que sea menos.

—Una semana está bien. Eso nos da margen a nosotros para preparar tu llegada. Hay que buscarte alojamiento antes de que llegues. Además, tengo que reunirme con Liam, preparar reuniones, valorar propuestas y hacer varias gestiones. Patricia te enviará el billete de avión —dice Abigail.

—Vale. Entonces, supongo que te he de desear buen viaje para mañana —dice Taylor, mirándola con sus enormes ojos oscuros muy brillantes.

—No hace falta, la verdad es que estoy deseando largarme de aquí —dice Abigail, cruzándose de brazos.

—Ya… —Taylor tuerce su sonrisa y Abigail siente que su pecho se hincha más de lo que debe—, aun así, te lo deseo igualmente. Que tengas buen viaje, Abigail.

Taylor le ofrece la mano esta vez, y Abigail se la estrecha con fuerza, reprimiendo las ganas de tirar de ella con autoridad, pegarla a su cuerpo y devorar esa boca que a veces sabe a cerveza y otras a cosas dulces.

—Gracias. Te veo la semana que viene —dice en cambio, dejando que Taylor se marche.

CAPÍTULO 24

Nueva York, una semana después.

—¿Cómo es? —pregunta Loretta mientras ella y Abigail esperan en el aparcamiento del aeropuerto a que Taylor salga de la terminal.

—¿Qué? —pregunta Abigail, que no deja de comprobar la hora en su reloj.

Diez minutos de retraso. Sabe que no es culpa de Taylor, pero ella está nerviosa igualmente.

—La chica —responde Loretta—, debe tener algo cautivador para que usted haya venido a buscarla en persona.

Abigail levanta la mirada de su teléfono y su mirada atormentada se clava en Loretta. Lo hace con intención de decirle que se meta en sus cosas y no vuelva a atreverse a juzgar sus movimientos, pero los lazos de colores destellantes en sus trenzas la despistan. También los enormes aros dorados que cuelgan de sus orejas, estirándolas de tal modo que los agujeros se han convertido en dos grietas.

—¿Le gustan? —pregunta Loretta con un gesto coqueto, tocándose el aro con el dedo. Es entonces cuando Abigail se da cuenta de que tiene las uñas pintadas de colores diferentes.

—¿Por qué no esperas dentro del coche? —pregunta la ejecutiva.

—Ah, no, le hago compañía, jefa —sonríe Loretta, cruzándose de brazos.

Sabe perfectamente que Abigail no quiere compañía, que ha bajado del coche buscando silencio, pero a ella le importa un bledo.

—Trabajar con el señor Cottet ha estado bien, pero la prefiero a usted —comenta mientras se mira las uñas.

Abigail levanta una ceja, mirándola de reojo. La afirmación la sorprende. Con todo lo que habla Loretta y lo que le gusta la interacción humana, está segura de que se ha divertido mucho con Liam, a quien le encanta hablar tanto como a ella. Está convencida de que le ha contado toda su vida, hasta le habrá presentado a Vanessa, su mujer, y a la señora Cottet. Abigail apenas ha respondido un par de sus preguntas en todo el tiempo que hace que Loretta trabaja para ella, así que, o la mujer le está mintiendo, o realmente la aprecia por algún motivo que ella no logra explicarse.

—Oh, tiene que ser esa, menuda sonrisa —dice Loretta de repente, echando a caminar—. Voy a ayudarla.

Abigail levanta la vista y la boca se le seca como si se hubiera comido una caja de pañuelos de papel. Taylor camina hacia ellas arrastrando dos maletas enormes donde ha metido todo lo que ha podido cargar para empezar su nueva vida en la gran ciudad. Lo hace decidida, enfundada en unos vaqueros y las mismas botas de cuero que utilizó para su concierto. A Abigail le da la sensación de que, en esta semana que no se

han visto, le ha crecido un poco más esa enorme melena salvaje e indomable que ondula con cada uno de sus pasos. Taylor irradia toda esa sensualidad que ella recuerda, y parece mucho más segura que los últimos días, cuando parecía abrumada por todo lo que se le venía encima y también por esa extraña sensación de pérdida que Abigail percibía en ella por lo que había entre ambas.

—Soy Loretta, cielo. Deja que te ayude —dice la mujer, después de darle un abrazo efusivo.

Abigail observa la escena con perplejidad, sin comprender esa facilidad de Loretta para conectar con la gente. Taylor le devuelve el abrazo con una mezcla de sorpresa y diversión y le cede el control de una de sus maletas con ruedas hasta que llegan al coche.

—Hola —saluda Taylor, mirándola fijamente.

La ejecutiva puede sentir el fuego de sus ojos recorrerla, pero agradece que Taylor respete la nueva norma entre ellas y solo extienda la mano para saludarla.

—Hola, Taylor —dice Abigail, dándole un apretón corto y fuerte que le provoca un cosquilleo que le recorre todo el cuerpo.

—No hacía falta que vinieras, podía haber cogido un taxi —murmura Taylor cuando entran en el coche.

—No te acostumbres a que lo haga —responde Abigail abriendo su bolso—, es solo que tenía tiempo y quería asegurarme de dejarte instalada. Toma, estas son las llaves de tu apartamento.

Abigail las deja en el espacio que hay entre ellas en el asiento, como si temiera tocarla de nuevo.

—Gracias. ¿Cuál es el plan? —pregunta Taylor, observando el juego de llaves—. Podrías haber puesto un llavero, ¿no? —dice de repente, mirando a Abigail con esa sonrisa torcida que ya no puede permitirse que le afecte y que, sin embargo, casi le provoca un paro cardiaco.

—Si quieres un llavero, te lo compras —escupe Abigail.

Taylor sonríe y se guarda el juego en el bolsillo mientras Loretta las observa por el espejo retrovisor.

—Hoy no hay nada planificado, es solo para que te instales. El trabajo comienza a partir de mañana, así que será mejor que intentes descansar todo lo que puedas.

—De acuerdo.

El resto del camino transcurre en silencio hasta que Taylor se queja de que tiene que ir al baño.

—¿No puedes aguantarte? —pregunta Abigail con el ceño fruncido.

—Depende de lo que falte.

—Estamos llegando, cielo —dice Loretta.

Taylor mira por la ventana y se impresiona con la zona.

—¿Aquí es donde voy a vivir?

—Sí —responde Abigail con sequedad.

—¿Y tú dónde vives? —pregunta Taylor.

Loretta se aguanta la risa. Está demasiado centrada en la conducción, pero se puede imaginar la expresión de su jefa ante tanta pregunta.

—Cerca.

—Cerca… —repite Taylor—. ¿Eres mi vecina?

—¿Puedes centrarte en no mearte en el coche? —ruge Abigail.

Loretta detiene el vehículo frente al edificio y Taylor coge sus maletas para caminar junto a Abigail hacia la entrada después de despedirse de la conductora. Saludan al portero y la ejecutiva la guía directamente al ascensor, donde la cantante se sitúa justo detrás de ella.

—Tu apartamento es el 12B —dice Abigail, sintiendo el aliento de Taylor rozarle la oreja mientras el aparato se eleva.

Le parece que tarda una eternidad hasta que las puertas por fin se abren y casi sale disparada hacia el pasillo. Abigail se hace a un lado para dejar que Taylor abra la puerta y acceda al interior del que será su hogar durante los próximos meses en primer lugar, quedándose sin palabras en cuanto entra.

Las ventanas ocupan toda una pared, ofreciendo una vista panorámica de Central Park que parece sacada de una película. Los muebles son modernos, pero acogedores, todo en tonos neutros que combinan perfectamente, y hay una sensación de espacio y luz que hace que Taylor se sienta como si hubiera entrado en otro mundo.

—Es precioso —murmura, dejando las maletas junto a la puerta.

Abigail no dice nada, simplemente camina hacia el pasillo y empieza a mostrarle las estancias.

—La habitación principal es esta. Tiene baño privado y vestidor. Hay otro baño al fondo del pasillo y una habitación de invitados ahí —dice señalando una de las puertas—. La cocina

está completamente equipada, aunque no creo que pases mucho tiempo cocinando. Patricia se ha encargado de llenarte la nevera con cosas básicas —dice abriendo la puerta.

—Vaya, gracias —murmura Taylor, cada vez más impresionada.

Abigail deja su bolso sobre la isla y saca su agenda antes de tomar asiento en un taburete.

—El edificio tiene servicio de portería las veinticuatro horas —explica como si se lo hubiera aprendido todo de memoria—. Hay gimnasio en la planta baja y servicio de lavandería. Patricia te ha abierto cuentas en el supermercado de la esquina y en la farmacia. Las facturas se cargarán directamente a la agencia.

Taylor asiente, intentando absorber toda la información porque sabe que Abigail no va a repetírsela.

—Si necesitas cualquier cosa, tienes el número de Patricia apuntado en la nevera. Habla con ella.

Taylor hace una mueca. Preferiría hablar con Abigail de lo que fuera, pero comprende que han entrado en otro mundo, que aquí, en Nueva York, Abigail tiene otro ritmo de vida. La pantalla de su teléfono no deja de iluminarse con notificaciones que ella lee por encima, mensajes que contesta de forma rápida y llamadas que silencia y que Taylor supone que devolverá en cuanto se marche. No tiene la tranquilidad que tenía en Smithville, y seguramente ella tampoco la tendrá.

—En cuanto a mañana —sigue Abigail, después de consultar su reloj de pulsera porque, si no sale en menos de diez minutos, llegará tarde a una reunión—. Tendrás la primera sesión de entrenamiento vocal a las nueve con Demian Flores.

Dura dos horas. Demian es uno de los mejores productores de la ciudad. Ha trabajado con algunos de los artistas más conocidos. Después de eso, comida rápida y sesión de estudio a las dos.

Taylor se sienta frente a ella, tomando nota de todo en un bloc que Patricia ha dejado en la cocina.

—El miércoles tenemos reunión con los ejecutivos de Meridian Music. El jueves, otra sesión de estudio. El viernes…

—Espera, Abby —pide Taylor, sin levantar la mirada de la hoja en la que escribe.

Abigail deja de hablar y la mira. Sigue el movimiento de su mano mientras se desplaza por la hoja, pero su jodida mente solo repite una palabra.

Abby, Abby, Abby…

Debería decirle que no vuelva a llamarla así, que no puede, que esa confianza ya no existe entre ellas, pero está segura de que Taylor lo ha dicho de manera inconsciente, así que puede hacerse la tonta y regocijarse un poco, porque a Abigail le hormiguea el pecho cuando Taylor pronuncia esas cuatro letras.

—Vale, sigue —dice Taylor.

La cantante levanta la mirada ante el silencio de Abigail, que parece no recordar de lo que hablaba, y ella decide recrearse en esos botones abiertos de la camisa de su agente y en la línea sugerente de sus pechos. A Taylor le encantaba sostenerlos con las manos, calcular su peso y deleitarse con su tacto. Se estremece y baja la mirada cuando nota los ojos gris verdoso de Abigail sobre los suyos.

—El viernes comeremos con un periodista independiente que vende sus entrevistas a las revistas musicales más conocidas —sigue Abigail—. Eso por ahora, si hay algo nuevo, Patricia te irá informando. Y no hace falta que apuntes nada, te enviará la agenda completa al correo —dice al acabar.

Taylor levanta la mirada y frunce el ceño.

—¿Por qué no me los has dicho al principio?

—No me lo has preguntado —contesta Abigail, cerrando su agenda y poniéndose en pie para marcharse.

—¿No vas a preguntarme cómo estoy o algo parecido? —pregunta Taylor con una sonrisa socarrona.

Abigail la mira y suspira con brusquedad mientras se cuelga el bolso.

—¿Cómo estás? —pregunta como si fuera un robot.

—Bien, gracias —responde Taylor, con la misma desfachatez que mostró el primer día que se conocieron—. ¿Y tú?

—Perfectamente. Mi asistente te pasará a buscar mañana.

Abigail se da la vuelta, dejando un halo frío a sus espaldas.

—¿Patricia o Loretta? —pregunta Taylor.

—Adam —responde Abigail—. Y Loretta no es mi asistente, es mi chófer.

Taylor sigue a Abigail mientras camina hacia la puerta, embriagada por ese perfume tan suave que cuesta percibirlo, pero que ella olería en cualquier parte.

—¿Cuántos asistentes tienes? —pregunta intrigada.

—Los que hagan falta —responde su agente sin girarse, con la mano en el pomo de la puerta.

—Abigail —la voz de Taylor la atraviesa como ese quejido andaluz que le sale cuando canta.

Abigail se detiene y gira solo la cabeza.

—Tengo clara la nueva situación, pero te he echado de menos, y eso no va a cambiar —asegura Taylor.

La ejecutiva la mira solo un momento antes de cruzar la puerta y cerrarla. Taylor sonríe cuando se queda sola, después suspira intentando disipar la bola de nervios que siente. Abigail le sigue provocando las mismas sensaciones que hace una semana. Casi ha vomitado el corazón cuando la ha visto en el aeropuerto y, aunque le prometió que mantendría la distancia profesional que Abigail le pidió, necesitaba decirle que la ha echado de menos. Porque Taylor lo ha hecho, ha echado de menos cada mirada congelada de Abigail, cada una de sus respuestas cortantes, y también cada uno de sus besos, el sonido de sus gemidos y sus risas contenidas.

Se acerca a la ventana y se pierde en las vistas de Central Park hasta que el teléfono le vibra con varios mensajes de su hermana Tiffany preguntando si ya ha llegado y está instalada. Entonces Taylor se dirige hacia el sofá, se deja caer y decide llamarla antes de ponerse a deshacer las maletas.

CAPÍTULO 25

Taylor ha pasado su primera semana en Nueva York sintiendo que no ha tenido tiempo para respirar. La segunda no parece que sea diferente, los días se han convertido en una rutina en la que Adam la recoge a las ocho para que comience el entrenamiento vocal a las nueve en un estudio en el centro de Manhattan. Después, sesión con el productor y reuniones que Abigail programa casi a diario con todo tipo de personas vinculadas al panorama musical, gente que habla un idioma que Taylor todavía no domina del todo, aunque para eso está Abigail, siempre a su lado, cortando a quien haga falta si lo que escucha no le gusta.

Abigail siempre está presente en cada movimiento de Taylor, pero ella siente que no es la misma mujer a la que conoció en Smithville. No es esa Abigail que se derretía bajo sus manos, ni con sus besos y sus mordiscos, esta es otra: una mujer de negocios implacable y tan fría como el mármol de la isla de su cocina. Siempre llega a todas las reuniones antes que ella, con su inseparable agenda en la mano y el teléfono en silencio para que las llamadas constantes no interrumpan la conversación. Durante las sesiones de estudio, Abigail se suele sentar en una esquina con su portátil, trabajando mientras

mantiene el oído puesto en cada nota que sale de la boca de su nuevo fichaje. Es una mujer eficiente y brillante en todo lo que hace, justo lo que Taylor necesita para lanzar su carrera, pero cada vez le parece más inalcanzable.

Taylor intenta adaptarse al nuevo ritmo de trabajo, a su llegada a una ciudad que no conoce, a los ruidos a los que no está acostumbrada y a la soledad. Cree que puede hacerlo, pero a lo que no cree que pueda adaptarse nunca, es a la versión corporativa de esta mujer que, hace apenas dos semanas, la devoraba sobre la mesa de una caravana.

—¿Ahora dónde vamos? —pregunta Taylor cuando Loretta las deja frente a un enorme edificio en el que ella nunca ha estado.

—Vas a conocer a Liam —responde Abigail sin dejar de caminar.

—¿Aquí está vuestra agencia? —pregunta Taylor, sosteniendo la puerta para dejar pasar a Abigail en un gesto galante que pone nerviosa a su agente.

—Sí.

Robert, el guardia de seguridad del edificio, observa a la joven acompañante de la señora Stone con expresión divertida.

—¿Puedo ver tu despacho? Seguro que es tan frío como tú —comenta Taylor sin esperar respuesta.

Abigail duda entre coger el ascensor o subir por las escaleras. No hay nadie esperando y no quiere encerrarse en ese espacio tan reducido a solas con Taylor. Cada vez que lo hacen, nota la tensión en los músculos del cuello y, desde que

la cantante llegó a la ciudad, siente que está rígida prácticamente todo el día.

Cuando salen del elevador, Abigail camina por el suelo enmoquetado del pasillo sin detenerse y Taylor apenas tiene tiempo de fijarse en las oficinas si no quiere perderla de vista.

—¿Por qué corres tanto? —pregunta colocándose a su lado.

—Perdona, ¿quieres que te haga un tour? —el tono sarcástico es tan evidente, que Taylor resopla.

Abigail gira a la derecha y encuentran la pequeña antesala donde está la puerta de su despacho y también a Patricia, a la que Taylor saluda antes de seguir a Abigail al interior de ese espacio desde el que ella dirige su imperio.

—Vaya, cuánta luz —murmura Taylor, impresionada por la claridad.

Abigail siente la tentación de pedirle que se acerque a su lado de la mesa y contemple las vistas. Desde ahí, tiene otra panorámica de Central Park diferente a la de su apartamento, pero se controla porque el siguiente pensamiento que le cruza la mente es Taylor delante de ella mirando hacia el otro lado, Abigail pegándose a su espalda enterrando la nariz en su melena oscura para después apartarla y besar esa línea de su cuello que tanto echa de menos, como todo en Taylor.

—Siéntate —ordena Abigail, pero Taylor todavía no se ha movido cuando la puerta se abre y entra Liam.

—Joder, ya era hora —dice con su habitual sonrisa radiante, acercándose a Taylor con esa calidez que emana de él como si fuera una fuente de calor inagotable—. Soy Liam, es un placer conocerte por fin.

Taylor le estrecha la mano y él la cubre con las suyas en un saludo afectuoso antes de tomar asiento junto a ella frente a Abigail.

—Lamento no haberme presentado antes, estaba de viaje en Boston —se disculpa Liam.

—Tú a las ciudades y yo a los pueblos —escupe Abigail, abriendo su portátil.

—Ignórala, yo lo hago —dice Liam, provocando una risita en Taylor—. ¿Cómo te va? ¿Te adaptas bien a la ciudad? Debe haber sido un cambio un poco brusco, ¿no?

Taylor suspira antes de contestar, mirando de reojo a Abigail, que parece no prestarles ningún tipo de atención. Le molesta que un desconocido muestre más interés por ella que la mujer con la que ha pasado las tres semanas más intensas de su vida.

—Estoy bien, hago tantas cosas al cabo del día que no tengo mucho tiempo para pensar. Y Nueva York me gusta, aunque todavía no he podido visitar nada —responde Taylor.

—Te adaptarás poco a poco, ya verás. ¿El apartamento te gusta? Patricia tiene muy buen gusto para estas cosas —dice Liam.

—Me encanta, aunque quizá es demasiado grande. El dormitorio es como el salón de mi casa de Smithville.

Abigail levanta la vista ligeramente. Ella no vio la casa de Taylor, no vio su habitación, su espacio seguro, y ha notado cierta melancolía en su tono al explicarlo. Si la situación fuera otra, estaría más pendiente de ella, haría que no se sintiera sola, la llevaría a cenar, incluso le mostraría esta ciudad que

ella adora a pesar de que es una guía pésima, pero ella no puede ser eso para Taylor. Abigail debe centrarse en convertirla en una estrella, por lo que no puede permitirse distracciones.

—¿Por qué no seguís la charla en tu despacho? —le espeta a Liam.

Él entorna la mirada, cruza una pierna sobre otra y se acomoda mejor en la silla.

—Estamos cómodos aquí. ¿Por qué no dejas eso un momento y me pones al día?

Abigail coge un bolígrafo y empieza a darle vueltas mientras Taylor los observa a ambos. No está sorprendida por el comportamiento atrevido de Liam con Abigail, sino porque ella se lo permita sin ladrarle como haría con los demás.

—Tengo cosas que hacer, ya hablaremos después —dice Abigail, justo cuando la puerta del despacho se abre y se asoma Patricia.

—Lo siento, señora Stone, pero su hermana está aquí y se niega a esperar fuera —explica, visiblemente incómoda.

Abigail se pone tan rígida que parece que le han insertado una barra de acero en la columna. Liam, sin embargo, salta de la silla, eufórico, en cuanto una mujer de pelo castaño cortado a la altura de la mandíbula, tan alta como Abigail, pero con los ojos azules y una expresión simpática casi permanente, aparece en el despacho.

—Joder, Erin, qué sorpresa —dice Liam, acercándose a ella ante la mirada divertida de Taylor.

—Qué bien que estés aquí —dice Erin, abrazando a Liam con cariño—, al menos alguien se alegra de verme —murmura

con sarcasmo.

Taylor, que se siente como si estuviera en un partido de tenis, desvía la mirada hacia Abigail, que sigue sentada con la mirada fija en su hermanastra.

—Hola —le dice Erin a Taylor cuando pasa por su lado, utilizando un tono cálido que nada tiene que ver con el de la mujer fría como el acero que hay al otro lado de la mesa.

—Hola —responde Taylor con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí, Erin? —murmura Abigail cuando Erin se planta a su lado y la observa fijamente.

Taylor está fascinada, la diferencia entre las dos mujeres es tan abismal que resulta hasta cómica.

—Hola, hermana —dice Erin, adoptando una expresión más seria.

Abigail contiene la respiración.

—Estoy en medio de una reunión, Erin —murmura cada vez más tensa.

Taylor se queda pasmada, sintiendo una punzada de algo parecido a la ternura cuando se da cuenta de que Abigail no parece saber cómo debe comportarse.

—Si me hubieras devuelto las llamadas, no habría tenido que hacer esto, Abby —le reprocha Erin.

—No he tenido tiempo —se defiende Abigail, cada vez más incómoda.

—Ya, nunca lo tienes —dice Erin—. Ven aquí y abrázame, joder —exige su hermana.

Abigail la mira desde su silla, sintiendo que los músculos del cuello van a decapitarla en cualquier momento, pero se

levanta y se acerca a Erin.

El abrazo es lo más extraño que Taylor ha presenciado en su vida. Mientras que Erin estruja a Abigail de inmediato y deja claras las ganas que tenía de ver a su hermana, Abigail lo hace todo a cámara lenta. Primero se queda quieta, como adaptándose al calor de ese cuerpo, reconociéndolo. Erin parece saber que eso será así y le da tiempo, entonces los brazos de Abigail se mueven despacio, cerrándose por detrás de la espalda de Erin, primero sin fuerza, como si le diera miedo hacerle daño o sintiera que no tiene derecho, pero después aprieta y suspira, porque, aunque no es consciente de ello en ese momento, se alegra de ver a su hermana.

Taylor contiene la respiración como si la estuviera abrazando a ella, conmovida, y mira a Liam de reojo. Él tiene los labios apretados y está asintiendo con la cabeza sin darse cuenta, como aprobando la acción de Abigail.

—¿De verdad son hermanas? —susurra Taylor en voz baja.

Liam sonríe y se acerca un poco a ella.

—Lo son, aunque es como si cuando repartieron todos los genes de la personalidad, cada una se hubiera quedado con los extremos opuestos —contesta Liam—. Abigail es viento helado y Erin brisa caliente; lo bueno es que Erin sabe cómo ablandarla.

Taylor suspira, ojalá ella también supiera.

—Ahora no podemos hablar —murmura Abigail, cogiendo su bolso cuando Erin y ella rompen el abrazo.

Saca las llaves de su apartamento y se las entrega a su hermana.

—Espérame en casa, iré temprano.

En casa. A Taylor le sorprende esa familiaridad teniendo en cuenta la frialdad con la que Abigail trató a Erin cuando habló por teléfono con ella en el apartamento de Smithville.

—¿Temprano significa para cenar o que yo ya me habré acostado cuando llegues? —pregunta Erin.

Abigail resopla.

—Iré a cenar.

—Bien. Me ha encantado verte, Liam, y a ti, buena suerte con mi hermana —le dice a Taylor con una amplia sonrisa—. Lamento la interrupción —añade antes de salir.

—Te preguntaría por qué no me habías dicho que Erin venía de visita —dice Liam levantándose—, pero es evidente que no lo sabías. En fin, tengo una reunión. Ha sido un placer conocerte, Taylor. Nos iremos viendo —se despide dándole un apretón en el hombro.

La puerta del despacho se cierra tan rápido que Taylor no sabe qué debe hacer a continuación. Ha ido ahí para conocer a Liam, y Liam se acaba de marchar, así que debería hacer lo mismo, pero está tan intrigada con lo que ha presenciado con Erin, que no puede, porque no comprende el comportamiento de Abigail.

—No le devolviste la llamada.

—¿Perdona? —pregunta Abigail, atravesándola con sus ojos gris verdoso fijos en ella.

—En Smithville le dijiste que la llamarías cuando volvieras aquí, pero es evidente que no lo has hecho. Es tu hermana, y parece un encanto…

—No te metas en mi vida, Taylor —la corta Abigail antes de que siga—. Lo que pase entre mi hermana y yo no es asunto tuyo. Ni eso, ni nada —asegura con una frialdad que deja a Taylor sin aliento.

—Pensaba que entre nosotras se podía mantener la cordialidad —dice Taylor, tratando de contener la rabia que le corre por las venas—. No solo follamos…

—Joder, Taylor —ruge Abigail—. No soy tu amiga, soy tu agente —Abigail hace una pausa, sintiendo que su propia crueldad le agujerea el pecho, pero no se detiene—. Cuanto antes entiendas eso, mejor será para las dos.

A Taylor le han dicho muchas cosas en su vida que le han dolido, pero esto es como un puñetazo en el estómago que hace que las tripas se te retuerzan. No debería molestarle tanto, no ha pasado tanto tiempo con Abigail como para eso y, realmente, ella no quiere a Abigail como amiga, lo sabe desde que Abigail cogió el vuelo a Nueva York y ella se quedó en Smithville echándola de menos. El vacío en su pecho era tan grande que Taylor no comprendía lo que le pasaba hasta que asumió que Abigail corría por sus venas con la misma furia que sus letras cuando canta.

Por eso le duele tanto que Abigail se comporte con ella como si no hubiera significado nada, que sea capaz de apartarla de su vida con esa facilidad y le hable como si no tuviera sentimientos. De hecho, tiene la sensación de que Abigail ha elegido las palabras con la intención de hacerle el máximo daño posible, por eso no piensa darle el gustazo de

ponérselo tan fácil. Si quiere apartarla, tendrá que seguir rugiéndole cada vez.

—Vale. Entendido —dice, arqueando una ceja mientras se levanta con parsimonia, como si no le importara en absoluto lo que ha dicho a pesar de que el pecho le arde por dentro.

—Dile a Loretta que te lleve, no la necesito hasta más tarde —dice Abigail cuando Taylor está llegando a la puerta.

La cantante se detiene frente a la madera, desconcertada. Loretta es la chófer de Abigail, solo de ella. ¿Por qué coño se la cede si Taylor le importa tan poco?

—Yo tampoco la necesito, sé cuidarme sola —responde Taylor, saliendo sin despedirse.

Abigail cierra el portátil y se gira hacia la ventana mientras se masajea los músculos del cuello e intenta respirar más despacio, solo que cada vez le cuesta más.

Taylor llega a su apartamento con la intención de llamar a su hermana para dejar de sentir ese vacío y la soledad que la consume en esa ciudad donde personas a las que apenas conoce, como Liam, Loretta o Adam, la tratan con más calidez que la que ella pensaba que sería su ancla mientras se adaptaba a todo.

Decide no llamar a Tiffany. Su hermana la conoce tan bien que detectará en su tono que está angustiada. Así que se queda ahí, tirada en el sofá mirando al techo mientras se pregunta si puede sobrevivir a esto. Quiere ser cantante, pero no contaba con enamorarse de su agente y tener que batallar con su comportamiento hostil.

Cierra los ojos y suspira. Ya ha lidiado con su hermano, si ha podido con él, tiene que poder con ella. Al fin y al cabo, es una privilegiada. Abigail la ha puesto donde quiere estar. Ahora tiene un apartamento en Nueva York, está trabajando con los mejores productores de la industria y su voz pronto será escuchada por millones de personas. Es en eso en lo que debe centrarse y no en el dolor bajo sus costillas cuando piensa en ella. Si no puede tener a Abigail, tendrá su música, su voz y ese fuego que le corre por las venas, y tendrá que ser suficiente.

CAPÍTULO 26

Abigail entra en su apartamento utilizando el juego de llaves de repuesto que guarda en el despacho. Deja el bolso sobre el mueble de la entrada y va directamente hacia la cocina, donde escucha el ruido que Erin hace mientras prepara la cena. Se ha obligado a salir antes del trabajo para no tener una discusión con ella, pero tampoco le ha importado porque después de que Taylor se marchara, le ha costado mucho concentrarse. Se siente una tirana, un ser despreciable que hace daño a una persona que no lo merece, y si es sincera con ella misma, a una persona que le agita el pecho cada vez que piensa en ella.

—Hola —dice quedándose bajo el quicio de la puerta, como si el apartamento no fuera suyo y se sintiera una intrusa en su propia casa.

Erin se ha puesto ropa cómoda. Lleva un pantalón deportivo, una camiseta básica y va descalza, igual que le gusta hacer a Abigail cuando está en casa.

—Has cumplido tu palabra —dice su hermana, levantando las cejas mientras le sonríe con calidez—. Ve a ducharte y ponte cómoda, a esto todavía le falta un poco.

Abigail asiente y se da la vuelta para ir a su habitación. Por curiosidad, camina hasta el fondo del pasillo, donde está la de

invitados que, en realidad, es más bien la de Erin porque siempre hay cosas suyas allí. A Abigail le sorprende ver que hay dos maletas enormes, algo poco habitual porque, precisamente, Erin es una persona que suele viajar ligera de equipaje cuando va de visita porque ya tiene cosas allí y solo necesita una pequeña maleta.

Se da la vuelta y se mete en su habitación para ducharse. Abigail sale quince minutos después, vestida con un pantalón corto y una camiseta de tirantes, y descalza como su hermana.

—Justo a tiempo —dice Erin—. He preparado ensalada de pasta y una variedad de frutas —dice sirviéndolo en la mesa.

—He visto las maletas —suelta Abigail sin preámbulos, cogiendo un tenedor que clava en la ensalada con pocas ganas.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir? —se enfada Erin —. Joder, Abby, de verdad que tratar contigo a veces es…

—¿Qué? —pregunta Abigail.

—Nada, déjalo —dice Erin, centrándose en la comida.

—No estás obligada a tratar conmigo solo porque tengamos el mismo progenitor.

Erin deja los cubiertos sobre la mesa con tanta fuerza que los vasos de agua se derraman y Abigail se sobresalta.

—Deja de decir esa mierda de una vez, joder —exige Erin, cansada de escuchar esa frase en la boca de su hermana.

A Abigail a veces le gustaría arrancarse su propia lengua, tragársela y evitar así descargar su rabia contra quien sabe que no debe.

—Perdona —murmura, jugando con la ensalada, sin ser capaz de llevarse ni un poco a la boca.

Erin la mira. La mayoría de las veces sabe cómo tratar con ella, pero otras no. En ocasiones, Abigail está tan cerrada que es inaccesible, como ahora.

—¿Cómo te va el trabajo? —pregunta Erin, sacando un tema neutral que sabe que la relaja porque el trabajo es el único campo en el que Abigail siempre sabe lo que tiene que hacer.

—Bien, como siempre, supongo. Hemos fichado a una cantante nueva que promete mucho —explica y suspira, pero le sale entrecortado.

Abigail pincha un trozo de pasta mientras se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿La chica del despacho? —pregunta Erin.

—¿Qué?

—La morena que estaba sentada al lado de Liam.

La morena. Un cosquilleo tan cálido como repentino invade el pecho de Abigail cuando piensa en Taylor sentada frente a ella en su despacho. En esos ojos grandes y marrones siempre atentos, en sus labios carnosos o en su postura relajada. El cosquilleo aumenta y se expande bajo sus costillas cuando piensa en la calidez de su cuerpo y en la extraña sensación de seguridad que siente cuando Taylor la abraza…

—¿Abby?

Abigail parpadea, pero no levanta la mirada de su plato.

—Eh, sí. Ella —responde, sintiendo que una fuerza invisible le cierra la garganta cuando piensa en lo mucho que echa de

menos a Taylor—. ¿Y a ti cómo te va en el museo? —pregunta cambiando de tema.

Erin es restauradora de arte en un museo de Philadelphia, ciudad donde se crio junto a su padre después de que este se mudara allí tras abandonar a Abigail y a su madre en Nueva York.

—Bien, aunque lo he dejado —dice Erin—, por eso estoy aquí.

Abigail mira a su hermana a los ojos por primera vez. Hay pocas cosas que pueden sorprender a la ejecutiva, pero esto lo ha logrado.

—Y por eso llevo semanas llamándote —aclara Erin—. Me ofrecieron un trabajo aquí en Nueva York como restauradora jefa para colecciones privadas de alto perfil en una casa de subastas. Y he aceptado.

—¿Eso significa que te mudas aquí? —pregunta Abigail, aturdida.

Erin ladea la cabeza y se muerde el interior del labio hasta casi hacerse sangre.

—Para tu disgusto, supongo, pero tranquila, ya he dado la entrada para un apartamento. Me lo entregan en un par de semanas, es el tiempo que tardarán en hacer la reforma que he pedido. En cuanto esté listo, me marcho.

Abigail intenta pensar con rapidez, sabe que tiene que decir algo más de lo que ha dicho, que si Liam estuviera aquí, le habría dado un codazo en las costillas que la habría dejado sin aliento y habría intervenido para salvar la situación. Erin es su hermana, la única familia de Abigail, al menos, la única que

se preocupa por ella, y no entiende por qué le cuesta tanto mostrarle su apoyo.

—¿Has acabado? Voy a recoger —dice Erin, señalando su plato.

Abigail ni siquiera es capaz de responder, sigue buscando en su cabeza, pensando en lo que Liam o cualquier persona normal diría. Erin chasquea la lengua y se levanta para coger los platos.

—Espera —dice Abigail, cogiéndola del brazo.

Erin se detiene y mira a su hermana, que parece estar librando una batalla campal con ella misma mientras la mira.

—Tranquila, sé que en el fondo te alegras de mi ascenso —dice Erin. Abigail suspira—. Aunque no tengo claro que te alegres de que me mude cerca de ti.

Abigail la suelta y Erin mete los platos en el lavavajillas, después se gira hacia su hermana, apoyando las manos en la encimera tras ella.

—Nunca has ido a verme a Philadelphia —suelta de repente, a Abigail se le tensa el cuello de nuevo—. Ni una sola vez desde que fuiste mayor de edad y papá no pudo obligarte a seguir yendo de visita en Navidad.

—No es mi padre —escupe Abigail.

—Por Dios, Abby… —murmura Erin.

Abigail esboza una sonrisa amarga.

—No voy a hablar de esto ahora, Erin.

—No estás hablando tú, estoy hablando yo —ruge su hermana, que a veces tiene tan mal carácter como ella—. En veinte años, no has venido a verme ni una sola vez, y siempre

me pregunto qué coño hubiera pasado entre nosotras si yo no viniera a verte a ti. ¿Crees que mantendríamos el contacto? —pregunta Erin.

—Seguro que sí, porque te encanta llamar por teléfono —espeta Abigail con tono cortante.

Se arrepiente de lo que ha dicho antes de terminar la frase, pero tampoco rectifica.

Erin la mira fijamente, con las mismas ganas de romperle un vaso en la cabeza que de abrazarla y gritarle que hable con ella de una maldita vez. Esta escena —o una parecida— se repite siempre que se ven. Erin la provoca de alguna manera, intentando que se abra, que le hable, que le cuente por qué está tan rabiosa, tan contenida que cualquier día estallará y se romperá en pedazos. Ella se puede hacer una idea del motivo por el que Abby no quiere saber nada de su padre, pero no sabe por qué no se habla con su madre, y le duele ver a su única hermana tan sola.

—Yo no voy a salir de tu vida por mucho que te esfuerces en alejarme, Abby. Me voy a la cama —dice Erin, saliendo de la cocina.

Abigail se queda un rato ahí, absorta, necesitando varios minutos para que sus músculos respondan. Después se levanta, se sirve un vaso con hielo y echa un chorro de whisky antes de volver a sentarse y perderse de nuevo en esa nebulosa que tiene en la cabeza.

CAPÍTULO 27

Taylor está en el centro del estudio de grabación, mirando a Demian Flores a través del cristal que separa la cabina de grabación de la sala de control. El productor habla con un técnico de sonido que ajusta niveles mientras escucha sus instrucciones.

La cantante ya lleva tres semanas en Nueva York y, aunque está empezando a encontrar su ritmo y adaptándose a todo, todavía hay momentos en los que se siente muy perdida, sobre todo cuando desvía la mirada hacia el otro lado de la cabina y ve a Abigail, completamente absorta frente a su ordenador, torturándola con su presencia. Cuanto más se esfuerza Abigail por marcar la distancia con Taylor, más atrapada se siente ella, como si hubiera caído en una especie de hechizo del que no puede liberarse, como si Abigail fuera una maldita fruta prohibida que ella necesita morder para que su corazón siga latiendo.

Hoy, además, está más guapa que nunca. No lleva uno de sus habituales trajes, hoy se ha presentado con un pantalón de caída recta de color blanco y una blusa color caqui, y se ha recogido la melena con una pinza dejando que varios

mechones se le escapen, dándole un aspecto informal que la hace parecer mucho más joven.

—Vale, Taylor —dice la voz de Demian a través de los auriculares que lleva puestos—. Creo que a partir de ahora ya podemos comenzar a trabajar un poco esos finales. Vamos a ver si podemos hacer ese quejido más accesible.

Taylor frunce el ceño, sin entender muy bien a qué se refiere con hacer su quejido más accesible.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, ajustándose los auriculares.

—Me refiero a algo menos…, ¿étnico quizá? Solo que lo ajustes un poco para que suene más universal, Taylor. Tienes una voz increíble, pero el quejido está demasiado marcado, vamos a intentar suavizarlo un poco.

Taylor nota que el pulso se le acelera. Sus ojos van directamente hacia Abigail, que sigue frente a su ordenador, completamente ajena a la conversación que están teniendo. Se pregunta qué pasaría si además de escucharla cuando canta, pudiera escuchar también las conversaciones entre ella y Demian a través del canal directo. ¿Abigail estaría de acuerdo con lo que él le está pidiendo? Taylor quiere gritarle a Demian que su quejido forma parte de su voz, pero Abigail es quien lo ha contratado, ha trabajado con él otras veces y confía en su criterio, ¿cómo va ella a contradecirle? Sería como contradecirla a ella, y Taylor confía ciegamente en todo lo que Abigail le aconseja.

—Vale —acepta finalmente, aunque siente que algo se le está retorciendo en el estómago.

La música comienza y Taylor abre la boca, pero cuando llegan esos momentos donde ese quejido suele explotar en su garganta, ella se contiene, manteniendo a raya esa parte de sí misma que siempre ha considerado su esencia. La voz le sale limpia, pulida y perfecta técnicamente hablando, pero vacía de toda esa fuerza primitiva que corta el aliento de cualquiera que la escucha.

—Mucho mejor —le dice Demian cuando acaba—. Vamos a probar de nuevo. Recuerda, menos desgarros y más melodía pop.

Melodía pop. La frase retumba en la cabeza de Taylor haciendo que le palpite como si tuviera un martillo neumático golpeando su cerebro. Quiere gritar en lugar de cantar; sin embargo, intenta contenerse; al fin y al cabo, los profesionales son ellos.

Taylor empieza a cantar otra vez, pero con cada nota que pronuncia, siente que algo se le está muriendo por dentro, que cada vez que abre la boca, se convierte en alguien que no reconoce; sin embargo, Demian parece complacido mientras la mira, como si realmente fuera ahora cuando le gusta cómo canta, y no el resto de los días cuando estaban trabajando en otras partes de su entonación.

A mitad de la canción, la música se detiene de forma abrupta.

—Para —dice una voz que no es la de Demian, pero que Taylor reconoce de inmediato porque la ha devuelto a aquellos días de ensayo en el local de Smithville.

La cantante levanta la vista hacia el cristal con el corazón en la garganta. Abigail ha entrado en la cabina del productor y ha debido apretar el botón que activa el micrófono para hablar con ella.

—¿Hay algún problema? —pregunta Demian.

Abigail lo ignora, se acerca al panel de control y vuelve a pulsar el botón para hablar directamente con Taylor.

—¿Puedes quitarte los auriculares un momento? —le pide, mirándola fijamente.

Taylor obedece, confundida, mientras observa como Abigail sale de la sala de control y entra directamente en la cabina de grabación, encerrándose con ella. El espacio le parece mucho más pequeño con ella ahí dentro, cargado de esa energía fría que siempre acompaña a Abigail, y al mismo tiempo, con toda esa electricidad que siempre flota entre ellas y que no se detiene por mucho que la ejecutiva se comporte como una zorra fría y despiadada.

—¿Qué coño estás haciendo? —ruge Abigail, con ese tono afilado que podría cortar un diamante.

—Cantando —responde Taylor, intentando apartar la mirada de esos ojos gris verdoso en los que puede ver de nuevo esas motas doradas que hacía semanas que no había visto.

—No, no estás cantando. Estás interpretando a una cantante genérica que podría ser cualquiera —dice Abigail, cruzándose de brazos. Su busto se eleva con el gesto y a Taylor se le seca la boca—. ¿Dónde está tu voz?

Taylor carraspea y mira de reojo hacia Demian. El hombre está hablando con el técnico de sonido y parece nervioso. Ella

no puede escuchar lo que dicen si no aprietan el jodido botón, pero es evidente que no está contento con que Abigail esté ahí cuestionando sus métodos.

—Demian dice que necesito ser más accesible —murmura y suspira con fuerza, liberando un poco de tensión—, más pop.

—Demian puede irse a la mierda —espeta Abigail sin bajar la voz ni un poco, asegurándose de que el productor la escuche con claridad.

Los ojos de Taylor se abren como platos. En las tres semanas que lleva en la ciudad, ha visto a Abigail ser fría y distante hasta el punto de comportarse como un robot, pero nunca la ha visto explotar así, y menos por ella.

Abigail se gira hacia el cristal y pulsa el botón del intercomunicador con tanta fuerza que Taylor teme que lo haya roto.

—Demian, sal de ahí —ordena con voz atronadora.

El productor parece dudar por un momento, pero la mirada enfurecida de Abigail parece convencerlo de que lo mejor es obedecer. El hombre sale de la sala de control y entra en la cabina de grabación, claramente molesto.

—Abigail, entiendo que quieras proteger a tu cliente, pero yo sé lo que funciona en el mercado actual…

—Lo que funciona es el talento —lo interrumpe Abigail—. Y tú le estás pidiendo que ignore el suyo.

—No quiero que lo ignore, solo que lo haga viable comercialmente —se defiende Demian, mientras Taylor mantiene la mirada fija en Abigail, en concreto, en cómo se marca la vena de su cuello.

Taylor piensa en que le gustaría besarla justo ahí, notar sus latidos en la lengua y después morderle la clavícula, chuparla hasta que…

—Tiene un estilo demasiado marcado, si no lo pulimos…

—¿Te he pedido yo que pulas su estilo? —pregunta Abigail con una calma que da miedo, como si estuviera preparándose para destrozar a alguien con la siguiente frase—. Te contraté para producir a Taylor Davey, no para convertirla en una copia barata de cualquier otra cantante pop.

Taylor se muerde los labios. A pesar de la tensión cortante que se respira dentro de esa sala tan pequeña, ella está fascinada con el momento. Ahora entiende el motivo por el que Abigail siempre está ahí, sentada en ese rincón donde parece que la ignora. Está ahí porque sigue creyendo en ella, porque sigue siendo esa persona que no quiere cambiarla ni ocultarla, quiere que el mundo la vea tal y como es, tal y como la ve ella. Taylor pega la espalda a la pared, sintiendo que va a explotarle el pecho cuando se da cuenta de que la Abigail que ella conoció en Smithville sigue ahí, en alguna parte, detrás de un montón de barreras que la ejecutiva se empeña en mantener entre ellas.

—Si no puedes trabajar con su estilo, no hay problema —continúa Abigail, implacable—, puedo contratar a otro que lo haga, pero dímelo ahora para que no sigamos perdiendo el tiempo.

Demian parpadea. No es la primera vez que tiene un desacuerdo con Abigail Stone, pero sin duda, ninguno a estos niveles.

—No es necesario, si quieres mantener su estilo, lo haremos —dice dedicándole una sonrisa suave a Taylor.

—Excelente —dice Abigail sin inmutarse—. Ahora, sal de aquí, necesito hablar con Taylor a solas.

Taylor sigue pegada a la pared, embriagada por la energía desbordante que hoy desprende Abigail. Cuando se quedan solas en la cabina, el silencio es tan repentino entre los paneles acústicos que la cantante tiene la sensación de que está escuchando sus propios latidos.

Abigail se apoya en la pared de al lado, casi frente a ella, cruzando los brazos otra vez mientras la observa con esos ojos que ahora tienen un tono de gris más oscuro, como las nubes de tormenta. En parte se siente un poco relajada. Necesitaba explotar con algo y Demian le ha hecho un favor intentando modificar la voz de Taylor. Erin ya lleva dos semanas en su casa, se supone que debería marcharse ya, pero precisamente ayer le dijeron que ha surgido un problema con la entrega de las llaves de su apartamento. Los albañiles se han retrasado con la reforma que su querida hermanastra pidió porque al parecer se encontraron con un problema con el que no contaban —típico de las obras— y tendrá que quedarse al menos un par de semanas más en su casa.

Hay días que no le importa tenerla ahí, otros en los que abriría la ventana y la empujaría al vacío. Y después está la mujer que ahora tiene a apenas medio metro de ella, mirándola con esos enormes ojos oscuros, con sus pequeños pechos marcados bajo esa camiseta gris desgastada de un grupo de rock que Abigail no conoce. Hay momentos en los

que mantener la distancia con ella es muy fácil, se queda lejos, procura interactuar lo mínimo posible y desaparece en cuanto sabe que Taylor no la necesita. Y después hay momentos como este, donde podría rozarle los labios con el dedo si estirase el brazo, donde siente la intensidad de su mirada abrasarle la piel como si tuviera brasas debajo y en los que piensa que ojalá la hubiera conocido en cualquier otra parte y la carrera de Taylor no dependiera de la claridad de sus pensamientos y acciones.

—Gracias —dice Taylor, devolviéndola a la tierra con un tono ronco que altera cada molécula del cuerpo de Abigail, transportándola a esa primera vez en la que Taylor le susurraba obscenidades con el mismo tono áspero.

—No me las des —espeta ella—. Solo haz tu trabajo, cantando como lo haces siempre.

—Lo estaba intentando…

—No —la corta Abigail. Su cuello se pone rígido sin que pueda evitarlo—. Lo estabas complaciendo a él, y tú no estás aquí para complacer a nadie.

A nadie que no sea a mí, quiere decir Abigail, pero se traga sus pensamientos porque Taylor no le pertenece como para pensar en ella de ese modo, aunque es lo que más le gustaría.

Taylor se muerde el labio inferior en un gesto inconsciente que pretende contener su lengua, porque lo que quiere contestarle es que a ella sí que quiere complacerla, aunque de otro modo, pero no lo dice porque no quiere alejar a esta Abigail que ahora tiene frente a ella.

—Pensé que te decepcionaría a ti si le contradecía —responde, sin apartar la mirada de su agente.

Abigail se yergue, apartándose de la pared. El corazón le late tan deprisa que empieza a dolerle el pecho.

—No te he traído aquí para que te conviertan en algo que no eres —dice Abigail, con un tono suavizado que Taylor hacía semanas que no escuchaba—. Tu voz no está hecha para complacer, necesito que recuerdes eso cada vez que alguien como Demian te pida que la cambies. Tu voz es pura, sincera, salvaje y desgarrada. En cuanto empieces a intentar domesticarla, habrás perdido lo único que te hace especial.

Taylor la mira fijamente, sintiendo el hormigueo recorrerle todo el pecho con una velocidad que le produce vértigo. Es la primera vez desde que llegó a Nueva York que Abigail le habla como si no fuera solo un negocio que ella debe proteger para que sea rentable, sino como si realmente le importara. Lo está haciendo desde que se ha levantado de esa silla y ha entrado en la sala de control para interrumpir la sesión.

—¿Por qué estás tan segura de que Demian no tiene razón? —la tantea Taylor—. Es productor, se dedica a esto.

—Yo también me dedico a esto, y si Demian se va a convertir en otro Ethan para ti, me ocuparé de él.

Taylor tuerce una sonrisa y Abigail solo quiere que le salte encima, igual que lo hizo el último día que estuvieron juntas en la caravana.

—No hará falta. Yo no quiero cambiar mi voz, y si tú me apoyas, no volveré a ceder, ni con él, ni con nadie —asegura Taylor.

Se quedan mirándose durante un momento que se alarga más de lo que debería. Taylor sigue sintiendo la corriente que

siempre ha existido entre ellas, esa electricidad que Abigail se empeña en ignorar, pero que palpita a su alrededor como si tuviera vida propia.

—Mañana tenemos la primera reunión con una discográfica —dice Abigail de repente, apartando la mirada para cortar ese momento de tensión que la está asfixiando—. Lo he estado alargando hasta que estuvieras más adaptada, pero esto ya no puede demorarse.

Taylor quiere dar saltos de alegría. En realidad, quiere saltar sobre Abigail, abrazarla con fuerza, devorar esa boca y compartir su euforia con ella. Es la primera persona en la que piensa cuando se emociona, y la última en la que piensa cuando se acuesta.

—¿Y si no les gusta mi estilo? —murmura pensativa, porque, aunque ella no sea consciente, Demian, con su petición estúpida, ha hecho florecer esas semillas de inseguridad que Ethan plantó en ella.

Pero para eso está Abigail aquí.

—Si no les gusta, buscaremos a otros. No son los únicos interesados.

Abigail da un paso hacia ella.

—No vas a cambiar tu puto estilo por nadie. ¿Entendido?

—Cena conmigo esta noche —suelta Taylor antes de poder pensar lo que dice—. Solo para hablar de la estrategia en la reunión de mañana —añade con rapidez.

Abigail la mira fijamente, primero con sorpresa porque eso no lo ha visto venir y no estaba preparada, después algo cambia en su expresión y Taylor no puede descifrarlo. Eso la

pone nerviosa, porque no sabe si va a soltarle una de sus perlas afiladas para dejarle claro que ellas no compartirán espacio en ningún sitio que no tenga que ver con el trabajo o si simplemente se dará la vuelta y la dejará con la palabra en la boca.

—En serio —insiste Taylor ante su silencio—. Es mi primera reunión con una discográfica. No sé qué preguntas me harán, ni qué tipo de respuestas debo dar —improvisa desesperada.

En realidad, todo eso le importa una mierda ahora mismo, ella solo quiere cenar con Abigail.

—Cena de estrategia —murmura Abigail, aunque hay cierto tono burlón en su voz cuando lo dice.

Taylor quiere sonreír, pero eso solo dejaría más claras sus intenciones y, aunque sabe que Abigail no es tonta, no quiere arriesgarse a que sienta que está insultando su inteligencia.

—Sí, solo eso, cena de estrategia.

Abigail suspira, consciente de que, en el fondo, juega con fuego. Pero, realmente, no le parece mala idea. Taylor necesita esa estrategia, es cierto que no tiene ni idea de lo que le espera, que le harán preguntas para las que no está preparada y que es mejor que responda de la manera correcta.

—De acuerdo. Hay un sitio que no está lejos de tu edificio y el mío. Se puede ir andando. Después te pasaré la ubicación. Ahora termina, y hazlo como siempre.

Abigail sale de la cabina y Taylor se pone los auriculares sin ocultar su sonrisa.

CAPÍTULO 28

El restaurante que Abigail ha elegido es más informal de lo que Taylor esperaba, y lo agradece, porque los sitios de etiqueta donde los camareros caminan tan rectos que no pueden verse los pies, la ponen nerviosa. Llega cinco minutos tarde a propósito, con la intención de provocar a Abigail y no de complacerla. Cuando llega a la mesa, ella está ahí, mirando la carta con expresión pétrea.

—Llegas tarde —espeta levantando la vista.

—Solo dos minutos —dice Taylor, sonriendo divertida.

—Cinco —corrige Abigail—. Y da lo mismo cuántos son, tarde es tarde.

—Vale, lo siento —acepta Taylor, quitándose la chaqueta fina que se ha puesto para esa primera semana de septiembre —. Supongo que ya has estado aquí antes, ¿qué me recomiendas? —pregunta con su habitual desparpajo.

Abigail suspira con pesadez, preguntándose si ha hecho bien en cenar con ella y esa enorme melena que se ha recogido en una coleta alta, dejando a la vista su cuello.

—El salmón está bien si quieres cenar ligero, pero también tienen hamburguesas de esas que te gustan.

La sonrisa torcida que se dibuja en la expresión de Taylor hace que Abigail se arrepienta de inmediato de lo que ha dicho. Recordarle a la cantante que conoce parte de sus gustos, no es buena idea si lo que pretende es mantener solo una relación profesional con ella.

—El vino también es decente —añade, intentando salir del paso.

—¿Decente? Guau —se burla Taylor—. Con ese entusiasmo podrías dedicarte a escribir reseñas sobre restaurantes.

Abigail arquea una ceja, pero no puede evitar que, durante una fracción de segundo, aparezca un destello de diversión en su mirada.

Piden la cena y una botella de vino y, durante la siguiente media hora, Abigail le explica quiénes estarán en la reunión de mañana, el tipo de preguntas que pueden hacerle y hacia dónde puede derivar la conversación. No le dice en ningún momento lo que debe responder, porque Abigail no quiere condicionarla.

—Si lo que te ofrecen te gusta, yo lo negociaré, es para eso para lo que me tienes. Tú, déjamelos a mí.

Taylor sonríe; si hay algo que le gusta, es ver a Abigail en acción. La sigue escuchando y asintiendo a todo lo que le dice, aunque le cuesta concentrarse porque sus ojos van de una parte a otra del cuerpo de Abigail. Lo mismo se posan en su mano cuando coge la copa de vino que se quedan fijos en sus labios, en su escote o en su mirada, que parece más verdosa que gris con el reflejo del mantel.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Abigail de repente.

—¿Qué? Sí, claro —miente Taylor—. Tú negocias si me gusta la oferta.

Abigail suelta un resoplido y se muerde los labios, claramente contrariada.

—Eso lo he dicho hace cinco minutos.

—¿En serio? —Taylor frunce el ceño, haciéndose la tonta, y después deja escapar una de sus sonrisas torcidas, las que trastornan a Abigail.

La ejecutiva se rellena la copa de vino por tercera vez. Taylor apenas ha probado el suyo, mientras que Abigail está bebiendo más rápido de lo que es habitual en ella. Normalmente, es controlada incluso para eso, pero esta noche parece que el vino es lo único que logra relajarla un poco.

—Ha sido una pasada ver cómo me defendías con Demian —comenta Taylor, divertida, y levanta las manos antes de que Abigail abra la boca—. Ya sé que solo hacías tu trabajo —añade poniendo los ojos en blanco—, pero, aun así, ha sido una jodida pasada.

Abigail toma otro sorbo de vino mientras la observa, no quiere responder al comentario, pero lo hace porque el alcohol le está afectando.

—Me molesta la gente que intenta hacer que otros encajen dentro de moldes que no les corresponden.

Taylor necesita unos segundos para pensar en esa respuesta y analizarla en profundidad.

—¿Te pasó a ti? ¿Alguien quiso que encajaras donde no debías? —suelta Taylor.

El abdomen de Abigail se tensa, igual que los músculos de su cuello. Nunca se lo ha planteado así, pero pensándolo desde esa perspectiva, su madre intentó que encajara en tantos moldes durante su infancia y adolescencia que Abigail solo sabía quién era cuando estaba sola, lo cual solía ser muy a menudo.

—No estamos hablando de mí —espeta finalmente.

—Es verdad, esa es una conversación para amigas, y tú y yo no lo somos —recuerda Taylor las palabras que le dijo Abigail, aunque no cambia esa expresión de seguridad con la que ha llegado—. Por cierto, ¿tienes amigas?

Los labios de Abigail se estiran de repente. Es una sonrisa corta, irónica, seguida de un gesto de aturdimiento que la deja descolocada. A Taylor también. Lo ha preguntado solo para molestarla, pero no se ha parado a pensar en que una persona como Abigail probablemente puede tener problemas para mantener ese tipo de relaciones. No es que haya podido conocer nada de ella en el tiempo que lleva aquí, pero solo la ha visto trabajar, y sabe por Adam que es de las que se queda en la oficina hasta las tantas de la noche.

—No he debido preguntar, Abby, perdona. No es asunto mío —se disculpa Taylor.

—No, no lo es —confirma ella, levantando la mano para que el camarero le lleve la cuenta—, pero si te quedas más tranquila, Liam es mi amigo.

La sonrisa de Taylor se amplía. Odia haber estropeado el momento, pero se alegra de que Abigail tenga un amigo.

—Liam parece un buen tío.

—Lo es —confirma Abigail, apartando su última copa de vino, todavía medio llena.

Sin pensarlo, y movida por algo que no puede controlar, Taylor estira el brazo y le coge la mano durante un solo momento.

—Lo siento si te he hecho sentir incómoda.

Abigail ha sentido tal cantidad de energía atravesarle el cuerpo con el roce de sus dedos, que se ha quedado congelada unos segundos en la silla, sin apenas respirar mientras mira la mano de la cantante sobre la suya. Taylor la retira cuando llega el camarero, pero puede sentir el tacto de Abigail hormigueando por su palma incluso cuando ya no está ahí, y eso la desconcierta y le acelera el pulso hasta convertir su cuerpo en un tren de mercancías a punto de descarrilar.

La ejecutiva deja dos billetes sobre la mesa y se levanta.

—Es tarde —dice, tan tensa como la cuerda de un arco, colgándose el bolso del hombro mientras se gira para salir.

Taylor también se levanta y caminan juntas hacia la puerta.

—Abigail… —dice Taylor cuando están en la calle, mientras la ejecutiva camina por la acera sin intención de detenerse.

—La reunión es a las diez —dice Abigail—. Adam te recogerá a las nueve, procura estar preparada —responde y sigue caminando.

—Abigail, espera —insiste Taylor, cogiéndola del brazo.

Abigail se gira con un movimiento demasiado brusco. Su mirada cargada de conflicto destella bajo la luz de las farolas y Taylor se siente desorientada por un momento. Se quedan así, mirándose, mientras la mano de la cantante sigue sobre el

brazo de Abigail dejando que la corriente corra entre ellas a través de ese punto.

Taylor no lo aguanta más, suspira y se acerca de manera impulsiva, besándola con toda la desesperación que ha estado conteniendo durante estas tres semanas. Por un momento, Abigail responde, aunque su cuerpo no se mueva. Su boca se abre y deja que la lengua de Taylor se estrelle contra sus dientes, después contra su lengua, presionando con fuerza mientras su mano se desplaza desde su mejilla hasta su nuca, siempre manteniéndola sujeta por el brazo.

Pero entonces Abigail rompe el beso y se aparta con la misma brusquedad con la que se ha girado, mirando hacia el suelo porque siente que, si mira a Taylor, la calcinará con el hielo de su mirada convertido en fuego.

—Vete —dice, y Taylor siente que su voz corre a través del asfalto y le sube por el cuerpo, atravesándola.

Sabe que ha metido la pata, pero no se arrepiente, necesitaba sentirla, no hubiera soportado un día más sin el sabor de sus labios.

—Joder, Taylor. Lárgate —ahora su voz es como un trueno anunciando una tormenta.

Taylor asiente, la rodea y cruza la calle para seguir caminando por la otra acera. No se gira ni una sola vez, aunque sabe que Abigail está ahí, quieta, intentando poner orden en esa mente atormentada que ella ha vuelto a sacudir como un avispero.

CAPÍTULO 29

—Va muy despacio —se queja Taylor.

—Sí —responde Abigail a su lado.

Acaban de entrar en el ascensor del edificio donde se encuentran las oficinas de la discográfica. Ocupan nada más y nada menos que las siete últimas plantas, ellas van al piso cuarenta, y para ser un rascacielos tan grande y moderno, a Taylor el ascensor le parece un trozo de chatarra sin potencia.

Nadie más ha subido con ellas, así que han pegado la espalda a la pared del fondo como si eso fuera más fácil que mirarse. Se han encontrado en la entrada. Taylor ha llegado primero, justo dos minutos antes de que el Mercedes de Abigail apareciera conducido por Loretta, y entonces la ejecutiva se ha bajado y resulta que hoy lleva un vestido parecido al que llevaba la noche que Taylor actuó en el Rusty's, el que después le arrancó a Abigail en la habitación de la casa de Harold. La boca se le ha secado y solo ha sido capaz de levantar la mano y sonreír para saludar a Loretta antes de girarse y entrar en el edificio.

—¿Estás enfadada por lo de anoche? —pregunta Taylor, pasándose las manos por el pantalón azul para secarse el sudor.

Abigail se pinza el puente de la nariz.

—No —responde con sequedad.

Pero sí que lo está, aunque no con Taylor. Está enfadada con ella misma, porque cuando Taylor la besó, se dio cuenta de que el deseo que siente por ella sigue ahí, completamente intacto y voraz. No ha disminuido ni un poco en estas tres semanas de sequía, en todo caso, ha hecho lo contrario, ha aumentado, porque Abigail se sintió borracha de ella durante un momento y estuvo a punto de dejar que la consumiera en medio de aquella acera.

—Vale, mejor. Joder, aquí dentro hace mucho calor —Taylor se abanica con la mano.

Abigail está de acuerdo, siente que la pared fría que debería estar helándole la espalda, se la está quemando, y el ascensor solo va por la planta veintidós.

—El vestido te queda muy bien —dice Taylor de repente, sin dejar de abanicarse—. ¿Estás conociendo a alguien? —añade para rematar.

Abigail no está segura de haber escuchado bien.

—¿Qué coño…? —pregunta, girándose hacia ella.

Empieza a sentirse mareada ahí dentro. El ascensor es demasiado pequeño para estar encerrada con Taylor, quien últimamente se comporta de un modo que Abigail no es capaz de predecir.

—Perdón, es que estoy nerviosa por la reunión —Taylor suelta una risita, realmente está sofocada. Tiene las mejillas rojas y algunos mechones de esa enorme melena se le están

pegando en el cuello—, pero ¿sales con alguien? —insiste, y ahora mira a Abigail a los ojos.

El ascensor llega a la planta treinta y cinco. Abigail se pregunta cómo es posible que en todo el jodido edificio nadie haya apretado el botón y detenido el aparato.

—Quizá debería —espeta con crueldad—. A lo mejor, así entiendes que entre tú y yo no puede haber nada.

Los pulmones de Taylor se cierran como si le hubieran dado un puñetazo en el plexo solar, dejándola sin aire. Ha sido una pregunta estúpida, como todo lo que lleva haciendo las últimas horas, pero no esperaba una respuesta como esa, y mucho menos que su impacto doliera tanto.

Agradece que las puertas del ascensor se abran por fin y el aire de fuera disipe la tensión que habían creado dentro.

—Recuerda, si te preguntan, responde con brevedad. No te explayes y, salvo que no te interese firmar con ellos, déjame lo demás a mí —dice Abigail, caminando por el suelo recién pulido como si no acabara de partirle el alma en dos.

Taylor no contesta, no va a dejar que su crueldad le afecte. Quiere entrar ahí, escuchar lo que le tienen que decir y, si es posible, salir con un contrato discográfico bajo el brazo.

—Señora Stone —saluda una recepcionista a la que Abigail claramente conoce de otras veces—. El señor Morrison las está esperando.

—Gracias —responde Abigail, sin un ápice de esa frialdad que acaba de utilizar con Taylor.

La sala de reuniones es tan imponente como el resto del edificio. Hay una mesa de madera oscura en el centro, rodeada

de sillas de cuero negro y, al fondo, una pantalla enorme. Morrison, el vicepresidente, las recibe con una sonrisa que a Taylor no le gusta del todo. Es un hombre de unos cincuenta años, con el pelo gris peinado hacia un lado y un traje que debe costar más de lo que Taylor ganaba en el bar de sus padres en todo el año. A su lado, está Sara Olman, la directora de marketing, y al otro, Mario Olivares, el productor ejecutivo.

—Siempre es un placer, Abigail —dice Morrison, estrechando la mano de la ejecutiva mientras le da un repaso descarado que ella opta por ignorar.

A Taylor le molesta tanto que le cuesta devolverle la sonrisa al hombre cuando la saluda a ella.

—He escuchado cosas muy interesantes sobre ti, jovencita —le dice Morrison—. ¿Nos sentamos?

Los tres representantes del sello se sientan a un lado de la mesa, mientras que Abigail y Taylor se sientan al otro.

—Bien —dice Morrison, cruzando las manos sobre la mesa —. Vayamos al grano porque el tiempo no es algo que nos guste perder a ninguno de los que estamos aquí presentes. Hemos revisado las demos que nos enviaste, Abigail, y debo decir que el talento de Taylor habla por sí solo.

—¿Y? —Abigail tampoco se anda por las ramas.

Morrison sonríe, mirando de reojo a Sara para darle la palabra.

—Tiene una voz extraordinaria. La textura, ese quejido… —Taylor se tensa—. Siendo sinceros, no es algo que se escuche mucho en nuestro mercado. Consideramos que Taylor tiene una voz nicho, y eso nos limita.

Nicho. Para Taylor es como una bofetada, lo mismo que cuando su hermano le decía que era étnica, igual que hizo ayer Demian.

—¿Y con eso qué quieres decir? —pregunta Abigail con una calma que molesta cada vez más a Taylor.

Quiere que salte como una leona del mismo modo que lo hizo ayer con Demian, que defienda su quejido y su esencia, pero Abigail parece completamente despreocupada, ni siquiera la ha mirado.

Mario se inclina hacia delante para tomar la palabra.

—Creemos que Taylor tiene potencial para convertirse en una estrella, pero necesita algunos ajustes. Hay que suavizar ese deje flamenco que arrastra su tono, no aniquilarlo, por supuesto, pero sí pulirlo un poco para que sea más accesible al público en general.

Taylor siente que la rabia le trepa por el cuello. Se yergue en la silla, quiere levantarse y decirles que se metan su opinión donde les quepa, que no piensa cambiar una mierda, pero Abigail está a su lado, la mujer en la que confía, y no ha dado un golpe sobre la mesa como ella esperaba, así que está muy confundida.

—Entiendo —dice Abigail, masticando cada letra—, aunque también pensaba que precisamente vosotros os jactabais de lanzar artistas que rompen moldes, no que los sigan.

Morrison asiente al primer dardo de Abigail. Taylor se queda quieta, sin saber qué pensar.

—Por supuesto, pero también necesitamos que esos artistas vendan discos.

—Creo que estás midiendo mal el talento de Taylor, clasificándolo solo por un rasgo en su voz —murmura Abigail, sonando tan calmada que hasta Morrison se está poniendo nervioso—. Puedo entender que el éxito comercial requiere cierta flexibilidad estratégica, pero…

Taylor deja de escuchar. Flexibilidad estratégica, ¿Abigail está dispuesta a ceder? ¿La castiga porque intentó besarla?

—Quizá podríamos escuchar a Taylor, ¿quieres cantar un poco aquí, ahora? —pregunta Sara.

Taylor se ha perdido parte de la conversación, pero le da igual. Ahora no mira a Abigail. Esto no es algo para lo que la haya prevenido, no le dijo qué hacer en caso de que le pidieran que cantara, y no le importa. Simplemente se levanta y arranca a cantar a cappella haciendo alarde de ese quejido en todo su esplendor, reivindicándose, dejando claro que esa es su voz y no piensa cambiarla.

Su voz se quiebra en los momentos exactos y ese quejido ancestral sale de lo más profundo de su garganta como si fuera una guerrera. Se mueve mientras canta, con esa sensualidad inconsciente que hace que el aire vibre a su alrededor.

Cuando termina, el silencio es absoluto, salvo por el suspiro prolongado de Abigail.

—Vaya, ha sido intenso —dice Morrison, aturdido por lo que acaba de presenciar.

—Desde luego que sí —concuerda Sara.

—Tienes un talento innegable, Taylor —continúa Morrison, cruzando la mirada con Mario—, vamos a necesitar unos días para reconsiderar la dirección de esta colaboración.

Taylor los mira sin entender, pero Abigail se levanta y coge su teléfono de encima de la mesa.

—Un placer, Morrison. Mario, Sara, ya nos veremos —dice y se gira hacia Taylor—. Vamos —ruge, dejando una estela de aire helado cuando pasa por su lado.

Llegan hasta el ascensor, pero, en esta ocasión, hay una persona esperando y, cuando las puertas se abren y Taylor intenta entrar, Abigail la detiene y espera a que llegue el de al lado, porque ahora sí que quiere estar a solas con ella.

—Entra —ruge de nuevo cuando llega el otro aparato.

Taylor casi salta dentro del ascensor y se pega a la pared del fondo esperando la tormenta.

—¿Qué coño has hecho? —explota Abigail cuando las puertas se cierran.

—¿Cantar? —responde ella, con un deje de ironía que enfurece más a Abigail.

—¿Cantar? Joder, lo único que yo he visto ha sido cómo te desgañitabas soltando un quejido tras otro, ¿en qué mierda pensabas?

—En mi voz, joder —espeta Taylor—. Quieren cambiarla. Y tú tenías que defenderla, pero en lugar de eso estabas ahí como si te importase una mierda y quisieras acabar cuanto antes. Se supone que me quieres por mi autenticidad.

—Te quiero… —Abigail se frota las sienes. Taylor siente que el suelo se tambalea bajo sus pies ante la expresión, preguntándose qué seguía a la frase que Abigail ha interrumpido—. Madre mía… —suspira la ejecutiva, intentando centrarse—. Estaba negociando, Taylor. Para que hagan lo que

tú quieres, tienes que dejar que piensen que son ellos los que han tomado la decisión final, solo que eres tú la que los ha llevado ahí sin que se den cuenta, pero ¿qué coño sabrás tú? Si no tienes paciencia para mantener esa bocaza cerrada durante media hora, va a ser muy complicado negociarte un contrato en condiciones.

Taylor se queda quieta, sintiéndose estúpida de repente. Es como una niña caprichosa, la niña del pueblo a la que han soltado en medio de la ciudad y está abrumada. Lo quiere todo y lo quiere ahora, y no ve más allá de lo que tiene delante.

—¿Puedes arreglarlo? —murmura en voz baja.

Abigail suspira despacio, necesita una paciencia que ahora no le sobra precisamente.

—Tal vez, pero no ahora —dice suavizando el tono—. Tenemos más opciones. Vamos a darles tiempo para que se olviden un poco de tu numerito. A partir de ahora, cerrarás la boca y solo la abrirás cuando yo te lo diga.

Taylor quiere ponerle una mano en la garganta y apretar, pero no para hacerle daño. Quiere empujarla contra la pared del ascensor, cerrarle un poco el paso del aire y levantarle el vestido para follarla mientras Abigail la mira e intenta respirar, moviendo esos labios gruesos que ella quiere morder.

—Vale —dice, y las puertas del ascensor se abren.

—Nos vemos mañana —Abigail se lanza fuera del ascensor.

—¿No vienes al estudio? —pregunta Taylor antes de que Abigail se suba a su Mercedes.

—No. Creo que podrás apañarte sin mí durante un día —responde, antes de sentarse y cerrar la puerta.

—¿Todo bien? —pregunta Adam, apareciendo a su lado.

Taylor se encoge de hombros sin saber qué responderle. Para ella nada está bien últimamente, se siente frustrada y confundida, y le duele mucho debajo de las costillas.

CAPÍTULO 30

Los días que siguen a esa reunión desastrosa en la discográfica son como una nebulosa para Taylor y una herida abierta para ambas que no deja de sangrar. Han pasado seis días desde entonces y la distancia entre ellas es como un abismo que está asfixiando a la cantante.

Abigail está ahí, acompañándola a las sesiones de estudio donde permanece clavada en su rincón con el portátil, sin mirarla salvo que sea estrictamente necesario. Si tienen una reunión con Liam para hablar de los siguientes pasos en la carrera de Taylor, Abigail solo abre la boca cuando no está de acuerdo, y cualquier reunión o sesión extra de entrenamiento que programa para Taylor, se la hace saber a través de Patricia o por correo electrónico. Es como si fuera una sombra a su lado que se difumina si la cantante trata de tocarla.

Taylor ha intentado acercarse a ella varias veces estos días. Sabe que no es por la reunión, Abigail le dejó claro que podía solucionarlo más adelante. Es por ella, es porque no respetó su promesa y la besó, porque no puede mantener la boca cerrada y pregunta cosas que no debe. Por eso Abigail quiere mantenerla lejos, levantar una barrera definitiva que la aleje de ella para siempre, y Taylor siente que se está muriendo

lentamente. No está preparada para esto, no soporta que Abigail la ignore a estos niveles, por eso intenta hablar con ella, para asegurarle —esta vez de verdad— que no volverá a intentar nada, pero necesita que esos ojos que mezclan el verde con el gris la sigan mirando.

Sin embargo, todas las veces que intenta hablar con ella, Abigail la corta con alguna excusa. Si se acerca en los descansos de las sesiones de estudio, le dice que tiene que atender una llamada. Si le pide que espere cuando terminan las reuniones entre ellas y Liam, Abigail dice que no tiene tiempo y se marcha. Si va a su despacho, Patricia no la deja entrar porque Abigail no le da permiso cuando le pregunta. Así con todo, hasta que Taylor hace el último intento cuando terminan una entrevista con un reputado periodista musical amigo de Liam. El hombre sale de la sala en la que están tras despedirse y Abigail se levanta al mismo tiempo que Liam. A Taylor le gustaría que él ya hubiera salido porque las respuestas heladas de esa mujer le afectan tanto que, últimamente, le entran ganas de llorar y romper cosas, y se siente tan patética cuando eso sucede, que no quiere que Liam esté delante, pero si deja que Abigail salga de ahí y entre en su despacho, ya no podrá verla hasta el día siguiente.

—Abigail, ¿puedes esperar un momento?

—¿Qué necesitas? —pregunta girándose, con una voz que podría congelar el infierno en tres segundos.

—Hablar contigo —responde Taylor, erguida como si no le afectara que ni siquiera la mire.

—Ahora no puedo. Mañana, en el estudio —dice, y sale de la sala sin más.

Taylor sabe que es mentira, mañana en el estudio pondrá otra excusa, o simplemente la ignorará hasta que Taylor se canse y deje de intentarlo.

—¿Te puedo ayudar yo? —pregunta Liam.

La cantante traga saliva y niega con la cabeza mientras fuerza sus labios a estirarse para sonreír.

—No, Liam, gracias. Es una tontería sobre la sesión de estudio —miente—, puede esperar.

Ahora la que sale con rapidez es ella para evitar que él haga más preguntas. Liam cierra la puerta y va directamente hacia el despacho de Abigail. Él no pregunta si puede pasar, tampoco llama a la puerta, simplemente la abre y entra, ignorando la mirada asesina de su socia, que está sentada con los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas estiradas y el portátil cerrado sobre la mesa.

—No pareces muy ocupada —dice Liam, tomando asiento frente a ella.

—¿Qué?

Liam señala la mesa y a ella, evidenciando que no está trabajando.

—Le has dicho a Taylor que no podías atenderla, así que he supuesto que estarías muy entretenida ahora, haciendo mil llamadas, acojonando a ejecutivos para que cedan a tus peticiones, ya sabes, ese tipo de cosas —dice con sarcasmo.

Abigail lo mira sin decir una palabra y después simplemente coge un bolígrafo y empieza a darle vueltas entre los dedos.

—¿Ha pasado algo con Taylor que yo no sé? Porque si esta es tu forma de castigarla por lo de la reunión de la semana pasada, te estás pasando —dice Liam.

—¿Me estoy pasando? —Abigail arquea las cejas—. Hasta donde yo sé, no le estoy haciendo nada.

Liam esboza un intento de sonrisa que no le llega a salir, eso molesta mucho a Abigail.

—La estás tratando como si fuera radioactiva, Abby. La ignoras como si fuera un mueble. Se supone que tenemos que mimar a nuestros cantantes, hacer que se sientan cómodos y motivados para que den lo mejor de sí. Y tú la estás hundiendo con tu mierda de comportamiento hostil. ¿Qué coño te pasa?

—¿Desde cuándo tengo yo que mimar a alguien? —pregunta Abigail, irguiéndose en la silla.

Liam suelta una risotada escandalosa solo de imaginarlo.

—Bueno, eso sería imposible, por supuesto. Antes tendríamos que entrenarte con ositos de peluche, después con mascotas y, por último, probar con bebés antes de pasar a personas adultas —bromea su socio.

—Que te follen —espeta Abigail.

Liam tiene que hacer un esfuerzo enorme para dejar de reír.

—Vale, joder, Abby. Ahora en serio. No digo que la mimes, era solo una forma de hablar, pero hay unos mínimos de cordialidad. Antes la tenías y ahora no, solo pregunto si ha pasado algo. Sé que Taylor es un poco intensa y tú no andas sobrada de paciencia, pero eres su agente…

—Exacto, su agente, no su niñera ni su madre —interrumpe ella, hastiada—. Mi obligación es ocuparme de conseguirle un buen contrato, de conseguirle giras, patrocinadores y asegurarme de que nadie la estafa. Más allá de eso, lo que le pase no es asunto mío.

Liam se levanta y empieza a caminar por el despacho con las manos en los bolsillos. A veces, incluso a él le cuesta comunicarse con Abigail.

—Se llama humanidad, Abby, empatía. La hemos arrancado de un pueblo de cinco mil habitantes para soltarla en una ciudad de más de ocho millones. Está sola, desorientada; y lo más cercano a una familia o amigos que tiene ahora mismo, somos nosotros, sobre todo tú. Aquí somos su familia hasta que logre establecerse. Es así siempre, con todos. Ella confía en ti, y tú la estás apartando como si fuera un puto insecto que quieres aplastar con esos tacones imposibles.

Abigail también se levanta, solo que ella apoya el hombro en el ventanal y mira a través de él. Tiene la garganta apretada y el corazón martilleándole las sienes. Ella no se ha detenido a analizarlo desde esa perspectiva, solo intenta hacer lo que piensa que es mejor para la carrera de Taylor. Nada de lo que pasó en aquella reunión hubiera sucedido si ella hubiera estado centrada.

Si Taylor hubiera sido cualquier otro de sus clientes, Abigail se habría anticipado. Se habría acercado a ella y le habría susurrado que se mantuviera a la espera y tranquila cuando se dio cuenta de que se estaba poniendo nerviosa. Le habría puesto una mano en el brazo y le habría asegurado que no

tenía intención de permitir que cambiaran su estilo y, desde luego, le habría aconsejado que cantara sin forzar el quejido, pero también sin ocultarlo. Abigail no hizo nada de eso porque no podía acercarse a Taylor y susurrarle, su perfume suave y silvestre la habría mareado, su calor la habría incendiado y el roce de su piel habría enviado tantas descargas por su cuerpo que su mente analítica, mordaz y despiadada para los negocios, se habría fundido y habría tenido que centrar toda su energía en encontrar la voluntad para no besar su cuello o cogerla de la mano y sacarla de esa sala para llevarla directamente hacia los baños.

Eso es lo que Taylor le hace, y eso es lo que Taylor no necesita de ella si quiere triunfar. Tampoco es lo que Abigail necesita de Taylor. Ella es buena en su trabajo, y su trabajo es lo único que tiene, le gusta y la motiva. Si le quita eso, Abigail no tendrá nada.

—Seré más amable —murmura sin mirar a Liam—, pero no pienso darle abrazos de oso.

—Me parece bien.

Liam asiente, rodea la mesa de su amiga y se sienta sobre la madera.

—Abby, ¿estás bien? —susurra él.

Ella se gira y asiente. No piensa contarle que cree que se está enamorando de Taylor, o que probablemente ya lo está, no sabría cómo hacerlo.

—¿Con Erin bien? ¿Cuánto lleva en tu apartamento? ¿Tres semanas? ¿Un mes? Debes estar desquiciada —dice Liam.

Abigail sonríe y después levanta una ceja mientras lo mira.

—No es peor que cuando viene de visita. Además, cocina bien —Abigail se encoge de hombros.

—Vaya, estoy impresionado. Tú alabando algo de tu hermana en lugar de pensar en comprar un billete para que se largue antes de hora —murmura Liam.

—Esta vez no se va, ya te lo he dicho, así que tengo que empezar a acostumbrarme a su presencia o me volveré loca.

—Podríais venir un día a cenar a casa de mi madre, le encantaría verte y conocer a tu hermana —propone Liam.

—No te pases, no somos una puta familia feliz —espeta Abigail.

—Porque no quieres. Erin siempre ha estado ahí, eres tú la que te empeñas en mantenerla lejos.

Abigail aprieta la mandíbula y se mira el reloj de pulsera, tapándoselo con la otra mano mientras piensa.

—¿Has terminado ya de decirme lo nefasta que soy? ¿Hay alguien más a quien consideres que trato mal?

Liam se levanta.

—A mí, por supuesto —bromea para rebajar la tensión, dándole un suave apretón en el hombro mientras se aleja—, siempre me partes el corazón con esos comentarios. Ah, se me olvidaba. Mañana deberías retrasar la sesión de producción de Taylor para más tarde. Clarisa ha conseguido una reunión con una marca de ropa interesada en patrocinar a Taylor cuando llegue el momento, pero tiene que ser a las nueve.

—No hay problema, llamaré a Demian. Intentaré programar la sesión de mañana para más tarde y si no puede, la cancelamos —dice Abigail, sentándose de nuevo en su silla.

—Perfecto. ¿Te ocupas también de recoger a Taylor? Adam no puede ir tan temprano.

Abigail levanta la mirada, pero no dice nada.

—Así puedes empezar a ser amable —sonríe Liam.

—Cierra al salir —espeta ella, dando por concluida esa reunión improvisada.

CAPÍTULO 31

Taylor llega a su apartamento esa tarde sintiendo que ha corrido un maratón y que no tiene fuerzas para nada que no sea caer derrotada sobre el sofá. Está agotada, tanto física como mentalmente, y se siente completamente perdida, sin saber cómo arreglar su situación con Abigail, si es que tiene arreglo.

Se saca el teléfono del bolsillo y llama a Tiffany. Ha estado evitando hablar con ella esta semana, pero necesita escuchar a alguien cercano, una voz familiar que la haga sentir en casa durante unos minutos para dejar de sentirse tan sola.

—Hola, Taylor —contesta Tiffany casi de inmediato, con ese tono amable y cariñoso que hace que a su hermana pequeña se le apriete la garganta.

—Hola —responde la cantante.

—Vaya voz, ¿estás bien? —pregunta Tiffany, que siempre ha tenido un don natural para detectar cualquier malestar en su hermana pequeña.

—No —dice sincera, y la voz se le quiebra un poco.

Tiffany aparta su portátil y sale de su habitación, bajando las escaleras para salir al patio y sentarse en el escalón.

—¿Qué pasa, Taylor? —pregunta preocupada.

—Creo que lo he jodido todo —susurra Taylor, suspirando con fuerza mientras se descalza.

—¿A qué te refieres con todo? ¿Ha pasado algo en el trabajo? —pregunta Tiffany.

Trabajo. Taylor no sabe si definirlo así. Desde que llegó a Nueva York, no siente que esté trabajando, solo hace lo que le gusta. Así que las horas le vuelan durante el día y podría hacer más cosas si Abigail se lo pidiera, no le importaría.

—No, no es eso, bueno, un poco sí. Metí la pata en una reunión, pero Abigail lo arreglará —confiesa y vuelve a suspirar.

—¿Entonces?

—Abigail.

Tiffany asiente y estira las piernas. Lo intuía, pero prefería que fuera Taylor la que lo dijera.

—¿Qué ha pasado?

Taylor se lo cuenta todo desde el principio. No se deja ni una sola coma esta vez. Le habla del trato que hicieron, de las condiciones que Abigail le puso cuando llegó aquí, de que ella aceptó mantener esa distancia y no ha sabido hacerlo. No la ha respetado y ahora Abigail simplemente la ignora con una frialdad que ella no es capaz de soportar.

—Dijiste que lo tenías controlado —dice Tiffany.

—Sí —sonríe ella—. Supongo que eso pensé, o mentí, yo qué sé.

—Mira, creo que necesitas desconectar un poco. Todo tu mundo ahí gira en torno a ella, Taylor, y eso no es sano. Abigail ya te ha dejado clara su postura, tuvisteis lo que tuvisteis aquí y no está dispuesta a que eso continúe allí —el pecho de Taylor

se comprime, escucharlo de la boca de su hermana lo hace más real—. Tiene sus razones para ello y tú debes aceptarlo —dice Tiffany.

—Sus razones son una gilipollez —estalla la cantante, empezando a llorar—. Para ella todo es trabajo, se excusa en esa mierda para apartarme. Y sé que siente cosas, Tiff, lo noto, no soy imbécil.

—Taylor, cariño, lo que tú sientas no tiene relevancia en este caso porque no depende solo de ti. Sienta Abigail algo por ti o no, ella ha decidido que no quiere nada contigo, y tú tienes que respetarla —dice Tiffany, angustiada por no poder estar allí con ella y abrazarla.

—Joder… —lloriquea Taylor, frustrada, echándose hacia atrás en el sofá.

—Taylor…

—¿Qué?

—Tienes que hacer vida más allá de Abigail, hablo en serio. Has de salir y empezar a conocer gente nueva. Ahora vives ahí y tienes que adaptarte, hacer tu propio círculo de amistades. Ya llevas más de un mes en Nueva York y todo tu círculo social se reduce a esa mujer. Eso no es sano, Taylor. Ya has tenido tiempo de adaptarte al apartamento, al trabajo y a tu nueva rutina. Es hora de empezar a hacer otras cosas —opina Tiffany.

—¿Cómo qué?

—Joder, no sé. El edificio tiene gimnasio, ¿no? Empieza a utilizarlo, seguro que hay gente de tu edad. También puedes salir a pasear por Central Park, que lo tienes cerca, y a tomar algo por ahí. Dios, nunca pensé que diría esto, pero follarte a

alguien que no sea ella igual te ayuda a darte cuenta de que no es la única mujer que orbita tu mundo.

Taylor siente que su corazón se convierte en una piedra. Ella no quiere follar con nadie que no sea Abigail, pero entonces recuerda lo que ella le dijo la semana pasada cuando le preguntó si salía con alguien. Que quizá debería hacerlo para que Taylor la dejara en paz.

—Saldré a tomar algo, hay un bar a tres manzanas de aquí que tiene buena pinta —Taylor se levanta.

No tiene intención de ir a ligar, solo de olvidarse de Abigail.

—Genial —dice Tiffany—. Sal de ese apartamento, habla con gente y recuerda de una vez cómo es ser normal. Pero ten cuidado, ¿vale?

—Sí. Solo iré un rato. Mañana tengo sesión a las diez con Demian, no pretendo llegar con ojeras o la voz ronca —asegura Taylor.

Eso deja más tranquila a su hermana.

—De acuerdo. Te llamaré mañana para ver cómo estás.

—Vale. Gracias, Tiff.

Cuando cuelga, Taylor cena algo ligero, se da una ducha y se viste con unos vaqueros y una camiseta blanca de manga larga.

El bar es el típico sitio de barrio con música no demasiado alta y gente que solo va a tomar una copa para relajarse. No tiene un ambiente cargado ni ruidoso, justo lo que ella necesita. Se sienta en la barra y se pide una cerveza con la intención de pedir una más y marcharse.

—¿Un mal día? —pregunta la camarera cuando se la sirve.

Taylor levanta la mirada y se encuentra con una chica de pelo castaño corto y ojos verdes que la mira con una sonrisa simpática. Es guapa, una belleza natural que no resulta intimidante como la de Abigail.

—¿Soy demasiado obvia? —responde Taylor, torciendo su sonrisa seductora, la que sabe que nunca le falla.

—Solo un poco. Soy Jess, por cierto.

—Taylor.

—¿Primera vez por aquí? —pregunta Jess, aprovechando que la barra está tranquila.

—Sí. Me mudé hace poco y hoy he decidido explorar el barrio.

—Interesante. ¿Desde dónde?

—Tennessee —responde Taylor, y se da cuenta de que se siente cómoda teniendo una conversación simple con una desconocida. Quizá su hermana tiene razón y solo necesita sentirse normal.

Jess resulta ser una chica con la que se puede hablar de cualquier cosa. Es actriz —al menos lo intenta— como la mitad de las chicas de Nueva York, pero tiene los pies en la tierra y un sentido del humor que hace que Taylor consiga relajarse por primera vez en varios días. Jess le habla de los clientes más complicados del bar y Taylor hace lo mismo contándole historias de cuando trabajaba en el de sus padres. No buscan temas complicados, y a Taylor no le importa esperar a que Jess atienda a los clientes para poder seguir la charla.

—¿Otra? —pregunta Jess, señalando su cerveza vacía.

—Claro.

Esta vez, la camarera se apoya en la barra cuando se la sirve, acercándose lo suficiente como para que Taylor pueda oler su perfume y decida que le gusta más el de Abigail. Todo en Abigail le gusta más, siempre.

—¿Tú a qué te dedicas ahora que estás aquí? —pregunta Jess.

—Soy cantante, o eso pretendo —responde Taylor, encogiéndose de hombros.

Jess sonríe y levanta las cejas. Es un gesto muy característico de Abigail, solo que su agente lo hace como si le perdonara la vida y Jess solo parece sorprendida.

—¿En serio? ¿Has grabado algo?

—Estoy en ello —responde Taylor.

—Pues me encantaría escucharte algún día —susurra Jess, acercándose de nuevo.

Taylor sabe que la camarera está coqueteando. Lleva rato haciéndolo, y le resulta tan fácil y cómodo seguirle el juego, que piensa en las miradas frías de Abigail cuando le entran ganas de parar. Con Jess nada es difícil, y Abigail ya le ha dejado clara su posición, así que, ¿por qué no puede pasar un buen rato e intentar sacarla de su cabeza?

—A lo mejor podría cantar aquí alguna vez —responde Taylor, siguiéndole el juego.

—Me aseguraría de estar trabajando esa noche —dice Jess.

Taylor sonríe y espera hasta las doce, justo cuando acaba el turno de Jess.

—¿Tienes planes para el resto de la noche? —pregunta la camarera quitándose el delantal.

—Supongo que ahora sí —responde, bajándose del taburete.

El camino hasta su apartamento es una mezcla de conversación y tensión que va creciendo entre ellas mientras avanzan. En el ascensor, Jess se apoya contra la pared y mira a Taylor con una sonrisa que le deja muy claras sus intenciones.

—Tienes unos ojos preciosos —susurra la camarera.

—Tú también —responde Taylor, aunque no puede evitar pensar en otros ojos mientras lo dice, en unos que mezclan el gris como el acero con el verde de los prados más frescos.

La cantante abre la puerta de su apartamento y deja pasar a Jess primero.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta Taylor, sintiéndose nerviosa de repente.

—Quiero besarte —responde Jess, acercándose a ella.

Y lo hace. Taylor no tiene tiempo para pensar en nada, ni siquiera para plantearse si de verdad quiere esto.

El beso es suave y exploratorio. No tiene la urgencia salvaje a la que ella está acostumbrada de otros labios. Las manos de Jess son pequeñas y se mueven con delicadeza sobre ella. Es agradable, cómodo, normal. Todo lo que sigue es natural y sin sobresaltos, pero Taylor no puede quitarse a Abigail de la cabeza. La busca en cada caricia, en cada beso, y hace comparaciones con todo, sintiéndose frustrada porque, aunque es agradable y lo disfruta, no siente la pasión, el ansia, el cosquilleo o el mareo que siente con Abigail. Con Jess siente placer, con Abigail siente que puede tocar el cielo.

Ni siquiera puede hablar y contiene sus gemidos porque todas esas palabras soeces, esa necesidad de decir lo que piensa y exigir lo que quiere, ahora solo están reservadas para una persona.

Desesperada por sentir algo que la transporte a otro nivel, Taylor pega los labios al cuello de Jess y la chupa con fuerza. Jess se estremece y suelta un leve quejido, pero no la aparta y, aun así, Taylor no encuentra el sabor que ella esperaba, ni siente el estremecimiento bajo sus brazos ni el quejido contenido de Abigail cuando la marca. No ve la piel pálida cuando la mira, no nota la tensión de sus músculos siempre rígidos ni siente que se le claven sus uñas en la espalda. Taylor se corre, pero se siente tan vacía cuando termina que apenas puede respirar.

No le pide a Jess que se marche, de hecho, agradece que se quede porque se siente tan sola que notar su presencia a su espalda la ayuda a relajarse y a conciliar el sueño.

Taylor se despierta con el movimiento de la cama. Se gira para ver lo que sucede y ve la silueta de Jess recortada delante de la ventana mientras termina de vestirse. La camarera le dedica una sonrisa y murmura algo que Taylor no comprende, porque se siente completamente desconectada de la realidad por un momento, sin entender por qué está desnuda al lado de una mujer que no es Abigail Stone.

—¿Estás bien? —Jess frunce el ceño y Taylor se incorpora, mirando la hora.

—Sí, perdona, es que desde que estoy aquí me acuesto muy temprano —se excusa, frotándose los ojos.

—Soy una mala influencia, entonces —Jess se calza las zapatillas y salen de la habitación—. Voy a una audición. Si no tienes nada que hacer y quieres acompañarme…

—No puedo, tengo que ir al estudio de grabación —dice Taylor—, pero hay café hecho si quieres llevarte una taza.

—Tranquila, compraré algo por ahí —dice Jess, arreglándose su melena corta con las manos—. Me ha gustado conocerte, pásate por el bar cuando quieras y repetimos.

Taylor asiente con una sonrisa mientras la acompaña a la puerta. No tiene intención de volver al bar, ni de volver a ver a Jess o a cualquier otra mujer. Puede que Tiffany tenga razón y necesite follar con otras mujeres para romper esa conexión que siente con Abigail, pero anoche comprobó que no está lista para eso todavía.

Jess abre la puerta con una sonrisa, completamente ajena a la tormenta que azota la cabeza de Taylor y, cuando va a salir, se queda petrificada.

—Oh —dice en voz baja.

Taylor se desplaza hacia un lado para ver por qué no sale de su apartamento y siente que el mundo entero se detiene. Abigail está ahí, en el pasillo, con la mano levantada como si estuviera a punto de llamar a su puerta. Lleva un pantalón gris tan oscuro como el de sus ojos ahora mismo, y su melena castaña suelta como el primer día que la vio en el bar de sus padres.

Durante una fracción de segundo, Abigail le parece completamente humana. Sus ojos se han abierto más de lo normal mientras mira fijamente a Jess, y Taylor puede ver que

algo cambia en su expresión en ese momento. Apenas es perceptible, pero está ahí, un leve temblor en su mandíbula que rápidamente se convierte en esa rigidez que le atraviesa las facciones como si la hubieran cortado con una guillotina.

A Abigail le da igual si la chica es atractiva o un adefesio, si es joven o mayor. No le importa que sus ojos sean tan verdes que deslumbran, tampoco que parezca simpática o su expresión de sorpresa al verla en la puerta de su amante. A ella lo que la atraviesa y la parte en dos es verle el chupetón en el cuello. Por algún motivo que no puede comprender, eso es lo que la destroza, haciendo que sienta que se está desgarrando por dentro. Es como si hubiera registrado esas marcas en su cuerpo como una propiedad, algo que solo era de Taylor y de ella, el recuerdo de algo que no sabía que le gustaba, estremecida ante los suspiros de Taylor cuando la marcaba como si fuera suya, pero Taylor las marca a todas, no hay nada diferente en Abigail, nada que la haga especial para ella.

Abigail nunca ha experimentado este tipo de dolor. Es algo profundo y desgarrador que está destrozando ese músculo que late dentro de ella y que ahora se comprime por debajo de sus costillas. Siente las manos entumecidas y los ojos le pican porque, aunque esto era una posibilidad muy real, Abigail no está preparada. No está lista para ver a Taylor en los brazos de otra mujer, para ser consciente de que son otras manos las que la acaricien, otros labios los que la besan y otros ojos los que la miran sin verla como la ve ella, como esa mujer llena de

fuego que le anula los sentidos cuando le sonríe y derrite el fuego de sus ojos cuando la mira.

—Lo siento —dice Jess, mirando a Taylor con las mejillas sonrojadas—. No sabía que esperabas visita.

Taylor no puede moverse, no puede respirar, de hecho, no puede hacer nada que no sea mirar a Abigail, viendo cómo cada músculo de su cara se convierte en mármol.

—Ven a verme, ¿vale? —dice Jess, esquivando a Abigail para salir y alejarse por el pasillo como si nunca hubiera estado ahí.

—Tenemos una reunión en una hora en la oficina —dice Abigail, con un tono monótono que no suena de ninguna manera.

No es frío, no es amenazante, está vacío de cualquier emoción, igual que su mirada, que está desenfocada. Eso es lo que destroza a Taylor.

—No tardes más de quince minutos o no llegaremos a tiempo. Te espero abajo —termina Abigail, y se da la vuelta para salir del edificio, dejando a Taylor con la boca abierta y el corazón haciéndole agujeros en las costillas.

Taylor cierra la puerta y apoya la espalda contra ella, deslizándose hasta quedar sentada en el suelo. Quiere gritar, pero algo está cerrado en su garganta, como si toda su energía se hubiera quedado atrapada ahí. No puede quitarse de la cabeza la expresión de Abigail, ese momento, ese ligero temblor en su mandíbula. Puede no ser nada para otras personas, pero para alguien incapaz de expresar emociones como Abigail, es mucho, quizá demasiado.

Justo quince minutos después, Taylor sale del edificio y se encuentra con Loretta junto al Mercedes de Abigail.

—Buenos días, cielo —dice la mujer, abriendo la puerta trasera para que Taylor suba.

—Hola, Loretta —saluda ella, deteniéndose en seco cuando ve que el interior del coche está vacío—. ¿Y Abigail?

—Se fue en un taxi. Dijo que no podía esperar —explica la mujer, apartándose un par de trenzas de delante del hombro.

Taylor se siente mareada. De hecho, quiere vomitar de verdad. Nota que la bilis le trepa por el esófago y se pone tan blanca que Loretta la coge por un brazo.

—¿Estás bien?

Ella asiente, notando cómo el sudor frío le empapa la base del cuello.

—¿Es habitual que coja taxis? —pregunta Taylor, tras inhalar profundamente para calmar sus pulsaciones.

—Pues claro que no —dice Loretta, poniendo sus enormes ojos en blanco—. Si coge un taxi, ¿para qué demonios me quiere a mí? Ha dicho que me quedara para asegurarme de que no llegabas tarde a la reunión y se ha ido. Estaba un poco rara cuando salió del edificio, eso sí. Más rara de lo normal, quiero decir —explica demasiado deprisa—. Venga, sube o no llegaremos a tiempo con este tráfico.

—¿Puedo sentarme delante contigo? —le pide Taylor.

Loretta parpadea, intentando decidir cuál de las dos mujeres está teniendo un comportamiento más extraño esta mañana.

—Claro, cielo. No hay problema.

Taylor se abrocha el cinturón y atrapa las palmas de sus manos entre las rodillas, inclinando el cuerpo hacia el lado de la ventana. Se siente tan mal que solo quiere volver a su casa y meterse bajo las sábanas de su cama. No esta casa, sino la suya de Smithville, donde tiene a su familia y una vida que le gustaba, donde todo era fácil. Trabajaba en el bar de sus padres, cantaba en el Rusty's, no estaba enamorada de Abigail Stone ni tenía la sensación de haberla quebrado por dentro.

—¿Tienes frío? —pregunta Loretta, desconcertada por la actitud de Taylor.

Ella niega con la cabeza, en realidad, tiene calor y escalofríos al mismo tiempo.

—¿Quieres contarme qué te pasa? Tenemos tiempo, y yo soy muy discreta —asegura Loretta, asintiendo con la cabeza.

Taylor la mira de reojo y se ríe.

—¿Crees que si me llevas al aeropuerto y vuelvo a Tennessee, Abigail se enfadaría mucho? —bromea la cantante.

Los ojos de Loretta se abren de forma exagerada cuando pone cara de susto.

—Probablemente, entraría en cólera, así que mejor te llevo a la oficina —decide Loretta.

Taylor asiente, pero no puede evitar que los ojos se le humedezcan y las lágrimas empiecen a caer de forma repentina.

—Oye —dice Loretta en voz baja, poniéndole una mano en el brazo—, no puedes llorar ahora, llegarás con los ojos rojos a esa dichosa reunión y se pensarán que te drogas. Eso no es

bueno para ti, ni para el negocio. Hazme caso —dice Loretta—. En la guantera hay una botella de agua, cógela y bebe.

Taylor obedece, tragándose el nudo que le estrangula la garganta como puede hasta que logra recomponerse, aunque la barbilla le sigue temblando.

—Así mejor, cielo —dice Loretta—. Ahora dime, ¿por qué estás tan triste cuando deberías estar saltando de alegría?

—Ayer hice algo —susurra Taylor con la mirada fija en el asfalto.

—¿Algo malo? —tantea Loretta.

—No, pero yo me siento como si lo fuera. Como si hubiera hecho algo terrible. Me sentí vacía entonces y vacía y culpable ahora —los ojos se le vuelven a humedecer y la voz se le quiebra, pero Taylor logra controlarse.

—¿Por qué te sientes culpable si no hiciste nada malo?

—Porque creo que le hice daño a alguien sin pretenderlo.

—Pero no era tu intención —dice Loretta.

—No, no lo era —suspira Taylor.

Le podría explicar que es muy libre de hacer lo que ha hecho, que no le debe nada a Abigail, que precisamente es ella la que no quiere que haya nada entre las dos, así que tampoco puede esperar que Taylor no siga con su vida, pero Taylor no le dice nada de eso. No le cuenta que Abigail no se ha subido a su propio coche porque probablemente siente asco hacia ella. Taylor no dice nada más, solo le da las gracias a Loretta cuando llegan, por llevarla y por escucharla.

CAPÍTULO 32

Taylor entra en la agencia aparentando una confianza que no siente. Tiene la congoja apretada en el pecho y la garganta, no poder llorar como necesita no la está ayudando mucho, pero Loretta tenía razón, presentarse con los ojos rojos a una reunión, no diría nada bueno de ella.

En la entrada, se encuentra con Liam y lo agradece. Él es el que la acompaña hasta una de las salas donde hacen este tipo de reuniones. Dentro ya está Abigail, sentada frente a una mujer de unos cincuenta años, con el pelo muy corto teñido de un gris casi blanco que le da un aire muy interesante.

Abigail no la mira cuando Liam hace las presentaciones, tampoco cuando la mujer le hace preguntas. Solo se limita a tomar algunas notas y a dejar que sea su socio el que lleve la voz cantante y se ocupe de aconsejar a Taylor cuando lo necesita. En el fondo, Taylor lo prefiere, ahora mismo no sabe ni cómo tratar con ella, así que solo responde, pregunta y sonríe cuando debe a la espera de que todo termine para poder hablar con Abigail a solas.

—Pues creo que eso es todo —dice la mujer, mientras Abigail sigue tecleando en su portátil.

Todos se levantan, Abigail también, aunque lo hace como un robot que parece desprogramado, y se despiden de la mujer a la espera de firmar el contrato que acaban de acordar.

—Enhorabuena, acabas de conseguir tu primer patrocinio —le dice Liam a Taylor, dándole un apretón en el hombro.

Taylor le da las gracias y, mientras lo hace, Abigail aprovecha para salir de la sala y dirigirse a su despacho.

—Discúlpala —dice Liam—, dice que le duele la cabeza. Eso disminuye sus capacidades para comunicarse más de lo normal.

Taylor se reiría si no fuera porque tiene ganas de llorar.

—Tranquilo, ¿me disculpas? Tengo que ir al baño —miente Taylor.

—Claro.

La cantante abandona la sala de reuniones y va directamente hacia el despacho de Abigail. En esta ocasión, saluda a Patricia y no se detiene para pedirle permiso para pasar porque sabe que Abigail no se lo dará, así que directamente abre la puerta, dejando a Patricia con la palabra en la boca.

—¿Qué quieres? —pregunta Abigail, que todavía no ha tenido tiempo de sentarse cuando Taylor entra como un huracán y cierra la puerta tras ella.

—Hablar contigo.

—Creo que ya está todo hablado. Tu sesión con Demian para hoy se ha cancelado, así que puedes tomarte el resto del día libre para hacer lo que te plazca.

—Genial —dice Taylor sin moverse—, pero sí que tenemos que hablar.

Abigail suspira, negando con la cabeza.

—¿De qué, Taylor? —pregunta, sintiéndose agotada.

Taylor cambia el peso de un pie a otro, incómoda.

—De esta mañana, de lo que has visto.

Los músculos del cuello de Abigail se engarrotan de repente.

—No he visto nada que me importe —responde cortante—. Tu vida personal no es asunto mío.

Taylor nunca se ha peleado con nadie, pero tiene muchas ganas de abofetear a Abigail.

—Entonces, ¿por qué no me miras a la cara mientras me lo dices? —espeta la cantante.

Abigail levanta la mirada, con esos ojos grises convertidos en dos rocas a punto de aplastarla.

—Vamos, Abby —la reta Taylor, envalentonada, aunque sus ojos están encharcados—. Mírame a los putos ojos y dime que no sientes nada.

La ejecutiva da un paso hacia ella, manteniéndole la mirada.

—No siento nada —espeta como un latigazo—, y me importa una mierda a quién te follas. ¿Te queda más claro ahora?

Algo se rompe dentro de Taylor, pero se niega a llorar delante de ella. No quiere concederle nada más, ya se siente bastante patética. Ya ha mendigado suficiente y ha soportado sus desplantes y su crueldad injustificada demasiadas veces.

—Ojalá te importara, Abigail —murmura derrotada—. Ojalá te importara con quién me acuesto —sonríe con amargura—, y ojalá pudieras admitir que sientes algo por mí. Porque esto —dice gesticulando entre ellas—, me está matando. Y sé que a ti también, pero eres demasiado cobarde para admitirlo y yo no puedo seguir peleando contra un muro. No sigas esforzándote en mantenerme lejos. No volveré a acercarme, esta vez ya no. Me ha quedado claro cuál es mi sitio, y no es a tu lado.

Y con eso, Taylor se da la vuelta y sale del despacho, cerrando la puerta con un sonido que para Abigail suena como un disparo directo al centro de ese músculo que no deja de dolerle.

La ejecutiva se queda inmóvil durante varios minutos, mirando la puerta cerrada. Algo extraño le está pasando en el pecho, siente una presión que no puede identificar. Es como si alguien hubiera puesto una piedra donde debería estar su corazón, una piedra que la empuja hacia abajo. Intenta respirar con normalidad, pero el aire parece que se le atasca en la garganta de forma constante.

Se gira y va directamente hacia su silla, con pasos lentos y torpes. Se sienta como si no pasara nada y abre su portátil sin entender por qué le tiemblan los dedos. Tiene cosas que hacer, llamadas que devolver, contratos pendientes para revisar y correos por abrir. El trabajo siempre ha sido su ancla, lo único que le da sentido a su existencia ordenada y controlada, pero cuando intenta concentrarse en las letras de la pantalla, todo se difumina. Las palabras de Taylor resuenan en su cabeza y

Abigail no puede silenciarlas. "Ojalá te importara con quién me acuesto."

Claro que le importa, pero Abigail intenta bloquear la imagen de esa mañana. La expresión de sorpresa de la mujer cuando la ha visto y el chupetón de su cuello. Un chupetón que la trastorna, algo que pensaba que era de ellas de una manera estúpida y primitiva.

El pecho empieza a dolerle y hay algo que se está extendiendo por su abdomen, es algo parecido a las náuseas, pero diferente. Más profundo y destructivo. Se levanta con brusquedad y camina hacia la ventana, apoyando las palmas de las manos contra el cristal, buscando un poco de frío. Central Park está ahí, pero Abigail no puede verlo, solo puede pensar en la voz quebrada de Taylor cuando le dijo que tenía claro cuál era su sitio.

La presión en su pecho se intensifica y, de repente, siente que no puede respirar como debería. Es como si alguien le estuviera apretando los pulmones lentamente, controlando la cantidad de aire que puede coger sin que sea suficiente. El teléfono le suena y ella se sobresalta. En la pantalla aparece el nombre del ejecutivo de una de las discográficas que quiere fichar a Taylor, debería atender la llamada, pero cuando extiende la mano, comprueba que tiembla más que antes.

El teléfono deja de sonar y el despacho se queda en silencio otra vez. Abigail se sienta de nuevo y presiona el botón del intercomunicador.

—Patricia —dice, y se sorprende de lo ronca que le sale la voz.

—Dígame, señora Stone.

—Cancela mis reuniones del resto del día, y no me pases llamadas.

Se hace un silencio al otro lado, el que refleja el pasmo de Patricia, que durante todo el tiempo que lleva trabajando para Abigail, jamás la ha escuchado cancelar nada sin que haya una razón específica de trabajo.

—Claro, ¿se encuentra bien?

—Sí —miente.

Abigail vuelve a mirar la pantalla del portátil; en esta ocasión, le parece que las palabras están escritas en un idioma que ella no comprende. Intenta trabajar. Abre documentos, lee correos y repasa ofertas, pero después de varias horas, se da cuenta de que todo lo que hace es inútil. En la última hora, ha leído un párrafo siete veces y todavía no es capaz de comprender lo que pone. Las manos le siguen temblando y la presión de su pecho no ha disminuido, así que se rinde y, a las cinco de la tarde —algo que no recuerda haber hecho nunca— decide marcharse a casa.

El ascensor le parece demasiado lento y Abigail tiene que apoyarse en la pared —algo que tampoco hace nunca— ella siempre se mantiene erguida, controlándolo todo, lista para el ataque.

Loretta la espera junto a su coche y Abigail se desliza hacia el interior del vehículo sin procesar nada de lo que la mujer le dice.

—¿Se encuentra bien, jefa? —pregunta Loretta, mirándola a través del espejo central—. Está un poco pálida.

Abigail no responde, se limita a mirar por la ventana, aunque su mente no piensa en nada que no sea la forma de mirarla de Taylor antes de salir de su despacho y la sensación de que algo ha muerto entre ellas.

—Mi vecina siempre dice que cuando el alma duele, el cuerpo también lo siente —comenta Loretta—. ¿Ha comido hoy?

Abigail asiente, mintiendo para que Loretta no le diga que parará en algún sitio para comprarle algo que no le apetece y que sabe que vomitará si intenta tragar.

—¡Jodido idiota! —grita Loretta de repente, tocando la bocina como una histérica cuando alguien se le cruza por delante—. ¡Apréndete las señales, imbécil!

En un día normal, Abigail se sobresaltaría con sus gritos, ahora ni siquiera la escucha. Ella sigue en bucle con la escena de Taylor hasta que Loretta detiene el Mercedes frente a su edificio.

—¿Segura que está bien, jefa? Puedo subir con usted.

—Estoy bien, Loretta. Gracias.

Abigail camina hasta el ascensor sin recordar cómo llega hasta él. La presión en su pecho se intensifica mientras sube, como si algo empujara contra sus costillas haciendo que cada vez le cueste más respirar. Abre la puerta de su apartamento y escucha ruido en la cocina. Erin siempre suele estar ahí cuando está en casa, tiene una afición por cocinar que Abigail no comprende.

—¿Abby? —dice Erin, extrañada al escuchar la puerta—. Llegas muy temprano, iba a servirme una copa de… ¿Abby?

Erin la ve atravesar el salón hacia el pasillo que lleva a las habitaciones y los baños. Abigail la mira sin verla, todo pasa a su alrededor como si sucediera a cámara lenta y ella lo viera a través de un cristal empañado.

—Abby, ¿qué te pasa? —pregunta Erin, persiguiéndola.

Abigail entra en el baño. Necesita agua fría en la cara, o eso piensa ella, pero cuando cruza el umbral, las piernas le fallan y tiene que agarrarse al marco de la puerta. Ahora le llega menos aire que hace un momento, siente que el ambiente está cargado y ella sofocada. Las manos ahora le tiemblan con violencia y de un tirón se arranca los botones de la camisa, desesperada porque le entre aire.

Se inclina sobre el lavabo, abre el grifo y mete la cara directamente debajo del chorro de agua fría y, aunque siente cierto alivio, eso no le quita la sensación de que se está ahogando.

—Abby, me estás asustando —dice Erin.

La voz de su hermana le suena como si estuviera muy lejos, aunque Erin está justo detrás de ella, sujetándola por la cintura. Abigail no puede responder. No puede explicarle que algo se ha roto dentro de ella y no sabe cómo se arregla. No puede decirle a su hermana que, por primera vez en su vida adulta, siente que ha perdido el control de todo y ahora no sabe quién es si no lo recupera.

Siente las manos de Erin en los hombros, tirando de ella hacia atrás, guiándola hacia el suelo del baño. Su hermana se sienta detrás de ella y la rodea con los brazos, y Abigail permite que lo haga.

—Respira despacio —susurra Erin mientras Abigail intenta que su mirada se centre en algún punto fijo de la pared del baño—. Creo que estás teniendo un ataque de pánico, y no pasa nada, solo tienes que respirar conmigo.

Los ojos de Abigail se abren mucho. Ataque de pánico. Ella no tiene ataques de pánico, ella es Abigail Stone, la mujer que hace que cualquier ejecutivo sude con solo una mirada suya, la que hace despegar carreras desde la nada con la precisión de un arquitecto que, sin fallos, empieza y lo consigue. Pero ahora está ahí, sentada en el suelo de su baño, incapaz de controlar su propia respiración mientras las palabras de Taylor se repiten en su cabeza: "ya tengo claro cuál es mi sitio."

Ahora es Abigail la que no sabe cuál es el suyo.

CAPÍTULO 33

Erin sigue ayudándola a respirar y, probablemente, es la primera vez que Abigail pone todo su empeño en hacerle caso a alguien. Obedece a su hermana sin protestar —aunque tampoco podría hacerlo porque está demasiado aturdida para centrarse en hablar— deja que ella la guíe y trata de ajustarse a su ritmo. Erin tiene una paciencia que desde luego ha debido heredar de su madre, porque Abigail no la tiene, así que no viene de su padre.

No sabe el tiempo que tardan en conseguirlo, pero el aire comienza a circular a través de sus pulmones con normalidad, su pecho empieza a subir y a bajar a un ritmo menos forzado y ella deja de retorcer la tela de sus propios pantalones con las manos.

—¿Qué ha pasado, Abby? —murmura Erin con mucha calma, pero Abigail no responde, todavía no puede construir una frase completa y mucho menos pronunciarla.

Su hermana le hace alguna pregunta más, aunque tampoco la agobia cuando ve que no está lista y se da cuenta de que todavía suda y le tiemblan las manos. Para Abigail es como estar fuera de su cuerpo. Erin la deja apoyada contra la pared y se levanta, moja una toalla y se la pasa por la cara, el

cuello, el pecho y, por último, las manos. Le quita los zapatos y la deja descalza, como le gusta estar a ella en su casa. Después sale del baño y regresa al cabo de unos minutos con un vaso enorme lleno de agua fría y un sándwich de crema de cacahuete.

—Tienes que comer —dice Erin, entregándole el sándwich.

Abigail no recuerda cuándo fue la última vez que comió esa porquería, pero se obliga a dar un mordisco y, de repente, le sabe a gloria. Se lo come despacio, acompañando cada bocado con un sorbo de agua porque le cuesta tragar. Erin le rellena el vaso y trae también una bandeja con galletas dulces y saladas que suele comer ella cuando merienda.

—¿Te hago otro? —pregunta Erin cuando se lo termina.

Ella niega con la cabeza.

—Al menos, ya no estás tan pálida, ha habido un momento en el que pensé que ibas a desmayarte —dice su hermana.

Abigail suspira. Está cansada, le pesa cada extremidad del cuerpo como si estuviera rellena de hormigón, pero está cómoda en el suelo de su baño y no quiere moverse. Erin permanece ahí, a su lado, sin agobiarla, hasta que suena el timbre y se aleja para ir hacia la puerta. La ejecutiva da por hecho que debe ser alguien con quien Erin ha quedado, no puede ser nadie que venga por ella. Abigail no tiene amigos más allá de Liam y, aunque los tuviera, a esta hora nunca está en casa, pero Erin regresa al baño acompañada por Liam, y él lleva una botella de whisky en la mano.

—Vaya —dice Liam con expresión seria, mientras ella lo mira como si fuera un fantasma—, realmente estás hecha un

despojo. Creo que he acertado trayendo esto —añade alzando la botella, mientras se afloja el nudo de la corbata y se sienta en el suelo, pegando la espalda en la pared de enfrente, justo al lado del lavabo.

—¿Qué haces aquí? —logra pronunciar Abigail.

—Lo he llamado yo —responde Erin desde la puerta—. Tienes que desahogarte y conmigo no hablas, supongo que necesitas a un amigo. Voy a traer vasos.

Algo se retuerce en el estómago de Abigail al escuchar el tono derrotado de Erin.

—¿Puedes taparte? —pregunta Liam, señalando su camisa medio abierta con una sonrisa burlona—. Si mi mujer se entera de que he pasado la tarde contigo medio desnuda, encerrado en el baño de tu casa con una botella de whisky, me pedirá el divorcio.

Abigail se cierra la camisa, pero tampoco puede hacer mucho más, ha roto casi todos los botones cuando ha intentado abrírsela. Erin regresa con dos vasos con hielo y se los entrega a Liam.

—¿A dónde vas? —pregunta Abigail.

—A la cocina, os dejaré a solas —responde Erin.

—Ve a por un puto vaso para ti y vuelve aquí. Por favor —dice en tono suave cuando ve que Erin duda.

Erin asiente, algo desconcertada, y vuelve un minuto después con otro vaso para ella. Se sienta donde estaba antes, detrás de Abigail porque su hermana mayor le parece una muñeca de trapo a punto de desplomarse si no la sostiene. Y Abigail no se queja, no le pide que se aleje ni se aparta,

porque todavía tiembla y sigue sin comprender del todo lo que le pasa a su cuerpo.

—Así que has tenido un día de mierda —suelta Liam, con una tranquilidad que sorprende a Erin.

El hombre se inclina hacia delante y les entrega un vaso de whisky a cada una antes de volver a su sitio y alzar el suyo en un brindis ficticio.

—Eso parece —responde Abigail.

—¿Te ha llamado tu madre? —tantea Liam.

Abigail casi escupe el trago que acaba de dar, tensándose bajo el brazo de su hermana, que la tiene rodeada por la cintura.

—No, creo que ya no recuerdo cuándo fue la última vez que me llamó —dice con una sonrisa cansada.

Pero sí que se acuerda porque ella tiene muy buena memoria. Fue hace cuatro años, su madre se emborrachó y encontró el valor para llamarla como hace cada cierto tiempo. Le recordó lo mala hija que era, lo mucho que la había decepcionado y después colgó. Abigail estaba con Liam aquella noche, cenando con él y con su mujer, Vanessa, en la casa que acababan de comprarse. No pudo seguir cenando, ni hablando, ni pensando. Simplemente, se levantó y salió al patio porque necesitaba que le diera el aire. Liam salió un rato después con una botella como la que ha traído ahora, se la bebieron entera y esa noche durmió en su sofá. Así es siempre, él aparece cuando ella lo necesita, porque Liam es su amigo, el único que tiene.

Erin se quita una goma de pelo de la muñeca que siempre lleva a modo de pulsera y le hace un recogido sencillo a su hermana que le despeja el cuello. Abigail lo agradece porque tiene calor, aunque no dice nada.

—Entonces, ¿qué ha sido? —pregunta Liam.

Abigail se encoge de hombros. Sabe que puede hablar con él de cualquier cosa, pero no sabe cómo hablarle de Taylor. Tiene la cabeza muy desordenada para eso todavía.

—Me preocupas, Abby —dice él—. Y hablo en serio. Últimamente, estás muy irascible.

—Se me pasará —responde ella.

—¿Es por mí, Abby? —pregunta Erin de repente—. ¿Es porque estoy aquí? ¿Porque te recuerdo a nuestro padre? Si es eso, dímelo y me iré. No me voy a enfadar, te lo prometo.

Los ojos de Abigail se abren mucho, su boca también, y su pulso se acelera de nuevo. Siente que le hace daño a todo el mundo. Se lo ha hecho a Taylor desde que llegó a Nueva York y se lo ha hecho a su hermana durante toda su vida.

—No, no quiero que te vayas —admite Abigail, y se sorprende porque realmente lo siente así.

—Pero te lo recuerdo a él —dice Erin.

—Joder, claro que me lo recuerdas, Erin —espeta y suspira —, pero eso no es culpa tuya.

Liam las mira sin intervenir, rellenando los vasos en silencio.

—Sí que lo es. Yo lo veía… —murmura Erin.

Abigail se gira lo suficiente como para poder mirarla.

—¿Qué es lo que veías? —pregunta descolocada.

—Veía cómo te trataba. No cuando era pequeña, pero después sí, me daba cuenta de cómo te ignoraba, de que no te incluía en nada. Venías a pasar las navidades y se comportaba como si no estuvieras allí —Abigail se pone completamente rígida—. Me daba cuenta y nunca le dije nada.

—No era responsabilidad tuya, Erin —dice Abigail, volviendo a acomodarse contra ella.

Coge su vaso y bebe, da un buen trago y nota como el líquido le quema la garganta, haciendo que por fin empiece a sentir algo más que temblor en el cuerpo.

—Sí que lo era, eres mi hermana. No me extraña que nos odiaras a todos —murmura Erin.

Abigail suspira.

—Odiaba esa casa —empieza a recitar con la mirada clavada en el vaso—. Odiaba que él me obligara a ir de visita todas las navidades para tener su puta foto familiar. Odiaba que mi madre lo permitiera. Lo odiaba a él por abandonarnos y hacer que ella se volviera una loca del control que me dejó sin infancia. Lo odiaba porque cuando se marchó, me dejó sola. Lo perdí a él y perdí a mi madre, pero no te odiaba a ti, aunque fueras un puto incordio que no salía de mi habitación cuando estaba allí —dice Abigail.

Erin se limpia las lágrimas con los dedos.

—Es que no salías de tu habitación —se justifica, sorbiéndose los mocos.

Abigail sonríe y resopla.

—¿Y dónde coño querías que estuviera, Erin?

Erin se sorbe los mocos otra vez mientras asiente. Todos sus recuerdos de las navidades que Abigail pasaba en casa con sus padres son así, con su hermana encerrada en su cuarto, leyendo libros o escuchando música mientras Erin jugaba con sus muñecas sentada sobre la alfombra al lado de su cama. Abigail nunca la echó de la habitación. Tampoco jugaba mucho con ella. Ocho años de diferencia entre ellas eran demasiados, pero la ayudaba con los deberes y la enseñó a jugar al ajedrez. Eso duró solo unos años, porque cuando Abigail fue mayor de edad, no volvió a pisar aquella casa y su padre jamás movió un dedo para intentar verla, simplemente se limitó a seguir firmando cheques para sus estudios y manutención y, por lo demás, se olvidó de que tenía otra hija.

—¿Qué pasó con tu madre? —se atreve a preguntar Erin.

Lo ha querido saber siempre y quiere aprovechar este momento, el único en el que su hermana se ha abierto con ella.

—La buena de Brigitte Stone —bufa Liam con una mueca.

Él y Abigail se echan a reír.

—Menuda bruja retorcida —sigue Liam, ante la expresión de desconcierto de Erin.

Abigail se masajea el cuello con la mano y cierra los ojos un segundo, lo tiene tan rígido que está segura de que, si toca donde no debe, se hará una contractura que le durará días.

—Cuéntamelo —insiste Erin con la voz estrangulada, en un intento desesperado de comprender el comportamiento de su hermana.

A Abigail no le apetece hablar de su madre, en realidad, no le apetece hablar de nada, pero siente que se lo debe a Erin, porque su hermana —o hermanastra como ella se empeña en recordarle con crueldad— siempre ha estado para ella, intentando entrar en su vida a pesar de que Abigail apenas se lo ha permitido. Y Erin nunca se ha rendido, ahora está ahí, abrazándola cuando más la necesita, cuando más perdida se siente.

—Digamos que cuando nuestro querido padre la dejó, mi madre no lo superó nunca. Se encerró en sí misma; por decirlo de algún modo, yo era demasiado pequeña como para entender su actitud de entonces, pero cambió, se volvió frívola, recta, estricta, exigente, cualquier cosa menos cálida o cercana —explica Abigail.

—¿Se alejó de ti? —pregunta Erin, pasmada.

—Bueno, no me abandonó, que es más de lo que puedo decir de nuestro padre, pero se convirtió en un robot. Decidió que tenía que criar a una hija perfecta, convertirme en una mujer a la que ningún hombre dejaría como le pasó a ella. Centró toda su puta energía en eso. Solo servía la excelencia. Tenía que ser la mejor en todo, y si lo era en una cosa, simplemente me apuntaba a otra.

—¿Cosas como qué? —pregunta Erin.

—Lo que fuera. Deportes, ajedrez, hasta cocina. Joder, odiaba la puta cocina —espeta Abigail, tirando el cubito de hielo que le queda dentro de la ducha.

—¿Y jugar? —pregunta Erin con la voz quebrada.

—Jugar… —sonríe Abigail—, eso era para niñas débiles, según ella. Y nosotras no lo éramos. Me moldeó hasta que llegó un momento que no sabía ni quién era. Entonces, un día, cuando tenía veinte años, se me ocurrió contarle que me gustaban las chicas.

Abigail se echa a reír, Liam también.

—Bendita idea —dice él, alzando su vaso vacío porque se han terminado la botella.

—Fue como matarla en vida —dice Abigail—. Había concentrado toda la rabia que le provocó el abandono de nuestro padre en crear a una mujer perfecta para doblegar a un hombre, y resulta que yo llevaba follando con mujeres desde los quince y no tenía ninguna intención de probar otra cosa. Ojalá se lo hubiera contado antes.

—¿Qué pasó? —pregunta Erin.

—Me echó de casa esa misma tarde. Me dijo que para ella estaba muerta, que era la mayor decepción de su vida y ese tipo de cosas.

—Dios mío, Abby… ¿Por eso no vino a tu graduación?

—Por eso solo estabas tú en mi graduación —Abigail le da un apretón en la rodilla, probablemente la primera muestra de afecto real que tiene con ella en todo este tiempo.

Ese es uno de los mejores recuerdos que tiene de aquella época, el día de su graduación. No esperaba a nadie. Sabía que su madre no iría y su padre mucho menos, pero cuando bajó de recoger su diploma, Erin estaba allí, sonriendo y aplaudiendo con orgullo.

Su hermana pequeña, que entonces tenía catorce años, se escapó de casa y cogió tres autobuses para ver la graduación de Abigail. Y eso no fue todo, le dio un regalo, uno que compró con sus ahorros. Un reloj plateado que Abigail ha llevado desde entonces, haciendo que se lo reparen cada vez que se le ha roto.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —pregunta Erin.

—Estaba bien —dice Abigail—. Que mi madre me echara de casa fue lo mejor que me pudo pasar. Empecé a respirar cuando lo hizo, y a tener el control de mi vida. Tenía los estudios cubiertos gracias a nuestro padre, así que no me costó salir adelante.

—Pero estabas sola, Abby, has estado sola toda tu vida —murmura, de nuevo con la voz estrangulada.

—He estado bien —insiste, tratando de que su hermana se sienta mejor—. Tengo mi trabajo, también tengo a este —dice señalando a Liam con una suave sonrisa—, y te tengo a ti. Deja de agobiarte —espeta como si no importara.

A Erin sí que le importa, pero sabe que no sacará mucho más de su hermana en ese aspecto, lo de hoy ha sido todo un logro.

—¿Estás mejor? —pregunta Liam, mirando la hora.

—Sí, vete antes de que tu mujer te eche de casa —responde Abigail.

—Vale —Liam se incorpora, pero suelta una risita cuando se tambalea ligeramente—. Joder —dice sorprendido.

—Las llaves —Abigail extiende la palma de la mano hacia arriba.

Liam no discute. Saca las llaves del coche del bolsillo y se las entrega.

—Sí, mejor pido un taxi.

—Gracias por venir, Liam —dice Erin.

Él hace un gesto con la mano y las mira desde la puerta.

—Debería inmortalizar este momento. Necesito pruebas que demuestren que Abigail Stone ha comido sentada en el suelo de un baño y ahora está medio borracha.

—Si sacas el teléfono del bolsillo, te corto las manos con el cuchillo del pan —amenaza Abigail.

—Dios me libre de intentarlo. Nos vemos, señoras.

—Mañana tendré una resaca terrible —dice Erin cuando escuchan la puerta del apartamento cerrarse.

—Es sábado, puedes pasarte el día tirada en el sofá sin hacer nada —responde Abigail.

—Ya… No has hablado con él —comenta Erin.

—¿Qué?

—De lo que sea que te ha puesto así, Abby. No se lo has contado. Ha salido el tema de nuestro padre y nos hemos centrado en eso, y me alegra, llevo mucho tiempo queriendo conectar contigo de una maldita vez, pero tú no has llegado aquí casi muriéndote por eso.

—Es verdad —admite Abigail para sorpresa de su hermana, que carraspea y hasta la recorre un escalofrío.

—¿Y me lo quieres contar ahora que estás más tranquila?

—Taylor —dice sin más.

—¿Taylor? ¿La chica con la que trabajas ahora? —intenta concentrarse Erin, que tiene la mente un poco embotada.

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

Quizás con la mente despejada, Erin habría atado cabos de inmediato, pero ahora le cuesta. Siente que todo avanza muy despacio en su cabeza, y Abigail no es que ayude mucho con sus respuestas cortas.

—De todo.

—De todo. Vale —dice Erin, bebiéndose el agua que ha quedado en el vaso de Abigail—. De todo puede abarcar muchas cosas, Abby, ¿puedes ser más específica?

Abigail se ríe, incrédula. En otra ocasión, ya la habría mandado a la mierda, pero ahora realmente quiere saber su opinión, solo por tener claro hasta qué niveles llega su crueldad.

—Me acosté con ella cuando estuve en Smithville.

—Ah —dice Erin—, pensaba que no te liabas con tus cantantes.

—No lo hago, pero lo hice con ella. Varias veces.

—Ajá.

Abigail se gira y la mira con una ceja levantada.

—¿Qué coño significa eso?

—No lo sé, dímelo tú —responde Erin.

Su hermana mayor se lo cuenta todo desde el principio. Le habla de esa primera vez que se acostaron sin que ella supiera quién era Taylor. Le habla de la segunda, cuando ya lo sabía y, aun así, no pudo contenerse. Y le habla de todas las demás, también de aquella especie de pacto que hicieron mientras estaban en Smithville y de que todo acabó cuando volvieron a

Nueva York. Le explica sus razones y, sorprendentemente, Erin las entiende. Le habla de la falta de control de Taylor, de todos sus intentos de acercarse porque para ella las razones de Abigail son absurdas. Le habla de cómo la ha ignorado la última semana, de lo cruel que ha sido con ella, y le cuenta lo que ha visto esta mañana, quedándose absorta cuando acaba.

—Vaya. Supongo que saber que se acuesta con otra mujer no te ha hecho sentir muy bien —concluye Erin.

Abigail esboza una sonrisa amarga.

—Ha sido como si me abrieran en canal, pero yo la he empujado a eso. Es lo que quería, poner distancia…

—Solo que no te esperabas que te afectase de ese modo —deduce Erin.

—No —admite Abigail—, pero ahora ya no importa. Es lo que tenía que pasar y…

Abigail intenta levantarse, pero no puede porque las manos de su hermana en sus hombros la empujan hacia abajo.

—Abby, espera. No estamos hablando del tiempo, joder, hablamos de tus sentimientos, y son importantes —dice Erin.

—¿Sentimientos? —Abigail frunce el ceño.

—Sí, maldita sea —Erin se echa a reír por un momento—. Dios mío, no eres un puto robot, Abby. Sientes cosas, y lo que sientes importa. Si estás enamorada de Taylor, no puedes actuar como si no fuera así.

—Por supuesto que puedo —asegura Abigail.

Ahora es Erin la que se levanta, y se tambalea del mismo modo que Liam, así que tiene que apoyar una mano en el lavabo.

—Joder, mañana te odiaré por esto —dice, apretándose el puente de la nariz durante un segundo—. Vale, levanta.

Erin le tiende la mano y Abigail la acepta. Ella también está bastante mareada, así que se apoya al lado de su hermana.

—Tienes derecho a sentir estas cosas, Abby, y también a dejarte llevar por ellas. Puedo comprender todas tus razones para mantenerte lejos de Taylor si solo es un capricho, una chica atractiva a la que te follas y te desconcentra, pero si te has enamorado de ella y ella también lo está de ti, al carajo tus malditas razones —Erin le da un suave empujón con el hombro, pero Abigail casi se cae y tiene que sujetarse más fuerte al mármol del lavabo.

—Todo eso no es tan sencillo. No he sido precisamente amable con ella y, aunque lo hubiera sido, ahora solo puedo ver la puta imagen de ese chupetón en el cuello de esa chica.

—Porque te ha dolido, pero esto es el amor, hermana —explica Erin—, hace daño si realmente sientes lo suficiente. Vamos a dormir, mañana con la mente despejada lo verás de otra manera.

—Creo que lo veré igual.

Erin gimotea, desesperada ante la terquedad de Abigail.

—Entonces tendrás que alejarte de Taylor del todo. Si no estás dispuesta a comportarte como una mujer adulta y hablar con ella exponiendo lo que sientes de verdad, deja que sea Liam el que se encargue de su carrera. Yo lo veo así, Abby —dice Erin, acompañándola a su habitación—, o vas con todo, o tienes que desaparecer de su vida por completo. Por ti y por ella.

Abigail se tumba en su lado de la cama, vestida, y Erin se derrumba en el otro. Las dos se quedan mirando al techo hasta que, en algún momento, la mente de Abigail se apaga y Erin decide quedarse con ella para asegurarse de que no esté sola si se despierta con otro ataque de pánico.

CAPÍTULO 34

A Abigail la despierta el sonido de la ducha del baño de su habitación. Por un momento, se siente completamente desorientada. Hace meses que no lleva a una mujer a su casa y, desde luego, cuando lo hace, no permite que se queden a dormir, pero entonces empiezan a asaltarla los recuerdos de la tarde anterior: el whisky, su hermana sujetándola cuando ella pensaba que iba a morirse, Liam, la charla y el jodido sándwich de manteca de cacahuete, y concluye que la que está en la ducha es Erin.

Se levanta despacio. Todavía lleva la misma ropa de ayer, arrugada y con la camisa rota.

—Joder… —masculla sorprendida mientras camina descalza hacia la cocina.

Necesita café y agua, mucha agua. Se mueve de forma automática al mismo tiempo que enciende la cafetera y busca un par de tazas en el armario y, mientras el café se hace, se apoya en la encimera y cierra los ojos, apretándose el puente de la nariz. Piensa en el ataque de pánico y el pulso se le acelera, también piensa en la conversación que tuvo con Erin sobre sus padres, en que fue la primera vez que se abrió con ella, y después piensa en Taylor. Todo está en su cabeza

envuelto en una neblina que ahora mismo le resulta muy molesta. Ella jamás pierde el control, y menos de esa manera. Siente que tiene algo roto por dentro y es la primera vez en su vida que no sabe qué hacer para arreglar algo.

—Dios mío —gruñe Erin, apareciendo en la cocina con el pelo húmedo y un pijama limpio, dispuesta a no salir de casa en todo el día—. Es como si me hubiera pasado un camión por encima. Recuérdame que no vuelva a beber whisky en toda mi vida.

Se lleva una mano a la cabeza y hace una mueca de dolor mientras se acerca a Abigail.

—¿Cómo puedes estar tan fresca después de todo lo que bebimos? —pregunta mirando a su hermana, que está rellenando las dos tazas de café.

Abigail la observa de reojo, es evidente que Erin no debe estar viendo bien, porque ella todavía no se ha duchado y tiene una pinta horrible, pero es cierto que, aunque le duele la cabeza, puede controlarlo. Le entrega una taza de café humeante y señala hacia el bote de aspirinas que ha dejado sobre la encimera.

—Práctica —responde con sequedad y la voz ronca.

Erin coge dos pastillas y se las traga con el primer sorbo, después se apoya contra la encimera y suspira de placer, como si el café ya la estuviera despejando.

—¿Cómo estás? —pregunta con suavidad, mirando a Abigail mientras ella también se traga un par de pastillas.

Su hermana se encoge de hombros.

—Bien.

—Abby…

—Estoy bien, Erin —asegura con su particular tono cortante, dejando claro que no quiere hablar del tema.

Erin asiente, comprendiendo que Abigail no está lista para hablar de lo que pasó en el baño, pero el silencio que se hace en la cocina después de eso no es incómodo para ninguna. Erin se siente feliz. Lo de ayer fue una victoria para ella. Sabe que la brecha entre su hermana y ella se ha cerrado, que, de algún modo, se han acercado. Ahora entiende el motivo por el que Abigail es tan hermética y fría, simplemente se protege de personas como sus padres, personas que debieron dárselo todo y no le dieron nada.

—¿Qué vas a hacer con Taylor? —pregunta, dando otro sorbo a su café.

Abigail se tensa tanto que nota un pequeño tirón en el cuello.

—Todavía no he tenido tiempo para pensar en eso —responde con frialdad—. No me agobies.

Erin suelta una risita, aunque ya sabe cómo llegar a su hermana, Abigail sigue siendo una mujer imposible.

—No te agobio, solo pregunto. Es un tema que…

El teléfono de Abigail comienza a sonar e interrumpe la conversación. Abigail mira a su hermana con una pequeña sonrisa malvada. Se inclina hacia un lado para cogerlo y, cuando ve el nombre en la pantalla, la sonrisa se le borra de golpe.

Taylor.

Son las ocho y media de la mañana de un sábado. Taylor nunca la llama, ni a esa hora, ni a ninguna otra. Durante todo el tiempo que lleva en Nueva York, esa parte del espacio personal de Abigail siempre la ha respetado.

Abigail cruza la mirada con su hermana durante un segundo antes de contestar sin ni siquiera dudarlo.

—Dime —responde con una calma que incluso a ella la sorprende.

Lo que escucha al otro lado de la línea la deja completamente desconcertada. Taylor está sollozando, histérica. Las palabras se atropellan en su boca de un modo incoherente, respira de forma irregular y habla tan deprisa que Abigail es incapaz de entender nada de lo que le dice.

—Taylor —la interrumpe con voz atronadora, pero preocupada de un modo que la ha hecho erguirse y perder la noción de todo lo que tiene alrededor—. ¿Qué pasa?

Erin también se endereza. El silencio de la cocina y estar al lado de su hermana le permiten escuchar perfectamente los balbuceos de Taylor.

—Abby, yo… —la voz se le vuelve a entrecortar—. Mi madre me acaba de llamar y…

Otra oleada de sollozos hace que Abigail no entienda nada. Espera con una paciencia que jamás ha tenido hasta que Taylor se calme, pero parece que, con cada segundo que pasa, la ansiedad de la cantante aumenta en lugar de disminuir.

—Taylor, para —ruge de nuevo, pero es un rugido suave, solo autoritario para asegurarse de que la interrumpe—.

Respira despacio y dime qué ha pasado. No te entiendo si hablas tan deprisa.

Se hace un pequeño silencio donde se escucha la respiración de Taylor.

—Ethan ha intentado suicidarse —logra decir la cantante por fin, con un susurro que le sale casi ahogado.

—Mierda… —masculla Abigail, poniéndose completamente rígida.

—Está en el hospital. Mi madre dice que está estable, pero que se ha tomado pastillas… Joder, Abby, la culpa es mía —explica de forma atropellada—. Yo lo dejé allí, lo abandoné, y ahora…

—Para, Taylor —la corta Abigail, tajante, pero sin rastro de esa crueldad que últimamente utiliza con ella.

Conoce a Taylor, sabe que la culpa la está devorando y algo dentro de ella se activa. Ahora no puede ser esa tirana de la última semana, tampoco le sale serlo porque solo quiere protegerla.

—Perdona por llamarte —continúa Taylor sin poder callarse —. Sé que no debo, pero es que no sé qué hacer, me cuesta pensar…

—Lo primero que tienes que hacer es entender que nada de lo que ha pasado es culpa tuya, ¿queda claro? —dice Abigail.

—Sí —responde Taylor tras una pausa.

—Bien, ahora siéntate en el sofá y espera a que yo llegue. Le diré a Patricia que reserve el primer vuelo a Nashville. Estaré en tu apartamento en media hora.

—Vale —susurra Taylor, aturdida—. Sí, gracias.

Abigail cuelga y se queda inmóvil durante un momento, procesando lo que acaba de pasar. Se gira hacia su hermana antes de salir de la cocina y la encuentra tratando de contener una sonrisa.

—¿Qué?

—Te vas con ella —dice Erin, y no es una pregunta.

Abigail se detiene en seco, como si de repente fuera consciente de lo que ha hecho.

—¿No debo? —pregunta frunciendo el ceño, sintiéndose insegura por primera vez en su vida.

Erin sonríe y deja su taza de café sobre la encimera.

—Es en momentos así cuando hay que estar al lado de las personas a las que queremos, Abby —dice con una calidez que hace que su hermana parpadee, cada vez más descolocada.

Abigail se siente mareada por un momento cuando piensa en sus palabras. ¿Y si eso es realmente lo que pasa? Que quiere a Taylor de una manera que va mucho más allá de la atracción o ese deseo voraz que siempre ha sentido por ella, que la quiere de una manera que jamás ha querido a nadie.

—Voy a ducharme —espeta, esquivando a su hermana.

Erin sacude la cabeza y vuelve a coger su taza de café.

—¿Necesitas que haga algo? —pregunta antes de que Abigail cruce el umbral de la cocina.

—Cuando Liam venga a por las llaves de su coche explícale lo que ha pasado. Que cancele la sesión de entrenamiento vocal de Taylor para el lunes como mínimo. Dile que lo llamo mañana cuando sepa algo más —dice Abigail.

—De acuerdo.

Antes de meterse en la ducha, Abigail llama a Patricia para que reserve los billetes, alquile un coche en el aeropuerto de Nashville y avise a Loretta para que vaya a recogerla.

Mientras está en la ducha, no deja de darle vueltas a lo que ha dicho Erin y ahora no sabe si se está pasando al acompañar a Taylor, pero Ethan ha intentado suicidarse y la cantante está en shock. Es lógico que vaya con ella, es lo que haría cualquier agente responsable con uno de sus artistas más importantes, al menos, es lo que se repite para calmar su inquietud.

Cuando sale de la ducha, Erin está en su habitación, con su maleta abierta sobre la cama, metiéndole ropa para un par de días.

—Cuida de Taylor, y cuídate tú —dice Erin, dándole un pequeño abrazo que Abigail acepta con cierta rigidez, pero sin quejas.

—Estaré bien —responde Abigail.

—Llámame cuando llegues —pide Erin mientras Abigail coge las llaves y su bolso.

La ejecutiva asiente y sale hacia el ascensor. Loretta ya la espera en la puerta y, mientras se dirige hacia el apartamento de Taylor, piensa en Ethan y en su incapacidad para apoyar a su hermana. A Abigail no la sorprende que haya recurrido a algo tan terrible como esto para llamar la atención de Taylor, y es muy consciente de que Ethan necesita ayuda, pero no puede evitar sentir una rabia feroz hacia él en este momento.

En coche, Taylor vive a apenas cinco minutos de su edificio. Abigail sube hasta su apartamento y llama a la puerta sin poder evitar que a su mente acuda por un instante la imagen de la chica a la que se encontró ayer saliendo por la puerta, pero la aparta con la misma rapidez con que llega.

Taylor abre de inmediato y Abigail se queda sorprendida cuando ve que todavía está en pijama, despeinada, sujetando el teléfono en una mano mientras se pasa la otra por el abdomen para secarse el sudor que le están provocando los nervios. Tiene la cara roja, sus grandes ojos oscuros enrojecidos tras el llanto y la nariz irritada.

—No he hecho la maleta —dice Taylor, aturdida, con la mirada fija en el rostro pétreo de Abigail, que sigue pasmada bajo el marco de la puerta.

—Tampoco te has vestido —señala Abigail.

Taylor se mira el cuerpo y asiente, pero no reacciona, la que lo hace es Abigail, que entra y cierra la puerta. Después coge a Taylor de la mano y la guía hasta su habitación. La cama está deshecha y la ropa de Taylor desperdigada por todas partes. A Abigail le cuesta estar ahí sin pensar en que en esa cama hubo otra persona con Taylor, el pecho le duele y siente que tiene una herida dentro que le sangra, pero eso también lo ignora.

—Vístete —dice abriendo el armario—, y coge solo tu documentación. No necesitas ropa, ya tienes en tu casa de Smithville. Patricia ha reservado el primer vuelo disponible —continúa Abigail—, Loretta está abajo esperando.

Taylor asiente, coge ropa limpia y empieza a desnudarse. Abigail se gira, sintiendo que no tiene derecho a mirar a pesar de que ha visto ese cuerpo desnudo lo suficiente como para habérselo aprendido de memoria, y camina hasta la ventana, cruzándose de brazos mientras espera.

—Ya está —dice Taylor, recogiéndose la melena en una coleta.

Se ha puesto unos vaqueros y una sudadera. Abigail también se ha vestido más informal que de costumbre, con un pantalón fino y un jersey de manga larga.

—¿La documentación? —pregunta Abigail.

—En el bolso.

—Pues vamos —Abigail le pone una mano en la espalda baja esta vez.

La guía hacia la puerta y es ella misma la que se encarga de cerrar.

El viaje hacia el aeropuerto transcurre en un silencio entre pesado e incómodo para Abigail. Incluso Loretta, que normalmente habla sin parar, permanece callada tras haber visto la expresión descompuesta de Taylor. La cantante está rígida en el asiento al lado de Abigail, mirando por la ventana sin ser capaz de procesar nada de lo que ve mientras la ejecutiva revisa en su teléfono los detalles del vuelo que Patricia le ha enviado.

Abigail mira de reojo a Taylor de forma constante, consciente de su respiración entrecortada, de la tensión en sus hombros y las lágrimas silenciosas que no dejan de caerle y que ella se limpia con los puños de la sudadera. Quiere

consolarla, pero las palabras no le salen, hay algo atascado dentro de ella. Así que se centra en la logística, en asegurarse de tener toda esa parte controlada, porque eso sí que sabe hacerlo.

Cuando llegan al aeropuerto, Loretta detiene el Mercedes en la zona de salidas y Abigail y Taylor se bajan del coche. La cantante se queda junto a su puerta mientras Abigail camina hacia el maletero, pero cuando llega se detiene y se acerca primero a Taylor.

—Te acompaño solo si tú quieres que vaya contigo —dice para asegurarse de que no le está imponiendo su presencia.

Taylor la mira, sorprendida por la pregunta. Durante un instante, Abigail piensa que va a decirle que no, que es un tema familiar y ella no pinta nada ahí. En parte siente alivio ante la idea, pero también siente otra cosa que le revuelve el estómago y no puede explicar.

—Quiero —dice Taylor, sin añadir nada más.

Abigail asiente, coge su maleta y da dos golpes sobre el capó para que Loretta se marche.

—Vamos —dice, poniendo de nuevo la mano en la espalda baja de Taylor.

En la terminal, Abigail es la que se ocupa de todo, guiando a Taylor como si fuera un cachorro desorientado que ha perdido a su manada. Taylor la sigue como si fuera sonámbula, agradecida de que Abigail esté ahí, encargándose de todo con esa eficiencia implacable que domina su carácter.

—Gracias —murmura Taylor mientras esperan en la puerta de embarque.

Abigail se gira hacia ella lentamente. Sigue sin encontrar las palabras adecuadas, pero se sorprende acercándose lo suficiente hacia Taylor como para atraerla con un brazo y besar su frente. Puede que esté dolida, pero estará ahí para ella siempre que la necesite.

Taylor se estremece tanto ante ese gesto que no se esperaba, que baja la mirada, hunde las manos en el bolsillo central de su sudadera y aprieta la mandíbula para contener un llanto que esta vez no es por el miedo que le provoca lo que ha hecho su hermano, sino por todo lo que siente por la mujer que tiene al lado y la frustración de no poder canalizarlo hacia ninguna parte.

CAPÍTULO 35

—¿Te duele? —pregunta Taylor cuando Abigail se masajea la nuca como puede.

Llevan tanto rato de silencio durante el vuelo, que la ejecutiva se sobresalta cuando la escucha.

—Solo es un poco de molestia —miente bajando las manos. En realidad, le duele bastante, además, también tiene la cabeza embotada por culpa de la resaca.

—Siempre estás igual, deberías ir al médico —comenta Taylor, volviendo a mirar por la ventana.

Lleva así todo el vuelo, con la mirada perdida, pero al menos está tranquila, como si después de la tormenta hubiera llegado una calma que la ha dejado exhausta. Abigail ha intentado cerrar los ojos varias veces y le resulta imposible. Ella no puede relajarse, por eso le duele tanto el cuello.

Cuando el avión aterriza, se repite la misma escena que en Nueva York. Taylor la sigue como un autómata mientras Abigail se dirige hacia el mostrador de alquiler de vehículos y le dedica una mirada gélida al empleado que hace que se apresure en atenderla para que se marche cuanto antes.

Taylor se sienta a su lado sin decir nada, abrochándose el cinturón mientras Abigail ajusta los espejos y pone la dirección del hospital en el GPS. No pone música, el único sonido en el interior del vehículo es el del motor. A Abigail no le importa, le gusta el silencio y lo agradece porque la molestia en la cabeza ha aumentado y ahora le duele más.

—¿Quieres algo? —pregunta cuando se detiene en una gasolinera a mitad de camino.

—No —responde Taylor.

Abigail sale del coche igualmente para echar gasolina y entra en la tienda. Cuando vuelve, deja un sándwich y una botella de agua sobre el regazo de Taylor.

—Come —ordena, poniendo el coche en marcha.

—No tengo hambre —murmura Taylor.

—Come —repite Abigail con un rugido.

Taylor resopla, aunque desenvuelve el sándwich y da un mordisco sin encontrar sabor a nada, pero sigue comiendo.

—¿Y tú? —pregunta Taylor.

—No me apetece.

—¿Y por qué yo tengo que comer y tú no? —protesta la cantante.

Abigail la mira de soslayo mientras piensa en lo que ha dicho.

—Tienes razón, no comas si no quieres —responde sin apartar la vista de la carretera, pero Taylor sigue comiendo.

Cuando llegan a Smithville, Taylor siente algo parecido al vértigo revolotear por su estómago. Vuelve a estar en casa. Aquí las calles son estrechas comparadas con la ciudad, echaba

de menos los porches de madera y baja la ventanilla para que le llegue el olor a hierba húmeda de los jardines. Abigail la observa sin decir nada, incluso ella siente cierta familiaridad con este pueblo donde solo pasó algo más de tres semanas y que, de algún modo que no se explica, llegó a gustarle.

Cuando llegan al hospital, Abigail aparca cerca de la entrada principal y se gira hacia Taylor, que sigue inmóvil en el asiento.

—¿Estás bien?

Taylor suspira con fuerza y su labio inferior tiembla de forma frenética durante un segundo.

—Sí —contesta, aunque la voz le sale temblorosa.

—Oye —dice Abigail—. No es culpa tuya, necesito que recuerdes eso cada segundo que pases ahí dentro.

—¿No vas a entrar? —pregunta Taylor.

Sabe que no necesita a Abigail, su familia está dentro y ella es una adulta muy capaz de enfrentarse a esto, pero se siente más confiada con ella al lado a pesar de la situación complicada que están atravesando.

—Sí, entraré contigo, pero necesito que recuerdes eso —insiste Abigail.

—Lo haré —asegura Taylor y ambas salen del coche.

Abigail camina un par de pasos por detrás de ella por el interior del hospital, mientras se dirigen hacia el pasillo que les han indicado al entrar. Solo quiere estar cerca de Taylor para intervenir si la necesita, pero dándole espacio para que se enfrente a esto a su manera. En cuanto tuercen por el último pasillo, Taylor ve a su hermana al fondo del siguiente.

Tiffany se levanta de la silla donde espera y va directamente hacia ella, con el pelo recogido en un moño desaliñado y las ojeras profundamente marcadas.

—Mamá no ha debido llamarte —dice, abrazando a Taylor con fuerza.

Abigail se detiene a varios metros de distancia y se apoya contra la pared cruzándose de brazos mientras las observa. Su postura es completamente rígida, incómoda en presencia de algo que le parece demasiado íntimo.

—¿Cómo está? —pregunta Taylor contra el oído de su hermana.

Tiffany se aparta y mira un segundo hacia Abigail, que permanece inmóvil como una estatua, y después vuelve a centrar la atención en su hermana.

—Estable.

—Quiero verlo —dice Taylor, limpiándose las lágrimas con el puño de la sudadera.

—Espera, Taylor, primero quiero que hablemos —le pide Tiffany.

Taylor frunce el ceño y deja que su hermana la guíe hasta detenerse cerca de una de las ventanas. Abigail no se mueve de donde está, respetando el espacio familiar, pero no puede apartar la mirada de Taylor.

—Ethan está bien físicamente —dice Tiffany.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Taylor, sintiendo que un escalofrío le atraviesa la columna.

Tiffany se aclara la voz y se abraza el cuerpo, buscando las palabras más adecuadas para expresar lo que necesita que su

hermana comprenda.

—El doctor ha dicho que la cantidad de pastillas que se ha tomado no era letal, ni siquiera era peligrosa. De hecho, avisó a mamá de lo que había hecho en cuanto se las tomó. Sabía perfectamente lo que hacía, Taylor —dice y se muerde los labios, sin saber cómo continuar.

Taylor parpadea, sin entender nada.

—¿Qué estás diciendo, Tiff?

—Que lo ha hecho para llamar la atención —explica Tiffany, apretando la mandíbula—. Supongo que está probando una forma nueva de manipulación. Él sabía que mamá te llamaría, y también sabía que vendrías corriendo.

Taylor da un paso atrás, mareada, de repente siente las manos entumecidas y el estómago revuelto.

—Eso es imposible —murmura aturdida—. Ethan no haría eso —las lágrimas comienzan a brotarle como si tuviera una fuente en la cara.

Abigail se tensa.

—Lo ha hecho, y si entras a verlo, le estarás demostrando que su método funciona, así que lo repetirá cada vez que quiera llamar tu atención.

—Para —susurra Taylor, sintiendo que las piernas le fallan —. Para, Tiff.

Tiffany la coge por los brazos y la mira fijamente.

—No puedes entrar, Taylor, si quieres ayudarlo, tienes que irte.

—Es mi hermano, Tiffany —murmura, sorbiéndose la nariz.

—Y el mío, cariño, pero también es un manipulador que acaba de chantajearte emocionalmente de la manera más cruel que se me ocurre. Y no le ha importado hacer daño a nuestros padres por el camino. No entres en su juego, Taylor, por favor —le suplica su hermana.

Taylor se coge la coleta, quiere tirarse del pelo y gritar todo lo fuerte que le permitan sus pulmones, sin embargo, en lugar de eso, mira hacia donde está Abigail y se encuentra con sus ojos gris verdoso observándola, diciéndole que está ahí solo para ella.

—No puedo verlo —murmura más para sí misma que para su hermana.

—No debes —afirma Tiffany—. Al menos, no por ahora, no mientras esté aquí.

Taylor asiente y se seca las lágrimas de nuevo, aunque siguen cayendo a borbotones. Siente una mezcla tóxica de rabia, dolor y una sensación de pérdida que no sabía que se podía experimentar. Acaba de perder a su hermano, y no porque esté muerto, sino porque se acaba de dar cuenta de que el Ethan que ella creía conocer, al parecer nunca ha existido.

—Vete a casa con Abigail —dice Tiffany, entregándole el juego de llaves que saca del bolsillo de sus vaqueros—. Descansa y mañana hablamos con más calma.

—¿Te vas a quedar aquí? —pregunta Taylor.

—Me quedaré con mamá por ahora, iré a casa más tarde.

Taylor acepta las llaves, pero cuando se dispone a acercarse a Abigail, su padre aparece por el pasillo y Taylor

salta sobre él como si llevara años sin verlo.

—Me alegro de verte, hija —dice Patrick Davey, levantándola del suelo mientras la estruja con fuerza.

Como Taylor está con su padre, Tiffany aprovecha para acercarse a Abigail. La ejecutiva se tensa por completo cuando la hermana mayor de Taylor se detiene frente a ella, cruzándose de brazos del mismo modo que está ella.

—Gracias por acompañarla —dice Tiffany—, no tenías por qué hacerlo.

Abigail la mira fijamente antes de responder.

—Hay muchas cosas que no debería haber hecho con tu hermana, pero esta no es una de ellas —afirma tajante.

Tiffany asiente, desviando un segundo la mirada hacia Taylor, que se ha sentado con su padre en las sillas junto a la pared.

—Tienes razón —dice Tiffany—, y si te sirve de algo, yo fui la que animé a mi hermana a que saliera con otras personas.

Abigail contiene la respiración durante un momento, atravesada por algo que hace que todo le escueza por dentro, pero manteniendo su postura impasible.

—Fue un buen consejo —responde con sequedad.

Tiffany esboza una sonrisa amarga.

—Fue un consejo de mierda, Abigail. Mi hermana está enamorada de ti y no está lista para estar con nadie todavía, y yo me hubiera dado cuenta de eso si no viviera en la otra punta del jodido país.

Las palabras de Tiffany son como un mazazo contra la espalda de Abigail. Siente que el aire se le atasca en la

garganta y que el corazón le destrozará las costillas como siga latiendo con tanta fuerza. Enamorada. Abigail ni siquiera sabe qué responder ante eso.

—Me resulta imposible saber lo que piensas —continúa Tiffany—. Eres la mujer más hermética que he conocido en toda mi vida, pero si no puedes darle a mi hermana lo que necesita de ti, te pido por favor que te alejes de ella. Sé que tienes más personal en tu agencia que puede encargarse de su carrera.

Abigail empieza a sentir temblor en las manos y la misma presión en el pecho que amenazó con matarla ayer en su despacho, pero se niega a permitir que siga devorándola, ahora necesita mantenerse entera por si Taylor la necesita, así que se limita a asentir a las palabras de Tiffany.

Tiffany vuelve con su hermana y su padre y Abigail se queda ahí, tan agotada emocionalmente que no ve venir a Taylor hasta que la tiene delante.

—¿Nos vamos? —pregunta la cantante—. Estoy cansada.

Abigail mira un poco más allá y se da cuenta de que Tiffany y su padre ya no están.

—¿No entras a ver a tu hermano? —pregunta la ejecutiva.

—No, te lo cuento en el coche —responde Taylor.

Y lo hace. Durante el trayecto que hay desde el hospital hasta la casa de Taylor, la cantante le explica la conversación que ha tenido con su hermana. Esta vez no llora y Abigail solo percibe rabia en su voz.

—Siento que haya pasado esto —dice Abigail tras escuchar todo el relato en silencio.

Taylor se gira hacia ella cuando Abigail está aparcando frente a la puerta de la casa.

—No pareces muy sorprendida —murmura, sintiéndose agotada.

Y Abigail no lo está. Ethan siempre ha sido un manipulador con su hermana, por lo que no le sorprende que haya recurrido a algo tan terrible como esto.

—Ethan no es santo de mi devoción —admite Abigail—, pero no me alegro de esto. Lo siento por ti y por él, y espero que encuentre la ayuda que necesita.

—Sí, yo también —dice Taylor, antes de bajar del coche.

Ahora es Abigail la que la sigue a ella. No se siente cómoda quedándose en casa de Taylor, hubiera preferido ir al hostal de Harold o cualquier hotel de la zona, pero considera que Taylor ya ha tenido un día lo suficientemente duro como para que ella haga que empeore. Le debe mantener la boca cerrada y, al menos eso, cree que puede hacerlo.

—Puedes quedarte en mi habitación —dice Taylor mientras abre la puerta—. Yo dormiré con Tiffany.

Abigail asiente sin decir nada y la sigue hasta el piso de arriba. La habitación de la cantante es como una bofetada para ella. Todo huele a Taylor, es un recuerdo constante de su presencia, de lo que ha tenido y se le ha escurrido entre los dedos por no haber sabido valorarlo.

—Hay toallas limpias en el armario del pasillo —dice Taylor sin cruzar la puerta—. El baño está al final, si necesitas algo…

—Estaré bien —la corta Abigail, que necesita estar sola.

Taylor cierra la puerta y la deja ahí, en el espacio más íntimo que existe de la cantante para Abigail. La ejecutiva permanece inmóvil varios minutos, observando cada detalle. Taylor tiene el típico panel de corcho lleno de fotografías clavadas con chinchetas, hay de ella a solas, de ella con sus hermanos y también con otras personas que Abigail no conoce. En todas aparece con una sonrisa y su mirada oscura brilla con esa fuerza que la caracteriza, con la luz que Abigail le ha apagado los últimos días. Hay trofeos en una estantería y más fotos familiares. Libros apilados en otra y dos guitarras acústicas a los pies de la cama, ambas llenas de dedicatorias de varias personas, seguramente familiares y amigos.

Abigail apenas puede respirar, todo en esa habitación habla de una vida normal, cálida y sobre todo familiar que ella nunca ha tenido, y se siente asfixiada. Se acerca a la ventana y la abre un poco para que el aire de finales de septiembre la ayude a serenarse. Desde ahí, se puede ver el jardín trasero iluminado con pequeñas luces de carga solar. Todo es tan diferente a su apartamento en Manhattan que, por un momento, tiene la sensación de que está en otro planeta.

No sabe el tiempo que pasa así, pero son dos golpes en la puerta los que la sacan de ese estado. Es como volver al pasado, a esas tres semanas que Abigail pasó en el apartamento que Patricia le alquiló. Taylor llamaba así cada vez que iba a verla, y su cuerpo temblaba de anticipación igual que ahora porque sabía que era ella.

—Abby, ¿puedo abrir? —pregunta Taylor desde el otro lado.

—Sí —responde ella, incapaz de moverse.

Taylor abre la puerta y lo primero que ve es la maleta sin deshacer, después a Abigail junto a la ventana, rígida y encogida al mismo tiempo.

—Quería saber si necesitabas algo —dice Taylor.

—Estoy bien —repite Abigail, que parece que es lo único que sabe decir últimamente.

La cantante niega con la cabeza de forma lenta, con desaprobación.

—No quieres estar aquí —dice Taylor, y no está preguntando.

Abigail empieza a cansarse de que todas hablen por ella, como si estuvieran dentro de su cabeza y supieran lo que siente mejor que ella misma.

—Estoy bien —insiste sin moverse.

—No es verdad, estás incómoda —afirma Taylor.

Abigail no contesta porque no sabe qué decir. No sabe cómo explicar que se siente fuera de lugar en esa habitación cálida llena de recuerdos familiares, que no sabe cómo ser humana en un espacio que no está diseñado para máquinas de trabajo como ella.

—No tienes derecho a estar enfadada conmigo —espeta Taylor de repente.

En su mirada hay algo completamente diferente. Taylor ya no parece el mismo cachorro abandonado que esta mañana. Está erguida y sus ojos oscuros brillan con una furia desconocida, es como si lo que ha pasado con su hermano hubiera quemado algo dentro de ella, como si la decepción tan

grande que ha sentido, en lugar de hundirla, la hubiera hecho más fuerte.

—Lo sé —admite Abigail, para sorpresa de Taylor—, pero no puedo evitarlo.

—Pues esfuérzate más, joder —ruge Taylor.

Los ojos de Abigail se oscurecen como si estuvieran a punto de desatar una tormenta devastadora, pero no abre la boca porque sabe que Taylor tiene razón. No tiene derecho, ella fue la que la apartó, y que se acostara con esa mujer fue una de varias consecuencias, y ella tiene que aceptarlo. Así que, sí, tiene que esforzarse más.

—Y dile a Patricia que reserve billetes para mañana —remata Taylor, dándose la vuelta hacia la puerta—. Quiero volver.

La cantante da un portazo al salir que hace temblar los cristales de la ventana. Abigail no se inmuta, pero su sonrisa se curva ligeramente ante la idea de que Taylor no se deje doblegar por nadie, y mucho menos por ella o por su hermano.

CAPÍTULO 36

Taylor frunce el ceño mientras se ajusta los auriculares y su voz ruge dentro de la cabina de grabación. Han pasado tres días desde que volvieron de Smithville y se ha centrado tanto en el trabajo, que tiene estresado a todo el mundo menos a Abigail, que siempre parece imperturbable en ese sentido. Taylor canaliza la rabia que sintió hacia su hermano a través de su voz y sus gestos cuando canta. Se pasa las tardes componiendo —si Abigail no le pide otra cosa— y tocando con su guitarra acústica, y acude al gimnasio del edificio dos veces al día, a primera hora cuando se despierta y después de cenar.

—Otra vez —dice la voz de Demian a través de los auriculares—, y Taylor, baja el ritmo o te quedarás sin voz antes de acabar la semana.

Abigail levanta la mirada de su portátil y se encuentra con los ojos marrones de Taylor fijos sobre ella. Se estremece de repente. Llevan así desde que volvieron, en un duelo visual que siempre las deja empatadas.

Taylor la provoca a todas horas esperando ese enfrentamiento que sabe que tienen pendiente. Quiere que Abigail explote de una jodida vez, que le diga lo que tenga que

decirle y zanjen esa tensión entre ellas de una vez, para bien o para mal.

—Canto así —responde Taylor, sin mirar a Demian.

El suspiro de Abigail es tan fuerte que levanta una hoja de su agenda. No solo la reta, también está protestona. Lleva toda la mañana en ese plan, cantando con esa fiereza que le está desgarrando la voz con cada quejido. A Abigail le encanta escucharla, es Taylor en todo su elemento, pero también sabe que Demian tiene razón. Si sigue así, acabará con problemas de garganta de forma estúpida, y ahora no se lo pueden permitir. Taylor firmará su primer contrato esta semana y, a partir de ahí, empezarán sus primeras actuaciones. Serán pequeñas apariciones al principio, pero Abigail sabe que ya no pararán y que, en cuestión de un año, probablemente ya tendrá su propia gira.

—Taylor… —dice Demian, pero Abigail da dos golpes en el cristal de la cabina de control cuando se levanta y le hace una señal al productor para indicarle que se ocupa ella.

El hombre suspira, en parte, agradecido. Lidiar con estas dos mujeres es un suplicio para él. Con Abigail ni lo intenta porque sabe que es una batalla perdida, y con Taylor tiene que ir con pies de plomo porque como diga algo que a su agente no le guste, le salta encima como una leona.

—Sal un momento —dice Abigail, tras abrir la puerta de la cabina de grabación donde está Taylor.

—¿Qué pasa? —pregunta ella tras dejar los auriculares y seguir a Abigail hacia un rincón apartado.

—¿Qué se supone que haces?

—Lo que hago siempre, Abby, cantar —responde, ahuecándose un poco la camiseta antes de cruzarse de brazos en un gesto entre prepotente y defensivo.

—No vayas de lista conmigo —espeta Abigail—. Ya sabes a lo que me refiero. Me parece bien que estés enfadada y tengas ganas de gritar, pero no lo hagas ahí dentro.

—Pensaba que, precisamente tú, eras la única que siempre me apoyaba para seguir mi instinto cuando canto.

—Y lo hago, pero eso no es instinto y lo sabes. Es rabia, y está bien que la sientas…

—Ya… —Taylor la interrumpe y suspira.

Abigail también se cruza de brazos, moviendo la cabeza hacia los lados para tratar de destensar los músculos del cuello.

—¿Qué sabes de tu hermano? —pregunta de repente.

Taylor parpadea. Ella no quiere hablar de su hermano, quiere hablar de ellas. Quiere que Abigail le diga lo que piensa, que le vomite toda esa mierda que tiene acumulada dentro desde que la vio con Jess en su apartamento. Taylor necesita cerrar esta historia para seguir avanzando de algún modo, pero Abigail parece evitarla como si estuviera atrapada intentando desenredar su propia mente. Lo único que ha cambiado desde que volvieron de Smithville, es su hostilidad hacia Taylor, eso ha desaparecido. Abigail la trata como antes, con su habitual frialdad, pero dejando al descubierto momentos como este donde no le importa dejar claro que se preocupa por ella.

—Nada. Desde que salió del hospital el martes, no sé nada nuevo. Tampoco sé si quiero saberlo —contesta Taylor.

—No eres peor hermana por eso —dice Abigail—. Tienes derecho a estar enfadada, con él y con el mundo.

—¿Y contigo? —suelta Taylor, mirándola fijamente.

—Especialmente conmigo, pero no dejes que tu rabia te joda la voz. Eres más lista que eso.

Taylor tuerce esa sonrisa que sigue provocando que el vientre de Abigail se contraiga.

—Bien —dice Taylor—. ¿Algo más?

Es tan provocadora que Abigail solo piensa en cogerla por el cuello de la camiseta y arrastrarla hacia el cuarto donde se guardan los instrumentos. El mero pensamiento de todo lo que haría con ella la marea, pero se limita a negar con la cabeza.

—No, sigue practicando. Y no vuelvas a hablarle así a Demian cuando tenga razón.

Abigail se dirige a su sitio y Taylor resopla. Le gusta cuando Abigail la defiende, y le molesta mucho ponerse cachonda cuando le echa la bronca, porque está enfadada con ella, y Abigail ya no debería tener ese efecto sobre ella, pero el deseo hacia su agente sigue completamente intacto.

—Sigamos en la segunda canción —dice Demian.

Taylor asiente y, cuando abre la boca para cantar, el hombre sonríe complacido. La voz le sale cargada con la intensidad de siempre, es pura emoción cristalizada en sonido, rabia convertida en arte, pero no hay ni rastro de ese sobreesfuerzo con el que Taylor llevaba rasgando su voz toda la mañana.

Abigail la mira desde su rincón. Durante estos días, está mucho más pendiente de ella que del portátil. No puede

apartar los ojos de Taylor, no sabe si busca asegurarse de que está bien o si simplemente es presa de algún tipo de hechizo del que ya no sabe cómo deshacerse. No deja de pensar en ella, también en la conversación que tuvo con Erin y en la que tuvo con Tiffany en el hospital. En resumen, ambas mujeres le dijeron lo mismo, si no puede darle a Taylor lo que quiere de ella, debe apartarse. El problema es que Abigail quiere dárselo, pero no sabe cómo empezar esa conversación porque la rabia le explota en la boca cada vez que piensa en la mujer del chupetón, en que sus labios y sus manos estuvieron sobre Taylor por su culpa, disfrutando de ese cuerpo que solo debería pertenecerle a ella.

—Descanso de diez minutos —anuncia Demian.

Taylor sale de la cabina y se seca el sudor de la frente con una toalla. Normalmente, suele ir a beber agua y también aprovecha para pasar por el baño durante esos descansos, pero ahora va directamente hacia Abigail.

—Tengo algo para ti —dice la cantante, sacándose una hoja doblada del bolsillo que extiende hacia su agente.

Abigail levanta la mirada y estira la mano para cogerla. Sus dedos se rozan un momento y ambas contienen la respiración al mismo tiempo.

—¿Qué es? —pregunta Abigail.

—Una nota de amor, como en el colegio… —responde sarcástica.

Abigail sube una ceja y Taylor siente el peso de su mirada penetrante.

—Otra canción —aclara, poniendo los ojos en blanco.

A Abigail no le sorprende. Taylor no ha dejado de componer desde que llegó a Nueva York. La mayoría las ha descartado y las dos que ha dado por válidas, se las envió a Abigail a su correo, pero esta es diferente. Taylor la siente de otra manera, y quiere asegurarse de que va a leerla hoy.

—Es nueva. La he escrito estas tardes en casa —explica, mirando a Abigail con una intensidad que le seca la boca a la ejecutiva—. Me gustaría saber qué opinas antes de que nos marchemos.

—Muy bien. La leeré durante el resto de la sesión —dice dejando el papel sobre las teclas del portátil.

—Genial —responde Taylor.

—Esta tarde tienes que venir al despacho. Nos reuniremos a las cuatro. Liam, tú y yo —dice Abigail—. Tienes que decidirte por una de las tres ofertas que tenemos. Ya he negociado todas las mejoras que he podido conseguirte en cada una y no podemos seguir dando largas o se acabarán retirando.

—Vale —dice Taylor, con esa media sonrisa que desarma a Abigail por completo.

La cantante regresa a la cabina de grabación y Abigail coge la hoja que le ha entregado y la despliega. Solo leyendo el título ya intuye que se va a tensar de un modo parecido a cuando leyó Lengua de fuego. Cenizas y hierro. Abigail toma una bocanada profunda y comienza a leer.

Construiste muros con mis sueños
Convertiste mi fuego en tu miedo

Cada palabra tuya era una cadena
Cada sonrisa, una condena
Pero las cenizas guardan brasas
Y el hierro se forja en la rabia
No seré la sombra de tu ego
No moriré por tu apego
Soy cenizas y hierro
Dolor que se hace acero
Lo que no me mata
Me convierte en una llama que abrasa
Dijiste que sin ti no era nadie
Que mi voz era solo ruido
Pero el silencio me enseñó
Que tu amor era mentira, tu apoyo olvido
Ahora vuelo sin tus alas rotas
Canto sin tu falsa armonía
Cada herida que me diste
Se convirtió en melodía
Soy cenizas y hierro
Dolor que se hace acero
Lo que no me mata
Me convierte en una llama que abrasa
Tu manipulación fue mi escuela
Tu traición, mi graduación
Aprendí que el fuego verdadero
No necesita tu aprobación

La respiración de Abigail se vuelve irregular mientras lee esas líneas escuchando a Taylor ensayando de fondo. Cada

verso es como una descarga eléctrica que la atraviesa de arriba abajo. No es capaz de determinar si la canción habla de Ethan, de ella o de ambos. Cree que mayormente habla sobre él, sobre su traición, pero en medio de esa tormenta de rabia, hay algunas flechas que podrían referirse perfectamente a esa forma hostil y cruel que ella tuvo de tratarla hace apenas una semana.

Convertiste mi fuego en tu miedo

La frase se repite en la cabeza de Abigail de forma constante. Puede que sea solo para Ethan, pero también refleja muy bien lo que ha hecho ella. Porque no es más que miedo todo lo que Abigail ha sentido desde el principio, eso es lo que no le ha permitido acercarse del todo a Taylor. Miedo a que sus llamas la abrasen por completo, miedo a que Taylor descubra que puede comerse el mundo cuando se trata de negocios, pero que el mundo se la come a ella cuando se trata de sentimientos. Miedo de no estar a su altura, de no saber darle eso que todas dicen que Taylor necesita de ella y que Abigail ni siquiera sabe qué es.

—Listo por hoy —anuncia Demian, dando por concluida la sesión—. Buen trabajo —dice, felicitando a Taylor cuando sale de la cabina.

Ella le sonríe y va directamente hacia Abigail, que parpadea desorientada por un momento.

—¿La has leído?

Los ojos gris verdoso de Abigail se clavan en los suyos como si acabaran de caer de una montaña. Taylor nota que la

corriente le atraviesa la columna, haciendo que se yerga de repente.

—Sí —responde Abigail con un susurro helado.

—¿Y?

Abigail quiere decir muchas cosas, pero sigue teniendo la mente muy desordenada todavía.

—¿Tienes música para ella? —pregunta en lugar de contestar.

—Sí —responde Taylor, volviendo a torcer esa sonrisa que empieza a resultar demoledora para Abigail—. ¿Quieres escucharla?

—Sí —otro susurro helado.

—¿Quieres venir a mi apartamento esta tarde? —tantea Taylor—, después de la reunión. O más tarde, estaré ahí componiendo.

Abigail mueve la cabeza lentamente de forma afirmativa. Ni siquiera sabe si es buena idea ir al apartamento de Taylor. Puede pedirle que se la cante ahora, tienen el espacio y la guitarra que necesita la cantante, pero para Abigail esto es personal y no quiere espectadores.

—De acuerdo —responde, cerrando su portátil.

Tres horas después, Taylor está sentada al lado de Liam frente a Abigail en el despacho de la ejecutiva. Las tres propuestas están extendidas sobre la mesa en tres simples hojas que contienen los puntos más importantes de lo que cada discográfica le ofrece a Taylor en el contrato.

—Bueno —dice Liam, cruzando las manos sobre la mesa—. Golden Music es la que te ofrece el mayor adelanto, pero con

menos control creativo. Black Universal te da total libertad para elegir tus temas y colaboraciones, pero el adelanto es menor. Y Meridian Music…

—Meridian la descarto —interrumpe Taylor mirando a Abigail, que tiene que esforzarse por contener una sonrisa—. Después de lo que pasó en aquella reunión, no confío en que respeten mi estilo por mucho que hayas conseguido que lo pongan por escrito.

—Me parece bien —dice Abigail, orgullosa de la seguridad que muestra Taylor, mientras coge el papel que contiene la propuesta de Meridian para hacer una bola con él y tirarlo a la basura.

—En ese caso, nos quedan dos opciones —continúa Liam —. Ahora, básicamente, tienes que decidir entre dinero o libertad creativa, porque para lo demás, ambas te ofrecen lo mismo —resume el ejecutivo.

Taylor mira las dos propuestas, después a Liam y, por último, a la única persona en quien confía para todo a pesar de las circunstancias personales entre ellas.

—¿Tú qué harías?

Abigail también junta las manos sobre la mesa en la misma postura que su socio, mirando a Taylor con intensidad.

—Yo solo estoy aquí para guiarte, no para imponerte nada —responde con una voz sedosa que hace que Taylor se estremezca—. El único consejo que puedo darte, es que elijas la propuesta con la que creas que te sentirás más cómoda, con la que sientas que puedes ser tú misma.

Taylor sabe que hay un doble mensaje ahí y lo capta de inmediato. Es el mismo que Abigail le ha dado siempre. Lo primero es ella, su voz y su esencia, y no debe hacer nada que la limite jamás si no quiere perderse en el camino.

La cantante es muy consciente de que Abigail se tira tierra encima, como agente, a ella le interesa que Taylor elija el contrato que más beneficio le aporte porque así su comisión es más elevada, pero Abigail sigue anteponiéndola ante todo. Lo ha hecho desde el principio, y Taylor valora ese gesto de un modo que le resulta muy difícil expresar con palabras.

—Black Universal —dice sin dudarlo—, quiero libertad creativa.

Abigail hace otra bola de papel con la propuesta restante y Liam sonríe y se levanta para darle la enhorabuena a Taylor.

—Hablaré con Harris esta misma tarde —dice Abigail, tomando nota en su agenda—. Lo tendremos listo para firmar mañana.

—Estupendo —dice Liam, dándole un apretón en el hombro a Taylor antes de salir del despacho.

La reunión entre ellas continúa unos minutos más en los que Abigail le explica algunos detalles sobre el contrato, pero Taylor apenas le presta atención, ella solo puede pensar en lo que viene después, en Abigail en su apartamento escuchándola cantar y en la conversación que pretende tener con ella de una vez por todas.

—¿Tienes alguna duda? —pregunta Abigail, sujetando el bolígrafo sobre su agenda, mientras cruza una pierna sobre otra y deja a la vista sus zapatos de tacón, unos *Louboutin* con

esa suela roja que la hace parecer más imponente de lo que es.

—Ninguna —sonríe Taylor, observándola con sus enormes ojos marrones muy abiertos.

—Bien —Abigail asiente—, pues entonces ya está. Llamaré a Harris y procuraré que me pasen el borrador del contrato mañana a primera hora para tener tiempo de revisarlo con calma.

—Estoy segura de que no se te escapará nada —dice Taylor levantándose—. ¿A qué hora vendrás?

El cuello de Abigail se engarrota de repente.

—No lo sé, te aviso cuando salga de aquí. Intentaré que no sea muy tarde.

Taylor sale del despacho y la deja ahí, envuelta en una estela de su perfume suave. Abigail tiene ganas de volver a oler esa misma fragancia mezclada con el sudor de Taylor después de cantar. Se aprieta el puente de la nariz y suspira; últimamente, la asaltan demasiados recuerdos de ese tipo. Taylor sudada. Taylor desnuda. Taylor sobre el escenario, mirándola solo a ella. La risa de Taylor. Los ojos oscuros de Taylor. Los dientes de Taylor clavándose en su carne.

A Abigail se le seca la garganta.

A las ocho de la tarde, la ejecutiva llama al timbre de Taylor. Se ha cambiado el traje por unos pantalones oscuros y una camisa blanca —consejo de Erin para mostrarse un poco más informal— aunque se ponga lo que se ponga, Abigail sigue manteniendo esa elegancia afilada que la caracteriza.

La puerta se abre tan rápido que la ejecutiva da un paso atrás, sorprendida. Taylor lleva unos vaqueros y una camiseta de manga corta tan ajustada, que sus pequeños pechos quedan perfectamente marcados a través de la tela, haciendo que a Abigail le cueste mucho mantener la mirada en otro sitio.

—Pasa —dice Taylor, señalando el interior del apartamento.

Lo primero que Abigail ve es la guitarra apoyada en el sofá, una libreta abierta sobre la mesa de centro con la hoja completamente garabateada y varias bolas de papel arrancadas esparcidas por la mesa.

—Parece que estás muy creativa esta semana —murmura Abigail.

Taylor pasa por su lado y levanta el bolígrafo que tiene en la mano al mismo tiempo que se encoge de hombros.

—Supongo que últimamente pienso mucho.

Abigail capta el mensaje. No hay ningún tono de reproche en la voz de Taylor, pero es evidente que la cantante también está rabiosa con ella.

—¿No te sientas? —pregunta Taylor, cogiendo la guitarra.

—Estoy bien aquí —dice Abigail, apoyándose contra el mueble del salón.

—Claro —cabecea Taylor.

A estas alturas, ya no hay nada en el comportamiento de Abigail que la sorprenda. Está acostumbrada a su frialdad y sus barreras, también a verla en tensión de forma constante y, sobre todo, a esto, a que la mujer frente a ella no logre sentirse cómoda del todo en los espacios que no le pertenecen porque no puede controlarlos, algo que la pone nerviosa.

—¿Empiezo ya? —pregunta Taylor.

—Sí, cuando tú quieras —contesta Abigail.

Taylor comienza a tocar. Los primeros acordes son una melodía tan oscura como poderosa y, cuando abre la boca y empieza a cantar, su voz sale cargada con toda esa intensidad emocional que Abigail ha leído en la letra.

Como siempre, la voz de Taylor se quiebra en los momentos correctos y el quejido andaluz que la caracteriza aparece y desaparece como si fuera una ola de mar. Abigail siente que cada nota la atraviesa y la electrifica, cortándole la respiración. Es como volver a las primeras semanas en Smithville, cuando todo era fácil con Taylor y escucharla cantar era lo más parecido a una experiencia religiosa que Abigail ha tenido en su vida.

Soy cenizas y hierro
Dolor que se hace acero

Abigail se agarra con fuerza al mueble que tiene detrás. La canción simplemente le parece brutal y devastadora al mismo tiempo. Es como recibir un impacto que te deja desorientado y del que necesitas unos minutos para recuperarte cuando termina. La canción acaba y el silencio entre ellas se extiende con pesadez. Taylor deja la guitarra y observa a Abigail, que sigue inmóvil junto al mueble con la mirada clavada en el suelo.

Taylor estaba dispuesta a forzar una conversación entre ambas esta noche, a dejar claras las cosas de una vez, a aceptar que Abigail no la quiere y seguir adelante si eso es lo que tiene que pasar, pero Abigail parece sobrepasada ahora

mismo, y Taylor sabe lo que pasará si la presiona en un momento en el que la mujer que tiene delante probablemente se siente vulnerable o acorralada. Sacará las garras, escupirá hielo por la boca y la situación entre ellas empeorará. La cantante decide que no necesita hablar hoy, puede esperar a mañana, quizá después de firmar el contrato.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta con suavidad, levantándose del sofá para caminar hacia Abigail.

La ejecutiva la mira fijamente, apretando la madera del mueble con tanta fuerza que los dedos le duelen. Necesita explotar, necesita que lo que tiene dentro le salga. Es como un orgasmo al que no llegas, cuando todo el placer está ahí, vibrando por tu vientre esperando a ser liberado, pero se acaba disipando sin que encuentres la manera de guiarlo hacia donde debe. Así se siente Abigail con su dolor y sus sentimientos. No sabe liberarlos porque nunca lo ha hecho, y está muy frustrada.

—Brutal —responde con voz ronca y una sinceridad que deja a Taylor boquiabierta—. Como todo lo que haces.

La cantante sonríe, esa sonrisa torcida que le complica la existencia a Abigail.

—Gracias —responde, sin saber qué más decir.

Abigail se aparta del mueble y se acerca a ella. Se pega a su cuerpo y Taylor se paraliza por completo cuando la ejecutiva le pone una mano en el cuello y le da un beso en la sien. Un beso cálido y prolongado, algo completamente inusual en Abigail.

—Tengo que irme —susurra sin soltarla.

Taylor nota el ligero temblor en su voz, también la tensión en su cuerpo, como si Abigail estuviera a punto de partirse en dos en cualquier momento.

—Pero tenemos que hablar —murmura Taylor, colocando una mano sobre la de Abigail.

—Sí, pero hoy no —responde, deslizando los labios contra su mejilla con tanta dulzura que Taylor siente que está a punto de entrar en combustión bajo el aliento cálido de Abigail.

—Vale —acepta la cantante.

Abigail aspira el aroma de su pelo como si fuera el combustible que necesita para seguir funcionando y se aparta, caminando hasta la puerta.

—Abby —dice Taylor antes de que salga.

La ejecutiva se detiene, pero no se gira.

—Dime —su voz es un susurro contenido que hace que Taylor quiera abrazarla, pero se queda donde está.

—Cuando pienses en lo que vas a decirme cuando hablemos, ten en cuenta que estoy enamorada de ti. Creo que lo estoy desde que me sonreíste la primera vez. Fue ahí cuando me di cuenta de que tu hielo siempre puede derretirse con un poco de paciencia, y yo la tengo, Abby —asegura la cantante.

Abigail traga saliva y asiente. Los ojos se le acaban de humedecer y está más asustada que nunca, por eso sale y cierra un poco más fuerte de lo que pretendía, caminando con prisa hacia el exterior del edificio, en busca de un poco de aire que ayude a que sus pulmones empiecen a llenarse y lo que sea que se cierra sobre su garganta deje de apretarla.

CAPÍTULO 37

Taylor mira fijamente a Abigail mientras esta desliza su bolígrafo por encima de cada cláusula del contrato, leyendo en diagonal. Su agente no la ha acompañado esta mañana a las sesiones de grabación porque se ha ocupado de lo mismo que hace justo ahora, solo que, en este momento, se encuentran en la sala de reuniones de Stone & Cottet y Abigail y Taylor no están solas, junto a ellas, también están Liam y, al otro lado de la mesa, está Harris —el vicepresidente de Black Universal— junto a su asistente legal.

Abigail tiene toda la calma que le falta a Taylor, que no deja de alternar la mirada entre la mujer que tiene al lado y el bolígrafo plateado que Harris le ha entregado junto con su copia del contrato, donde ella no piensa estampar su firma si Abigail no le da su aprobación.

—Parece que todo está en orden —dice Abigail al fin.

Liam gime de puro alivio. Adora la meticulosidad de su socia, pero a veces le parece excesiva.

—Los términos son los que hemos acordado.

Taylor la mira y Abigail le hace un gesto de asentimiento. La cantante coge el bolígrafo y empieza a firmar en cada página del contrato intentando que el corazón no se le salga

por la boca mientras lo hace. Cuando estampa la última rúbrica, Harris sonríe satisfecho y extiende la mano hacia ella.

—Bienvenida a Black Universal, Taylor. Estamos deseando trabajar contigo.

—Gracias —responde ella, estrechando la mano del ejecutivo con una sonrisa que le llega hasta las orejas.

Durante los siguientes minutos, hablan de los próximos pasos. Se mencionan fechas para grabaciones oficiales, posibles colaboraciones y el cronograma para el lanzamiento de su primer sencillo. Abigail toma nota de todo y menos mal que lo hace, porque Taylor no se entera de nada, ella está flotando en una nube con la sensación de que esto le está pasando a otra persona.

Cuando Harris y su asistente se despiden y por fin se marchan, la sala se queda en un silencio repentino donde Taylor siente la mirada de los dos socios de Stone & Cottet sobre ella. Se queda sentada, mirando su copia del contrato frente a ella mientras Abigail da vueltas a su bolígrafo entre los dedos.

—Bueno —dice Liam, rompiendo el silencio mientras él y Abigail se levantan—, ya está hecho. Oficialmente, eres una artista de Black Universal.

Es entonces cuando explota. Taylor salta de la silla y da un grito tan fuerte de alegría, que Liam está convencido de que lo ha escuchado todo el edificio. Se lanza sobre él, que se ríe contagiado por su euforia y la levanta del suelo mientras ella sigue gritando.

—¡Joder, Liam, lo he conseguido! —exclama sin poder contenerse.

—Claro que lo has hecho —confirma él, dejándola en el suelo—. Y esto solo es el principio.

Taylor se gira hacia Abigail, que la observa sonriendo, recordándole a aquella Abigail que conoció en Smithville. Taylor ni se lo piensa, se lanza sobre ella también y le rodea el cuello con los brazos.

Para su sorpresa, Abigail le devuelve el abrazo sin dudarlo. Le pone una mano en la espalda y hunde la otra bajo su melena, apretándola con fuerza contra su cuerpo mientras acerca sus labios a su oído.

—Enhorabuena, cariño. Te lo mereces todo —dice masticando cada sílaba.

La frase es un susurro, pero para Taylor es algo demoledor viniendo de ella, sobre todo cuando Abigail ejerce más presión al decirlo, demostrándole con hechos que realmente siente lo que dice. Taylor podría recibir mil felicitaciones procedentes de las personas más relevantes del panorama musical, pero a ella solo le importa esta, la de Abigail, sus palabras sinceras y la carga emocional que ha notado en ellas.

El abrazo se prolonga cuando Taylor comienza a temblar de manera repentina. Es una mezcla explosiva de sensaciones: la emoción por el contrato, el alivio por haber llegado hasta aquí y la intensidad de tener a Abigail tan cerca después de semanas de una distancia forzada que ella nunca ha querido. Sus ojos oscuros se humedecen y comienza a llorar contra el

hombro de la ejecutiva, sollozos de alegría que no puede detener.

Abigail la estrecha con más fuerza y suspira contra su pelo, cruzando una mirada fugaz con Liam antes de centrarse de nuevo en Taylor. Es consciente de que hay algo más que euforia en las lágrimas de la cantante, puede sentir toda la tensión acumulada en el cuerpo de Taylor a través de sus temblores, todo lo que ha soportado con su hermano, la presión de mantener intacta su esencia en un mundo que constantemente intentaba cambiarla. La mantiene ahí, sin importarle que Liam esté presente, dejando que Taylor se desahogue.

Cuando la cantante por fin se calma, Abigail vuelve a besar su sien como la noche anterior antes de apartarse y mirarla a la cara mientras Taylor trata de secarse las lágrimas entre sollozos y risas.

—Lo siento —dice entre hipidos—. Es que no puedo creerme que esto haya pasado de verdad.

—Pues empieza a creértelo —dice Abigail, concentrada en su rostro mientras ella misma le limpia las lágrimas con sus pulgares, con una calidez que hace que Liam arquee una ceja.

—Sí —Taylor sonríe en medio de otro hipido.

—Esto hay que celebrarlo —opina Liam—. Reservaré mesa en el restaurante de siempre para esta noche. Abigail, dile a Erin que se venga. Y tú, Taylor, trae a quien quieras.

Abigail y Taylor se miran un momento cuando las dos piensan en la mujer a la que Abigail vio salir de su apartamento. La tensión aparece entre ellas de repente, pero

ninguna dice nada. Abigail no piensa empañar este momento de Taylor con eso, así que arrastra otro par de lágrimas de la cantante y se aparta para recoger sus cosas.

—¿Os parece bien a las ocho y media? —pregunta Liam, ajeno a ese momento de tensión que acaba de presenciar sin saberlo.

—Sí —responde Abigail y Taylor asiente.

Los tres abandonan la sala de reuniones y Taylor se despide para ir hacia los baños y lavarse la cara.

—Liam, ¿puedes venir a mi despacho? —pregunta Abigail —. Necesito hablar contigo.

Él simplemente la sigue hasta que ambos están dentro del despacho de la ejecutiva, donde Abigail va directamente al grano después de cerrar la puerta.

—A partir de ahora, quiero que te encargues tú de la carrera de Taylor —dispara a bocajarro.

Liam se queda inmóvil durante un momento, procesando lo que acaba de escuchar. No puede decir que le sorprenda del todo lo que le pide Abigail, hace tiempo que tiene sus sospechas y se acaban de confirmar hace un momento en la sala de reuniones, así que decide ser igual de directo que ella.

—¿Tienes algo con Taylor? —pregunta, caminando hasta la silla frente a la mesa de Abigail.

Ella se queda de pie, con los brazos cruzados junto a la ventana.

—No lo sé —responde encogiéndose de hombros—. Tengo una conversación pendiente con ella, pero independientemente de cómo vaya, yo no puedo ser su agente, Liam.

Su socio frunce el ceño.

—¿Por qué no?

Abigail lo mira con esa expresión pétrea que utiliza para protegerse cuando se siente vulnerable como ahora.

—Porque me cuesta mucho ser imparcial cuando se trata de ella. No puedo pensar con claridad —confiesa, y mira un momento por la ventana antes de seguir—. No puedo tomar las mejores decisiones para su carrera si estoy… —Abigail niega con la cabeza, ni siquiera sabe cómo explicarlo—. No puedo poner en riesgo su futuro por ser una incompetente —espeta sin más.

Liam suelta una risotada repentina que hace que su socia lo fulmine con la mirada.

—¿De qué coño te ríes?

Él se levanta y rodea la mesa, apoyándose al otro lado de la ventana frente a Abigail.

—Si hay alguien competente en esta agencia, esa eres tú, Abby, pero tienes razón en una cosa —dice poniéndose serio—. La vida es mucho más que trabajo, y tú también tienes derecho a sentir cosas.

—Yo no he dicho eso —murmura Abigail.

Él sonríe y se acerca un poco más, poniéndole una mano sobre el hombro.

—No conscientemente, pero lo has hecho. Y debe ser muy fuerte lo que sientes por Taylor cuando estás dispuesta a renunciar a hacer lo que más te gusta por ella, así que espero que esa conversación vaya bien. Y joder, Abby, esfuérzate por construir frases que tengan más de cinco palabras.

Ella sonríe y lo empuja para apartarlo.

—Será un honor encargarme de Taylor, y Dios me libre de hacer algo mal —bromea Liam, dirigiéndose a la puerta—. Nos vemos esta noche, no llegues tarde.

El restaurante donde Abigail y Liam suelen celebrar las victorias de su agencia es elegante sin resultar incómodo, con vistas panorámicas de la ciudad. La mesa la están ocupando siete personas esa noche. Liam y su mujer, Vanessa. También están Erin, Demian y David —uno de los músicos que trabajó con Taylor en Smithville, y cerrando el círculo, están Abigail y Taylor.

Para sorpresa de todos, especialmente de su hermana, Abigail parece bastante relajada. Lleva un vestido negro que está dejando miope a Taylor y su melena castaña suelta ondeando sobre sus hombros. No es esa versión robótica y blindada que todos conocen, esta noche hay algo más suave en ella, aunque Erin no logra identificar lo que es, salvo la presencia de Taylor a su lado.

La cantante está radiante. Ella lleva una blusa de color verde que hace que sus ojos brillen como dos brasas ardientes y se ha recogido la melena en un moño suelto que deja escapar mechones por todas partes, mechones que Abigail quiere arrastrar con sus dedos. Taylor no puede dejar de sonreír, todavía no ha procesado del todo lo que ha pasado esta tarde y que en la mesa no se hable de otra cosa, la tiene inflada como un pavo real.

—¿Echas de menos Smithville? —pregunta Vanessa—. El cambio ha debido ser brutal para ti.

Taylor mira a Abigail antes de responder. Ambas llevan toda la noche así, gravitando la una hacia la otra sin control, sin poder evitar buscarse todo el tiempo. Erin mira a su hermana con fascinación, porque jamás la ha visto ser tan consciente de otra persona como ahora, y le parece tan humana que solo tiene ganas de abrazarla.

—Echo de menos a mi familia y echo de menos la tranquilidad, pero no echo de menos sentir que no podía volar —responde Taylor—. Aquí me siento completamente libre.

Abigail siente una punzada de emoción atravesarle el pecho, preguntándose si, de algún modo, ella ha contribuido a que Taylor encuentre su lugar en el mundo.

Cuando llegan los postres, Taylor se disculpa y sale al balcón para tomar el aire. El restaurante tiene varios de ellos, uno en cada ventana, iluminados con luces suaves que crean un ambiente muy íntimo.

—¿Abrumada? —pregunta una voz sedosa y afilada detrás de ella.

Taylor se gira y se encuentra con Abigail acercándose hasta situarse a su lado, apoyando los brazos en la baranda, manteniendo una pequeña distancia con ella, pero no la suficiente como para que a Taylor no le llegue su perfume.

—Un poco —admite Taylor—. Me sigue costando creerme que haya pasado de verdad.

—Pues hazlo de una vez, porque ha pasado —Abigail se endereza y, cuando habla, su voz suena como un rugido, potente y autoritaria.

Taylor también se yergue, notando la tensión cuando Abigail la mira a los ojos. Con esa luz tan suave, apenas puede distinguir su color, pero sí que percibe esa intensidad que crepita dentro de Abigail, esa rabia que ha estado conteniendo durante días hirviéndole en la boca.

—Dilo —dice Taylor.

Abigail da un paso hacia ella, tan intimidante sin pretenderlo, que Taylor da un paso hacia atrás, encontrándose con la pared de cristal de uno de los laterales del balcón.

—Dilo de una vez, Abby. Suelta lo que piensas —exige Taylor.

—La mordiste —espeta Abigail en un susurro contenido.

—¿Qué?

—De todo lo que pudiste hacer con ella, eso es lo que más me trastorna —confiesa Abigail—. La mordiste, y quiero saber lo que sentiste al hacerlo.

El corazón de Taylor sube y baja por su pecho como si sus costillas fueran una escalera.

—Nada —espeta Taylor, acercándose tanto a Abigail, que sus labios están a punto de rozarse—. No sentí nada, la mordí porque te buscaba a ti, quería sentir algo de lo que sentía contigo. Te busqué por todas partes y no encontré nada —escupe rabiosa, mientras Abigail se incendia con su aliento—. Me sentí vacía, y la culpa la tienes tú.

Abigail arquea una ceja y se retira un poco para poder mirarla sin ver doble.

—¿Yo soy la culpable de que tuvieras un mal polvo? —pregunta, atravesándola con los ojos convertidos en dos rocas

ardientes.

—Sí, lo eres —asegura Taylor, manteniéndole la mirada.

Taylor espera que Abigail estalle, que le diga que no tiene derecho a culparla, que pudo elegir, que fue débil y a la primera de cambio se lanzó a los brazos de otra, pero Abigail no dice nada de eso, tampoco dice otra cosa. Taylor solo siente cómo la mano de la ejecutiva se desliza desde su mejilla hasta su nuca, se enreda en su moño medio deshecho y, de repente, tira de su pelo hacia atrás, sosteniéndola con fuerza mientras ella la mira con altanería.

—No volverás a follar con ella —espeta Abigail, poniendo su otra mano en la cintura de Taylor, reclamando lo que es suyo.

La cantante nota un cosquilleo repentino que le paraliza los pulmones. Abigail le suelta el pelo, pero Taylor no deja de mirarla de ese modo altivo.

—No follarás con ella ni con ninguna otra mujer —sigue Abigail.

—¿Y con quién follaré entonces? —la reta Taylor, notando cómo se humedece.

Las dos manos de Abigail se deslizan ahora por su cuello antes de que sus labios rocen los de la cantante.

—Follarás conmigo.

Taylor se empapa, literalmente está segura de que su humedad traspasa sus pantalones.

—Dilo, di que solo follarás conmigo —exige Abigail.

—No —Abigail frunce el ceño—. ¿Qué gano yo si lo digo? ¿Qué me das a cambio? —pregunta Taylor.

—Todo —Abigail no tiene que pensar en la respuesta—. Te lo daré todo.

Taylor quiere chillar con la misma fuerza que esta tarde, pero aquí no puede, así que solo sonríe.

—Ahora dilo —insiste Abigail sin soltarla.

—Te quiero —espeta Taylor.

Algo baila en la mirada de Abigail al escucharla, algo que la hubiera hecho salir corriendo en otro momento, pero ahora no lo hace, ahora la besa, hundiendo su lengua en esa boca que lleva tantas semanas echando de menos. Taylor se agarra a su cintura y retuerce la tela de su vestido mientras suelta un gruñido de placer contra sus labios.

—Perdón —dice Liam al abrir la puerta, bajando la mirada con una risita cuando las dos mujeres se separan con brusquedad—. Lo siento, no quería interrumpir, solo venía para despedirme. Vanessa y yo ya nos marchamos.

Se aleja con la misma rapidez con la que ha salido, pero no sin antes guiñarle un ojo a Taylor, que se sonroja hasta las orejas. Abigail aprovecha ese momento para respirar profundamente y tratar de centrarse, pero no deja de mirar a Taylor.

—Supongo que deberíamos hablar —dice, pasándole una mano por la cara para recoger varios mechones de su pelo alborotado, esos que la han estado trastornando durante toda la cena.

—Sí, y no me digas que no puede ser esta noche, Abby, necesito aclarar esto de una vez —pide la cantante, casi suplicando.

Abigail asiente.

—Yo también. ¿Te parece bien si te acompaño a tu apartamento? Erin sigue en el mío; al parecer, soy una excelente compañía —murmura con sarcasmo.

—¿Has hecho una broma? —pregunta Taylor boquiabierta, antes de soltar una risita.

Abigail también sonríe y ambas regresan al interior, donde se despiden de los demás y la ejecutiva pide un taxi que las lleva hasta el edificio de Taylor.

Cuando llegan a la puerta del apartamento, Abigail se detiene y Taylor la mira mientras saca las llaves. Su expresión muestra esa batalla interna feroz que parece que siempre está librando, como si estuviera debatiéndose entre salir corriendo o lanzarse sobre Taylor.

—Por favor, no te arrepientas —murmura Taylor.

—¿De qué? —pregunta Abigail, suavizando la expresión.

—De mí. De esto —las señala a ambas—, de estar aquí para hablar conmigo.

Abigail la mira fijamente, sus ojos son tan negros como una noche sin luna en medio del desierto.

—No tengo intención de ir a ningún sitio, Taylor, pero hablar no es mi prioridad inmediata. Ahora abre de una puta vez o tendrás que follarme en el pasillo.

A Taylor se le caen las llaves al suelo, pero no tarda nada en recogerlas de nuevo, buscar la correcta y abrir la puerta con brusquedad, arrastrando a Abigail con ella hacia el interior.

CAPÍTULO 38

La puerta se cierra y Taylor enciende la luz, pero no salta sobre Abigail como la ejecutiva esperaba que hiciera. Se queda ahí, mirándola con esos ojos almendrados muy abiertos que ahora reflejan su deseo de un modo diferente. Abigail se queda quieta junto a la entrada, incapaz de dar el primer paso porque teme equivocarse si se acerca a Taylor. A lo mejor la cantante sí que necesita hablar primero y ella…

—Ven aquí —dice Taylor, sin dejar de mirarla.

Abigail se queda inmóvil mientras la observa durante un momento. Ella no obedece órdenes, está acostumbrada a darlas, pero decide acercarse muy despacio hasta detenerse frente a la cantante. Taylor levanta las dos manos y le acaricia la cara con una delicadeza que deja completamente desconcertada a la ejecutiva. Primero le pasa los dedos por la mandíbula, trazando toda la línea de su expresión afilada, y después sube hasta sus sienes y desliza las manos por su pelo.

—¿Sabes cuántas veces he querido hacer esto? —pregunta Taylor, despeinándola mientras sigue moviendo sus dedos—. Tocarte sin más, solo porque puedo.

La boca de Abigail se abre para decir algo, pero no encuentra las palabras. Taylor la besa, sin la urgencia que

ambas parecían tener hace unos segundos en el pasillo. Sus lenguas se encuentran con calma, sus dientes no chocan y Taylor le chupa el labio inferior sin morderlo mientras le baja la cremallera del vestido.

—Quítatelo para mí —murmura Taylor contra su boca—. Sin prisa.

Abigail da un paso atrás, mirándola fijamente mientras cruza los brazos sobre sus hombros y tira del vestido hacia los lados para deslizarlo por su cuerpo hasta que este cae al suelo. Taylor traga saliva y se acerca de nuevo, besando primero su clavícula y después su hombro.

—Eres tan jodidamente inalcanzable —susurra contra su piel, mientras Abigail permanece completamente paralizada—, que a veces pienso que solo estás en mi cabeza.

Abigail levanta las manos y las hunde en la melena de Taylor al mismo tiempo que la cantante le desabrocha el sujetador y cubre con sus manos los pechos grandes de Abigail, sintiendo el peso sobre sus palmas. Taylor suspira y la mira a los ojos. A la ejecutiva le tiembla el cuerpo entero, es un temblor extraño, una vibración que no puede controlar, pero que tampoco va a detenerla.

—¿Estás bien? —pregunta Taylor al notarlo.

La pregunta descoloca a Abigail, poco acostumbrada a que nadie se preocupe por su bienestar durante el sexo.

—Sí —responde con voz ronca.

Taylor la coge de una mano y la lleva hacia la habitación, directamente hasta su cama, pero cuando están junto al borde, es Abigail la que la detiene.

—Espera —ordena, con ese tono seco y autoritario tan típico de ella—. Quiero mirarte.

Ahora es ella la que coge el borde de la blusa de Taylor y tira hacia arriba, subiéndosela con lentitud mientras memoriza cada expresión en el rostro de la cantante. Cuando la tela desaparece, Abigail se detiene y la contempla. Sus pechos pequeños, su piel olivácea que contrasta con la palidez de la suya y la respiración agitada de Taylor que hace subir y bajar su pecho a toda velocidad.

—Me pones muchísimo cuando me miras así —espeta Taylor.

—¿Cómo te miro? —pregunta Abigail.

—Como si fuera la primera vez que me ves desnuda.

—Todavía no estás desnuda, quítatelo todo —ordena, y sus palabras atraviesan a Taylor como un fogonazo.

La cantante obedece, con prisas y cierta torpeza, quedándose completamente desnuda frente a Abigail en cuestión de segundos.

—Estoy muy cachonda, Abby —se impacienta Taylor.

La ejecutiva no le dice que se calle en esta ocasión. En lugar de eso, la tumba en la cama con una delicadeza que sorprende a la cantante y la cubre con su cuerpo, aguantándose con los brazos mientras la mira fijamente.

—Quiero sentirte entera —dice Abigail, muy seria.

El cuerpo de Taylor se sacude en un espasmo bajo ella y Abigail empieza a cumplir su palabra. Sus manos recorren el cuerpo de Taylor sin prisa, memorizando cada curva. Sus labios siguen a cada una de las caricias, llenándola de humedad,

besando y lamiendo con una lentitud que hace que Taylor se retuerza debajo de ella.

—Abby, por favor —jadea Taylor, considerando que Abigail lleva demasiado tiempo besando sus pechos cuando ella necesita sus atenciones en otro sitio.

—Por favor, ¿qué? —espeta ella, clavando sus ojos, ahora completamente oscurecidos por el deseo, en los labios temblorosos de la cantante.

—Tócame ya —suplica Taylor, levantando las caderas—, me moriré si no me follas.

Abigail sonríe con cierta maldad y desliza una mano entre sus piernas. Taylor está tan mojada que percibe su humedad incluso antes de tocarla.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunta con voz sedosa, rozando su clítoris con dos dedos.

Taylor gime y asiente con vehemencia.

—Sí, joder, pero más fuerte.

—Estás muy mojada —le susurra Abigail al oído como si solo fuera una observación.

Taylor se sacude de nuevo contra su mano, desesperada.

—Siempre estoy así contigo —admite, poniéndole una mano en la nuca para apretarse contra ella—. Tú me pones así.

Abigail la penetra con esos dos dedos, muy despacio, sintiendo cómo Taylor se tensa alrededor de ella mientras gime contra su boca, pero no se mueve, solo se queda ahí, dentro de ella, observando su expresión.

—¿Qué haces? —parpadea Taylor con la voz entrecortada.

—He dicho que quería sentirte.

La ejecutiva quiere añadir que le gusta notar como palpita contra ella de pura necesidad, pero Taylor la besa antes de que pueda hacerlo y ella empieza a mover los dedos con una cadencia que vuelve loca a la cantante. Abigail entra y sale de ella con calma, curvándose en los momentos exactos, rozando su clítoris cuando Taylor lo necesita.

—Me vas a matar, Abby —jadea ella, temblando contra su mano mientras le clava las uñas en los brazos.

Ese escozor recorre cada terminación nerviosa de Abigail. Siente una conexión profunda con Taylor cada vez que le provoca ese placer doloroso y no se lo puede explicar, pero le gusta, igual que cuando la muerde.

—¿Quieres que pare? —pregunta con maldad, deteniendo el movimiento de su mano de forma abrupta.

Los ojos de Taylor se abren por completo y la mira desesperada.

—No, joder, ¿qué haces?

Abigail baja la cabeza, se mete uno de sus pezones en la boca y reanuda el movimiento de sus dedos. La sorpresa hace que Taylor grite y se sacuda, clavándole las uñas de nuevo.

—Así. Joder, sí —murmura con dificultad.

Cuando Abigail siente que Taylor ya está a punto, retira los dedos y baja por su cuerpo hasta colocarse entre sus piernas. No la tortura esta vez, su lengua va directamente hacia su clítoris hinchado y lo lame con una presión perfecta que hace que la cantante retuerza las sábanas y cruce las piernas sobre su espalda.

—Me voy a correr —dice con la voz quebrada—. Me corro en tu jodida boca, Abby.

Abigail sigue sin comprender por qué el lenguaje soez y obsceno de Taylor le gusta tanto, pero lo hace. La ejecutiva la mira desde abajo, con esos ojos completamente oscurecidos clavados en los de Taylor mientras su boca sigue trabajando. Esa imagen es la que lleva a Taylor a un límite que ya no puede soportar y se corre soltando un grito profundo, temblando contra la boca de Abigail mientras una ola de placer tras otra atraviesa su cuerpo hasta dejarla completamente relajada.

—Ven —pide Taylor, estirando una mano para coger el brazo de Abigail.

La ejecutiva sube lentamente sobre ella hasta quedar cara a cara. Taylor la atrae hacia abajo y la besa, buscando su propio sabor en su boca.

—Te toca —susurra Taylor contra sus labios hinchados.

—No hace falta —responde Abigail, que de repente se siente aturdida, como si no tuviera derecho.

—Joder, sí que hace falta —espeta Taylor con seguridad.

La cantante la hace girar y se coloca sobre ella, siguiendo un ritual parecido al que Abigail ha hecho con ella sin que la ejecutiva oponga resistencia alguna. Taylor recorre cada centímetro de esa piel pálida con las manos, dejando rastros de saliva hasta que llega a su cuello y se detiene.

—¿Puedo? —pregunta con suavidad, pasando un dedo desde la parte baja de su oreja hasta la clavícula.

Las dos saben por qué Taylor pide permiso cuando es algo que nunca ha hecho y probablemente no volverá a hacer. Es un gesto que ha generado conflicto entre ellas, algo que para Abigail era solo de las dos, pero que Taylor entregó también a otra persona sin saberlo.

Abigail la mira fijamente durante unos segundos antes de responder asintiendo con lentitud, expectante, tensa y nerviosa ante la idea de volver a sentirla de ese modo.

Taylor se acerca y la chupa, primero con delicadeza, después con esa intensidad que le provoca un dolor placentero a la ejecutiva que hace que en esta ocasión sea ella la que clave sus uñas en la piel de Taylor.

—Mía —susurra Taylor contra su cuello cuando aparta los labios y observa la marca rojiza en medio de toda esa piel blanca.

Abigail se estremece. Suya. No protesta ante esa reclamación de propiedad, tampoco cuando Taylor hace lo mismo sobre su hombro, después en su clavícula y, por último, sube de nuevo hacia su cuello y la muerde con más fuerza en otro punto, mientras Abigail permanece rígida y excitada al mismo tiempo. Algo cruje en el cuello de Abigail cuando Taylor está a punto de apartar su boca. Es como si algo se hubiera soltado dentro de ella, un leve clic que le provoca un latigazo agudo de dolor que la deja sin aliento y que Taylor nota contra su lengua, apartándose de golpe.

—Abby… —dice asustada, mirándola con los ojos muy abiertos.

Abigail sonríe, pero sabe que no podrá girar la cabeza durante días probablemente. Su cuerpo lleva meses avisándola con esos dolores que siente en el cuello, demasiada tensión acumulada, demasiada carga para una persona que no sabe cómo relajarse ha explotado en forma de contractura.

—Estoy bien —dice, acariciando la mejilla de Taylor.

La cantante frunce el ceño, sin entender muy bien lo que pasa.

—Por favor, sigue —le pide Abigail, que de repente se siente más tranquila.

Taylor se humedece los labios, le regala una sonrisa y desliza una mano entre sus piernas mientras su boca baja a por uno de sus pezones.

—¿Toda esta humedad también es por mí? —pregunta, moviendo los dedos por la abertura de Abigail, que exhala un suspiro prolongado de placer.

—Siempre es por ti —admite con voz ronca y Taylor la penetra con la misma lentitud que Abigail ha utilizado con ella.

Se apoya sobre su brazo libre para elevar un poco el cuerpo, consciente de que Abigail no puede mover mucho la cabeza.

—No cierres los ojos, ¿vale? —le pide mientras entra y sale de su cuerpo—, quiero que me mires mientras te corres.

Abigail intenta asentir, pero su cara se transforma en una mueca de dolor que rápidamente se disipa con el placer que se extiende por su vientre, haciéndola temblar.

—Tay… —dice, pero su voz se interrumpe por un gemido que no puede controlar.

—Dilo otra vez —le pide Taylor, acelerando más el ritmo.

—Taylor —repite Abigail, a punto de correrse.

—Así no —Taylor se detiene.

Abigail la mira, al principio confundida, pero comprende de inmediato que a Taylor le ha gustado esa versión reducida de su nombre.

—Tay —susurra, mirándola fijamente.

—Y Abby —completa ella, reanudando el movimiento hasta que Abigail no puede soportarlo.

Se corre manteniendo la mirada fija en Taylor como si ella fuera lo único que la ancla a la realidad cuando su cuerpo, descontrolado y tembloroso, se sacude con un montón de espasmos que parecen interminables. Taylor retira los dedos muy despacio cuando Abigail lanza un último suspiro y se queda inmóvil, subiendo junto a ella para pasarle los dedos por el cuello con mucho cuidado.

—¿Te duele mucho?

—Se me está pasando —murmura Abigail en voz baja.

—Mientes muy mal.

Abigail sonríe y ella misma pone sus dedos en ese punto que ha crujido bajo los dientes de Taylor. No le duele si se toca, pero supone que la contractura está ahí y agradece que Taylor le ponga un par de cojines detrás y la ayude a sentarse con la espalda apoyada en ellos.

—Ven —dice Abigail con calma, señalando los muslos de sus piernas estiradas para que Taylor se siente sobre ellos.

La cantante obedece y se sube a horcajadas sobre ella, mirando a Abigail con las manos juntas sobre su regazo.

—¿Es hora de hablar? —pregunta Taylor, repentinamente nerviosa.

—Sí, es hora de hablar —confirma Abigail, muy seria.

—Vale.

Los ojos de Taylor se abren con expectación y Abigail se endereza todo lo que puede, sabiendo que es ella la que debe hablar primero.

—Dime lo que quieres que sea para ti, Taylor —dice de repente—. Lo que necesitas que te dé.

Taylor parpadea, sorprendida por la pregunta y también por lo directa que está siendo Abigail.

—¿Tengo que explicarte eso? —pregunta Taylor, apartándose el pelo de la cara.

—Estoy un poco confundida en ese sentido, así que te lo agradecería —admite Abigail.

Taylor asiente y coge aire mientras organiza un poco su mente, apoyando las manos sobre el pecho de Abigail.

—Vale. Yo solo quiero que seas tú misma cuando estés conmigo. No quiero esa versión perfecta y controlada que exhibes para los demás. Quiero a la mujer que llora cuando está sola, a la que tiene miedo y se esconde, a la que se ríe cuando piensa que nadie está mirando —explica, y Abigail siente que algo se le va quebrando por dentro mientras la escucha—. Quiero que me dejes cuidarte cuando tengas esos dolores de cuello tan terribles. Quiero que me cuentes cosas de tu vida, que me hables de tu hermana, de tus padres y de tu infancia, y saber todo lo que te gusta hacer cuando no estás trabajando. Quiero despertarme contigo y que después no sea

raro, Abby, que no tengamos que fingir que no ha pasado nada entre nosotras.

A Abigail le cuesta respirar. Los temblores vuelven a su cuerpo y se pone rígida de nuevo, pero Taylor le pone una mano en el centro del pecho y le sonríe.

—Quiero que confíes en mí —continúa, sin apartar la mano de Abigail, notando su corazón martillear contra sus costillas—. Que me dejes estar contigo cuando las cosas se compliquen sin apartarme como si fuera un estorbo. Solo necesito que sepas que conmigo no tienes que ser perfecta, me basta con que seas humana. Eso es lo que quiero y necesito de ti.

Abigail traga saliva y pone una mano sobre la que Taylor tiene en su pecho. Necesita unos segundos para serenarse y procesar lo que ha escuchado, también para admitir que todo lo que Taylor acaba de describir, es justo lo que ella ha necesitado siempre y jamás se ha atrevido a pedir.

—Nunca he hecho esto, Taylor. Ni siquiera sé cómo comenzar —admite, sintiéndose completamente perdida.

—Ya hemos comenzado, solo hay que continuar.

—Parece que lo tienes todo muy claro —dice aturdida—. ¿Qué pasa con la diferencia de edad, de poder, de experiencia…? —Abigail cierra los ojos, siente que un tren de mercancías le está pasando por encima en este instante.

—Yo nunca me he sentido inferior contigo, Abby, jamás me has hecho sentir así, ni por poder ni por edad. Diferente, sí, y complementaria, pero no inferior —dice la cantante.

—Son quince años de diferencia...

—Joder, Abby. Déjate de excusas de una vez. ¿Quieres estar conmigo o no? —se enfada Taylor.

La pregunta es como un martillazo en la frente. Abigail siente que el pecho se le cierra, pero al mismo tiempo la hace sonreír.

—Sí, cariño, sí que quiero, pero me aterroriza hacerte daño.

—Ya me lo has hecho —responde en un murmullo—. Y yo a ti también, pero aquí estamos.

Abigail asiente. Parece que la diferencia de edad no será un problema, porque Taylor parece más madura que ella en muchos aspectos.

Complementaria.

Eso es lo que ha dicho Taylor y es lo que son, dos personas que se complementan la una a la otra, solo que Abigail ha tardado más en darse cuenta.

—Es verdad, aquí estamos —confirma Abigail.

—Necesito que me prometas que no volverás a huir de mí —le pide Taylor, pasando un dedo desde su esternón hasta su ombligo antes de mirarla a los ojos.

—No huiré —asegura Abigail, con ese rugido que parece una sentencia.

—Quiero que me lo prometas —insiste Taylor.

Abigail sonríe, una pequeña curvatura de su comisura que hace brillar su mirada, ahora más verdosa.

—Vale. Te lo prometo.

Taylor le dedica una sonrisa torcida.

—Entonces, ¿ya está todo hablado? —pregunta la cantante.

—Supongo que esta parte sí —responde Abigail.

—¿Esta parte? ¿Qué quieres decir?

—Le he pedido a Liam que sea tu agente a partir de ahora —responde Abigail, sin inmutarse.

Taylor se paraliza.

—Es una broma, ¿no? —pregunta, apartando la mano de su pecho.

—No —responde con sequedad, y Taylor sabe de inmediato que no miente.

—¿Y por qué coño has hecho eso?

La cantante intenta salir de la cama, pero Abigail le coge las manos y la sujeta con firmeza sobre ella, haciendo una mueca de dolor provocada por el esfuerzo.

—No puedo ser las dos cosas para ti —explica Abigail—. O soy tu agente o soy tu…

La ejecutiva se detiene, sin saber cómo se completa esa frase.

—¿Novia? —sugiere Taylor, levantando una ceja al mismo tiempo que sonríe, olvidándose de su enfado de repente.

Abigail la mira fijamente. La palabra le resulta completamente ajena, es algo que nunca ha formado parte de su vocabulario y mucho menos de su vida, pero siente un repentino cosquilleo por el pecho ante la idea de ser eso para Taylor.

—Seré lo que tú quieras que sea —dice, y se muerde los labios ante la mirada divertida de Taylor.

—Pues quiero que seas mi novia —espeta ella sin dudarlo.

—Muy bien —acepta Abigail—. Yo seré tu novia y Liam tu agente. Ahora prométeme que aceptarás sus consejos igual que has aceptado los míos.

Taylor siente una tristeza enorme ante la idea de no tener a Abigail como su agente. Para ella es su persona. Abigail la ha puesto donde está, confiando en ella desde el principio, guiándola sin imponerle su criterio y sin permitir que nadie intente cambiar nada de su estilo o su esencia. Siente que está perdiendo algo importante, pero ganando algo que le importa mucho más. Se queda con Abigail Stone, con la mujer de carne y hueso, no con la ejecutiva implacable capaz de asustar al miedo.

—Tú confías en él, y yo confío en ti, así que haré lo que Liam me diga. Te lo prometo —responde Taylor.

Abigail asiente y se muerde la lengua, apartando la mirada cuando nota que los ojos le queman. Para ella también es muy complicado elegir. Ser agente es lo único que sabe hacer, eso lo controla y se le da bien, le da sentido a su existencia y le gusta por encima de cualquier cosa. Ser novia de alguien no lo ha hecho nunca, pero quiere ser la de Taylor, porque está enamorada de la cantante, eso es lo único que explica que esté dispuesta a renunciar a algo tan importante para ella.

—Antes lo he dicho en serio —susurra Taylor, sujetando la cara de Abigail por el mentón.

Ella intenta resistirse, esconder esa mirada humedecida de ella, pero su dolor de cuello se lo impide y esta vez es Taylor la que le pasa los pulgares muy despacio por los párpados.

—¿Qué es lo que has dicho en serio? —pregunta Abigail, intentando recomponerse.

—Que te quiero.

Los ojos de Abigail se abren mucho y su respiración se entrecorta, precisamente esa respuesta no ayuda a que ese torbellino de emociones que está experimentando se disipe. Taylor le sonríe.

—Tranquila, no necesito que tú me lo digas. Lo harás cuando estés lista, y si no lo estás nunca, no pasará nada. Sé que tú también me quieres porque me lo demuestras al hacer cosas como renunciar a representarme —añade, dándole un beso en la mejilla.

Abigail se queda muy quieta, tan aturdida que la mira y ni siquiera puede verla.

—¿Te traigo algo para el dolor de cuello? —pregunta Taylor, sabiendo que necesita un poco de espacio.

—Sí —susurra Abigail, y cierra los ojos cuando Taylor sale de la habitación.

Se queda así durante un tiempo que no puede definir, dejando que sus pulsaciones se calmen y todo dentro de ella vuelva a su sitio. Solo los abre cuando nota que el colchón se hunde a su lado.

—Toma —dice Taylor, entregándole una pastilla y un vaso de agua.

—¿Hay que establecer reglas? —pregunta Abigail cuando Taylor se acomoda junto a ella.

—¿Reglas?

—Sí, para cuando estemos en la oficina o eventos públicos, cosas así —dice Abigail.

Taylor se sienta sobre sus piernas otra vez.

—Y una mierda —espeta muy seria, las cejas de Abigail se levantan—. Te lo he dicho, te quiero. Y no pienso esconderte en ninguna parte. Eres mi novia y quiero que todo el mundo lo sepa.

Abigail parpadea, sintiendo que el vértigo le recorre todo el cuerpo.

—Me estás pidiendo muchas cosas en una sola noche —dice Abigail, reprimiendo un bostezo.

—No te he pedido nada que no sea justo —responde Taylor.

—Supongo que no.

—¿Puedo pedir una cosa más? —pregunta, acercándose a su oído.

La ejecutiva suspira y le pone una mano en la espalda.

—Prueba. A lo mejor tienes suerte, parece que esta noche estoy muy complaciente.

Taylor suelta una risita y su aliento cálido provoca un escalofrío que atraviesa toda la columna vertebral de Abigail.

—Quédate a dormir conmigo. Aquí no puedes echarme, y yo no quiero que te marches.

Taylor se separa para mirar a Abigail a los ojos, esperando una respuesta.

—¿En qué lado duermes?

La sonrisa de Taylor se amplía tanto que casi se le sale de la cara.

—Me da igual, elige tú —responde la cantante.

—Apenas puedo moverme, Taylor, si elijo yo, me quedo donde estoy —dice Abigail.

—Es un buen sitio, deja que te ayude —dice, quitando los cojines de su espalda para que pueda tumbarse.

Taylor se acurruca a su lado, cerca de ella, pero sin abrazarla para no atosigarla demasiado.

A Abigail le cuesta mucho conciliar el sueño. Jamás ha dormido en la cama de nadie, no sabe compartir su espacio ni está acostumbrada a escuchar una respiración que no sea la suya, pero se queda absorta escuchando la de Taylor hasta que logra quedarse dormida.

CAPÍTULO 39

A Abigail le pesan mucho los párpados cuando se despierta. Enseguida es consciente de que no está en su espacio, lo ha sido toda la noche, durmiéndose y despertándose de forma constante, pero no puede decir que no haya descansado. Sabe que está sola en la cama antes incluso de extender la mano hacia el lado que ha ocupado Taylor, lo sabe porque no escucha el murmullo suave de su respiración, lo que la ha mantenido anclada a la cama durante toda la noche. Abigail se incorpora con cuidado y de inmediato siente una rigidez en el cuello que la hace apretar los dientes y sisear. Lo mueve despacio y logra girarlo por completo hacia la derecha, pero cuando intenta lo mismo hacia la izquierda, tiene que detenerse a medio camino porque la tensión la paraliza. Suspira y pone los pies descalzos en el suelo. No le parece tan grave. Ayer, cuando escuchó el crujido y sintió el latigazo de dolor, pensó que se pasaría días rígida como una estatua.

Entonces mira a su alrededor y, por un momento, la desorientación la invade otra vez. No estar en su habitación, en su espacio y en la seguridad de un entorno que tiene controlado hace que le cueste respirar. Aquí todo huele a Taylor, a ese perfume suave que se le ha metido en los

pulmones y ya no sabe cómo expulsar. El corazón comienza a latirle muy deprisa, pero entonces su mirada se posa en los pies de la cama, donde Taylor le ha dejado un pantalón corto y una camiseta gris junto a una toalla y un cepillo de dientes nuevo. Algo se afloja en el pecho de la ejecutiva sin que entienda muy bien el motivo, quizá porque eso le da cierta libertad para ducharse sin tener que pedir permiso o porque simplemente Taylor le está dejando espacio para hacer las cosas a su ritmo.

Se incorpora, camina desnuda hasta el baño y se mete bajo la ducha con el agua tan caliente que su piel pálida se pone roja. Cuando sale, camina descalza por el apartamento de Taylor, buscándola hasta que la encuentra en la cocina, sentada a la mesa frente a un tazón enorme de cereales con leche.

—Hola —saluda casi susurrando, apoyada contra el marco de la puerta.

Taylor levanta la mirada y tuerce una de sus sonrisas, observando a Abigail con sus enormes ojos marrones y una calidez que la desarma.

—Buenos días. Te queda bien mi ropa.

Abigail arquea una ceja y se observa. Sus piernas desnudas porque el pantalón es muy corto, la camiseta demasiado holgada colgando por un lado de su hombro.

—Seguro que sí.

Su tono mordaz hace sonreír a la cantante, que se levanta y se acerca despacio, como si tuviera miedo de espantarla si hace algún movimiento brusco.

—Hola —saluda de nuevo cuando está frente a Abigail, cogiéndole un mechón de pelo húmedo entre los dedos—. ¿Te puedo dar un beso?

La pregunta coge a Abigail un poco desprevenida, pero le arranca media sonrisa.

—Tengo entendido que eso es lo que hacen las parejas cuando se ven —responde con ese tono seco que utiliza para todo.

Taylor suelta una risita al mismo tiempo que termina de reducir la distancia y la besa. El roce es suave y cálido, no tiene nada que ver con los besos húmedos y furiosos que suelen darse, y Abigail queda tan desconcertada que ni siquiera se mueve.

—¿Quieres que probemos otra vez? —se ríe Taylor.

La risa de Abigail sale en forma de suspiro.

—Sí —dice, y Taylor vuelve a besarla.

Esta vez, Abigail sí que responde, le devuelve el beso y la sensación de cercanía le gusta.

—¿Qué tal el cuello? —pregunta la cantante, con los ojos clavados en su clavícula.

—Mejor, un poco limitada hacia la izquierda, pero nada importante.

Taylor desliza un dedo por la línea de su cuello. Lo hace muy despacio, desde la base de su oreja hasta la clavícula, volviendo hacia atrás hasta detenerlo sobre uno de los chupetones.

—Mía… —repite en un susurro suave que eriza toda la piel de Abigail.

Cuando Taylor levanta la mirada, se encuentra con los ojos gris verdoso de la ejecutiva fijos sobre ella.

—¿Crees que soy tuya? —pregunta Abigail, con la voz tan afilada que Taylor se tensa.

—Nadie es de nadie, pero me gusta pensar que cuando estás aquí, eres solo mía.

—Buena respuesta, espero que no sea ensayada.

—No —sonríe Taylor—. ¿Tienes hambre? Puedo prepararte el desayuno. Hay huevos, bacon, tostadas, cereales…

—Me sorprende que no me ofrezcas una hamburguesa —interrumpe Abigail.

Taylor quiere darle un empujón cariñoso, pero permanece quieta, observando a Abigail mientras asimila que la tiene ahí, en su cocina, después de haber pasado la noche con ella.

—Las hamburguesas son para cenar.

—Claro. Un café está bien —dice la ejecutiva.

—¿Solo un café? ¿No quieres que te haga el desayuno?

Hay un deje de decepción en el tono de Taylor, casi imperceptible, pero Abigail lo nota.

—No suelo desayunar tan temprano. Solo me apetece el café.

—Vale, siéntate —dice Taylor, acercándose a la cafetera para servirle una taza.

Abigail mira la mesa. El tazón de cereales de Taylor a medio comer, la silla frente a ella, el espacio que supuestamente está reservado para ella, y se queda absorta, anclada en otro sitio del que ni siquiera es consciente hasta

que Taylor deja la taza de café humeante sobre la mesa y se gira hacia la ejecutiva.

—¿Estás incómoda? —pregunta la cantante sin acercarse, respetando de nuevo su espacio.

La mirada de Abigail se mueve por toda la estancia. No es su cocina, no sabe dónde están las cosas ni lo que puede encontrar en la nevera si decide abrirla. Taylor puede estar acostumbrada a esto, a pasar la noche en casa de desconocidas o compartir espacio con personas de su entorno y no sentirse incómoda, pero a Abigail le cuesta, aunque quiera estar con Taylor.

—No estoy incómoda —responde mientras camina hasta la mesa.

—Sí que lo estás —afirma Taylor, sentándose frente a ella.

Abigail envuelve la taza de café con ambas manos, quemándose, pero no las aparta porque eso la obliga a mantenerse anclada a la realidad.

—Mírame —le pide a Taylor, con ese tono exigente que todo el mundo obedece.

—¿Qué? —pregunta Taylor cuando levanta la mirada y la conecta con ella.

—En esto me ganas por goleada. No lo he hecho nunca, no estoy acostumbrada y me cuesta. No me siento incómoda contigo, pero me siento fuera de mi elemento y eso me pone nerviosa, y no puedes pretender que me adapte en un día —explica Abigail de la mejor manera que se le ocurre.

—Tienes razón, lo siento.

—No quiero que te disculpes —sigue la ejecutiva—. Me gustaría ser de otra manera. No hago otra cosa que complicar todo lo que debería ser sencillo, sobre todo contigo, quizá debería disculparme yo.

Taylor sonríe y niega lentamente con la cabeza mientras hunde la cuchara en su tazón de cereales.

—Yo tampoco quiero que te disculpes. Eres así, lo he sabido siempre. ¿Sabes que estás en tensión incluso cuando duermes? —pregunta asombrada.

Abigail frunce el ceño.

—Mentira. Tú no puedes saber eso.

—¿Por qué no? He dormido contigo —afirma Taylor, sin ocultar su expresión satisfecha ante ese hecho.

—Porque te quedaste dormida prácticamente en cuanto cerraste los ojos —asegura Abigail entre sorbo y sorbo.

—Pero me desperté después, y tú dormías rígida como una tabla.

Abigail la mira fijamente sin saber qué decir. Probablemente, sea cierto, a veces se despierta y le duele cada músculo del cuerpo como si hubiera dormido toda la noche haciendo fuerza.

—Estás guapa incluso cuando duermes, ¿sabes? —suelta Taylor—. Guapa y tensa.

La ejecutiva nota que las mejillas se le calientan y decide cambiar de tema.

—Ayer no te lo dije, pero estoy orgullosa de ti —suelta ella de sopetón.

Taylor se queda muy quieta, con la cuchara suspendida en el aire.

—¿Por qué?

—Por el contrato, pero sobre todo por haberte mantenido fiel a ti misma, por no permitir que nadie cambiara quién eres —dice Abigail.

Taylor traga saliva.

—¿Incluso cuando me porté como una niñata en aquella reunión? —pregunta sintiendo que se pone roja.

Abigail se ríe, y sus ojos estirados por la risa hacen que el pulso de Taylor se acelere.

—Especialmente entonces —admite la ejecutiva—. Te hubiera estrangulado con mis propias manos en aquel momento, pero solo defendías lo que eres, y no hay nada más valiente que eso. Espero que no se te olvide.

—Gracias —murmura Taylor.

—Ven —dice Abigail, girándose en la silla para apoyar la espalda en la pared mientras se señala los muslos.

Taylor parpadea un poco confundida, pero no tarda nada en levantarse para acercarse a ella y sentarse en su regazo, pasando un brazo por detrás del cuello de Abigail.

—Siento mucho haber sido tan hija de puta contigo…

—Abby… —dice Taylor.

—No me interrumpas —Abigail la mira fijamente, con el ceño fruncido mientras le aparta el pelo de la frente—. No estuvo bien. Pude hacer las cosas de muchas maneras y elegí la peor.

—Estabas asustada.

—Eso no cambia lo que hice, y deja de interrumpirme —exige tajante.

—Vale —sonríe Taylor, abrumada.

—Sigo estando muy asustada —admite Abigail—. Me asusta hacerlo mal contigo, me asusta no saber adaptarme y me asusta que pienses que no lo intento, pero te juro que voy a esforzarme.

—Sé que lo harás —dice Taylor—, y yo te ayudaré a que sea más fácil.

—Ah, ¿sí? —Abigail levanta una ceja.

—Sí —sonríe Taylor, acercándose a su boca.

—¿Y cómo harás eso?

Ahora se desplaza hasta su oído.

—Queriéndote cada día.

Abigail entra en su apartamento después de comer. Erin está en el sofá, con los pies sobre la mesa de centro y el mando del televisor en una mano mientras busca algo entre los canales que le llame la atención. Levanta la mirada y arquea una ceja cuando ve a su hermana vestida con un pantalón deportivo y una sudadera que obviamente no es suya.

—Dios mío, te juro que es como si tuvieras diez años menos —asegura, irguiéndose en su sitio.

Abigail suspira. Si esto hubiera pasado semanas atrás, antes de su ataque de pánico, simplemente habría saludado a su hermana y caminado hasta su habitación para cambiarse y después coger su portátil y ponerse a trabajar. Ahora, sin embargo, camina hacia ella y se sienta a su lado, aunque no sabe muy bien qué decir.

—Parece que la cosa ha ido mejor que bien —comenta Erin con una sonrisa maliciosa, acercándose a Abigail para apartarle un mechón de pelo del cuello.

La ejecutiva le quita la mano sonriendo, pero tampoco puede evitar que Erin vea los chupetones porque son demasiado evidentes.

—No ha ido mal —contesta ella, hundiendo las manos en el bolsillo delantero de la sudadera de Taylor.

—¿Eso es todo lo que me vas a contar? —Erin se levanta, arrastra una silla y se sienta justo delante de su hermana.

—¿Qué quieres que te cuente? —Abigail frunce el ceño.

—Lo que tú quieras, Abby, pero dime algo. Has pasado la noche con ella, eso en ti, bueno… —Erin sonríe—, debes estar desorientada.

—Un poco —admite Abigail sonriendo—, pero estoy bien.

—Me alegro —Erin le da un toque suave en la pierna—. ¿Y ahora qué?

—¿Ahora? —pregunta Abigail, descolocada.

Erin resopla, frustrada.

—Eres tan difícil algunas veces —cabecea resignada—. Tú y ella, Abby. ¿Qué vais a hacer? ¿Seguiréis follando? ¿Vais a intentar algo más? ¿Lo dejáis en un rollo? —Erin extiende las manos.

Abigail siente que le cuesta respirar. Si la situación es nueva para ella, definirla es incluso más complicado.

—Lo intentamos —espeta cortante.

Erin quiere darse cabezazos contra la pared, pero toma una bocanada de aire y se serena, sabiendo que Abigail es así y

que no puede presionarla.

—¿Te refieres a que estáis saliendo? ¿Como pareja?

Abigail parpadea.

—Sí, supongo.

—¿Supones?

—Erin, me estás estresando —espeta Abigail.

Erin suelta una risotada.

—Vale, perdona. Estáis saliendo —confirma—. ¿Y cómo te sientes con eso?

La ejecutiva la mira mientras medita la respuesta.

—Me siento nerviosa, desorientada y asustada —confiesa despacio—, pero también estoy feliz y expectante, todo es una mezcla muy rara. Empezar algo serio con Taylor es como una nueva etapa, como iniciar un proyecto nuevo en el que desconozco cuáles son las herramientas que necesito para que funcione, y yo no sé trabajar sin herramientas, pero, aun así, estoy dispuesta a buscarlas donde haga falta.

Erin le sonríe con cariño.

—Estoy muy orgullosa de ti —dice, inclinándose hacia delante para cogerle una mano—. Y me alegro mucho de que tengas esto, Abby, te mereces ser feliz.

—He renunciado a ser su agente, no soy buena para ella si soy las dos cosas —suelta Abigail, como si necesitara aclarar ese punto.

—Lo sé, Liam me lo contó en la cena cuando saliste al balcón a buscar a Taylor —responde Erin.

Abigail asiente.

—¿Crees que he hecho bien? —pregunta la ejecutiva.

Erin le aprieta la mano con más fuerza.

—Yo creo que eso solo demuestra lo buena que eres para ella, y creo que por fin has elegido poner tus sentimientos por delante del negocio, y ya era hora de que lo hicieras, Abby. Joder, es que estoy muy contenta por ti —Erin se lanza sobre ella, haciéndola volcar hacia un lado del sofá.

Abigail suelta un quejido en medio del abrazo cuando su cuello se resiente, pero Erin no la suelta y ella tampoco la aparta, simplemente se acomodan y, mientras Erin pone una película, Abigail se permite cerrar los ojos y descansar un rato en lugar de ponerse a trabajar.

CAPÍTULO 40

Taylor entra en las oficinas de Stone & Cottet pasadas las siete de la tarde. Viene del estudio de grabación y se siente agotada tanto física como mentalmente. Desde que firmó el contrato hace tres meses, siente que apenas respira. Sus horas en el estudio se han multiplicado, por no hablar de reuniones y la presión de tener que escribir siete canciones —además de las que ya tiene— antes de cinco meses. Todavía está con la primera de ellas, casi la tiene, le falta solo un verso que encaje y sirva como unión con el segundo estribillo, pero está atascada ahí y eso la tiene frustrada.

Llega a la planta de Abigail y camina directamente por el pasillo sin detenerse. A estas horas ya no está Patricia, así que Taylor no tiene que anunciar su visita —tampoco llama a la puerta— la abre directamente y la ve ahí, y su mal humor se desvanece en cuanto escucha su voz.

—Me da igual lo que ponga en el contrato —espeta Abigail —. Mi cliente no va a aceptar esas condiciones, o se cambian, o buscamos otro promotor para la gira.

Abigail está de pie, con el auricular del teléfono fijo pegado a una oreja y el móvil en la mano mientras mira por la ventana. Taylor la observa con una sonrisa divertida. Todas las

versiones de Abigail le gustan, pero esta le fascina por encima de todas. Es la primera que ella conoció, a la mujer feroz e intimidante capaz de doblegar a cualquiera con un solo rugido. A ella la doblegó en una cama.

—Una semana es mucho, tienen un día para responder —concluye, colgando con un golpe seco.

—Hola —dice Taylor desde la puerta.

Abigail se gira con brusquedad y la ve ahí, mirándola con ese aire salvaje y travieso que a veces la marea.

—¿Un día difícil? —pregunta Taylor, acercándose a ella.

—La promotora intenta renegociar algunas fechas de la gira de Isabella y el equipo legal de la discográfica actúa como si fueran unos jodidos aficionados —suspira Abigail.

—Y se han topado contigo —se ríe Taylor, pasándole una mano por el cuello que desliza hasta su nuca antes de besarla.

—Sí —Abigail sonríe con un destello de maldad en la mirada; en el fondo, le encanta batallar en ese tipo de disputas.

—¿Nos vamos? Tengo hambre —dice Taylor.

Abigail mira su mesa, todavía tiene trabajo que hacer, pero cierra el portátil, lo mete en la funda y coge todas sus cosas para marcharse con Taylor.

Todavía se está acostumbrando a muchas cosas, pero abandonar su despacho a horas más decentes es una de las que menos le está costando, aunque se lleve el trabajo a casa y siga desde allí.

—¿Cómo te ha ido a ti el día? —pregunta Abigail, después de que Loretta las deje en el apartamento de la ejecutiva.

Erin se fue hace algo más de dos meses, así que la mayoría de las veces, es Taylor la que va de visita. A la cantante no le importa, ella se adapta bien en el espacio de Abigail, pero Abigail todavía parece una peonza cuando se queda en el de Taylor, moviéndose de un lado a otro como si no terminase de encontrar su sitio, y Taylor simplemente ha llegado a la conclusión de que Abigail se siente insegura en los espacios que no son suyos, sobre todo, después de que hace un par de semanas le hablara por fin de sus padres.

Ahora Taylor entiende muchas cosas. El padre de Abigail la obligaba a estar en una casa donde la hacía sentir que estorbaba, y su madre la echó de la suya cuando decidió sincerarse y contarle que solo se sentía atraída por las mujeres. Todos los espacios en los que debió sentirse segura acabaron siendo un mal recuerdo para ella, hasta que tuvo el suyo propio, uno donde nadie podría tratarla mal o echarla a la primera de cambio, y Taylor no ve ninguna necesidad de forzar a Abigail a estar en su apartamento intentando sobrevivir a una incomodidad que no controla cuando pueden estar en el de la ejecutiva.

—Agotador, pero productivo —responde Taylor mientras saca algunos ingredientes de la nevera y los deja sobre el mármol—. También he hablado con mi hermana, se ha cogido un par de semanas de vacaciones el mes que viene y vendrá a verme.

—Eso está bien —Abigail deja una botella de vino sobre la isla y aprovecha para darle un beso en la cabeza a Taylor cuando pasa por su lado.

La cantante se queda quieta, sonriendo con cara de tonta. Abigail a veces tiene esos gestos inesperados que a ella le calientan el pecho de un modo inexplicable. De otra persona pueden significar un gesto cotidiano y fácil; de Abigail es mucho más que eso. Ella todavía está aprendiendo a expresarse físicamente de un modo que no sea solo sexual, y cada vez con más frecuencia hace estas cosas con Taylor, un beso robado en los labios, uno de regalo en la sien, una caricia suave en el brazo o en el muslo, o colocarse detrás de ella cuando esperan en la cola del supermercado y pasarle el brazo alrededor de los hombros mientras aspira el aroma de su pelo. En algo más de tres meses, Abigail ha avanzado mucho para Taylor, aunque para los demás su expresión siga siendo pétrea, sus respuestas cortantes y su mirada fulminante.

—Me alegra que venga a verte —continúa Abigail, rellenando las copas de vino—. ¿Le has preguntado por tu hermano?

Taylor asiente. Agradece que Abigail siempre le pregunte por él a pesar de la animadversión que siempre ha sentido hacia Ethan.

—Sigue igual, a su rollo, actuando como si no hubiera pasado nada, pero ignorando que existo —Abigail la mira de soslayo.

Por más tiempo que pasa, Taylor no consigue acostumbrarse a la nueva situación con Ethan. Cada vez que hablan de él, su cara se transforma en una mueca de tensión en la que ella intenta mostrarse normal sin conseguirlo, y

menos frente a Abigail, que empieza a conocer todas sus reacciones de memoria.

—Tiffany dice que sigue sin nombrarme. Ni una sola vez desde que salió del hospital, Abby. Y me ha confesado que se levantó de la mesa y se marchó cuando mi madre le dijo que había firmado el contrato. No espero que me llame y me felicite, pero ¿hacer ver que no existo?

Abigail se acerca, hace girar el taburete donde Taylor está sentada y se coloca entre sus piernas, mirándola fijamente después de poner ambas manos en sus mejillas.

—Escúchame, a Ethan se le pasará, Taylor —dice la ejecutiva—. Es posible que nunca recuperéis la relación que teníais antes, pero en algún momento, él madurará. Conocerá a alguna chica o algún chico, se casará, tendrá hijos y, cuando sus prioridades comiencen a ser otras, entonces se dará cuenta de que se ha comportado como un maldito imbécil. Mientras tanto, existes para el resto de tu familia y tus amigos, pero, sobre todo, existes para mí —Abigail se acerca muy despacio y le besa un párpado que hace suspirar a Taylor, después acerca los labios a su oreja, rozando su nariz y arrastrando los labios sobre ella—, y yo también te quiero, cariño —susurra muy despacio.

La cantante siente que todo da vueltas a su alrededor hasta desvanecerse y dejarla a solas con Abigail. Siempre ha sabido que Abigail la quiere, pero no tenía la esperanza de que llegara a pronunciar esas palabras, y menos de una forma tan sincera como la que ha percibido en ese susurro.

Taylor se abraza a ella sollozando con la misma intensidad que el día que firmó el contrato, pero por motivos diferentes. Abigail la mantiene ahí, pegada a su cuerpo, consolándola con esa calma que ella sabe transmitirle, algo que sí que se le da bien.

—¿Mejor? —pregunta Abigail cuando Taylor se separa.

—Sí —responde, limpiándose las lágrimas con las manos.

Abigail —todavía entre sus piernas— apoya un codo en el mármol mientras la observa con los ojos entornados.

—Eres muy sensible, ¿sabes? No lo proyectas, pero lo eres —afirma Abigail con una suave sonrisa.

—¿Y eso es malo? —pregunta Taylor, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes.

—No —responde enderezándose, pasándole los pulgares por las mejillas húmedas—, para ti, no lo es. Solo te hace más bonita de lo que ya eres.

—¿Y para quién es malo entonces? —pregunta Taylor, confundida.

—Para cualquiera que te haga daño, porque querré arrancarle los ojos con mis propios dedos y hacer que se los trague. Después rellenaré sus cuencas vacías con sal y vinagre, pero no me sentiré satisfecha hasta que…

—Para ya —dice Taylor, primero muerta de la risa, después atrapando sus labios en un estallido de besos que caen sobre Abigail en pequeñas ráfagas.

La mirada le cambia por completo cuando cierra sus piernas alrededor de la cintura de Abigail y se aprieta contra ella.

—Pensaba que tenías hambre —murmura la ejecutiva contra su boca.

—Ahora quiero cenar otra cosa —espeta Taylor, mordiéndole con fuerza el labio inferior.

Abigail gime y se tensa al mismo tiempo que le pone las manos en el culo, la levanta de la silla y camina con Taylor rodeando su cintura hasta que llegan al sofá, donde la baja justo delante y la mira fijamente mientras se toca el labio hinchado con los dedos.

—Quítate la ropa. Toda —exige la ejecutiva.

Taylor exhala una sonrisa. Sus ojos, normalmente oscuros, ahora parecen dos pozos sin fondo. Abigail se empieza a desnudar a la vez que ella, pero no deja de mirarla y, cuando terminan, le pone su camisa, dejándola abierta.

—Sexy —dice Abigail.

Taylor se mira, no solo se siente sexy con la camisa de Abigail, se siente poderosa. Coge la mano de Abigail y da un tirón fuerte, cogiendo a la ejecutiva desprevenida cuando la pega a su cuerpo y le pasa una mano por la mejilla.

—Te vas a sentar en el sofá y vas a abrir mucho las piernas para mí —murmura la cantante mientras su otra mano cubre por completo uno de los pechos de Abigail.

—¿Por qué debería hacerlo? —la reta Abigail, con los ojos tan abiertos que Taylor consigue ver esas motas doradas en su iris que solo puede apreciar algunas veces.

La cantante hunde la mano en el pelo de Abigail, la cierra en un puño atrapando un buen mechón que la hace gemir por

el tirón y pasa los dedos de la otra mano por su abertura completamente empapada. Abigail gruñe.

—Porque voy a limpiar todo este desastre con mi lengua y tú te vas a correr en mi puta boca —Taylor acerca los labios a la oreja de Abigail—. Cuando termine, me sentaré sobre ti y me meterás los dedos, y yo te morderé el cuello muy fuerte para recordarte que, cuando estamos en casa, eres solo mía —Taylor le besa la oreja, le suelta el pelo y se aparta para mirarla.

A Abigail la humedad ya le resbala por las piernas, pero mantiene la expresión pétrea y la mirada fija en Taylor. Después, simplemente la esquiva con esa elegancia natural con la que parece haber nacido, se sienta en el borde del sofá recostada hacia atrás y separa las piernas todo lo que puede.

—Empieza —exige, y su abdomen comienza a temblar de anticipación.

Taylor se deja caer de rodillas frente a ella. El golpe suena seco contra sus huesos, doloroso, pero ella no lo siente. Sus ojos están clavados en la intimidad de Abigail, en esa abertura que brilla y la espera caliente y resbaladiza.

—Eres tan guapa… —murmura Taylor, mirándola desde abajo, justo antes de pasar su lengua sobre el clítoris palpitante de Abigail.

Ella tiembla y suspira con fuerza, enredando una mano en la melena oscura de Taylor mientras la cantante la chupa y la lame con adoración, sabiendo exactamente cuándo ir más despacio, cuándo ir más deprisa o dónde debe presionar según las reacciones de Abigail.

La ejecutiva se siente mareada de tanto placer, no entiende qué le pasa, le está temblando todo el cuerpo de un modo descontrolado y apenas puede respirar mientras Taylor sigue machacando esas zonas que la mantienen en un burbujeo placentero constante que la matará si no se acaba liberando pronto.

—¿Te vas a correr? —jadea Taylor cuando Abigail sufre un pequeño espasmo y gime tan fuerte que ella misma casi se corre al escucharla.

La respuesta de Abigail es presionar la cabeza de la cantante con la mano sobre su sexo. La de Taylor, meterle dos dedos que no se espera, curvarlos en el punto exacto y provocar que Abigail se corra sacudiéndose contra su boca a través de varios espasmos.

—Podría pasarme el día entero escuchándote gemir —susurra Taylor, mientras sigue besando sus muslos—. Sabes tan bien… —añade relamiéndose.

Abigail sonríe cuando la mira. Taylor tiene la boca brillante, los labios hinchados y una expresión de satisfacción que probablemente se parece a la suya.

—Ven —dice Abigail, con un tono seco y exigente, sentándose con la espalda recta en el sofá.

Taylor se sube sobre ella a horcajadas y la besa con una pasión desbordante que Abigail le devuelve mientras la penetra.

—Joder, sí —se tensa Taylor—. Méteme otro, estoy muy cachonda.

—Deja de hablar —espeta Abigail, añadiendo un tercer dedo.

La cantante gruñe al sentirla y después sonríe de pura satisfacción.

—Te gusta que te diga lo mucho que me pones —jadea mientras se mueve lentamente sobre la mano de Abigail, que acaba de chuparle un pezón.

—Sí —reconoce la ejecutiva, echándose hacia atrás para observar a Taylor—, pero ahora solo quiero mirarte y ser muy consciente del momento en el que tus suspiros se convierten en gemidos, así que cierra esa jodida boca.

—Mmmm —murmura Taylor—, vale.

Y se lo concede. Taylor no habla, solo exhala, suspira y jadea hasta que gime y acaba gritando cuando el orgasmo le pasa por encima como una ola tan furiosa como su energía sobre el escenario. Cuando su cuerpo se relaja, se desploma sobre Abigail y pega su boca a su cuello, primero besando, después sorbiendo y, por último, mordiendo hasta que Abigail se tensa y gime con una mezcla de dolor y placer.

—Mía —sonríe Taylor antes de que ambas se dejen caer hacia un lado, permitiéndose cerrar los ojos unos minutos.

A Abigail la despiertan las cosquillas que siente en la espalda. Está tumbada bocabajo en el sofá y al principio piensa que son los dedos de Taylor acariciándola muy suave, pero cuando empieza a ser más consciente, se da cuenta de que es algo más preciso, más fino.

—¿Qué haces? —pregunta, girando un poco el cuello, gimiendo al notar un leve tirón donde Taylor la ha mordido.

—Shhh, no te muevas —pide Taylor.

Abigail parpadea, empezando a despertarse del todo. Nota el peso de Taylor en su espalda baja y gira la cabeza otra vez, ahora enfocando mejor. Taylor está sentada a horcajadas sobre su cintura, todavía vestida solo con su camisa, pero sostiene un rotulador en la mano y su expresión es seria y concentrada.

—¿Estás escribiendo en mi espalda? —pregunta Abigail, atónita, mientras Taylor se inclina y garabatea otra línea sobre su piel desnuda.

—Puede.

—¿Puede? —repite Abigail.

—Se me han ocurrido unos versos y lo único que he encontrado para escribir era tu agenda —explica Taylor susurrando, como si no quisiera perder la concentración.

—Hay libretas nuevas en el despacho, y tienes un móvil.

—Sabes que yo no utilizo el móvil para eso. Y ahora no puedo parar para ir a por una libreta, Abby, casi la tengo —dice, y su tono suena como una súplica.

El primer impulso de Abigail es levantarse e ir ella misma a por la libreta, pero se lo piensa mejor y decide complacer a la cantante.

—Adelante —murmura con sarcasmo—. Utilízame para escribir.

Taylor sonríe levemente, pero sus ojos siguen fijos en todas esas líneas que ya tiene escritas sobre esa piel tan pálida.

Abigail se acomoda y cierra los ojos, descubriendo que le gusta la sensación, incluso la relaja sentir a Taylor sobre ella, el

tacto del rotulador sobre su piel junto al calor de su mano cuando se desplaza y el silencio absoluto en el apartamento.

De repente, es consciente de que hace semanas que ya no siente esa tensión infernal en el cuello de forma constante. No es que el estrés en el trabajo haya disminuido o que ella haya aprendido a relajarse, pero sí que ha consentido que Taylor le haga masajes muchas noches, y supone que tener a alguien con quien hablar casi todos los días sobre lo que siente y lo que hace, la ayuda a liberar esa carga sobre sus hombros, por no hablar de que tener sexo continuo tiene que contribuir de manera notoria a relajar todos sus músculos.

—Creo que la tengo —dice Taylor media hora después—. Déjame leerla otra vez.

Abigail ladea la cabeza para mirarla, suspirando mientras observa esa expresión concentrada de Taylor.

—Sí, joder —dice la cantante expandiendo una sonrisa—. Ya está.

—¿Ya me puedo mover? —pregunta Abigail.

—Espera, le hago una foto.

—Estoy desnuda, Taylor —le recuerda Abigail.

—Lo sé —sonríe la cantante, alejándose del sofá con el móvil en la mano—, y eres jodidamente erótica ahora mismo. Deberías ser la portada de mi primer álbum, ¿sabes? —dice y hace la foto—. Liam seguro que está de acuerdo.

Abigail se gira y coloca las manos detrás de su cabeza.

—No te voy a decir lo que haré contigo si se te ocurre enseñarle esa foto a Liam.

Taylor tuerce una sonrisa, se acerca y se tumba junto a ella, cubriéndole un pecho con la mano.

—¿Vas a leerme la canción? —pregunta Abigail.

—Deja que la pase a una libreta y te la leo.

—Pues dime de qué va.

—Va de una cantante que cree que ha perdido su talento cuando en realidad solo necesitaba recordar por qué empezó a cantar —explica Taylor.

—¿Y por qué comenzaste a cantar? —pregunta Abigail.

—Porque necesitaba ponerle voz a cualquier melodía que escuchaba. ¿Por qué te hiciste tú cazatalentos?

Abigail frunce el ceño, sorprendida porque es la primera vez que alguien le hace esa pregunta, ni siquiera ella misma se había planteado esa cuestión.

—Pues creo que, porque en la época en la que se supone que yo debía encarrilar mi vida estudiando algo que me apasionara para hacer de eso mi futuro, estaba completamente desorientada. Mi madre me había estado imponiendo tanto sus metas que, cuando llegó la hora de matricularme en la universidad, no tenía ni idea de lo que quería hacer, así que elegí derecho por hacer algo —explica Abigail.

—¿Eres abogada? —pregunta Taylor, sorprendida.

—No ejerzo, pero sí —confiesa Abigail, ladeando una sonrisa—, y economista. Nada que ver con esto a lo que me dedico. Terminé derecho y empecé económicas porque los números me llamaban la atención, pero seguía igual de perdida. Hasta que un día me di cuenta de que no sabía lo que

quería yo, pero se me daba muy bien encontrar el talento innato en los demás y potenciarlo.

—¿Cómo?

—Empecé con artistas callejeros, pintores, bailarines, cantantes… Lo que fuera siempre que destacaran por encima de los demás. Les buscaba sitios donde exponer o actuar para darse a conocer hasta que les encontraba a alguien que los representara. Y un día decidí que la representante podía ser yo. Me decanté por la industria musical porque era donde más me había tenido que mover, había hecho algunos contactos, entre ellos Liam, y me gustaba ese mundo donde había que pelear por todo.

—Y aquí estás —dice Taylor—. Abogada y economista que representa artistas emergentes del panorama musical.

—Menos a ti —murmura Abigail, con la mirada fija en el techo.

—¿Te arrepientes de haber apostado por nosotras y no por mí? —pregunta Taylor.

—Me arrepiento de no haber tomado esa decisión antes.

CAPÍTULO 41

Seis meses después

El local de ensayo que Liam ha alquilado para los preparativos del primer concierto de Taylor en Nueva York resuena con los últimos acordes de Lengua de fuego. Taylor deja caer los brazos a los lados, jadeando y sonriendo mientras el sudor le resbala por la frente. A pocos metros del pequeño escenario, Abigail está inmóvil junto a la mesa de sonido, subida en unos zapatos *Manolo Blahnik* con su inseparable agenda en la mano y esa expresión pétrea imposible de descifrar que tiene la mayoría de las veces.

Taylor le pidió que estuviera presente estos días y, aunque no lo hubiera hecho, también habría estado, porque ella y Liam suelen tener esa dinámica con todos sus artistas. Como únicos socios, siempre están ahí en los momentos más importantes, y este concierto representa el pistoletazo de salida para Taylor, el primero de unos pocos antes de que empiece su gira. Un concierto reducido, pero lleno de personas importantes.

—Perfecto —dice David con una sonrisa, dejando su guitarra para coger una toalla y secarse las manos—. Como cantes así mañana, tendrás todo el trabajo hecho —añade el guitarrista.

Taylor le devuelve la sonrisa, pero sus ojos buscan de inmediato la aprobación de la única persona en la que siempre ha confiado y cuya opinión valora por encima de cualquier otra. Abigail tiene su mirada gris verdosa fija sobre ella, mostrando un indicio de sonrisa que solo Taylor es capaz de captar.

—El EP está listo —anuncia Liam, entrando en la sala mientras sostiene una caja con los primeros ejemplares físicos —. Black Universal está encantada, las previas anticipadas ya tienen más de un millón de reproducciones.

—Un millón —repite Taylor levantando las cejas, aturdida.

Abigail se acerca a Liam con esa elegancia deslumbrante que siempre deja a Taylor sin aliento y coge uno de los ejemplares para observar la portada. En la imagen se ve a la cantante en blanco y negro, con la mirada desafiante y esa sonrisa torcida que siempre agita algo en el pecho de la ejecutiva.

—Impresionante —murmura Abigail, y Taylor siente que el cuerpo le arde al escucharla.

—Bueno —dice Liam—. Todo está listo. El equipo de sonido del auditorio se ha revisado tres veces y la lista de invitados está confirmada. Harris estará ahí, también varios periodistas de las revistas musicales más importantes.

Taylor traga saliva, sintiendo que la realidad de lo que sucederá mañana la golpea de repente. No cantará en el Rusty’s, ni siquiera en el festival de Smithville. Se trata de Nueva York, de un teatro con apenas capacidad para dos mil personas, pero plagado de ejecutivos de la industria y

periodistas musicales que pueden hacer despegar o destruir una carrera con un solo comentario.

—¿Estás bien? —pregunta David cuando ve que Taylor se ha quedado quieta.

—Sí —miente ella, pero Abigail nota ese temblor casi imperceptible en su voz.

—Vámonos —ordena la ejecutiva, poniéndole una mano en la espalda—. Ya habéis ensayado suficiente por hoy.

—Bien —dice Liam cuando los músicos comienzan a recoger—. Nos vemos mañana a las seis de la mañana en el teatro para la prueba de sonido final. Después tendréis el día libre hasta las siete de la tarde —añade mirando a Taylor.

—Vale —responde la cantante, guardando su guitarra para abandonar el local junto a Abigail.

A la mañana siguiente, ambas llegan juntas al teatro, solo que Abigail se sienta en las butacas junto a Liam y Taylor se sube al escenario con la sensación de que está a punto de saltar por un precipicio. Ha estado en teatros antes como espectadora, pero este le parece imponente a pesar de que ahora mismo lo único que se extiende frente a ella son un montón de filas llenas de butacas vacías, salvo por las que ocupan su agente y su chica. Taylor sufre un ligero aleteo en el pecho al pensar en Abigail, quiere sonreír y mirarla, pero está tan nerviosa que no se atreve.

—El micro está ahí —señala David con expresión divertida.

Taylor lo mira como si le hablara en otro idioma, hasta que se da cuenta de que está dos pasos hacia la derecha alejada del micrófono.

—Creo que está un poco nerviosa, ¿no? —murmura Liam en voz baja hacia el oído de su socia.

Abigail no contesta, permanece con la mirada fija en Taylor mientras estudia cada movimiento y reacción de la cantante.

—Cuando quieras, Taylor —dice el técnico desde la cabina.

Ella asiente, pero cuando abre la boca, solo le sale un hilo de voz. Carraspea y lo intenta de nuevo, consiguiendo que le salga mejor, aunque sigue sonando contenida, sin rastro de ese fuego que siempre la acompaña.

—Rectifico —susurra Liam, divertido por la escena—. Está hecha un jodido flan.

—¿Y por qué coño sigues aquí sentado? —ruge Abigail—. Eres su agente, tu trabajo es hablar con ella y tranquilizarla. ¿O esperas que logre completar una canción en ese estado?

Liam cruza una pierna sobre otra, acomodándose en la butaca con parsimonia bajo la mirada fulminante de Abigail.

—Ese sería mi trabajo si tú no estuvieras aquí hoy —contesta su socio—, pero estás.

Abigail frunce el ceño.

—¿En serio, Abby? —pregunta él con los ojos en blanco—. ¿De verdad piensas que son mis palabras las que Taylor necesita ahora mismo? Si subo ahí, me ignorará como a un mueble. Esto es cosa tuya y lo sabes, así que espabila, no tenemos toda la mañana.

Abigail levanta una ceja y después suelta un bufido.

—Por favor, recuérdame de nuevo por qué somos socios —murmura ella mientras se levanta.

—Porque me adoras.

Abigail ni siquiera se gira para mirarlo, simplemente sonríe mientras se acerca al borde del escenario.

—Taylor, ven aquí —ordena con ese rugido potente que hace que todos se detengan.

La cantante se aparta del micrófono, se acerca hasta el borde y se sienta dejando los pies colgando cuando Abigail palmea el suelo.

—¿Qué te pasa? —pregunta la ejecutiva, suavizando el tono.

—Nada —miente Taylor, aunque el labio le tiembla un poco, traicionada por los nervios.

—Nada —repite Abigail, alzando una ceja—. Mírame y dime qué ves —le pide la ejecutiva, poniéndole las manos en los hombros.

Taylor parpadea, entre desconcertada y divertida.

—A ti.

—Exacto. Y esta noche, cuando vuelvas a pisar este escenario, verás a dos mil personas, pero la única que importa soy yo —dice Abigail, con esa voz sedosa que hace que el pulso de Taylor se acelere—. Estaré justo ahí —Abigail señala un lateral del escenario—. Si te pones nerviosa, piensa que la única que te está mirando soy yo.

—Sí, vale —sonríe Taylor, notando como la tensión abandona sus hombros de repente—. Lo siento, es que todo esto…

—No pasa nada —dice Abigail—. No has vuelto a tener público desde el festival, es normal que estés nerviosa, pero ya lo has hecho antes, sabes que este es tu sitio —la ejecutiva da

varias palmadas sobre el suelo del escenario—. Haz que todos los que asistan aquí esta noche lo tengan tan claro como yo.

Taylor tuerce su famosa sonrisa y sus ojos oscuros se agrandan mientras observa a Abigail como si quisiera comérsela ahí mismo.

—Ahora canta —ordena la ejecutiva, conteniendo una sonrisa al mismo tiempo que se aparta.

La cantante vuelve al escenario y Abigail a su butaca y, cuando Taylor abre la boca, no hay ni rastro de esa inseguridad que mostraba hace unos minutos.

—Lo que yo decía —murmura Liam complacido—. No me necesitaba a mí.

El resto del día transcurre en una nebulosa para Taylor. Almuerza con su hermana Tiffany, que llegó ayer por la noche desde Tennessee para estar presente en el concierto.

—Recuerda de dónde vienes y lo lejos que has llegado —la anima Tiffany.

Taylor sonríe y coge la mano de su hermana, aunque ella solo puede pensar en esa mirada gris verdosa de Abigail y en sus palabras: "la única que importa soy yo". A la cantante le vibra el pecho cuando lo recuerda.

—Dios —dice Tiffany, rodando los ojos—, si supieras la cara de tonta que se te pone cuando piensas en ella, intentarías disimular un poco.

Taylor abre los ojos casi tanto como la boca, pero no puede dejar de sonreír.

—Lo siento —dice divertida, sin molestarse en buscar una excusa—, es que a veces se me nubla la cabeza. Por cierto,

hoy te presentaré a Erin, también vendrá esta noche. Vas a alucinar, es completamente opuesta a Abby.

Tiffany hace un gesto de incredulidad, le cuesta imaginarse a cualquier persona que comparta sangre con Abigail mostrándose cercana de la manera que Taylor describe a la tal Erin. Esta es la tercera vez que Tiffany viene de visita a Nueva York y en ninguna de las anteriores tuvo la oportunidad de conocerla, pero debe reconocer que está muy intrigada.

—Habrá que ver si eso es verdad —murmura con una sonrisa—. ¿Nos vamos? Deberías descansar un poco antes de esta noche.

Taylor asiente para complacer a su hermana, pero duda mucho que pueda siquiera conseguir cerrar los ojos.

A las siete en punto, las dos hermanas están en el teatro. El equipo de maquillaje y peluquería espera a Taylor en el camerino, pero antes de sentarse y dejar que la transformen, ella necesita ver a Abigail, que está allí con Liam desde las cuatro, asegurándose de que todo esté listo para esta noche.

La encuentra en la zona de bastidores, hablando por teléfono mientras señala algo en su agenda con el dedo. Lleva un traje blanco que se ciñe a cada línea de su cuerpo y el pelo recogido en un moño suelto que hace que Taylor contenga la respiración cuando Abigail cuelga y se gira hacia ella.

—¿Todo está como te gusta o le has ladrado a alguien? —pregunta Taylor, acercándose a ella.

Abigail sonríe sin abrir la boca, dejando que el aire le salga por la nariz con una expresión de suficiencia que deja muy claro que está satisfecha.

—Todo en orden —responde con su particular tono cortante —. Sala llena, prensa posicionada, Harris en primera fila y Liam asegurándose de que todos permanecen en su sitio. Solo faltas tú.

Taylor asiente, pero no se mueve, se queda ahí, mirando a Abigail con sus ojos oscuros y esa sonrisa torcida que siempre la altera.

—¿Qué? —pregunta Abigail, arqueando una ceja.

—Nada, solo quería verte.

Ahora la que se queda quieta es Abigail, incapaz de entender muy bien el lenguaje corporal de Taylor. No tiene claro si la cantante le quiere saltar encima, si quiere abrazarla o si solo quiere seguir mirándola, pero el tiempo empieza a correr en su contra y Abigail no puede permitir que pase nada que ponga nerviosa a Taylor.

—Deja de mirarme así y ve a que te arreglen —ordena con ese tono que a veces suena como un latigazo—. En una hora empezamos.

—¿Te veré antes de subir al escenario? —pregunta Taylor, entornando la mirada.

—Claro.

—Vale —Taylor se da la vuelta y corre hacia el camerino mientras Abigail la observa, pero cuando está a punto de abrir la puerta, la cantante ve que Erin está con Liam y se detiene en seco—. Erin —la llama haciendo un gesto hacia ella.

—Pensaba que te vería después —dice Erin, abrazándola.

—Es que no debería estar aquí —se queja Liam—, deberían estar maquillándote —añade mirando su reloj.

—Ya entro, pero quería presentarle a Erin a mi hermana —se excusa Taylor.

—¿Dónde está Tiffany? —pregunta Liam.

—Dentro, en mi camerino —contesta señalando la puerta.

Liam gime, desesperándose.

—Dile que salga, y tú no te muevas de ahí hasta que te hayan arreglado o tendré que chivarme a Abigail —suelta Liam —. Yo haré las presentaciones.

—Soso —murmura Taylor antes de entrar al camerino.

Erin se queda con Liam en la puerta cuando Taylor desaparece, pero el teléfono del ejecutivo comienza a sonar y se aleja por el pasillo, dejándola sola justo cuando la puerta se abre de nuevo y por ella sale una chica rubia de ojos azules que deja desconcertada a Erin.

—¿Eres Tiffany? —pregunta la restauradora de arte.

Tiffany mira a la mujer que tiene delante, media melena oscura, ojos azules, expresión risueña y postura relajada.

—Tú no puedes ser hermana de Abigail —dice tan sorprendida, que Erin no puede evitar que su sonrisa se expanda.

—No puedo decir que tú te parezcas mucho a Taylor. Abby me dijo que eras rubia, pero al menos esperaba una mirada igual de salvaje que la suya —dice Erin.

—¿Decepcionada? —pregunta Tiffany.

Erin niega con la cabeza y su media melena se balancea con el movimiento.

—En absoluto, yo soy más de miradas tranquilas. Si quiero caos, ya tengo a mi hermana. Encantada de conocerte, y sí,

soy Erin —dice, ofreciéndole la mano.

Tiffany sonríe, sintiéndose un poco desorientada, y estrecha la mano de Erin con más fuerza de la que pretendía. El contacto se prolonga cuando ambas se miran a los ojos, quizá valorando cuál de las dos los tiene más azules, hasta que llega Liam.

—Ah, ya os habéis conocido. Estupendo —dice, distraído mientras comprueba algo en su teléfono—. ¿Habéis visto a Abby?

—No —responden ambas al mismo tiempo, separando las manos como si acabaran de quemarse.

—Vale, voy a buscarla. Tenéis asientos reservados en la segunda fila, podéis ir cuando queráis —dice Liam, pasando de largo hasta desaparecer por el pasillo.

—¿Vamos a sentarnos? —pregunta Erin.

—Le deseo suerte a mi hermana y voy enseguida —dice Tiffany.

—Genial.

El camerino se ha convertido en algo parecido a una zona de guerra. El equipo de maquillaje trabaja en la cara de Taylor mientras el de peluquería se pelea con su melena alborotada. La visten con unos pantalones negros de cuero y una blusa transparente que deja entrever un sujetador de encaje del mismo color.

—Cinco minutos —anuncia alguien por el intercomunicador.

Taylor se mira en el espejo y sonríe satisfecha y tranquila. Se siente tan poderosa que solo quiere que el tiempo vuele para saltar al escenario y rugir todo lo fuerte que pueda.

Sale del camerino y camina directamente hacia el lateral del escenario. Abigail está ahí, de pie junto a Liam, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el público que espera con impaciencia.

—Ahí está —dice Liam, aliviado de ver que han terminado con Taylor a tiempo.

Abigail se gira y su pulso se detiene cuando la ve avanzar hacia ella con esa blusa transparente. La cantante es elegante y sexy al mismo tiempo, una versión sofisticada de la Taylor rebelde que conquistó el festival de Smithville.

—¿Lista? —pregunta Abigail, poniéndose tensa cuando se da cuenta de que Taylor no parece tener intención de detenerse.

—Casi —responde la cantante y, sin previo aviso, se pega a su cuerpo y la besa.

Es un beso breve, pero intenso, cargado con toda esa ansiedad y la emoción que Taylor siente en ese instante. Lo hace delante de varios técnicos y personal de apoyo de la empresa, que se quedan pasmados —igual que Liam— al ver a la imperturbable Abigail Stone siendo besada por una de sus artistas.

Abigail se queda inmóvil durante un segundo, sorprendida, pero no retrocede ni se aparta, al contrario, desliza la mano por la mejilla de Taylor y le devuelve el beso.

Aunque en Stone & Cottet muchos conocen la relación de Abigail y Taylor, esta es la primera vez que tienen una prueba tan real de ello. Abigail siempre es muy comedida con sus demostraciones de afecto en público, que no pasan de cogerse

de la mano o ese abrazo que le gusta a darle a Taylor en la cola del supermercado; más allá de eso, jamás las han visto besarse.

—Lo siento —susurra Taylor sonriendo, todavía muy cerca de su boca mientras sus manos se aferran a la cintura de Abigail—. Estoy más nerviosa de lo que pensaba.

—Estupendo, ahora estáis nerviosas las dos —espeta Liam, divertido ante la cara de pasmo de su socia.

—Ignóralo —se recompone Abigail—. Has nacido para estar ahí arriba, cariño —le susurra a Taylor—. Sube y déjaselo claro a todos.

—¿Estarás aquí cuando acabe? —pregunta Taylor, ansiosa por comenzar.

—No pienso moverme.

Las luces se atenúan y comienza la música de entrada. Taylor hace una respiración profunda y camina hacia el escenario. Cuando aparece bajo los focos, el rugido del público la golpea hasta dejarla sin aliento. Dos mil personas de pie esperando a que ella abra la boca.

—Buenas noches, Nueva York —dice, y su voz resuena con esa confianza que parece poseerla cuando sube al escenario.

Empiezan con Wildfire y el público aúlla casi tanto como ella. Abigail la observa sin moverse, sintiendo que cada nota que sale de la garganta de Taylor la atraviesa como si estuviera cargada de corriente. La segunda canción habla sobre renacer de las cenizas y Taylor la dedica a todos aquellos a los que alguna vez les han dicho que no podían hacer algo.

El concierto sigue y Taylor canta como si fuera la última vez que puede hacerlo, llenando de pasión todo el teatro ante un público al que tiene completamente rendido a sus pies. Entonces llega Lengua de fuego y Taylor se acerca al micrófono con una sonrisa misteriosa.

—Esta canción se la dedico a alguien que me enseñó que el hielo y el fuego pueden coexistir —dice, girándose hacia la derecha para clavar su mirada oscura sobre Abigail—. Alguien que me demostró que ser vulnerable no significa ser débil.

Los primeros acordes resuenan y Taylor lo da todo. Su voz se quiebra con esos quejidos andaluces, se eleva hasta alturas imposibles y susurra confesiones que solo una persona en todo ese teatro puede entender por completo.

Abigail apenas puede respirar. Se siente aturdida y mareada, como si tuviera algodón en los oídos y escuchase cualquier cosa que no sea la voz de Taylor de forma amortiguada. Cuando la canción termina, el público estalla en un rugido ensordecedor, aplaudiendo y silbando como si les fuera la vida en ello.

Taylor se inclina para saludar, con la cara brillante de sudor y una sonrisa enorme que llega hasta sus ojos. Cuando se gira para salir del escenario, toda su atención ya está centrada en la persona que más le importa. Abigail está donde le ha dicho, aplaudiendo como los demás, solo que ella no sonríe con los labios, lo hace con esa mirada —normalmente helada— ahora derretida.

A la cantante le importa un bledo que ahora esa zona esté llena de gente, entre ellos, periodistas musicales. En cuanto

está frente a ella, salta sobre Abigail, le rodea la cintura con las piernas y el cuello con los brazos antes de besarla de nuevo.

—Ha sido impresionante —murmura Abigail cuando Taylor sonríe, dejando su frente pegada a la de la ejecutiva.

—¿En serio?

—Sabes que sí —contesta Abigail.

Un flash las deslumbra cuando uno de los fotógrafos capta la imagen. Después otro, y a ese le siguen otros tantos. A ninguna les importa en ese momento, aunque Liam sabe que probablemente Abigail se estresará bastante si las fotografías se publican.

Lo que sigue es una pequeña fiesta en una sala VIP llena de gente importante de la industria donde todos quieren conocer a Taylor. Abigail y Liam se mueven entre ellos con naturalidad, presentando a la cantante, controlando las conversaciones y protegiéndola de preguntas incómodas.

La fiesta se alarga varias horas, pero, finalmente, la gente comienza a marcharse y Abigail y Taylor logran quedarse a solas en el camerino, donde Taylor se deja caer en el pequeño sofá, soltando un suspiro que baila entre el agotamiento y la satisfacción.

—¿Cansada? —pregunta Abigail, apoyándose en el tocador.

Taylor se levanta igual de rápido que se ha sentado, acercándose a ella.

—Mucho —reconoce—. Estoy deseando llegar a casa, darme una ducha y meterme en la cama.

Abigail sonríe y le aparta varios mechones de pelo de la cara. A casa. Esa casa es el apartamento de Abigail en

Manhattan, donde Taylor se mudó por completo hace dos meses. Ahora ya no son solo sus cosas las que están perfectamente ordenadas en los armarios y las estanterías. Ahora están también las de Taylor, su guitarra descuidada en cualquier parte del salón —donde le gusta componer— libretas, bolígrafos y rotuladores esparcidos por todas partes, su chaqueta de cuero en el respaldo de la silla en lugar del perchero, sus llaves sobre la mesa y no en el platillo donde Abigail deja las suyas.

A veces, se siente perturbada con ese desorden, pero si piensa en no tenerlo, se siente al borde de un ataque de pánico, así que a eso sí que se adapta.

—Pues venga, coge tus cosas y nos vamos. Loretta ya está fuera —dice Abigail.

Taylor se pone una sudadera encima de la blusa, coge su bolso y se dirige hacia la salida del camerino, donde Abigail la espera con la puerta abierta.

—¿Lista? —pregunta la ejecutiva.

—Sí —responde Taylor.

Abigail apaga la luz, le pasa un brazo sobre los hombros y la atrae hacia su cuerpo mientras avanzan por el pasillo, sin saber que, en los titulares de las revistas musicales de mañana, se hablará de Taylor Davey, de su voz extraordinaria y su presencia magnética. Todavía no se hablará de su posible relación con Abigail Stone porque Liam se ha ocupado de retrasarlo pidiendo algunos favores, pero no tardará mucho en hacerse pública esa relación que se alimenta de hielo y fuego.

Aviso legal
Airbnb es una marca registrada de Airbnb, Inc.
Todas las demás marcas mencionadas son propiedad de sus respectivos titulares.
No existe afiliación ni patrocinio alguno entre este libro y dichas empresas.